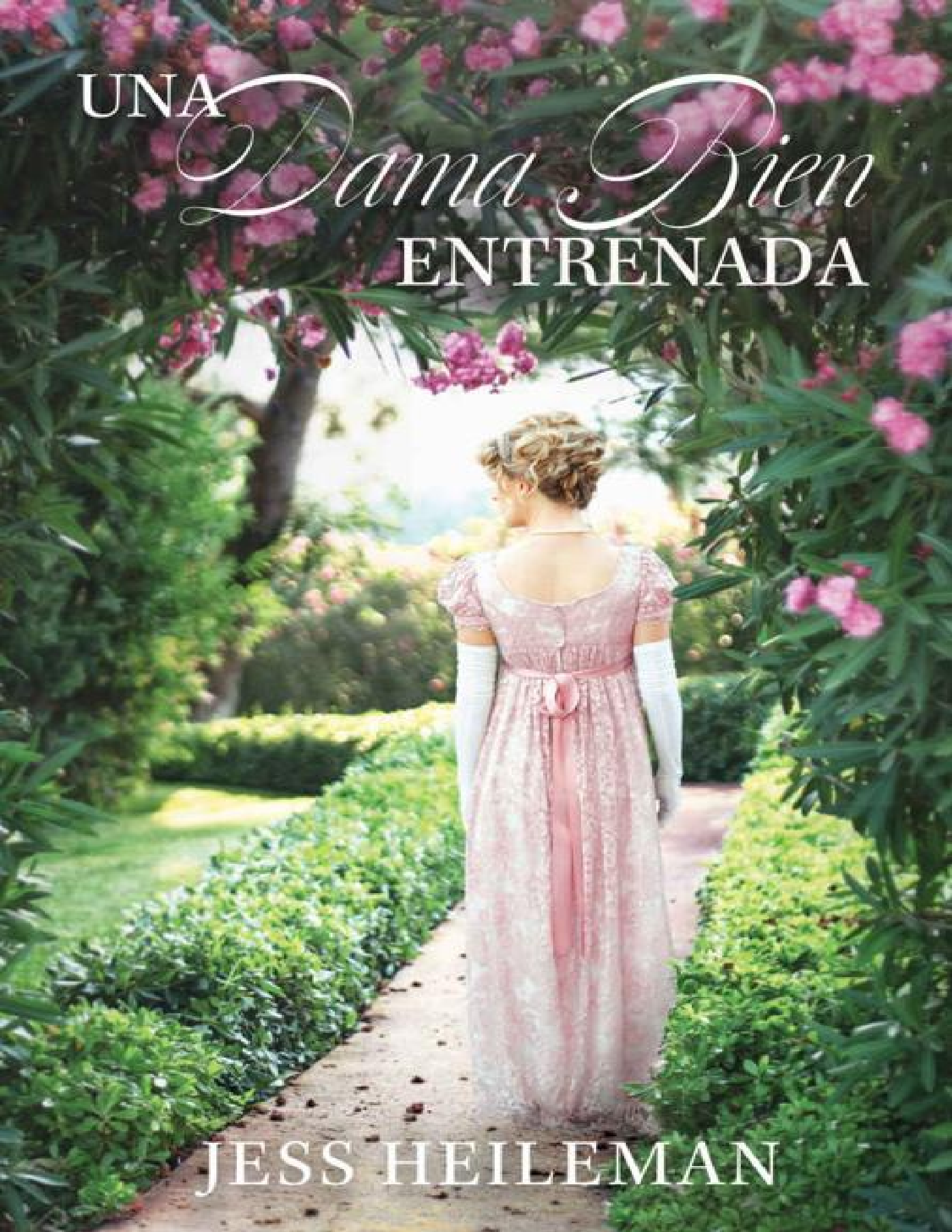

UNA
Dama Bien
ENTRENADA
JESS HEILEMAN

Una dama bien entrenada

Jess Heileman

Índice

[Página del título](#)
[Dedicatoria](#)

[Capítulo uno](#)
[Capítulo dos](#)
[Capítulo tres](#)
[Capítulo cuatro](#)
[Capítulo cinco](#)
[Capítulo seis](#)
[Capítulo siete](#)
[Capítulo ocho](#)
[Capítulo nueve](#)
[Capítulo diez](#)
[Capítulo once](#)
[Capítulo doce](#)
[Capítulo trece](#)
[Capítulo catorce](#)
[Capítulo quince](#)
[Capítulo dieciséis](#)
[Capítulo diecisiete](#)
[Capítulo dieciocho](#)
[Capítulo diecinueve](#)
[Capítulo veinte](#)
[Capítulo veintiuno](#)
[Capítulo veintidós](#)
[Capítulo veintitrés](#)
[Capítulo veinticuatro](#)
[Capítulo veinticinco](#)
[Epílogo](#)

[Otros libros de Jess Heileman (en inglés)](#)
[¿Disfrutaste *Una dama bien entrenada*?](#)
[Agradecimientos](#)
[Acerca de la autora](#)

Dedicatoria

A todos aquellos que me han ayudado en el camino.

Capítulo uno

—¡Maldito conductor! —siseó mi madre, siguiendo el brusco movimiento del carruaje—. Seguramente, las calles de Londres están lo suficientemente bien mantenidas como para evitar estos empujones innecesarios.

Como ni papá, ni yo respondimos, ella resopló descontenta:

—Espero que el carruaje no esté tan mal preparado para nuestro viaje.

La mirada de papá seguía fija en la oscuridad de Mayfair.

—Ya hablé con el señor West para encargarse del mantenimiento. Me aseguró que estará listo para la salida del viernes.

Mi mirada se posó en los rasgos sombríos de papá.

—¿Viernes? Pero el Parlamento no se suspenderá hasta dentro de un mes. Pensé que íbamos a quedarnos en Londres contigo hasta nuestro traslado a Branbury Court para la fiesta, en casa de los Thorton.

—Ese había sido el plan, pero…

—Teniendo en cuenta que Lord Thorton ya no está en Londres —interrumpió mi madre—. No veo ningún sentido en demorarnos. He aceptado la invitación de tu tía a Sandson Hall.

Se me hizo un nudo en la garganta al recordar mi última visita a Sandson, y la continua censura que me había obligado a soportar por parte de tía Priscilla. Fácilmente, había considerado a mi madre agradable en comparación con su hermana venenosa, a pesar que mi madre era una serpiente más tóxica que la mayoría.

—¿Papá nos acompañará, entonces?

—¡Por supuesto que no! —Mamá le lanzó una mirada penetrante a papá—. Aunque sería fácil hacer una lista de lores que no permiten que su escaño en la Cámara dicte la mitad de sus planes anuales.

—¿Como si tú quisieras que yo te acompañara? —Como mamá no respondió a su afirmación, papá soltó una risita irónica—. Y tu lista solo serviría para condenar a los hombres que eluden su responsabilidad. ¡Esto es egoísta, ignorante de tu parte!

—Tu padre se quedará atrás. —La firmeza de la voz de mamá puso fin a la perorata de papá —. Pero necesito un respiro del hedor de Londres.

Contuve un gemido.

—¿Y cuánto tiempo durará nuestra estancia en Sandson?

Madre no habló por un momento, lo que me permitió concentrarme en mi preocupación.

—No han pasado ni quince días. Desafortunadamente, Priscilla tiene otros planes que nos impiden quedarnos más tiempo, por lo que debemos regresar a Londres, una semana más, antes de partir a Branbury Court.

A pesar de la promesa de nuestro eventual regreso a Londres, cualquier cantidad de tiempo que pasáramos con mamá y tía Priscilla, como compañía, parecía demasiado insoportable. Aunque ya yo tenía edad suficiente para quedarme con mi papá.

—¿Debo ir contigo? —La pregunta se me escapó y al instante deseé que regresara a mi mente.

Incluso en la oscuridad, pude sentir toda la fuerza de la mirada de mi madre y me encogí ante su intensidad.

—Por supuesto que debes hacerlo, niña tonta. No has conseguido invitaciones a ningún otro

lugar, y no permitiré que te quedes sin una acompañante adecuada. —Ella hizo una pausa—. Además, no podemos arriesgarnos a que animes a más pretendientes, antes de que Lord Thorton se ofrezca a ti. Lo último que necesitamos es que él regrese de Francia para encontrar más historias sobre tu corazón serpenteante.

La indignación me invadió, pero la enmascaré con arrogancia, una emoción que mi madre no consideraba débil.

—No es mi culpa que los caballeros lleguen con tanto entusiasmo a una opinión incorrecta sobre dónde reside el afecto de una dama.

—Y, sin embargo, ¿cuántas otras damas tienen una colección tan considerable de pretendientes rechazados, como la que tú has logrado, en las últimas tres temporadas?

Sin querer hablar más sobre eso, bajé la mirada a mi regazo.

—Ven aquí… —interrumpió papá, acabando con el pesado silencio que había envuelto el pequeño carruaje—. Solo un puñado de esos muchachos, a los que la obligaste, eran lo suficientemente tolerables como para ser considerados. Y Lord Thorton parece superior a todos ellos. ¿No deberíamos, entonces, alegrarnos que Arabella haya demostrado ser indiferente a los sentimientos de los hombres?

Hice una mueca interiormente, mientras él continuaba, independientemente de sus nobles intenciones.

—Pensar que si ella hubiera aceptado al primer pretendiente que apareció, esta noche asistiríamos al baile de los Brimhall, en la agonizante compañía de Lord Penthrop.

Mi madre levantó la barbilla, ante la afirmación de papá.

—Teniendo en cuenta que probablemente con un rechazo más, Arabella sellará para siempre su pretenciosa reputación, y estropeará la nuestra con la de ella… yo diría que Lord Penthrop es ciertamente preferible a no tener marido alguno.

—¿No puedes hablar en serio? —La incredulidad saturó el tono de papá—. Ni siquiera un título puede superar el hecho que este hombre sin carácter es un legislador de un partido insignificante.

—¡Ay! Siempre es la política... Pero, al ser tu esposa, se ha vuelto obvio que las habilidades políticas de una persona tienen poco que ver con el verdadero valor de un hombre.

Mis labios se abrieron, ante el desaire de mi madre, pero papá simplemente desvió su atención de ella, y su postura se desplomó por el cansancio. ¡Pobre papá!

—Cierra la boca, Arabella —dijo mamá. No me sorprendió que ella pudiera ver mis errores, incluso en la oscuridad—. Nunca conseguirás el afecto de un conde con demostraciones tan desagradables.

El carruaje volvió a dar empujones. Y me enderecé, preservando mi expresión desagradable, mientras mamá siseaba otro comentario sobre los conductores ineptos y la falta de supervisión de papá en tales asuntos. Solté una exhalación silenciosa y alegremente, desvié mi atención por la ventana hacia las calles, en sombras, hasta que llegamos a la casa de Lord y Lady Brimhall.

Papá nos ayudó a ambas a bajar del carruaje y luego le ofreció el brazo a mamá. Los dos comenzaron a subir las escaleras, como si todo estuviera perfectamente bien entre ellos, reflejando la perfecta imagen de la satisfacción conyugal. ¡Y todo era mentira! Sin embargo, con el paso de los años descubrí que todos los matrimonios seguían el mismo guión. Incluso los supuestos matrimonios por amor, dentro de la alta sociedad, los que tan a menudo se promocionaban como los ideales, al final no eran más que una farsa. Admitiría que aquellos individuos que afirmaban que el amor era su insignia de honor matrimonial lo hacían mejor que

la mayoría, pero tras un examen más detenido, la verdad estaba ahí: ¡el amor siempre se desvanecía!

Y aunque alguna vez fui tan ingenua, como otras jóvenes, al pensar que algún día me casaría por amor, ya no era así. ¡Quería un matrimonio por conveniencia! Uno en el que no tendría que preocuparme por el desvanecimiento de mi amor ni sentir la agonía al ser testigo del inevitable desencanto que se apoderaría de mi esposo, a lo largo de los años. Yo no era lo suficientemente fuerte para soportar la pérdida del amor. ¡No lo soportaría otra vez!

Seguí a mis padres, a través de la puerta, y vi a nuestro anfitrión y anfitriona, esperándonos.

—Lord y Lady Godwin —dijo Lady Brimhall, asintiendo con la cabeza en señal de bienvenida—. Me alegra mucho que hayan podido asistir.

Ella me miró fijamente.

—Y usted también, señorita Godwin.

Hice una elegante reverencia y me levanté, recibiendo gestos de aprobación tanto de Lord como de Lady Brimhall.

—Gracias.

—Es una noche encantadora para un baile. —Mamá miró a papá, quien asintió con la cabeza—. No hace tanto calor, como en las últimas noches.

Lady Brimhall miró ahora a su marido.

—Somos bastante afortunados. ¿No es así, querido?

No me sorprendió descubrir que los ojos de Lord Brimhall seguían fijos en mí, y solo los apartó cuando un codazo de su esposa le recordó su insolencia.

—Sí. Eso es… creo… —Él se detuvo por un momento, inclinando la cabeza hacia un lado, como si no estuviera seguro qué se suponía que yo debía aceptar.

Lady Brimhall esbozó una tensa sonrisa, ante la ridiculez de su marido, mientras los tres fingíamos no habernos dado cuenta de su error.

—Oh, miren por ahí…. Sir Tillard y su hija. —Lady Brimhall parecía demasiado entusiasta en su declaración. Mamá y papá asintieron brevemente, antes de continuar.

Moviéndonos entre la multitud, innumerables miradas nos siguieron y la gente se separaba, a medida que nos acercábamos. Había muchos caballeros que reconocí, pero examiné sus expresiones ansiosas, esperando evitar ser presionada para bailar o participar en coqueteos no deseados. Después de tres temporadas, fingir interés por aquellos con quienes tenía pocas ganas de interactuar se había convertido en una dificultad.

—¡Señorita Godwin! —Di la vuelta hacia la clara voz de Lady Beatrice, quien me hizo un gesto para que me quedara con ella y su compañera. Su gesto incesante significaba que tendría chismes que compartir.

—Sigue. —Mi madre me miró por encima del hombro, antes de dirigir una sonrisa exagerada a Lady Beatrice. Como hija mayor de un noble superior, Lady Beatrice había obtenido fácilmente la aprobación de mi madre, circunstancia por la que estaba muy agradecida.

Lady Beatrice estaba preciosa con su vestido de seda color marfil, aunque ni siquiera un vestido espectacular y joyas finas podían compensar la fea nariz angulosa que había heredado de su padre.

—¿Dónde está la señorita Browning? —Miré a mi alrededor en busca de la siempre presente compañera de Lady Beatrice.

—Marianne apenas está terminando el set. —Lady Beatrice se acercó más y su voz se convirtió en un susurro—. Y me atrevo a decir que se alegró mucho, cuando cierto caballero le pidió que colaborara con ella, en la cuadrilla.

—¿Cierto? —Fingí interés y conté el número requerido de segundos que mi madre me había enseñado a dejar hasta que pudiera cambiar de tema, a algo más urgente—. ¿Y usted ha decidido si aceptará la invitación de Lady Thorton para la fiesta en Branbury Court?

Lady Beatrice abrió su abanico para ocultarme sus rasgos.

—Aún no he tomado una decisión.

Forcé una sonrisa, desconcertada por la renuencia de Lady Beatrice a hablar de cualquier invitación sin darse aires de importancia. No obstante, en parte, la envidiaba. Como hija de un duque, el deleite de Lady Beatrice no radicaba en la invitación en sí, porque era lo que se esperaba, sino en la diversión de elegir cuál de ellas aceptaría.

—¿Tiene algún otro compromiso que esté considerando?

Sus ojos recorrieron la habitación, como si se asegurara que yo seguía siendo la persona más confiable con quien hablar.

—Los Mead me han invitado, y por lo tanto, también a Marianne, a Hampshire, a principios de la próxima semana. Ya acepté y aún no sé por cuánto tiempo será nuestra obligación.

—¿Los Mead? —Oculté la sorpresa de mis gestos—. ¡Qué inesperado!

—Muy inesperado. Pero cuando se tiene un hijo soltero que heredará semejante fortuna, hay que buscar una pareja ventajosa.

Asentí en señal de acuerdo, disimulando mi irritación.

—Ciertamente, solo me pregunto qué pensará la señorita Gilbert de la invitación. Creo que ella esperaba ser quien la recibiera.

—¿Recibir qué? —La señorita Browning se interpuso entre Lady Beatrice y mi persona de la manera más vejatoria.

Me alejé a una distancia más adecuada con mucha facilidad.

—Estábamos hablando de la pobre señorita Gilbert, posiblemente ella está fuera de sí por no haber recibido la invitación de los Mead a Hampshire.

La señorita Browning ladeó la cabeza.

—Ese es el destino de aquellas de nosotras que tenemos poco más que ofrecer que nuestra apariencia exquisita y nuestros encantos incomparables. —Ella soltó una pequeña risita y supe que pretendía minimizar la realidad de su situación. A pesar que la señorita Browning era más justa y un poco más amable, su padre no podría atraer caballeros hacia sus hijas, como lo hacía el padre de Lady Beatrice. ¡Esto era terriblemente desafortunado!

—No se preocupen. Pronto encontraré un gran pretendiente. —La señorita Browning extendió la mano y apoyó la suya sobre la mía, como si necesitara consuelo—. Y considérate bendecida que tu propio padre sea un vizconde rico, porque hay pocos caballeros que no desean un traje tan agradable.

Reconocí su comentario inapropiado con un fuerte movimiento de cabeza.

Lady Beatrice agitó su abanico con la muñeca y empujó una ráfaga de aire caliente hacia mí.

—¿Y cuándo regresará Lord Thorton de Francia, señorita Godwin?

—Creo que justo antes que comience la fiesta, en su casa de Branbury.

Ella sacudió su cabeza.

—Sigo pensando que es extraño que parta a mitad de la temporada, y nada menos que detenga un viaje al continente. Si no lo supiera mejor, pensaría que está tratando de escapar de algo.

—Pero la verdad es todo lo contrario. Su madre me ha asegurado que fue un último hurra, antes de sentar cabeza. —Escondí mi malestar.

La señorita Browning soltó una risita.

—¡Oh! ¡Qué pareja serán! Es el más guapo de los hombres. Y ser la esposa de un conde... —Ella soltó un suspiro soñador—. Realmente, usted es muy afortunada.

—Aún no estamos comprometidos, señorita Browning. —Sin embargo, incluso yo sabía que era solo cuestión de tiempo, antes que él se ofreciera por mí, y el orgullo me llenó. Lord Thorton era una elección ideal. Su propuesta, a diferencia de las demás que había recibido, era la que realmente la que deseaba obtener. No solo era un conde muy solicitado, sino que también era apuesto y confiable. Parecía lo suficientemente sabio como para no haber perdido su fortuna en el juego ni en malas inversiones, como habían hecho otros, y se decía que su propiedad era una de las mejores de Inglaterra. Pero lo más importante es que cuando me miró, sus ojos no estaban nublados por la emoción y el deseo. Más bien, él me observó como pocos hombres lo hacían, viendo a una mujer que cumplía con su lista de cualidades necesarias en una esposa y nada más. Sí, ¡tuve mucha suerte!

—¿Bella?

Mis ojos se posaron en la joven que se acercó a mí con una amplia y emocionada sonrisa, extendiéndose por sus sencillos rasgos. Observé su vestido de muselina y su cabello castaño sin adornos. Los rizos amontonados, a cada lado de su cabeza, acentuaban su rostro en forma de corazón hasta un punto poco favorecedor.

—Soy Arabella —dije secamente. Lady Beatrice y Miss Browning se ocultaron detrás de sus abanicos, y esos susurros apagados aumentaron mi impaciencia—. Pero aquellos, quienes no me conocen bien, me llaman señorita Godwin.

El rostro de la muchacha se volvió de color escarlata y su sonrisa se desvaneció.

—Perdóname. Supuse que me reconocerías.

Intenté ubicar su rostro. Apenas parecía tener edad suficiente para asistir a un baile, pero algo en ella me resultaba extrañamente familiar.

—Lo siento, pero no tengo ningún recuerdo... —Miré hacia la señorita Browning, que se había asomado por encima de su abanico. Parecía como si estuviera a punto de empezar otro ataque de risa, cuando volvió a levantar el ventilador. Cómo desearía que esta muchacha hogareña buscara compañía en otra parte. ¿Cómo había logrado siquiera obtener una invitación?

—Soy yo. —Los grandes ojos marrones de la joven me imploraron que la recordara—. ¡Ruth!

Mis piernas amenazaron con ceder debajo de mí.

—¿Ruth Seton?

Ella asintió y su exuberante sonrisa iluminó una vez más su rostro.

—Perdóname por no reconocerte, pero han pasado varios años desde la última vez que te vi. —Extendí la mano y ella juntó sus manos entre las mías, mostrando una imagen de la chica que una vez conocí—. ¡Cuánto has crecido!

—Y te ves exactamente como te imaginé, aunque tu cabello es un poco más dorado de lo que hubiera pensado. —Ella se acercó más, suspiró y observó el resto de mí—. Pero tus ojos son del mismo azul oscuro… ¡Debes ser la dama más bella de todo Londres!

Mi risa divertida no ahogó los resoplidos detrás de mí.

—Siempre fuiste alguien que exagera. —Solté sus manos y miré detrás de mí las expresiones ofendidas de nuestras espectadoras—. Lady Beatrice, señorita Browning, ¿puedo presentarles a la señorita Seton?

Bajaron aún más sus abanicos y ambas asintieron al unísono, mientras Ruth agitaba su mano de manera torpe.

—Ella era nuestra vecina en Fellerton, cuando yo era joven —dije, sintiendo una repentina necesidad de aclarar nuestra conexión.

—Bueno, entonces —expresó Lady Beatrice, agarrando el brazo de la señorita Browning—. No tenemos ningún deseo de impedir que ustedes dos se vuelvan a conocer.

Sin saber si sentí alivio o irritación por la pronta partida de esas dos mujeres, incliné la cabeza, a modo de despedida, muy consciente de las risitas hipócritas, que se arrastraban detrás de ellas, cuando nos dejaron.

—¿No es maravilloso que nos hayamos encontrado después de todos estos años? —La sonrisa de Ruth se hizo más amplia—. Solo desearía que Augustus estuviera aquí.

Me puse rígida al escuchar su nombre, pero ella no pareció darse cuenta. ¿Y por qué lo nombró? Ella no sabía la agonía que él me había causado.

—Estoy segura que apenas me creerá cuando le diga que te vi esta noche.

—Entonces, ¿tu primo no está aquí?

—No… Aborrece los bailes y nadie puede persuadirlo de lo contrario.

La tensión en mi cuerpo se alivió al saber que no me vería obligada a fingir una educada ignorancia al volver a verlo.

—Eso no me sorprende en lo más mínimo. Esto es demasiado restrictivo para él, me atrevería a decir.

—¡Qué bien lo conoces! —Ruth se rió.

Más bien, él me conocía bien a mí.

—Pero, ¿espero que él esté bien? —pregunté por educación.

—¡Oh, muy bien! Ha asumido el rol de patriarca de manera admirable desde la muerte de mi tío.

Extendí la mano y toqué su mano.

—¡Oh, Ruth! Lamento mucho saber de tu pérdida.

Su sonrisa disminuyó.

—Fue muy inesperado, pero lo estamos superando.

—Eso debe haber sido duro para todos ustedes. Sé lo mucho que lo querías, al igual que tus primos. —Incliné mi cabeza hacia un lado.

Ella asintió y sus ojos brillaron a la luz de las velas.

Miré a mi alrededor sin ningún deseo de hacerla llorar, en el baile de los Brimhall.

—¿Y entonces Augustus se ha establecido? —pregunté con tono de indiferencia, como si la respuesta no fuera a afectarme, porque ciertamente no debería conmoverme.

—Ciertamente, lo ha hecho —asintió Ruth.

Mi corazón dio un vuelco, ante su confirmación, a pesar que lo reprendía. Por supuesto, él ya debería estar casado. Habían pasado años desde la última vez que lo vi.

—La verdad… —dijo Ruth y siguió—, difícilmente creerás que alguna vez estuvo tan lleno de travesuras. Sin embargo, todavía se burla de nosotras de vez en cuando, y siempre nos alegra verlo.

Bajé la barbilla, sin saber si ella todavía estaba respondiendo mi pregunta, o si me había entendido mal por completo.

—¿Su esposa aprecia sus burlas?

Ruth ladeó la cabeza.

—Augustus no está casado. —Se llevó su mano a la boca—. ¡Oh! ¿Eso es lo que quisiste decir con establecerse? ¡Qué tonta fui! Por supuesto, que debí haberte entendido… No… él sigue siendo el más elegible, a pesar de ser el hombre más amable y guapo de todo Dorset. En realidad,

de toda Inglaterra.

Ella dejó de hablar por un momento.

—Aunque admito que probablemente mi opinión sobre el asunto sea sesgada.

No pude evitar una sonrisa, aunque no podía estar segura si era por la ridiculez de su declaración, o por la aclaración de la condición de soltero de Augustus.

—Tu primo siempre fue muy guapo —dije, sin querer admitir más—. ¿Y cómo disfrutas de Dorset? Escuché que el paisaje allí es bastante impresionante.

—¡Oh! Sí lo es. Cuando fui por primera vez a vivir con mis tíos, estaba segura que nunca podría llegar a amarlo, como amaba a Bath, pero… así fue. Y a ti también te encantaría estar allí.

Alguna vez deseé visitar Dorset más que cualquier otro lugar del mundo, pero eso fue hace años. Ahora no tenía el más mínimo deseo de poner un pie en el condado, y mucho menos estar cerca de Fairhaven, la preciada propiedad de Augustus.

—Tal vez lo haré.

—Arabella, querida. —Papá se puso a mi lado—. Tu madre me envió a ver cómo estabas.

Lo miré con una sonrisa, ansiosa para que se diera cuenta con quién estaba hablando. Sin embargo, él ya estaba mirando a Ruth con el rostro pálido y la boca abierta.

—¿Ruth? —Su voz susurrada era ronca y casi indistinguible.

Observé sus rasgos asombrados, completamente confundida sobre cómo él la había reconocido, cuando yo fallé en hacerlo.

Ruth le sonrió.

—Me sorprende que usted me haya reconocido, Lord Godwin.

Papá cerró los ojos y los abrió de nuevo, como si pensara que Ruth podría ser producto de su imaginación. Cuando confirmó que ella todavía estaba allí, su mirada volvió hacia mí.

—Es ella, papá —dije, riéndome y agarrándolo del brazo.

Él asintió lentamente.

—Es obvio. Se parece mucho a su madre, a su edad.

La expresión de Ruth se llenó de alegría.

—¿De verdad lo crees? Mi tía ha afirmado lo mismo, que le recuerdo a mamá, cuando mamá era más joven, y a menudo me he preguntado, si dice la verdad al respecto, o si simplemente quiere complacerme. Tengo su cabello y sus ojos marrones, de eso estoy segura, pero recuerdo que mamá era la mujer más hermosa que he conocido. Pero cuando me miro en un espejo, siento que soy bastante normal. —Las palabras de Ruth brotaron de ella, y nuevamente sentí que una sonrisa asomaba a mis labios sin el menor estímulo. Allí estaba la encantadora chica charlatana que yo tanto amaba.

Ruth inclinó la cabeza hacia un lado.

—No necesariamente lo considero algo malo, para ser clara, porque muchas veces me han dicho que una persona es más que su apariencia. —Miró de reojo y se acercó a nosotros, bajando el volumen de su voz y enderezando su cuerpo—. Pero, con toda honestidad, no me quejo si me consideran hermosa. Entonces, que digas que me parezco a mi madre Lord Godwin, es el mayor de los cumplidos, y lo agradezco de todo corazón.

—Entonces, quedo agradecido por el cumplido. —Los labios de papá se alzaron en una rara y amplia sonrisa, pero cuando me vio, disminuyó esa intensidad—. ¿Y con quién vino, Ru... perdóname, señorita Seton?

—Nuestros vecinos, los Whitmore. Es con quién nos quedaremos, mientras Augustus y yo estaremos en Londres… La señora Whitmore es prima hermana de Lady Brimhall, y los Brimhall fueron lo suficientemente generosos como para permitirme acompañarlos esta noche,

cuando les informaron de mi visita a la ciudad. Es mi primer baile, ¿saben? —Ella miró a su alrededor—. Todo es bastante abrumador, tanta gente vestida con sus mejores galas, y no creo haber visto tantas velas en toda mi vida, y mucho menos en un salón.

Papá y yo asentimos lentamente.

—Oh, sí, los Whitmore. Estaré feliz de presentárselos, si tan solo pudiera ubicarlos. —El rostro de Ruth se arrugó y se puso de puntillas, examinando el salón abarrotado—. ¡Oh! Deben estar aquí en alguna parte…

Papá parecía igualmente consciente de su falta de tacto en sus modales, antes que ella se agachara.

—Estoy segura que los encontraré a tiempo.

Papá miró por encima del hombro y sus ojos volvieron a Ruth con un destello de urgencia.

—Bueno, probablemente sea mejor que vaya a buscarlos de inmediato. Usted no quiere que se preocupen…

Observé el perfil inescrutable de papá, sin saber por qué diría lo último, en ese tono formal, cuando nos conocíamos bien. Además, no era como si los Brimhall celebraran funciones tan grandes, que alguien pudiera perderse por mucho tiempo entre la multitud.

La sonrisa de Ruth vaciló, ante la advertencia de papá, y miró hacia mí.

—No me gustaría que los Whitmore se preocuparan por mí, especialmente después de su amabilidad. Quizás debería ir a buscarlos.

Extendí la mano y tomé la de ella.

—Entonces, puedes irte. ¿Pero podemos tener un acuerdo de correspondencia, ahora que somos mayores y más capaces de tales cosas?

Su frente se arrugó momentáneamente, antes que su rostro se iluminara nuevamente.

—¡Oh, sí! Ahora que somos mayores y más capaces. Debería disfrutarlo y esto hará que nuestro adiós no parezca tan permanente.

Una sensación de alivio me invadió.

—Precisamente.

Papá se aclaró la garganta y Ruth inmediatamente soltó mi mano y retrocedió unos pasos.

—Adiós, Bella. Adiós, Lord Godwin.

Papá y yo bajamos la cabeza casi al unísono, y le ofrecí una sonrisa de despedida.

—Adiós.

La vimos desaparecer entre el salón lleno de gente.

—Pobrecita. Aunque la aprecio de todos modos, no puedo evitar pensar en cómo estaría, si su madre no hubiera muerto. Es evidente que el carácter tierno de su tía es demasiado indulgente para su naturaleza enérgica, porque rara vez he conocido a una dama tan descuidada en su educación. —Solté un suspiro.

Papá me miró con una expresión de dolor.

—¿Quién era esa patética criatura? —La voz de mamá me sobresaltó, pero papá volteó hacia ella con el rostro ahora enmascarado por la emoción.

—No estoy seguro. Parece que la joven confundió a Arabella con otra persona.

Mi cabeza retrocedió confusa y las sospechas de mi madre se trasladaron a mí.

—¿No la conocías, Arabella?

Sin saber por qué, seguí el ejemplo de papá y negué con la cabeza.

—No.

Su mirada se desvió hacia el lugar del salón abarrotado de donde Ruth acababa de salir.

—No entiendo por qué los Brimhall invitarían a semejante gentuza a uno de sus bailes.

Probablemente, no habría venido si hubiera sabido con quién nos veríamos obligados a hacer compañía esta noche. El señor Hall y su joven recién casada también están presentes.

Papá asintió.

—Bueno, querida, entonces es una suerte que no debamos permanecer en compañía tan ofensiva ni un momento más. —La atención de mamá volvió a centrarse en papá, mientras él hacía un breve movimiento con la cabeza en mi dirección—. Arabella mencionó que le duele la cabeza y le aseguré que no nos molestaría en absoluto regresar a casa sin demora.

Mi madre examinó mis rasgos con escepticismo.

—Me parece que Arabella está perfectamente bien.

Me llevé una mano a la sien y el instinto me empujó a aceptar el engaño de papá.

—El dolor de cabeza apenas comienza. Pero las manchas en mi visión son cada vez más grandes y temo que pronto me desmayaré. —Miré a mi alrededor, examinando las muchas caras que nos rodeaban—. No quiero desmayarme delante de toda esta gente.

No había nada que a mamá le disgustara más que un alboroto y, después de un breve momento, soltó un pequeño resoplido.

—Muy bien. Pero, como estás tan enferma, Arabella, deberás quedarte en cama durante todo el día de mañana. Y eso incluye perderte el teatro.

Mi madre siempre supo exactamente qué consecuencias poner sobre mí. Pero cuando miré a papá, era evidente que había una razón para su artimaña, a pesar que yo no lo sabía.

—Entonces, sigamos nuestro camino.

Capítulo dos

El reloj sobre la repisa de la chimenea marcaba el ritmo más tedioso en la sala de estar vacía. Cada clic marcaba el paso de otro segundo irrecuperable de mi vida, y un momento menos que tenía hasta nuestra inminente partida hacia Sandson Hall. Me dejé caer en mi regazo y miré el pequeño reloj burlándose de mí, como si esto fuera algo bueno. No lo era.

—Ahí estás, Arabella. —El tono estridente de la voz de mi madre llamó mi atención. Apenas me había dirigido una palabra desde el baile, aunque rápidamente preferí el silencio de los últimos días al brillo iracundo en su mirada concentrada.

Respiré para tranquilizarme, intentando no revelarle nada.

—No me di cuenta que me estabas buscando.

Su mandíbula se endureció, mientras se movía hacia la ventana, colocándose de espaldas a mí.

—Sé que eres consciente del motivo de mi enfado, por lo que no es necesario que actúes como inocente.

Mi mirada se posó en la rosa color crema que yo había estado bordando, y el miedo palpitaba a través de mí. Debía haber descubierto la verdad sobre nuestro encuentro con Ruth. No era de extrañar que estuviera furiosa. Abrí la boca para ofrecer una disculpa.

—Priscilla estará muy disgustada. —Mi madre sacudió la cabeza con incredulidad—. Sin mencionar que el momento de todo esto es muy desconsiderado.

Cerré los labios, incapaz de encontrar una correlación entre el momento de nuestro encuentro casual con Ruth y su efecto en la tía Priscilla. ¿Podría estar refiriéndose a algo completamente distinto? Necesitaba andar con más precaución.

Mi madre giró la cabeza hacia mí.

—¿Qué tienes que decir?

—La verdad es que no estoy segura de qué estás hablando.

—¿Los Leavitt?

Intenté no acobardarme, ante la intensidad de su mirada, mientras ella caminaba hacia mí.

—¿Qué hay de ellos? —Para mi gran alivio, realmente no tenía idea qué tenían que ver los primos de papá con todo esto.

Mi madre se inclinó sobre mí, me agarró del brazo y sus dedos fríos y afilados tocaron mi piel. Sus ojos se clavaron en mí, buscando en mis rasgos cualquier indicio de engaño. Después de lo que pareció una eternidad, su agarre se aflojó.

—¿De verdad no lo sabes?

—¿Saber qué exactamente?

Mi madre soltó la mano de mi brazo y se enderezó.

—Tu padre ha decidido enviarte a casa de los Leavitt, durante las próximas semanas, en lugar de permitirte que estés con nosotros en Sandson Hall.

—¿Con los primos de papá? —Mi corazón dio un vuelco cuando mi madre asintió enérgicamente—. Pero, estamos listos para partir en cualquier momento hacia Sandson.

—Lo sé. —El disgusto cubrió sus palabras, como si hubiera confundido mi asombro con un malestar igual al suyo—. Estoy en total desacuerdo con este acuerdo, pero tu padre no quiere escuchar una palabra al respecto.

Tragué, con cuidado de no parecer demasiado entusiasmada por la feliz noticia. En verdad,

si la revelación hubiera llegado, en cualquier otro momento, habría pensado que estaba lejos de ser ideal, pero sabiendo que la compañía de los Leavitt podría ser más fácil de soportar que la que encontraría en Sandson Hall, me vi obligada a considerarme muy afortunada. Sin duda, esta tenía que ser la recompensa de papá por mi silencio respecto a Ruth y su falta de voluntad para hablarme de esto: aceptar una invitación de última hora para liberarme de las garras de mi madre y mi tía Priscilla.

Mi madre me estaba mirando, mientras salía de mis pensamientos. En un intento de parecer más disgustada por la noticia, dejé caer los hombros y solté una pequeña bocanada de aire.

—¿Pero qué haré en casa de los Leavitt durante tanto tiempo?

Mi madre se sentó en el extremo opuesto del sofá.

—Actuarás como acompañante de la señora Leavitt. Al parecer, el señor Leavitt cree que tu espíritu alegre será lo justo para mejorar la enfermedad de su esposa.

Me concentré en la muestra de bordado que tenía en el regazo, negándome a tomar en serio el tono dudoso de mi madre.

—¿Y entonces debo ir a Branbury directamente desde casa de los Leavitt?

La exhalación que lanzó mi madre sonó más como un silbido.

—Sí. Parece que eso es lo que pretende tu padre.

Asentí lentamente, dándome cuenta que este acontecimiento providencial me podría ser arrebatado tan rápido como me lo habían dado.

—Pero, ¿no te opones a que yo vaya?

—¡Por supuesto que me opongo! —El tono estridente alteró la voz de mi madre—. Pero, como ya he dicho, Charles no me escuchará sobre este asunto, a pesar de mis razones. Como si alguna vez me hubiera dictado tus arreglos sociales. Es muy propio de él y es absolutamente exasperante.

—La señora Leavitt debe estar realmente melancólica para que papá esté tan decidido.

—Sí. Supongo que debe ser así. Aunque su momento es muy inconveniente, al igual que la falta de previsión del señor Leavitt al no llamar a otra pariente joven para animarla. Una menos propensa que tú a recibir invitaciones. —Mi madre resopló.

Pensé en mencionar que Sandson Hall no contaba como una invitación digna de mención, pero me mordí la lengua y permití que se estableciera el silencio. No me arriesgaría a enfrentarme a su temperamento ni a perder mi libertad.

—Al menos Charles tiene razón en un aspecto: tu continua ausencia de Londres garantizará que no alentarás al azar a más pretendientes, mientras Lord Thorton esté fuera.

Se me hizo un nudo en la garganta al pensar en papá diciendo tal cosa. Seguramente, solo lo mencionó en un intento de apaciguar a mamá. ¿No fue así?

Mirándome, los labios de mi madre se curvaron en los bordes y me maldije por no ocultar mejor mi dilema.

—Al menos me siento aliviada al descubrir que no estabas al tanto del acuerdo, como me había asegurado Charles. —Los ojos de mi madre se movieron entre los míos—. Pensar que cualquiera de ustedes me engañaría voluntariamente sería imperdonable.

Muy lentamente, solté el aire que no me había dado cuenta que estaba reteniendo.

—No sabía nada de la invitación de los Leavitt.

Un ligero golpe sonó en la puerta, robándonos la atención de ambos.

Mi madre se puso de pie.

—¿Sí, Harriston?

El mayordomo hizo una leve inclinación de su cabeza.

—El carruaje está listo para usted, milady.

—¿Y ya han metido los baúles de mi hija adentro?

Harriston inclinó la barbilla hacia abajo.

—Los están trasladando ahora.

—¿Pretendes recogerme cuando su trabajo aún no está completo?

—Perdóneme, milady. —Él hizo una pequeña reverencia.

Mi madre se limitó a negar con la cabeza.

—Estos sirvientes de la ciudad son completamente negligentes.

Calmé mi lengua, sin querer arriesgarme a provocar más a mi madre, sin embargo, su perspicaz mirada volvió hacia mí.

—Bueno, asegúrate de llegar a Branbury, a tiempo, para vestirte para la cena el primer día de julio. —Se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo y me miró—. Debes darte cuenta que Lord Thorton es probablemente tu última oportunidad en un combate de este calibre. ¡No lo olvides!

Colocando mi bordado en la mesa auxiliar, me puse de pie y le repliqué:

—Sé lo que se espera de mí.

Mi madre me escudriñó por última vez.

—Ciertamente, espero que así sea ahora. —Sin decir más, ella salió de la sala.

Me tomé un momento para recomponerme. Cuando papá pasó por la puerta, indicándome que los acompañara, en el vestíbulo de entrada, lo seguí obedientemente.

Mi madre se puso los guantes.

—Estoy decidida a retrasar mi partida para al menos poder despedir a Arabella.

Papá apenas pareció afectado por su amenaza.

—No harás tal cosa. Soy más que capaz de encargarme de esa tarea.

—Creo que a menudo tenemos opiniones diferentes, aunque últimamente la mía no parece importar. —Mi madre sacudió la cabeza y agarró su bolso—. No fingiré que nos separamos en buenos términos.

—Sin embargo, te imploro que lo disfrutes. —Papá parecía poco sincero—. Teniendo en cuenta la lista de invitados, estoy seguro que la ausencia de Arabella te permitirá disfrutar más plenamente de tu estancia en Sandson Hall.

Mi madre frunció los labios y levantó la barbilla, acercándose a la puerta abierta.

—Adiós, Arabella. Charles.

—Adiós madre. —Avancé por la puerta, detrás de ella, todavía en shock, ya que ella subiría al carruaje que esperaba sin mí.

—Adiós, querida —murmuró papá, poniéndose detrás de mí. Observamos en silencio, mientras el carruaje se iba calle abajo.

—Papá, quiero... —Miré por encima del hombro, solo para descubrir que ya no estaba allí. Al regresar apresuradamente al vestíbulo de entrada, vi su figura alejándose—. ¿Papá?

Se detuvo y muy lentamente volteó hacia mí.

A pesar de mi visible decepción, no dejaría pasar esta oportunidad, no después de todos mis inútiles intentos de obtener una audiencia privada con él durante los últimos días.

—Quiero agradecerte por permitirme visitar a los Leavitt. Sé que a mamá no le gustó tu interferencia, pero, igualmente, te lo agradezco.

Él asintió levemente en reconocimiento y nuevamente giró para irse.

—Además —lo llamé, obligándolo a deja de caminar por segunda vez—. Esperaba que pudieras ofrecerme una explicación de por qué no debíamos mencionarle a Ruth, a mamá.

Papá bajó la barbilla y se frotó el puente de la nariz, como si la mera pregunta lo agotara.

—Eso es complicado, Arabella.

—Pero, ¿no es razonable que me informes de la situación, antes de comenzar a escribirle a ella?

Sus ojos se dirigieron a los míos.

—No puedo decir más… He jurado que no hablaría de los Seton y no soy más que un hombre de palabra. —Hizo una pausa, reflejando una indecisión evidente en sus rasgos—. Es por eso que debo permitir esto.

—¿Te refieres a nuestra correspondencia?

—No… No es eso. Aunque si le escribes a Ruth, ten cuidado y asegúrate que tu madre no intercepte tus cartas.

Asentí distraídamente, mis pensamientos todavía estaban en su declaración anterior.

—Si no es eso, papá, entonces, ¿qué es?

Su mirada fulminante me silenció.

—¡No hagas que me arrepienta de mi interferencia al mantenerte alejada de Sandson Hall!

Tragué. Me había acostumbrado a la actitud distante de papá, pero no a que su ira se dirigiera hacia mí.

—Perdóname…

Él consideró esto brevemente y luego sacudió la cabeza.

—Ahora —expresó con una voz más suave—. Ve a buscar alguna manera de entretenerte. Tengo trabajo que atender.

Incluso después que papá desapareció en su estudio y cerró la puerta detrás de él, no pude convencerme de moverme. ¿Por qué papá fue tan duro conmigo? ¿Y por qué juró no hablar de los Seton? Siempre supuse que mis padres eran amigos de la pareja, tal como yo lo había sido de su hija. Pero mis recuerdos eran tan vagos que ya casi no me sentía segura de nada. Con una última mirada a la puerta cerrada del estudio de papá, regresé desilusionada a la sala de estar.

* * *

Estaba increíblemente aburrida. Papá había pasado solo el resto del día, después de la partida de mamá en Westminster, y yo no había dicho una palabra a otra persona, aparte de nuestra ama de llaves y Leah, la criada de mi madre, en casi veinticuatro horas.

Mi mente inquieta parecía incapaz de bordar, así que coloqué mi tela, a mi lado, en el sofá y escudriñé el cuadro sobre la chimenea. Nunca me gustó esa pieza. Era de la orilla del mar (aunque esa no era la parte que me desagradaba) con un barco pintado al fondo navegando. Siempre me dejó una sensación inquietante, como si me estuvieran dejando atrás en un lugar en el que nunca había estado.

Un golpe interrumpió mi reflexión. La puerta se abrió y Leah entró.

—¿Sí?

—Su padre desea hablar con usted en el salón. Dijo que el conductor debe llegar en cualquier momento.

—Gracias al Cielo —murmuré, poniéndome de pie—. Asegúrate de tomar mi muestra y los dos libros en mi escritorio.

—Sí, señorita. —Leah ya estaba en movimiento, cuando salí de la habitación.

La puerta del salón estaba abierta. Entré y encontré a papá leyendo el periódico en su sillón con respaldo de orejas. Observé su postura relajada y eso me tranquilizó.

—Buenos días, papá.

Él levantó la vista de su periódico.

—Pensé que podrías disfrutar de una taza de té, antes de tu viaje.

Mis ojos se posaron en la bandeja del té.

—¡Qué considerado de tu parte! ¿Puedo servirte una taza también?

Él asintió y me entregó la llave que mi madre normalmente guardaba, dobló un papel y lo colocó en su regazo.

Me acerqué a la cómoda del té y abrí el cajón superior, recuperé algunas hojas y lo cerré.

—¿Prefieres limón o leche?

—Limón.

La mirada de papá permaneció fija en mí, mientras yo preparaba su taza.

—¿Y cómo estuvo tu día en Westminster? —pregunté, un poco cohibida bajo su continuo escrutinio.

—Los Leavitt han escrito —dijo papá abruptamente sin hacer caso de mi pregunta.

Levanté la ceja.

—¿Oh? —Le entregué con cuidado su té.

—Parece que la señora Leavitt no se encuentra lo suficientemente bien como para viajar a Dorset, en este momento.

Mi pecho se apretó y tomé asiento con mi propia taza en la mano.

—Pero Leah dijo que el conductor estará aquí en cualquier momento para atenderme.

—Sí... bueno... te he asegurado otra invitación por el momento.

—¿Otra invitación? —Intenté ocultar mi desconcierto—. ¿A dónde?

Papá sacó su reloj de bolsillo y lo analizó detenidamente.

—¿Papá?

Cuando él levantó los ojos, hubo un parpadeo peculiar que me dejó inquieta. Me llevé la taza de té a los labios, esperando que esto calmara el repentino revuelo en mi estómago.

Un golpe rompió el silencio y Harriston entró.

—Milord, el señor Brundage y la señorita Seton han llegado.

Mi mirada se dirigió a papá tan rápido que el líquido tibio que estaba intentando tragar fue inhalado. Intenté respirar, pero el intento fue en vano y un ataque de tos se apoderó de mí.

—¿Estás bien, Arabella? —preguntó papá.

Tuve el suficiente sentido común como para asentir.

—¿Se está ahogando? —La voz de Ruth solo aumentó mi estado de pavor, al darme cuenta que ella y Augustus habían entrado en el salón.

Papá se puso de pie y se dirigió hacia mí.

—Creo que acaba de tragar mal.

Levanté una mano hacia él, indicándole que se detuviera.

—Un momento —dije con voz ronca, levantándome y tambaleándome hacia la ventana. Mi tos continuaba y mi pecho ardía, haciéndome imposible corregir el ritmo de mi respiración.

—Levanta tus brazos. —La voz de Augustus era humillantemente cercana y me negué a mirar en su dirección. Después de ocho años sin siquiera una palabra de él, que me encontrara en tal situación era demasiado sufrimiento.

—Estoy... bueno —dije, tosiendo una y otra vez.

—Sigues siendo igual de testaruda, por lo que veo. —Había diversión en su voz.

Contemplé perforarlo con un ceño fruncido por burlarse de mí, en mi angustia, pero no serviría a mi propósito con una cara enrojecida y lágrimas corriendo por mis mejillas. Finalmente, por pura desesperación, levanté los brazos a la altura de los hombros. Augustus se puso detrás de mí y me agarró las muñecas, levantándolas hasta que estuvieron rectas sobre mi

cabeza. Aunque su proximidad hizo poco para aliviarme, en unos momentos, mi tos cesó y, poco a poco, mi respiración se fue regularizando.

Sin decir una palabra, él soltó mis muñecas.

Bajé las manos para secarme los ojos, sin querer levantar la mirada hacia la suya.

—Gracias.

Papá dio una fuerte palmada.

—Bien hecho. Tendré que recordar ese truco.

Augustus disipó el calor que envolvía mi espalda, moviéndose a una distancia más adecuada.

—Mi padre siempre afirmó que levantar los brazos por encima de la cabeza abre la cavidad torácica para permitir que entre más aire. Aunque no estoy seguro de la verdad, siempre parece funcionar.

—Bueno, me alegra que hayas pensado en ello. —Ruth se acercó a mi lado—. ¡Fue terriblemente aterrador presenciar eso! Y pensar que si él no hubiera estado aquí… quién sabe qué podría haber pasado.

Me enderecé exasperada.

—Un momento o dos más y podría haberme enderezado. —Compensé el calor, que ahora se acumulaba en mis mejillas, ofreciendo una risa tensa.

Ruth asintió, aunque era obvio que no estaba convencida.

Sin pensar, miré a Augustus. Casi me quedé sin aliento por segunda vez, ante el hombre que estaba frente a mí. ¡Qué alto era ahora! Aunque estaba segura que Lord Thorton era más alto aún. Ese cabello se había vuelto más oscuro, de un suave marrón dorado que casi combinaba con los matices de su piel bronceada. Pero sus ojos color miel eran los mismos, al igual que su sonrisa deliciosamente irritante.

—Después de ocho años, ¿cómo se siente reaparecer de repente y ser considerado mi héroe, señor Brundage?

Él solo se rió, pero el sonido familiar, aunque ahora más profundo, de alguna manera me tranquilizó. No. ¡No podía confiar en él! No después de su negligencia. Fortalecí el muro alrededor de mi corazón, asegurándome que sería impenetrable a sus falsos encantos.

—¿Puedes creer que después de todo este tiempo estamos juntos de nuevo? —La pregunta de Ruth me sacó de mis pensamientos—. Lo pasaremos muy bien estas próximas semanas.

Se me hizo un nudo en el estómago y miré hacia papá.

—La invitación de la que te estaba hablando es a Fairhaven. —La culpa brilló en sus ojos.

¿Fairhaven? ¿Me había pedido una invitación para ir a Fairhaven? Una gran cantidad de emociones me invadieron, pero no tenía el tiempo ni la capacidad para analizarlas.

—Parecía una alternativa factible, después que tú y la señorita Seton discutieran su deseo mutuo de volver a relacionarse, durante el baile de Lord y Lady Brimhall.

Mi boca quedó abierta y no pude convencerla que se cerrara. ¿Qué podría impulsar a papá a hacer algo tan absolutamente insolente? ¿Qué debía pensar Augustus? ¿Habría asumido que yo había sido la instigadora de la invitación? Augustus estaba de pie con una expresión de absoluta confusión, en su rostro, lo cual confirmó mi dilema. Esto no serviría de nada. ¡Tenía que decir algo!

—Señor Brundage, creo que le debemos una disculpa. No es papá quien normalmente se ocupa de mis asuntos sociales, y creo que es bastante obvio que desconoce los protocolos. —Envié una mirada correctiva a papá, a quien pareció importarle poco mi corrección pública—. Una cosa es pedir una invitación a familiares o amigos queridos, pero otra muy distinta es pedirla

a un viejo conocido.

Augustus no se inmutó ante mi afrenta.

—No es necesario que se disculpe. Aunque admito que me sorprendió recibir la misiva de Lord Godwin, le aseguré que estamos dispuestos a atenderla.

Mi corazón dio un vuelco, ante la mediocre seguridad de Augustus, y lo reprendí por traicionarme tan rápidamente. Precisamente, ese era el recordatorio que él necesitaba.

—Odio decepcionar a alguien, pero no estoy segura que Fairhaven sea la mejor situación para mí en este momento.

Ruth tomó mi mano entre las suyas.

—Por favor, no nos rechaces ahora. Estoy totalmente decidida. Además, ya hemos avisado de tu llegada a tía Marina y hemos alquilado una silla de posta más grande para nuestros viajes. —Sus súplicas tiraron del pedazo de mi corazón que todavía tenía.

—Ruth, quiero estar contigo. Yo simplemente... —Mi voz se quebró y no pude terminar bajo la inquebrantable consideración de Augustus.

Papá se aclaró la garganta.

—Bueno, Arabella, me temo que debes tomar una decisión. —Ahora, él usó su voz de político—. Tengo asuntos que atender y pronto dejaré mi deber como acompañante. Si prefieres ir donde tu madre y a tu tía Priscilla, puedo contratar un conductor en una hora.

Miré a Augustus y un lado de su boca se alzó en una media sonrisa incierta. Sin duda, la compañía de Augustus era preferible a la que encontraría en Sandson Hall. Realmente, ¿era así? Después de todo el dolor que había soportado, esto apenas me hacía sentir segura.

—¿Entonces a Sandson? —dijo papá, dando un paso impaciente hacia adelante.

Incluso el nombre me irritaba el alma.

—No —dije suavemente, sosteniendo su mirada—. Si el señor Brundage está seguro que puede tolerarme por un tiempo, aceptaré su invitación.

El grito de alegría de Ruth me obligó a ignorar la expresión de satisfacción de papá, mientras que al mismo tiempo soportaba la fuerza de sus brazos, que me rodeaban.

—No te arrepentirás —expresó en un tono apenas distinguible—. Será exactamente como solía ser antes.

¡Esto no podía ser así! Sin embargo, no era el momento de decir esas cosas. Permitiendo el gesto indecoroso solo el tiempo necesario, puse mis manos sobre sus brazos y me retiré, como si la estuviera admirando.

—Estoy segura que lo pasaremos muy bien.

—Ahora que está decidido, será mejor que sigas tu camino. —Papá dio un paso adelante con una mano extendida hacia Augustus—. Fue un placer volver a verlo, señor Brundage. Por favor, envíe nuestros saludos a su madre y nuestro más sentido pésame a toda su familia por su pérdida.

Augustus estrechó firmemente la mano de papá.

—Lo haré. Gracias milord.

Analicé el carácter de papá. ¿Cómo se enteró del fallecimiento del señor Brundage? No estaba allí cuando Ruth habló de ello en el baile. ¿Podría ser que Augustus lo hubiera mencionado en su respuesta a la misiva de papá?

La mano agitada de Ruth me devolvió al presente.

—Adiós, Lord Godwin. Creo que siempre estaré en deuda con usted por permitir que Bella nos visite. —Ella me miró con una sonrisa vertiginosa en sus labios—. Todavía no puedo creer que sea verdad. Aunque estamos aquí, en este mismo momento, estoy esperando despertar, y

darme cuenta que todo fue un sueño.

Papá le devolvió la sonrisa, pero su rostro estaba teñido de tristeza.

—Bueno, me encantó complacerla esta vez. —Con una última mirada prolongada, se acercó a mí.

—Diviértete, cariño —dijo, antes de inclinarse para darme un beso en la mejilla. Se detuvo junto a mi oreja y pensé que quería decir algo, sin embargo, luego se apartó.

Mis ojos buscaron los suyos, pero fuera lo que fuera, él ya lo había escondido.

—Cuídate, papá.

—Tú también —asintió apresuradamente, una vez más, antes de salir del salón.

Inhalando profundamente, miré a los demás.

—No debes parecer tan preocupada —dijo Ruth, incapaz de ocultar su emoción—. ¡Te encantará Fairhaven!

Forcé una sonrisa temblorosa y di un paso adelante.

—¿Nos vamos entonces?

—¡Oh! Sí. —Ruth saltó hacia la puerta, a paso acelerado. Miró por encima del hombro en el umbral para asegurarse que la estaba siguiendo, y di unos pasos apresurados para alcanzarla.

Cuando Ruth desapareció, Augustus se aclaró la garganta detrás de mí.

—Bella.

Me quedé quieta, ante mi nombre en sus labios.

—Señor Brundage, usted no debe llamarme así. —Vacilantemente, di la vuelta hacia él—. Ya no somos niños y, dado que no hemos conservado nuestra amistad en los últimos años, será más apropiado si usamos el lenguaje formal.

El dolor que reflejaba su expresión retorció mi conciencia, pero, ¿qué más podía esperar? Era la verdad y tampoco era mi culpa.

—Perdóneme, señorita Godwin —dijo, enmendando su error—. Simplemente quiero que usted sepa que supuse que estaba al tanto de nuestra invitación. De lo contrario, no me habría atrevido a venir.

—No tengo ninguna duda de eso —dije con un cinismo filtrándose en mi voz, a pesar de mis mejores esfuerzos.

Augustus dejó escapar un profundo suspiro.

—Bueno, todavía no es demasiado tarde para cambiar de opinión. Sé que usted no desea decepcionar a Ruth, pero ella llegará a comprenderla.

—Si no quisiera venir, no habría aceptado. —Hice una pausa, sin estar segura de querer hacer la pregunta que surgía en mi mente—. ¿A menos que sea su preferencia, me quedo atrás?

Él dudó.

—No. No creo que lo sea.

Levanté las cejas.

—Esto es muy tranquilizador.

Su risa me siguió, mientras comenzaba a avanzar de nuevo.

—¿Señor Brundage? —Mientras lo enfrentaba, mi corazón intentó alojarse en mi garganta, debido a sus ridículos latidos. Tragué, pero este bulto solo se alojó más firmemente—. Tu familia no está al tanto de lo que ocurrió entre nosotros, justo antes que se fuera de Bath, ¿cierto?

Las comisuras de su boca se torcieron.

—¿Qué pasó exactamente entre nosotros, señorita Godwin?

Todo mi cuerpo se calentó y mi cara se sonrojó por su aparente diversión.

—Usted sabe muy bien qué...

—¿Vienen ustedes dos? —Ruth retrocedió desde la puerta. Yo me sobresalté y me puse una mano en el pecho—. ¿Pasa algo, Bella?

Empecé a aclararme la garganta.

—No. De ninguna manera.

La mirada de Ruth se posó en Augustus y su sonrisa desvergonzada.

—Perdóname, si te interrumpí. Pensé que ustedes dos estaban justo detrás de mí, así que no hablaba interminablemente con nadie más que con el mayordomo. —Miró detrás de ella hacia el vestíbulo de entrada—. Y con una de las criadas.

Entré con Ruth a través del umbral.

—¿Qué estabas diciendo?

—¡Oh! Nada realmente. —Ella golpeó el aire entre nosotras—. Simplemente, estaba hablando de nuevo. Ya sabes que tengo tendencia a esas cosas.

Miré a Ruth, repentinamente abrumada por la comprensión que ella estaba aquí conmigo. La agarré del brazo sin querer ocultar mi alegría.

—Adoro tus palabras —le dije, acercándola.

—Me siento aliviada de escucharlo. Aunque debes prometerme informarme si tu opinión cambia sobre este asunto.

—¡Qué cosas tienes que decir! Como si algún día pudiera cansarme de ti. —Noté a Leah esperando mis instrucciones en el escalón más bajo—. ¡Vamos! Leah.

—Sí, señorita. —Ella se movió para dar un paso, poniéndose de pie con un ruido sordo, aparentemente olvidándose de la escalera entre ella y el nivel del suelo.

—¡Cuidado! —Augustus extendió la mano para sostenerla por el brazo, mientras ella se tambaleaba hacia adelante.

Sus mejillas ardieron al ver el hermoso rostro de Augustus.

—Perdóneme, señor.

Augustus le hizo un gesto para que siguiera adelante.

—Todos cometemos un error de vez en cuando.

El hermoso color rosado de sus mejillas instantáneamente me hizo arrepentirme de la reciente contratación de mi madre. No había necesidad de tener una muchacha tan joven y bonita como criada.

—¡Date prisa! Leah —dije, incapaz de frenar la dureza de mi voz—. Y tenga más cuidado. Usted no me servirá de nada, si se rompe un brazo.

Casi hice una mueca por lo mucho que me había parecido a mi madre.

Los hombros de Leah se hundieron y sus ojos cayeron al suelo, antes de salir corriendo por la puerta delante de mí.

Ofrecí a mis curiosos espectadores una sonrisa tensa, sabiendo que no me haría ningún bien parecer angustiada por mi reacción exagerada.

—¿Vamos?

Con solo un toque de vacilación, Ruth cruzó la puerta, pero Augustus miró detrás de él, en la dirección donde papá había desaparecido.

—Supongo que debemos hacerlo.

Capítulo tres

Miré a mi alrededor, buscando el caballo de Augustus, desesperada por descubrir si estaba ensillado y esperando cerca. Sin embargo, no había ningún caballo.

—¿No tiene intención de montar, señor Brundage?

Él se puso a mi lado, pero no me miró.

—No traje un caballo a la ciudad. Espero que no sea desagradable que yo también viaje en el carruaje. —Sus palabras fueron bastante amistosas, pero su tono era distante, cuando me ofreció su mano para ayudarme a entrar.

Se me hizo un nudo en el estómago al pensar en pasar horas en su compañía, especialmente después de mi crueldad hacia Leah.

—No es nada desagradable. —Puse ligeramente mi mano en la suya, antes de subir al carruaje. Cuando me liberé de él, rocé mis dedos contra mi vestido de viaje para disipar la sensación de su toque, y tomé asiento al otro lado de Leah. Pensé en sonreírle, pero ella no levantó la vista.

—¿No es un día muy agradable para viajar? —preguntó Ruth, agachando la cabeza, mientras entraba al carruaje—. Admito que tengo una pequeña inclinación a preocuparme, y pensé en todas las formas en que nuestros viajes podrían verse arruinados, pero empiezo a creer que me inquieto mucho en vano.

¿No se había dado cuenta todavía de las intenciones de su primo de viajar con nosotras, tal como yo lo había deducido?

Ruth recogió las faldas detrás de ella, y se colocó en el asiento orientado hacia atrás junto a Leah.

—Con suerte, mañana será igualmente amigable durante el resto de nuestro viaje.

Le di unas palmaditas al asiento a mi lado.

—¿No quieres sentarte aquí?

—Lo haría —dijo, luciendo un poco avergonzada—. Pero, temo que mi estómago prefiere que mire hacia atrás. Sé que es extraño, pero supongo que es a lo que me acostumbré con los años, y ahora no puedo convencer a mi cuerpo de lo contrario.

No tenía nada que ofrecer excepto un asentimiento poco entusiasta, antes de enfocarme en la ventana más cercana a mí. Me estremecí al pensar qué diría mi madre, si fuera testigo de cómo un caballero sin parentesco se sentaba a mi lado... y sin una acompañante adecuada presente. Pero claro, yo no estaría aquí en absoluto, si mamá hubiera sabido de la invitación forzada de papá para que visitara Fairhaven.

El carruaje se movió, bajo el peso de Augustus, y sentí que se movía a mi lado. La cabina, de tamaño decente, ahora parecía exasperantemente pequeña, cuando él cerró la puerta y dio dos golpecitos distintos en el techo. Con la sacudida inicial del carruaje, recordándome lo que acababa de aceptar, intenté respirar para calmarme. El aire estaba estancado y pesado.

—Y tú —comenzó Ruth, y la miré, antes de darme cuenta que ella estaba hablando con Leah—. ¿Debes ser la criada de Bella? Leah, ¿cierto?

Leah me lanzó una mirada vacilante y yo le di un leve gesto de permiso.

—Sí, señorita.

—¿Eres de Londres?

—No, Somerset. —Leah no ofreció más.

—¿Somerset? Por supuesto, cerca de Bath. Pasé mi infancia allí. ¡Ay! Cómo lo extraño. Aunque debo decir que probablemente amarás Dorset tanto si te lo permites. ¡Es hermoso! Más allá de toda descripción… Y hay algunos senderos fantásticos cerca de Fairhaven, que debes tomar, ya que no hay mejor manera de ver los alrededores que explorando. ¿No estás de acuerdo?

Leah asintió lentamente y me miró. Su expresión claramente me suplicaba que interviniera. Una cosa era que te obligaran a viajar, dentro de un carruaje, con la señora y sus amigos, pero otra muy distinta era que te trataran como si fueras una de ellos. ¡Pobre muchacha!

—¡Qué cansada te ves, Leah! —dije, ansiosa por enmendar el ataque que me había dado al salir. Incliné la cabeza hacia un lado y la examiné—. Debes estar exhausta por todos tus trabajos para tener todo listo tan temprano. ¿Te importaría descansar un rato?

Leah solo tardó un momento en darse cuenta de la liberación que le había concedido.

—Gracias señorita. Creo que puedo dormir todo el día. —Apoyándose en el costado del carruaje, cerró los ojos.

La mirada de Augustus se dirigió hacia mí, pero fingí no darme cuenta.

—Las casas en esta parte de Mayfair son bastante grandes. —Ruth volvió a mirar por la ventana con las manos apoyadas en el alféizar poco profundo, contemplando la escena que pasaba.

—¿Está tu casa cerca? —Intenté no sentirme cohibida, mientras Augustus me escuchaba.

Ruth se movió en su asiento para mirarme más completamente.

—¡Oh! Pero, no tenemos una casa en la ciudad. Nos hemos alojado con los Whitmore unas calles más allá. La señora Whitmore tiene una hija, Candace, que está a punto de cumplir veintiún años. Solo es un año mayor que yo. —Ella se iluminó—. Y solo unos meses más joven que tú. ¿Recuerdas que la mencioné en el baile?

—Recuerdo que mencionaste el nombre Whitmore. —Hice una pequeña pausa, intentando evitar que los celos alteraran mi voz—. Aunque no me di cuenta que tenían una hija de nuestra edad.

—¡Oh! Sí. Y ella es la persona más encantadora del mundo. ¿No es así, Augustus? —Me negué a mirarlo, pero los ojos de Ruth bailaron cuando volvieron a mí, prueba que Augustus no había refutado su afirmación—. La amarás tan fácilmente como yo. Estoy segura de ello.

—Entonces, esperaré con ansias la presentación.

—Me sorprende que aún no se conozcan, ya que esta fue su segunda temporada.

Junté las manos en el regazo, sin saber cómo explicar, sobre todo bajo la atenta mirada de Augustus, que habría conocido a la señorita Whitmore, si nos hubiésemos movido en los mismos círculos sociales. No lo hicimos. Es cierto que ambas asistimos al baile de Lord y Lady Brimhall, pero eso probablemente fue una anomalía, considerando que los Whitmore no habían sido invitados por sus propios méritos sino como parientes. Sin embargo, no podía decir tanto sin dar aires de mi estatus superior, y no tenía ningún deseo de hacer que Ruth, o incluso Augustus, se sintieran como de menor categoría.

—Probablemente, la gran cantidad de señoritas durante la temporada impidió que nos encontráramos.

—¿Hay tantas así?

—¡Oh, sí! Cientos entre la alta sociedad.

—Me imaginaba mucho menos, pero supongo que no lo sabía porque no he tenido una temporada. —Ruth arqueó la ceja.

—¿No es por eso que estabas en la ciudad? —Incliné la cabeza.

—No. Bueno, obviamente íbamos a participar en una pequeña parte, pero ese no era nuestro propósito al venir a Londres. Augustus tenía asuntos que atender, así que me trajo, sabiendo cuánto ansiaba visitar a Candace. Y veíamos mucho a Owen por las noches. ¿Recuerdas al hermano de Augustus?

—Por supuesto —le dije, aunque la mayor parte de lo que recordaba sobre él procedía de historias que Augustus me había contado—. ¿Reside ahora en Londres?

—Actualmente. —Augustus ofreció una sonrisa con los labios apretados en lugar de dar más información, así que volví mi atención hacia Ruth.

—Entonces, ¿cuánto tiempo duró tu estancia?

—Al final, fueron poco más de quince días. —Miró a Augustus—. ¿Y no te alegra que nos quedáramos esos días más, primo? Porque si no lo hubiéramos hecho, nunca me habría encontrado con Bella en el baile.

Incapaz de rechazar mi curiosidad, miré a Augustus. Su expresión era endurecida, pero la incertidumbre en sus ojos aún era distinguible.

—Sin duda —dijo, pero su tono apagado contradecía su afirmación.

Después de una breve pausa, cubrí mi dolor con una risa forzada.

—Tu primo parece muy feliz por nuestro reencuentro, ¿no? —Le envié una sonrisa irónica, sabiendo muy bien cómo sacarlo de su melancolía, aunque no estaba segura de querer hacerlo—. Casi no le creí a Ruth cuando mencionó eso, pero te has vuelto sombrío.

—Yo... bueno, lo mencioné, Augi… pero... —La expresión de Ruth se llenó de contrición.

Hice un gesto desdeñoso con la mano.

—¡Oh, Ruth! no te preocupes. Era imperativo que tu primo creciera en algún momento, y me temo que eso requiere un temperamento menos travieso.

Augustus evaluó mis rasgos, antes que su boca se curvara hacia arriba, a un lado.

—¿Travieso? Creo que se te escapa la memoria.

Mi corazón se alegró como siempre lo había hecho, cuando solíamos burlarnos el uno de la otra, y miré a Ruth.

—¿No se burló de mí sin piedad con sus tácticas juveniles durante sus visitas a Blacksley?

Ruth apretó los labios, sus ojos ahora brillaban de alegría y asintió.

Augustus se movió en su asiento para mirarme más completamente, apoyando su brazo en el respaldo del banco.

—¿A qué táctica juvenil usted se refiere exactamente?

Le levanté una ceja, ignorando los acelerados latidos de mi corazón y el calor de su mano tan cerca de mi cuello desnudo.

—Me frotó el pelo con barro, puso ranas en mi vestido y colgó mi muñeca favorita de un árbol.

—Eso fue antes de nuestra tregua.

—¿Y la vez que usted me llevó a pescar?

—¿Lo de la pesca? —Él se encogió de hombros a medias.

Mi boca se abrió con incredulidad, ante su descarado descuido.

—La forma en que golpeó a ese pez con una piedra todavía está grabada en mi memoria.

Empezó a temblar de risa y resistí el impulso extrañamente familiar de unirme a él.

—La culpa no debería recaer enteramente en mí. ¿Se dio cuenta que primero los peces deben morir para poder comerlos?

Lo atravesé con mi mirada más divertida, esperando que pareciera lo suficientemente arrepentido.

Después de un momento, él llenó sus mejillas de aire.

—Perdóneme… Nunca quise angustiarla... —Lo soltó lentamente por la boca, retomando una conducta más apropiada.

—¿Ni siquiera la vez que casi me disparó con una flecha?

Retiró su brazo del respaldo del banco y me señaló con un dedo alegremente.

—Eso fue un accidente y me disculpé.

—¿O la vez que usted se comportó como si William Morris, el hijo del hombre cerdo, me quisiera, escribiéndome esas horrendas cartas de amor?

Él apretó los labios y colocó su mano tensa sobre ellos para ocultar su creciente diversión.

—No fue un accidente, lo admito, pero no fueron horrendas. Le oí decirle a Ruth lo bien escritas que estaban.

Mi boca se abrió.

—¿Usted nos espió?

Hizo una pausa y luego hundió la barbilla en fingida contrición.

—Ahora veo que admitirlo no ayuda a mi situación.

Observé la expresión de satisfacción de Ruth, incapaz de ocultar su deleite.

—Después de todo lo que sufrí a manos de tu primo, empiezo a dudar de mi decisión de acompañarlos. —Mi intención era bromear, pero la sonrisa se derritió de los labios de Augustus. El tiempo pareció detenerse al verlo tan alterado de semblante. Sin embargo, ¿por qué debería preocuparme que mis palabras retorcieran su conciencia? La culpa no era mía sino suya.

—Afortunadamente para él —dije, incapaz de evitar corregir la situación—. Siempre he estado dispuesta a pasar por alto sus conductas problemáticas.

Las comisuras de sus labios volvieron a curvarse hacia arriba, aunque la sonrisa carecía de su brillo anterior.

Sin saber cómo proceder en el silencio que siguió, me concentré en Ruth.

—Háblame de Fairhaven. Anhelo saber todo al respecto.

Ella me sonrió, sin necesitar más insistencia para llenar el silencio.

—Fairhaven debe ser una de las mejores casas de toda Inglaterra. —Ruth hizo una pausa. Sus cejas se arquearon—. Bueno, para ser completamente honesta, no creo que sea una evaluación justa, ya que no he visitado muchas casas fuera de Dorset… La verdad es que tampoco he visitado muchas casas en Dorset. Sin embargo, he visto muchas desde el exterior, y Fairhaven, aunque no tan grande como algunas, es igualmente hermosa. Sin mencionar que el campo se vuelve más fascinante cuanto más te acercas a la costa. ¿No estás de acuerdo, Augi?

Augustus asintió en mi periferia.

Ruth se inclinó hacia delante.

—¿Crees que podríamos llevar a Bella a la playa?

—Si ella lo desea.

Ruth extendió la mano y me tocó la rodilla.

—¿Te gustaría eso?

—Mucho. Nunca he estado en el mar.

—No hay nada igual en este mundo. Las olas rompiendo contra la playa. ¡Ah! Y el olor. Primo, cuéntale a Bella cómo huele el aire. Es casi como si pudieras saborear la sal en el aire. Y la forma en que el agua cubre tus pies... te sientes como si te estuvieran arrastrando hacia el mar, como si el océano anhelara retenerte, si tan solo lo permitieras —suspiró Ruth.

—Estoy segura que no seré lo suficientemente valiente para aventurarme. —Intenté ocultar mi consternación ante tal idea.

—¿Pero llegar hasta el océano por primera vez, y no entrar? —Ruth parpadeó rápidamente.

Sentí que Augustus me miraba de nuevo e incliné la cabeza, permitiendo que una amable sonrisa tocara mis labios.

—Observar su disfrute será suficiente para satisfacerme. —Miré a Augustus—. ¿Y usted disfruta del océano tanto como su prima, señor Brundage? —pregunté, esperando hacerle consciente a él de su desagradable hábito de mirarme fijamente.

Él no apartó la mirada sino que me ofreció una sonrisa pensativa.

—No estoy seguro que nadie pueda disfrutar del océano tanto como Ruth, pero ciertamente lo intento.

Asentí y miré a su prima.

Tomando esto como un permiso para continuar, escuchamos mientras Ruth describía las conchas, las aves marinas, la calidad de la arena y todo lo que le venía a la mente. Cuando llegamos a nuestra primera parada, me sentí desesperada por un poco de tranquilidad.

Augustus se encargó de adquirir el siguiente grupo de caballos, mientras almorzábamos dentro de la silla de posta. Ruth estaba encantada con la comida y habló de su amor por todo tipo de pasteles, desde carne picada hasta moras frescas. En la segunda parada, ella contó la primera vez que había probado un helado, y en la siguiente habíamos hablado de sus tés favoritos con detalles alarmantes.

Cuando llegamos a la posada esa noche, me sentía extrañamente agotada. Difícilmente recibí tanta interacción en un día con mis padres como en cinco minutos con Ruth. Ahora, después de diez horas de su interminable charla, me di cuenta que ese ritmo constante me había desgastado más de lo que quería admitir.

Con ganas de dormir, fui directamente a mi habitación. Pero la cama abollada y el olor rancio del lugar hacían que fuera difícil conciliar el sueño. Daba vueltas y vueltas soñando que papá y mamá peleaban con los Seton. Luego vino mi pesadilla repetida, una que pensé que finalmente había sofocado.

En el sueño, estaba junto a una ventana mirando a innumerables personas que pasaban, a ninguna de las cuales reconocía. Cada movimiento, cada sonido, me inquietaba, pero esperé. Y esperé.

Augustus nunca llegó…

Capítulo cuatro

Entrecerré los ojos hacia la luz de la mañana. El latido en mi cabeza era demasiado insoportable para asimilar mucho más. Además, Augustus estaba esperándonos cerca del carruaje.

—¿Confío en que hayan dormido bien, damas?

No estaba segura que nadie pudiera dormir bien en un lugar así, y mucho menos con el torrente de pesadillas que había soportado, pero me obligué a sonreír.

—Perfectamente. ¿Y puedo preguntar sobre la duración del viaje de hoy?

Augustus extendió una mano para ayudar a Leah a subir al carruaje, y luego me ofreció apoyo.

—No estamos a más de medio día de viaje desde aquí. Si no tenemos complicaciones, llegaremos con tiempo suficiente para descansar, antes de vestirnos para la cena.

Me palpitaba la cabeza y la idea de pasar otro momento dando brincos, en un carruaje, era insoportable.

—Magnífico. —Acepté su mano ofrecida y subí las escaleras, sin embargo, mi cuerpo adolorido protestaba con cada movimiento. Me instalé al otro lado de Leah, en el mismo asiento que ayer. Ruth pronto me siguió, retomando su posición, mirando hacia atrás, antes que Augustus volviera a sentarse en el banco, a mi lado.

Cuando el carruaje avanzó, miré a Ruth:

—Aún deseo saber más sobre Fairhaven, antes de nuestra llegada. Comenzaste ayer, pero cambiamos de tema, antes que pudieras transmitirme gran parte de ello.

—Podría hablar de esas cosas durante horas. —Ruth juntó las manos sobre su pecho.

—Por supuesto, por favor hazlo —dije, aliviada de no tener que ofrecer mucho en cuanto a conversación, una vez que Ruth empezara.

La mirada de Augustus estaba nuevamente sobre mí, pero no la encontré, cuando Ruth comenzó su explicación de la apenas notable historia de Fairhaven. Con algunos asentimientos y sonrisas bien colocadas, Ruth continuó sin necesidad que la alentaran.

En la primera parada para cambiar de caballo, ella había terminado de detallar el jardín de rosas (aparentemente la característica más notable de Fairhaven) y pasó a describir el huerto. Mientras Ruth se lanzaba a las diferentes variedades de frutas cultivadas, mis párpados se volvieron insoportablemente pesados.

Reprimí un bostezo y miré a Leah con envidia, ya que ella tenía la cabeza apoyada contra la ventana y los ojos cerrados. ¡Qué suerte que no tuviera a nadie a quien causar una buena impresión! Al volver a centrarme en Ruth, me obligué a permanecer atenta. El movimiento rítmico del carruaje me adormeció aún más, pero no sucumbiría. Sería completamente impropio que me quedara dormida, mientras Ruth hablaba, especialmente sentada al lado de Augustus.

* * *

—Señorita Godwin.

Un ligero golpecito en mi brazo siguió a la voz.

—Señorita Godwin. —La voz profunda era familiar y excepcionalmente cercana.

A pesar de la pesadez de mis párpados, los obligué a abrirlos. Los colores vibrantes de una

tarde de verano estaban enmarcados por una ventana inclinada, que contrastaba con el oscilante y más tenuemente iluminado interior.

—¿Conductor? —Levanté la cabeza y una mano fuerte me ayudó a incorporarme.

—¡No dejes que se lo pierda, Augi!

—¿Augi? —Mis facultades regresaron casi al unísono con la mortificación que me consumía. Miré de reojo con temor, mientras Augustus me devolvía la mirada de vergüenza con una de absoluta diversión.

—Yo... —No sabía qué decir, mientras me aseguraba que mi cabello no se hubiera desprendido de las horquillas. Mi formación había implicado memorizar excusas apropiadas para cualquier paso en falso previsible. Desafortunadamente, quedarse dormida sobre un caballero no estaba en la lista—. Debo haberme quedado dormida…

No obstante, mi deficiente excusa envió un creciente calor a mis mejillas.

La sonrisa de Augustus creció.

—No me importó en lo más mínimo.

Ruth observó el intercambio con casi tanto placer en su rostro como su primo.

—Lo siento, si me quedé dormida, mientras hablabas, Ruth. Estaba disfrutando mucho tu explicación sobre Fairhaven y —busqué en mi mente—, el huerto.

Ella sonrió alegremente.

—No es la primera vez que alguien se queda dormido, mientras yo hablo, y ciertamente no será la última.

Asentí tímidamente, esperando que mi reconocimiento no fuera tomado a la ofensiva.

La expresión impasible de Ruth se trasladó a la de su primo.

—Dile a Bella dónde estamos.

—Branbury Court está a punto de aparecer. —La intensa mirada de Augustus solo profundizó el horrible tono rojo que podía sentir instalándose en mis mejillas y cuello—. No quería despertarte, pero pensamos que te decepcionarías si te lo perdías.

—¿Quién te habló de Branbury? —Tragué.

—Tu padre escribió sobre ello en la misiva que envió, tanto sobre la próxima fiesta en casa como sobre el compromiso anticipado entre tú y Lord Thorton. —Augustus no apartó la mirada.

Mi voluble corazón dio un vuelco, seguido rápidamente por una ola de culpa que me invadió. Pero, ¿por qué debería sentirme culpable porque me oculten algo así? No es que se hubiera escondido la verdad, simplemente aún no nos habíamos aventurado en el tema tabú. Y ciertamente, este no era un momento oportuno para mencionar mi próxima aspiración. No con Augustus aquí. Ansiosa por liberarme de su mirada expectante, miré por la ventana más cercana a mí:

—No me había dado cuenta que pasaríamos por la finca de Lord Thorton, en nuestro viaje, aunque admito que estoy ansiosa por echar un vistazo al lugar.

—Estará de mi lado. —Señaló su ventana delante de nosotros—. En el borde de este claro de setos, justo allí…

Me moví ligeramente hacia él, pero solo podía ver la pared oscura de follaje interminable desde donde estaba sentada. Augustus se presionó contra el banco, dejándome más espacio para mirar. Me incliné un poco más, asegurándome de no tocarlo, solo para descubrir que mis intentos fueron en vano.

—Esperaré. —Haciéndole un gesto para que regresara a su lugar, corregí mi postura.

—Pero te lo perderás. —La voz de Ruth era frenética—. Solo puedes verlo por unos momentos, antes que los setos vuelvan a bloquearlo de la vista.

Volví a mirar a Leah, que estaba despierta pero parecía tener poco interés en lo que sucedía dentro del carruaje. Tranquilizada por su vista inquebrantable desde la ventana opuesta, inspiré y me incliné aún más, estirando el cuello. Era inútil. Todavía no podía ver nada.

Una mano cálida se posó en mi cintura y el toque del otro brazo de Augustus alrededor de mi espalda me sacó el aire de los pulmones. Lentamente me atrajo hacia él hasta que mi cara casi tocó su ventana. Su fuerte agarre sostuvo mi peso sin esfuerzo.

—¿Está mejor? —Sentí su voz vibrar en su pecho, lo que hizo poco más para aliviar mi corazón acelerado que su cálido aliento en mi cuello.

—Sí —susurré, justo cuando apareció a la vista una gran propiedad. Mis oídos zumbaban y mi cuello hormigueaba, pero intenté concentrarme en lo que veía y no en la sensación de anhelo que evocaba el toque de Augustus. Branbury estaba bastante apartado de la carretera, en un largo camino privado que conducía hacia la casa. Las piedras grises reflejaban el sol y, aunque no podía verlo muy bien, debido a la distancia, podía decir que era enorme en tamaño y suficientemente grande.

—Branbury Court —dije para mí misma—. ¡Qué sensacional!

Observé mi futuro hogar hasta que el mismo volvió a quedar oculto a la vista. Antes de considerar que mi proximidad con Augustus ya no era necesaria, él deslizó su mano de mi cintura.

Los pesados pliegues de mi vestido de viaje se volvieron a posicionar bajo mis contundentes manos.

—Gracias señor Brundage.

—Fue un placer —dijo con ese tono familiar y burlón.

Me negué a dejar que esto me sacudiera.

—Bueno, si todo va según lo planeado, creo que estaré encantada de llamar hogar a Branbury Court, en unos meses.

—¿Por qué no nos dijiste que pronto estarás comprometida? —Ruth hizo un pequeño puchero—. Me sorprendió mucho cuando Augustus lo mencionó, antes de despertarte hace un momento.

—Perdóname. —Apreté los dedos con fuerza para evitar moverme—. Pero, como el acuerdo es solo una anticipación, todavía no hablo abiertamente de ello.

La excusa era hueca, sin embargo, ¿qué más podía decir? Seguramente, no estaba tan segura de las razones de mi flagrante omisión.

Ruth asintió y su expresión se animó un poco.

—Bueno, ahora que me he enterado, eres tú quien debe hablar. Debes contarme todo.

—No hay mucho que contar.

—No puedo esperar que esa sea la verdad. —Ruth se burló.

—Lord Thorton es un conde. —Levanté un poco los hombros, esperando que aceptara la única respuesta que la mayoría de la gente necesitaba.

—¿Y? —Ella meneó la cabeza.

Fijé mis ojos en Ruth, negándome a dejar que se dirigieran a Augustus.

—Bueno… es rico, tiene contactos y… es un caballero de lo más superior. Sin mencionar que creo que tenemos expectativas similares sobre el matrimonio.

—Pero, ¿por qué lo amas? —Ruth frunció levemente el ceño.

Me puse rígida.

—Ruth —dijo Augustus, atrayendo la atención a él—. Quizás esta sea una conversación que la señorita Godwin preferiría tener en privado.

Ruth miró alrededor del pequeño carruaje, como si no estuviera segura qué se refería a él.

—Solo contigo.

Ruth levantó una mano para taparse la boca abierta.

—¡Oh! Por supuesto. Perdóname Bella. Supuse… —Miró a Augustus y luego a mí—. No importa. Nos aventuraremos allí más tarde, cuando estemos solas.

Demasiado confundida para ofrecerle mi gratitud a Augustus, simplemente asentí.

—Pensar que tu futuro hogar está a menos de tres horas de Fairhaven. —Ruth parecía no darse cuenta que Augustus probablemente tenía la intención que ella abandonara el asunto por completo—. Tendremos que visitarnos regularmente, una vez que estén instalados. Quizás, incluso asistamos a tu boda… Tenemos una última parada, antes de llegar a Fairhaven. —La apresurada interrupción de Augustus resonó en el pequeño espacio. Una por la que estaba agradecida.

—Me cuesta creer que pronto estaremos en casa. Parece una eternidad desde que nos fuimos. —Ruth soltó un chillido, el sonido me atravesó.

—Siempre me sorprende cómo quince días en Londres pueden parecer tan terriblemente largos. —Augustus se rió entre dientes.

—Seguramente, usted está bromeando, señor Brundage. —Lo miré seriamente—. Prefiero Londres a cualquier otro lugar en el que haya estado. Hay tantas atracciones para mantener ocupado a cualquiera.

—Bueno, todavía usted no ha ido a Fairhaven. —Augustus golpeó su rodilla contra la mía de una manera que me obligó a pasar por alto la tonta respuesta de mi cuerpo—. Quizás su opinión está a punto de cambiar.

Me sentí ingrata al concluir lo contrario, así que le ofrecí una sonrisa tensa.

—Tal vez.

Capítulo cinco

El conductor se salió de la carretera principal, lo que nos hizo tambalear en los asientos.

—¡Ya la vi! —Ruth se pegó a la ventana y estiró el cuello—. ¡Oh, Fairhaven, cuánto te he extrañado!

Su entusiasmo era un poco excesivo, pero ni siquiera yo podía ocultar mi emoción por echar un vistazo a la casa de la que había oído hablar, una y otra vez, a lo largo de nuestro viaje, aparentemente interminable.

Inclinándome hacia la ventana de Augustus, su cercanía me distrajo una vez más. La calidez de su aliento acarició mi cuello, cuando se acercó aún más, y un escalofrío me recorrió.

—Espero que Ruth no haya puesto sus expectativas sobre Fairhaven demasiado altas —susurró.

Sacudí la cabeza, fingiendo que no me afectaba su proximidad ni el volumen íntimo de su voz.

—Estoy segura que Fairhaven estará a la altura de sus elogios.

En ese momento, la casa apareció a la vista. Era una estructura de ladrillo rojo, acentuada con ventanas inclinadas y columnas blancas de inspiración griega. Tenía tres pisos de altura, aunque los árboles que la rodeaban de alguna manera lograron encerrarla, como si no fuera más que una simple cabaña.

Fue precisamente como la imaginé.

—¡Qué encantadora!

Ruth lucía una sonrisa de satisfacción.

—¿No es este el lugar más hermoso de toda Inglaterra? —Volvió a examinar la escena, como si la contemplara por primera vez.

Una pequeña hendidura en el camino hizo que mi hombro chocara contra el pecho de Augustus, pero antes que pudiera corregirme por tercera vez, en este viaje, me retraje hacia la seguridad de mi asiento.

—Puedo entender por qué lo consideras así, Ruth.

Cuando el carruaje se detuvo, Augustus abrió la puerta y salió ante el evidente deleite de dos mujeres que salían apresuradamente de la casa para recibirnos.

—Madre, Sarah —llamó, acercándose a ellas. A través de la puerta abierta, lo vi darle un beso en una mejilla, a cada una.

Ruth salió sin ayuda y corrió hacia los brazos de su tía. Los chillidos rompieron el silencio, mientras las tres mujeres se abrazaban. ¿No se habían visto hacía apenas quince días?

Augustus admiró al grupo por un momento y luego regresó al carruaje para ofrecerme su ayuda. Tomé su mano. Su mirada atenta me calentó, junto con el cambio de interés de las mujeres en mi dirección.

—No lo saben —susurró. Hice una pausa a mitad del descenso, frunciendo el ceño. Él siguió—, la pregunta que usted me hizo antes: si mi familia sabía lo que sucedió entre nosotros… No son conscientes de ello… Ni siquiera Ruth.

El alivio me inundó y completé mi descenso.

—Dado que usted tuvo la consideración de confesar, antes de las presentaciones, puedo llegar a perdonar su excesiva demora en responder... eventualmente.

Él se rió, renunciando a mi ayuda, solo para poner su mano en mi espalda para guiarme

hacia adelante.

—Madre, ¿recuerdas a la señorita Godwin?

—Por supuesto que sí. —Los brillantes ojos azules de la señora Brundage bailaron felices a la luz del día—. ¡Y qué hermosa se ha vuelto usted, señorita Godwin! Aunque no debería ser una gran sorpresa, ya que siempre fue evidente que sería muy hermosa.

—¡Usted es demasiado buena! —Miré a la mujer más joven que estaba cerca. No tenía más de dieciséis o diecisiete años y lucía una belleza femenina que contrarrestaba el gran parecido con su hermano. Me preguntaba cómo una mujer sencilla, como la señora Brundage, podía tener una descendencia tan atractiva. Quizás había sido una belleza en su juventud, como lo había sido su hermana. Aunque era igualmente probable que esos rasgos pudieran atribuirse al difunto señor Brundage, a pesar de mi incapacidad para evocar una imagen de él.

Augustus le envió a su hermana un guiño afectuoso.

—Señorita Godwin, ¿puedo presentarle a mi hermana Sarah?

—Pero… ya conocía a su hermana. —Los recuerdos de ella eran casi demasiado débiles para evocarlos, porque había elegido quedarse con su madre la única vez, que recordaba, que visitamos a los Seton, pero era importante hacer que una persona se sintiera recordada. Le di mi más dulce sonrisa—. Aunque no la culparía, si no me recuerda, señorita Brundage.

—Recuerdo… —Las mejillas de Sarah se sonrojaron de la manera más entrañable.

—¿Usted lo puede ver? No soy del todo olvidable. —Me enfrenté a Augustus.

Di la vuelta hacia la señora Brundage, antes que ella pudiera responder.

—Gracias por permitirme visitarla. Tengo muchas ganas de volver a familiarizarme con Ruth, después de todos estos años.

—Y Augustus —añadió Ruth, haciendo que mi sonrisa flaqueara.

—Sí, claro. —Obligué a las comisuras de mi boca a levantarse de nuevo.

La señora Brundage extendió la mano y tomó brevemente la mía.

—Nos sentimos honrados de tenerte aquí, querida. Pero usted debe estar ansiosa por descansar después de dos días en un carruaje. Venga, le mostraré su habitación.

La mera idea de estar sola era tan bienvenida, que era innecesario fingir gratitud.

—Eso será maravilloso, señora Brundage.

Caminé junto a la señora Brundage por los escalones de la entrada.

—Ella es tan amorosa. —La voz de Sarah era apenas perceptible, cuando la escuché desde atrás.

—Estoy segura que no somos las únicas que pensamos así. —Ruth se rió—. Deberías haber visto cómo tu hermano seguía mirándola, y cuando ella se quedó dormida sobre él...

—¡Ruth! —Volteé hacia ella con el rostro enrojecido por la idea que la hermana de Augustus escuchara semejantes tonterías—. ¿Dijiste que los establos están directamente detrás de la casa? Parece que ya he olvidado tu explicación.

Ruth subió el último escalón para alcanzarme.

—No directamente detrás, sino hacia el noroeste. ¿Te gustaría hacer un recorrido más tarde? Incluso te presentaré a Ginebra.

—¿Ginebra?

—Mi yegua. —Sus ojos crecieron de tamaño—. ¿No te la mencioné todavía? Se trata de un descuido de lo más trágico de mi parte. Ella es la yegua más impresionante que jamás hayas visto. Su pelaje es completamente blanco, pero su nariz y sus pies parecen haber sido sumergidos en un charco de pintura marrón dorada.

—Suena exquisita. —Entrelacé mi brazo con el de Ruth, asegurándome que no volviera al

lado de su prima para chismorrear sobre mis locuras—. Tengo muchas ganas de conocer a Ginebra.

—Ella fue una sorpresa del tío Henry. Sabía cuánto extrañaba a Daisy. Te acuerdas de mi poni Daisy, ¿no?

Una imagen de la encantadora yegua color castaño surgió en mi mente.

—Por supuesto que sí.

Ruth me apretó el brazo, en aparente agradecimiento.

—Bueno, el tío Henry se sintió muy mal por haberme visto obligado a dejarla en Blacksley. Y como no logró recuperarla, me compró a Ginebra para ofrecérmela en su lugar —suspiró Ruth —. Cada vez que la miro, recuerdo lo afortunada que soy de ser tan amada.

Vi a la señora Brundage secándose una lágrima de la mejilla. Dudaba que hubiera sentido tanto cariño por su difunto marido en vida, como aparentemente lo había sido en su muerte, a pesar de lo sincera que parecía. Seguramente, mamá no derramaría una lágrima por papá, a menos que pensara que los demás así lo esperaban.

—Aquí estamos. —La señora Brundage se detuvo frente a una puerta y la abrió.

La habitación que habían preparado para mí no era tan grande, como los dormitorios a los que estaba acostumbrada, aunque poseía un aire de comodidad con el que no estaba familiarizada. Todo, incluido el juego de cajones, parecía de alguna manera amigable, como si nada necesitara ser tratado con cuidado. Es cierto que no estaba decorada, según la última moda, pero quedé bastante satisfecha.

—Esto funcionará muy bien. —Me dirigí hacia la señora Brundage, que me observaba ansiosamente.

Su rostro se iluminó.

—Me alegro mucho que usted lo encuentre aceptable, señorita Godwin. Sé que probablemente no sea tan grandioso como está acostumbrada, pero siempre he preferido la comodidad a la extravagancia. —Su mano voló hacia su boca—. No es que ser extravagante sea malo ni necesariamente incómodo. Simplemente, prefiero la simplicidad.

El color de su rostro se volvió escarlata.

Ofrecí una sonrisa cortés.

—Puedo ver por qué prefiere este estilo. Tiene una amabilidad que se adapta perfectamente a lo que he oído sobre Fairhaven.

La señora Brundage y Ruth sonrieron, ante mi cumplido, aunque Sarah no levantó la vista de sus dedos giratorios.

—Y estoy en la habitación de al lado, si me necesitas. —Ruth parecía mareada ante la idea de estar tan cerca de mí.

—La cena es a las seis. —La señora Brundage hizo una pausa—. ¿A menos que prefiera posponerla para una hora posterior durante su estancia?

En vez de recordarle que ella era la anfitriona, y por lo tanto era quien decidía esas cosas, negué con la cabeza.

—A las seis… es lo más agradable.

—Muy bien.

Nos quedamos un momento, en silencio, antes que yo juntara las manos delante de mí.

—Entonces, ¿la veré a las seis?

Los ojos de la señora Brundage se abrieron como platos.

—¡Oh, por supuesto! Sí. Nosotras debemos estar en nuestro camino. —Casi empujó a las dos jóvenes fuera de la habitación. Ruth se puso de puntillas y me saludó con la mano desde el

pasillo—. No dude en preguntar si necesita algo.

—No será necesario. Gracias. —Ofrecí una última sonrisa.

Cuando cerré la puerta, dejé escapar un profundo suspiro y apoyé la cabeza contra ella. Después de unos momentos de silencioso respiro, me dirigí hacia el espejo. Afortunadamente, no parecía tan fatigada como me sentía.

Sonó un ligero golpe y Leah entró en la habitación.

Me encontré con su mirada, en el reflejo del espejo.

—¿Usted está tan agotada como yo, Leah?

—Su amiga tiene un gran talento para conversar. —Los labios de Leah se curvaron ligeramente hacia arriba en las comisuras.

—Ella ciertamente lo tiene. Aunque espero que sea solo cuestión de tiempo, antes que me acostumbre nuevamente a ella.

Leah recuperó mi gorro desechado y los guantes que había tirado sobre la cama, y los guardó en el armario.

—El señor Brundage parece ser un motivo suficiente para soportar cualquier charla.

Me giré hacia ella en mi silla, poniéndome de pie.

—¡No me quedaré de brazos cruzados, mientras hablas de tus superiores de esa manera! —Recordar el toque rosado en las mejillas de Leah cuando Augustus habló con ella en Londres hizo que me hirviera la sangre—. La posición del señor Brundage, al igual que la de Ruth, exige tanto respeto como distanciamiento de alguien de su clase.

—Perdóneme, señorita. —Leah dejó caer la cabeza.

Mi dolor de cabeza se intensificó y me froté las sienes. Cómo me disgustaba enojarme, pero no podía tolerar ese comportamiento por parte de una criada. Es posible que el último empleador de Leah haya permitido una familiaridad inadecuada, pero mi madre me había advertido de los peligros de permitir una conducta tan informal por parte de un sirviente. Se necesitaba mano firme y, sin embargo, mi determinación flaqueó, cuando evalué su rostro abatido.

—Ve a ver mis baúles.

Ella se dirigió hacia la puerta y se detuvo, volviéndose hacia mí de nuevo, con la cabeza todavía gacha.

—¿Qué es? —Aunque mi paciencia estaba en terreno inestable, logré mantener mi voz intacta.

—Tengo una misiva de su padre. —Ella me extendió una carta—. El señor me dijo que se la entregara, una vez que hubiéramos llegado a Fairhaven.

Di un paso adelante para recuperar la carta, sin saber por qué papá no me la había dado al despedirnos. ¿Hubo alguna razón por la que no debía leerla hasta ahora?

—Gracias. Usted ya puede retirarse.

Leah salió apresuradamente de la habitación y yo levanté la misiva para examinarla. Esta debía ser la explicación inoportuna de papá de por qué me había enviado aquí. Sacudí la cabeza al recordar cómo había sucedido todo, y de manera desesperada, rompí el sello.

"Mi querida muchacha,

Aunque estoy seguro que más adelante tú exigirás una disculpa más exhaustiva, espero que no estés demasiado decepcionada conmigo ni con la situación en la que te encuentras. Después de mucha consideración, incluida la lamentable realidad que se debe mantener a tu madre ignorante de tu paradero, he llegado a la conclusión que la mayor ofensa sería alejarte de una de tus amigas más queridas, ahora que la Providencia las ha reunido. Especialmente, cuando es

evidente cuán desesperadamente ella necesita tu guía. Ayúdala.

Todo mi amor,
Papá."

Pasé la página con la esperanza de descubrir una posdata que contuviera una explicación más detallada o la verdadera disculpa que papá debería presentarme. Sin embargo, no fue una sorpresa encontrar que ambos aspectos fueron omitidos.

Solté un suspiro agitado y releí su letra garabateada por segunda vez. Mi atención se centró en las últimas cuatro palabras de su texto: *"ella necesita tu guía. Ayúdala."* ¿Tuvo esto que ver con mi comentario, después de separarme de Ruth? ¿Cuándo mencioné que apenas había conocido a una dama que no estaba bien educada? ¿Y por qué, si esa fuera la razón, papá me encargaría la tarea a mí? Seguramente, él no tenía ninguna responsabilidad respecto a Ruth.

Pero tal vez fue un acto de caridad para un viejo vecino, que evidentemente necesitaba ayuda. Papá siempre consideró que parte de su rol como político era dar alguna oportunidad a los menos favorecidos entre nosotros. ¿Y quién era mejor para ofrecerle a Ruth ese apoyo? Seguramente, tenía en mente sus mejores intereses y, como uno de los Incomparables de la alta sociedad, sabía muy bien qué aspectos del entrenamiento serían más beneficiosos para una dama en su situación.

Una sorprendente oleada de entusiasmo me invadió, ante la idea de enmendar la desafortunada educación de Ruth, al menos en parte. Ahora, simplemente necesitaba idear una manera que ella solicitara mi intervención, porque odiaría que me consideraran como una figura paternalista.

Capítulo seis

Unos golpes incesantes me despertaron del sueño. Abrí los ojos y descubrí que Leah había abandonado la habitación y mis baúles ya no llenaban el espacio en el suelo. No podía imaginar cómo había logrado hacer todo esto sin despertarme. Debí haber estado durmiendo más profundamente de lo que había pensado.

El golpe sonó por segunda vez y suspiré, moviendo torpemente mi cuerpo adolorido desde la comodidad de la cama.

—¿Quién está ahí?

—Es Ruth. —Cuando abrí la puerta, su sonrisa se intensificó—. ¿Espero no haberte molestado?

—Tu interrupción fue muy bienvenida. Tenía intención de descansar solo un momento, pero temo que el cansancio me venció.

—¿Y te sientes mucho mejor ahora?

—Sí, gracias.

—Vine a ver si te importaría hacer un recorrido por los jardines, antes de vestirte para la cena. Sé que lo mencionaste. —Ruth ahora estaba saltando sobre sus talones.

Miré el reloj. Ya eran casi las cuatro.

—¿Estaremos fuera por mucho tiempo?

—Los terrenos no son tan grandes como para que no podamos trabajar en ellos rápidamente.

Debería haberlo supuesto, dado el tamaño de Fairhaven.

—Muy bien. Déjame recuperar mi sombrero.

—¡Oh! Pero no lo necesitarás para un paseo tan breve. Además, gran parte del camino está sombreado.

A pesar de sus garantías, me dirigí al armario.

—Es imperativo que una mujer use un sombrero al aire libre. Las pecas no son un rasgo admirable.

La expresión de Ruth se volvió pensativa.

—Entonces, también traeré el mío —dijo, desapareciendo en el pasillo.

Quizás una excursión rápida no fuera una idea tan mal concebida. Finalmente, estaría a solas con Ruth y podría ayudarla a darse cuenta de cuánto necesitaba mi ayuda. Agarrando uno de mis sombreros de paja más básicos, me apresuré a seguir mi camino, esperando atarlo en su lugar hasta que estuve segura que mis dedos habían recuperado su destreza y podían hacer un nudo decente.

Al salir al camino circular con Ruth, a mi lado, me detuve para admirar los terrenos de este lado de Fairhaven. El sol ya no estaba sobre nosotras, en el cielo, pero su calor sirvió como recordatorio para asegurar mi sombrero en su lugar.

—¿Están ustedes dos dando un paseo? —Augustus caminaba hacia nosotras desde un costado de la casa, con guantes de cuero en sus manos.

Ruth caminó hacia él.

—Lo estamos. Y eres bienvenido a acompañarnos.

La mirada de Augustus revoloteó hacia mí.

—Gracias, pero no deseo imponerles mi compañía.

—Como si algo así pudiera suceder alguna vez… Bella, dile que es bienvenido. —Ruth se rió.

Los ojos de Augustus se encontraron con los míos y convencí a las comisuras de mis labios hacia arriba.

—Ciertamente, usted debería quedarse con nosotras, si así lo desea.

—¿Miraremos por allá? Entonces, está resuelto. —Ruth agarró a su primo del brazo—. ¿Empezamos nuestro recorrido por el jardín o los establos?

Cuando me di cuenta que su pregunta estaba dirigida a mí, miré a mi alrededor.

—Estoy segura que encontraré placer dondequiera que decidas llevarnos.

—He estado bastante ansiosa por ver a Ginebra. La extrañé mucho, mientras estuvimos fuera.

—Entonces, no demoremos esto ni un momento más.

—Por aquí, entonces. —Los hombros de Ruth se alzaron de emoción.

Ruth siguió divagando, mientras seguíamos el camino hacia la parte trasera de la casa y apareció un establo. El bosque a su alrededor parecía rodear el edificio de ladrillo tan completamente que parecía sacado directamente de un cuento para niños.

—Augi, ¿no recuerdas la reacción del señor Ansely, cuando Ginebra venció a su semental de carreras? —La pregunta de Ruth me devolvió a la conversación, si es que esto se podía llamar una conversación—. Estaba muy molesto. ¿No es así?

Mi mirada se trasladó a Augustus, cuya vista escrutadora estaba, como era de esperarse, sobre mí.

—Lo recuerdo —dijo, dándome una breve sonrisa, antes de dirigir su atención hacia adelante—. ¿No se ofreció a comprar Ginebra?

—¡Oh, sí! Y por una suma mucho mayor de la que pagó el tío. Por supuesto, el tío se negó y le estaré eternamente agradecido por ello. No podía imaginar la vida sin ella. A veces creo que Ginebra es la única que realmente me comprende. —Ruth me lanzó una mirada nerviosa—. Me doy cuenta que es una yegua, pero a menudo me pregunto sobre la capacidad de un animal para discernir las emociones humanas.

Asentí con fuerza, no deseando estar en desacuerdo con alguna noción, así fuera extraña.

—¿Y fue esa la única vez que Ginebra corrió contra el caballo de tu vecino?

—Sí… Estoy segura que también es la última. El señor Ansely parece muy reacio a que uno de sus sementales sea vencido —suspiró Ruth, cuando llegamos a las puertas del establo—. En verdad, si no fuera tan absolutamente emocionante ver la conmoción en su rostro después de toda su jactancia, me sentiría mal por él.

Reprimí una sonrisa, ante su franqueza.

—Bueno, vamos —dijo, entrando delante de mí.

El olor a heno y estiércol de caballo abrumaba mis sentidos, hice una pausa y me llevé la mano enguantada a la nariz.

Augustus se acercó.

—¿Está usted bien, señorita Godwin?

Levanté la barbilla, inquieta por su incesante consideración. ¿Estaba tratando de vislumbrar algún tipo de defecto? ¿Una debilidad? Estaba decidido a no revelarle lo que él buscaba.

—Perfectamente bien —insistí, cruzando el umbral.

En el segundo establo, una yegua tamizaba un montón de heno con el hocico. Ruth se acercó, quitándose los guantes y extendiendo una mano. El ejemplar levantó la cabeza y caminó hacia nosotros.

—¿No es ella excepcional?

—En efecto. —Aunque yo no tenía buen ojo para esas cosas, esta yegua era una criatura encantadora y realmente tenía exactamente el aspecto que Ruth había descrito: como si le hubieran sumergido la nariz blanca en un cubo de color dorado. La yegua le dio un afectuoso empujón a la mano de Ruth—. ¿Montas a menudo? —pregunté, impresionada por la familiaridad que parecían compartir.

Ruth me sonrió.

—Todas las mañanas con Augi y Sarah… y Owen cuando está en casa, excepto el sábado, por supuesto.

—¿Por supuesto?

—Deberías venir con nosotros, Bella. La tía Marina tiene un caballo que ya no monta.

No tenía ganas de montar. No me gustaba mucho estar encima de un animal que tenía mente propia. Además, me había negado a que me hicieran un traje de montar y, por lo tanto, no tenía ropa adecuada para esas actividades.

—No quisiera abusar más de la amabilidad de tu tía.

—Te aseguro que no sería una imposición en absoluto. Probablemente, ella estaría agradecida por ello. ¿No es así, Augi?

Augustus levantó su mano y la colocó sobre la yegua, provocando que la criatura soltara un pequeño relincho.

—Usted será bienvenida para montar.

—Honestamente, ya no prefiero montar ni en bicicleta. Hace años que no me importa. No desde mi caída… —Me enfrenté a Ruth.

Augustus se movió y mi conciencia me remordió por mencionar ese hecho.

—Ese fue un evento muy desafortunado. —El tono de Ruth era tan casual, que me pregunté si ya había olvidado quién era el culpable del incidente.

Augustus bajó la mano del caballo y me miró.

—Ciertamente lo fue.

—¿Te gustaría alimentar a Ginebra? —Ruth se agachó y sacó una zanahoria de un saco de arpillera colocado en el suelo—. Las zanahorias son sus favoritas. Bueno, además de las manzanas. Y supongo que a ella le encanta un terrón de azúcar de vez en cuando, aunque el mozo de cuadra me dice que no son buenos para ella.

—¡Eso está muy bien! —Le hice un gesto para que continuara, sin tener intención de ensuciar mis guantes con tal tarea.

Ruth le tendió la zanahoria a la yegua, y rápidamente la misma aceptó su ofrecimiento, dándole a Ruth otro leve empujón con su cabeza.

—¿Echamos un vistazo a los demás? —preguntó Ruth, aunque era obvio que se resistía a dejar a su preciosa mascota—. ¿Quizás la señorita Godwin me permitirá mostrarle los caballos restantes?

La inesperada oferta me dejó buscando una excusa aceptable. Cuando nada salió a la luz a tiempo, me puse a su lado.

—Muy bien.

—Usted no debe parecer demasiado ansiosa —susurró Augustus, mientras lo seguía hacia el interior del establo—. No debe darle a Ruth la impresión que realmente está deseando mi compañía.

—Si le conviene más, simplemente podría informarle de mis pensamientos para que no tenga que especular.

Él se rió.

—¿Y qué pensamientos son esos?

Lo miré.

—¿Tan difícil soy de leer, señor Brundage?

—Usted es un enigma absoluto. —Él sonrió, pero había poco humor en sus ojos—. En verdad, he estado tratando de encontrarle sentido desde que llegué ayer a tu casa en la ciudad.

—¿Eso es así? —Tragué.

Él asintió.

—Supongo que pensé que te encontraría muy cambiada, y en muchos sentidos así es… —Se detuvo y yo me calenté bajo su consideración pensativa, en contra de mi mejor razonamiento —. Pero, en otros aspectos… usted no ha cambiado en absoluto.

Me alejé de él, decepcionada que no me hubiera encontrado completamente diferente de la chica ingenua que una vez fui. Y, sin embargo, aunque me resistía a admitirlo, tampoco era ajena al conflicto que asolaba mi interior: el deseo de volver a ser la misma persona que Augustus y Ruth habían conocido una vez. Pero esto no serviría. ¡Ya no era ella! Fijé mi mirada en el puesto donde acabábamos de detenernos, ansiosa por seguir adelante con su evaluación.

—Ahora, cuénteme del próximo caballo.

La mirada de Augustus permaneció fija en mí durante otro momento incómodo, antes de señalar al ejemplar.

—Esta es la yegua de Sarah, Blossom. Es la más dócil de todos los caballos, lo cual es lo más apropiado. —Seguimos caminando—. El establo vacío, aquí es donde Owen guarda su caballo, mientras está de visita.

—¿Y cómo está su hermano?

—Él está bien. —Augustus se acercó al cubículo frente al vacío y no pude evitar preguntarme por segunda vez por qué no le importaba hablar de Owen—. Y esta pequeña dama es de mi madre. La llamamos Buttercup.

Reprimí mi diversión por lo poco creativas que eran algunas personas. Con el mismo color dorado desde la melena hasta los pies, a mí se me habría ocurrido ponerle el nombre de Hespérides, en honor a las ninfas de la luz dorada. Aunque tuve que admitir que a la yegua le faltaba comparación con el espíritu divino de los griegos. Quizás Buttercup le sentaba mejor.

Augustus levantó el brazo, cuando llegamos al último establo y un semental grande y oscuro caminó hacia su mano extendida.

A pesar de mi falta de experiencia, estaba segura que este caballo era uno de los más magníficos que había visto.

—Ese es un caballo impresionante, señor Brundage.

Pasó las manos por su mandíbula y por su grueso y musculoso cuello.

—Usted debería verlo correr. —Su voz era tranquila, como si respetara a la bestia.

—Estoy segura que es todo un espectáculo. —Mis palabras evocaron una imagen de Augustus encima del gran semental, y mis mejillas comenzaron a calentarse, ante mi incapacidad para sacarlo de mi mente.

—Entonces, venga con nosotros para dar un paseo.

Me encontré con su mirada implorante.

—Fui sincera cuando dije que ya no monto ni siquiera una bicicleta. No lo he hecho desde mi caída. Papá contrató a un instructor de equitación para que me ayudara a vencer mi miedo, pero rechacé su tutela y no he vuelto a montar desde entonces. —Volví a mirar al semental, estando un poco avergonzada por haber sentido la necesidad de decir tanto.

Augustus dio un paso más hacia él.

—Lo siento muchísimo.

—No le dije para ganarme su simpatía, señor Brundage, sino simplemente para asegurarle mis razones para no aceptar su invitación.

—Pero… fue mi culpa.

—Sí, lo fue —dudé—. Pero, si usted no hubiera sido la causa, tarde o temprano habría llegado a la misma conclusión: simplemente, no vale la pena correr el riesgo por algunas cosas.

—Sin embargo, algunas cosas sí lo valen. —Sentí a Augustus examinando mi personalidad, y me alejé de él.

El aire estaba estancado, cuando lo aspiré, y miré a Ruth:

—¿Volvemos?

No obstante, la calidez de la mano de Augustus en mi brazo penetró mis defensas, casi derribando el muro que había estado construyendo entre nosotros. Apenas fue un toque que resultó absolutamente patético.

—Ven, Bella. —Su voz era suave—. ¿No podemos arreglar las cosas entre nosotros?

Tiré hacia él y liberé mi brazo.

—Te pedí que no me llamaras Bella. —La incertidumbre que rozaba sus rasgos no hizo nada para evitar que la ira creciera dentro de mí. Era mi sangre hirviendo por años de frustración reprimida y no resuelta. Aunque logré mantener la compostura—. Ya usted no puede afirmar que me conoce, y mucho menos tener esos privilegios.

Su mano extendida se retrajo y cayó a su costado.

—Quería estar en contacto contigo. Seguramente, usted debe saberlo.

Mis manos se cerraron en puños, a mis costados, y una extraña sensación hormigueó en mi columna. Anhelaba simplemente alejarme, precisamente como él lo había hecho conmigo, pero no pude convencer a mis pies de mi sabiduría.

—¿Cómo lo hubiera sabido? Usted nunca me lo dijo. —Las lágrimas nublaron mi visión, mientras miraba a Augustus, pero me negué a dejarlas libres. No tenía intención de proporcionar más pruebas de mi tonto descuido.

—Por favor entiende… —Sus hombros cayeron.

—¿Que yo no era más que una amiga de conveniencia para ti? ¿Una distracción voluntaria de tu aburrimiento, cuando visitas Blacksley? —La acusación salió de mis labios, antes que pudiera detenerla.

—¡Esto no es verdad! —La pena se grabó profundamente en las facciones de Augustus.

Mi pecho subía y bajaba en rápida sucesión, y traté de convencerme de no decir más, y no dejar que todo esto me afectara. Estaba decidida a seguir el entrenamiento que había recibido. No obstante, las palabras se habían retenido durante demasiado tiempo y no podía contenerlas.

—Todos esos años, ni una carta... Tres estaciones. ¡Tres! Y ni una palabra tuya. Cuando usted y Ruth se marcharon, yo no tenía a nadie. —Aparté la mirada de sus ojos llenos de tristeza —. Y ni siquiera le importó.

Una lágrima se escapó por mi mejilla y la sequé.

—Pero, sí me importó. —Dio un cauteloso paso adelante.

Ignoré tanto el perceptible temblor de mi cuerpo como la sinceridad en el rostro de Augustus.

—Usted no intente apaciguarme. ¡Ahora no! No cuando finalmente estoy convencida de dejarlo en paz.

—Y sin embargo, te ruego que me creas. —Su voz era suave y demasiado cercana, cuando

su mano encontró con la mía. Ante su toque, un dolor peculiar me invadió: un anhelo de ser lo que alguna vez fuimos. Miré hacia abajo, repentinamente en conflicto: si debía alejarme o darle la bienvenida—. Si hubiera sido mi elección…

—¿Usted está afirmando que no tiene la culpa de esa indiferencia? —Levanté mi mirada hacia la suya y la curiosidad casi disipó mi ira. Estaba cerca de eso.

—Eso es precisamente lo que estoy afirmando. Y aunque desearía poder decir más, no puedo.

—Por supuesto que usted no puede. ¿Por qué debería esperar algo diferente? —Apreté la mandíbula.

Augustus miró hacia la dirección por la que habíamos venido, soltó mi mano y dio un paso lejos de mí. Seguí su línea de visión para descubrir a Ruth casi sobre nosotros.

Forcé una sonrisa en mis labios y caminé hacia ella.

—Estaba a punto de alcanzarte. —Enlazando mi brazo con el de ella, nos dirigimos hacia la entrada del establo—. ¿Y hacia dónde vamos ahora?

Enfoqué mi mirada hacia adelante. Afortunadamente, mi sombrero protegía mis ojos enrojecidos.

—Teniendo en cuenta que no tenemos mucho tiempo, antes de vestirnos para la cena, pensé que te gustaría ver el jardín de rosas. Con las rosas, el olor es embriagador. —Ruth miró detrás de ella—. ¿Vienes, Augi?

No miré hacia atrás porque el eco de pasos pesados me dijo lo que necesitaba saber.

—¿Y has llegado a la conclusión que tu Ginebra te ha extrañado tanto, como tú la extrañaste a ella? —pregunté, desesperada por alejar mis pensamientos de Augustus y la confusión que acababa de provocar en mí.

—¡Oh, sí! Estoy segura que sí. Solo lamento no poder sacarla hasta mañana.

—¿Y a dónde sueles viajar?

—¡Oh, cielos! A tantos lugares. —La charla adormecedora sobre las diferentes rutas que normalmente recorrían fue suficiente para tranquilizarme. Mientras Ruth continuaba, mis pensamientos volvieron a mi conversación con Augustus y a lo que podría haber querido decir, si hubiera sido su elección. Parecía reacio a hablar de ello, lo que solo fortaleció mi determinación de descubrir su significado. Sin embargo, ¿por qué debería confiar en mí, después de haberle dejado bastante claro que ya no éramos amigos?

Miré por encima del hombro y encontré a Augustus varios pasos detrás de nosotras, con la mirada baja. La expresión pensativa de su rostro me recordó otra ocasión en la que lo había visto tan oprimido (los días posteriores a la muerte de sus tíos), y el recuerdo despertó en mí un deseo demasiado familiar de perdonarlo.

La sola idea de reanudar la amistad, que una vez conocimos, hizo que se me acelerara el pulso. Pero, no… ¡Nunca volveríamos a ser lo que fuimos! Yo ya no era una joven impresionable e ingenua. Además, necesitaba andar con cuidado, considerando mis intenciones de asegurar a Lord Thorton. No podía arriesgar todo por lo que había trabajado y tampoco tenía intenciones de lastimar a Augustus, permitiéndole creer lo contrario. No solo era lo mejor para todos los involucrados, sino también absolutamente necesario que me mantuviera alejada de Augustus. Acaso, ¿era así? Se me escapó un pequeño suspiro.

—¿Te estoy aburriendo? —La preocupación asomó a la expresión de Ruth.

—No. Por nada. —Le ofrecí una sonrisa tranquilizadora—. Continúa, por favor.

Con solo una breve pausa, ella siguió donde se había quedado. Mantuve mi atención en ella esta vez, negándome a pensar más en Augustus, o vislumbrar en su dirección. Ninguno de los

dos aspectos fortalecería mi resolución en lo más mínimo.

—Mira todas las variaciones. —Ruth dejó caer mi brazo para señalar los exquisitos tonos de color—. ¿No es espectacular verlas?

Examiné las hileras de arbustos con flores de colores brillantes.

—Es… —No había necesidad de fingir deleite. Aspiré la dulce fragancia—. Igual que el olor.

—¡Te alerté que esto es tóxico! —Ruth pasó a la siguiente fila y se detuvo.

—¡Qué extraordinario! —destaqué—. Estas rosas de aquí tienen amarillo en la base y rojo en las puntas. No creo haber visto nunca nada parecido en ningún otro lugar, que no sea Fairhaven.

Ella se inclinó más para examinar los pétalos, dejando solo la parte superior de su sombrero todavía visible para mí.

—Me pregunto si crecen así de forma natural, o si el jardinero ha utilizado alguna estrategia para que esto suceda. De todos modos, creo que debo declarar que esta variación es mi favorita. —Se enderezó, volvió a ser visible y miró hacia un arbusto cercano—. Aunque esos morados también son muy bonitos.

Su enfoque cambió de nuevo.

—Y debo admitir que la mayoría de los días prefiero las rosas de la variedad rosada. —Un suspiro triste llegó a mis oídos—. Tal vez no sea prudente hacer tales declaraciones, cuando todavía no tengo una opinión completamente definida.

—Creo que es muy sabio de tu parte. ¡Qué trágico sería proclamar algo tan rotundamente, solo para refutar tu selección más tarde!

Ruth asintió con una expresión sobria en su rostro.

—Tienes toda la razón. Continuaré deliberando sobre el asunto —dijo con voz seria, mientras deambulaba por el otro pasillo, deteniéndose para estudiar las flores de cada arbusto, a medida que avanzaba.

—¿Y qué color le favorece más, señorita Godwin? —Augustus dobló la esquina del camino donde yo estaba, lo que me puso tensa. Pero su expresión ahora era más suave—. ¿O tal vez usted tampoco está todavía segura de su elección?

—Siempre estoy segura de mi elección, señor Brundage. —De inmediato, me sentí hipócrita por la forma en que toda mi alma me empujó a cambiar mi determinación y perdonarlo. Cuanto más se acercaba, más deseaba olvidar todo lo que había llegado a aprender, durante estos últimos años, y divagar hacia la chica que una vez había sido: la que nunca podría negarle nada a Augustus ni siquiera su corazón. ¡No! Yo ya no era ella. Era más fuerte y sabia. La razón debía ser mi guía, tal como me había enseñado mi madre, no los sentimientos caprichosos.

—Prefiero las blancas. —Toqué el pétalo suave y aterciopelado de una rosa recién brotada —. Es refinada, pero sigue siendo impresionante.

Augustus se detuvo junto al arbusto que estaba admirando. Extendió la mano y con cuidado sacó el capullo de la rama, antes de entregármelo.

Miré su oferta.

—No puedo aceptar eso.

—Es solo una rosa, señorita Godwin.

Me encontré con su mirada.

—¿Lo es?

Él apretó los labios y bajó la rosa.

—Perdóneme. No la presionaré más. —Nuevamente, la tristeza se apoderó de su rostro—.

Pero, ¿podría decirle, por última vez, cuánto realmente lo siento por todo? Si hubiera sido mi elección, las cosas habrían sido muy diferentes.

Me sostuvo la mirada durante un momento tortuoso y luego se apartó de mí.

El pánico recorrió todo mi cuerpo, mientras él se alejaba de mí.

—Señor Brundage —lo llamé, incapaz de contenerme.

Él miró por encima del hombro.

Mi corazón latía con fuerza y mi voluntad se volvió traidora.

—¿Usted se está rindiendo tan fácilmente?

Él lo consideró por un momento.

—Tenía la impresión que eso era lo que deseaba de mí.

—¿No sabe nada de mujeres, señor Brundage? —Mi pecho estaba lleno de nervios.

Dudó, pero luego se dirigió hacia mí:

—Estoy empezando a pensar que no las entiendo en absoluto.

—No todas las declaraciones que hace una mujer, especialmente las que hace con ira, deben considerarse irrevocables. Tan fácilmente como una dama se propone algo, con un poco de persuasión, usted puede cambiarlo.

Augustus ahora estaba frente a mí y, muy lentamente, volvió a levantar la rosa.

Tragué, preguntándome en qué me acababa de meter. Pero ciertamente no había mucho error en permitir algo parecido a una relación con Augustus. Después de todo, me había salvado de una visita a Sandson, y parecía sincero en su deseo de arreglar las cosas entre nosotros. En verdad, parecía cruel no permitirlo, mientras dejara claras mis intenciones. Le arqueé una ceja.

—¿Es una muestra de amistad?

Una sonrisa curiosa apareció en los rasgos de Augustus.

—Si usted lo recibe, así es…

Con cuidado de no pincharme el dedo con las espinas, agarré la rosa.

—No me gustaría nada mejor.

Pero, él no la soltó de inmediato, su mano estaba situada justo debajo de la mía en el tallo.

—¿Realmente?

—Realmente. —Dado mi reconocimiento, él la soltó y levanté la rosa para olerla, mirándolo, mientras lo hacía.

La sonrisa de Augustus era radiante.

—¿Por qué ustedes dos se ven tan emocionados? —preguntó Ruth, caminando hacia nosotros.

Bajé la mano, la rosa quedó colgando a mi lado.

—Estábamos hablando de nuestra amistad.

—¡Oh! —Ruth nos miró con expresión perpleja—. ¿Y qué se ha decidido?

Los ojos de Augustus se dirigieron hacia mí.

—¡Que vamos a volver a ser amigos!

Ruth arrugó la nariz, provocando que se formara una línea profunda en el puente.

—¿Y en qué momento ustedes dos dejaron de ser amigos?

—Siempre hemos sido amigos. —Miré a Augustus en busca de confirmación y él asintió con cautela en señal de acuerdo—. Solo necesitábamos hablar sobre algunas cosas.

Ruth parecía un poco vacilante.

—¿Supongo que esas cosas quedarán entre ustedes dos?

Antes que pudiera decidir acerca de una respuesta adecuada, Augustus dio un paso adelante, y puso una mano sobre el hombro de Ruth.

—Sí. Por ahora.

—Está mejor. ¿Por qué preocuparme, cuando ya has empezado a resolverlo todo? Siempre y cuando lo hagas, por supuesto. Porque no puedo imaginar nada que pueda causar una ruptura entre ustedes dos.

Ocho años sin siquiera una palabra suya me parecieron una refutación adecuada, pero reprimí mi comentario.

—Bueno, estamos en camino de reconstruir esto…

Capítulo siete

—Los motivos son bastante simples, pero tienen una cualidad agradable. —Observé a Leah en el reflejo, retorciendo un mechón de cabello y fijándolo en su lugar, luego mis ojos se posaron en la rosa—. Y aunque anhelo convencer a Lord Thorton de nuestra compatibilidad, Fairhaven es ciertamente preferible a Sandson Hall.

Leah no respondió, más bien acomodó unos últimos rizos dorados, antes de tejer rápidamente una cinta a través de ellos.

—Listo.

Me incliné cerca del espejo, inspeccionando mi peinado desde cada ángulo.

—Bien hecho, como siempre.

—Gracias señorita.

Me puse de pie, alejándome varios pasos del tocador con la esperanza de tener una visión más completa de mí misma. No era ideal, como lo habría sido mi propio espejo de cuerpo entero, pero fue suficiente para ver cómo el impresionante vestido de seda, que había elegido, cubría perfectamente mis curvas.

—Una dama debe poder lucir lo mejor posible sin un propósito particular —dije con aire de indiferencia. No había nadie aquí a quien impresionar, entonces ¿por qué mi corazón latía de una manera tan irritante?

Evaluando mi reflejo por última vez, me pellizqué un poco las mejillas y salí de la habitación para bajar las escaleras.

—Buenas noches —dije, deslizándome hacia el salón para encontrarme solo con Augustus y su madre. Augustus volteó hacia mí con una sonrisa de lo más satisfactoria, iluminando sus rasgos, y pude sentir su lucha por mantener sus ojos en mi rostro. Reprimiendo mi diversión, le hice un gesto de reconocimiento y miré a la señora Brundage.

—¡Qué encantadora es usted, señorita Godwin! —La señora Brundage caminó hacia mí con las manos extendidas—. Pero ahora me arrepiento de no haber invitado a algunos de nuestros vecinos a cenar con nosotros. ¡Se ve demasiado bien para nuestra sencilla reunión!

Junté sus manos entre las mías.

—Usted es amable. Pero prefiero una cena íntima a una con demasiadas caras que no conozco.

—Estoy muy de acuerdo. —La señora Brundage vaciló—. Solo desearía que Owen pudiera estar aquí. O los Whitmore. Sin duda habrían añadido algo de vivacidad a nuestro pequeño grupo.

—¿El joven señor Brundage estará mucho tiempo en Londres? —Mi pregunta surgió por curiosidad y también por el deseo de evitar hablar de la loable señorita Whitmore, de la que ya había oído demasiado.

Augustus y su madre compartieron una mirada inquieta.

—Aún no estamos seguros —dijo Augustus, poniéndose a mi lado—. Pero tenemos la esperanza que regrese, antes que usted se vaya, al menos para una visita.

—Me gustaría mucho eso. —Examiné el salón vacío, odiando sentirme como una extraña, a quien estaban tratando de mantener algo oculto—. ¿Y dónde está Ruth?

La señora Brundage vaciló por segunda vez.

—Ha ido a convencer a Sarah para que venga. Sé que Sarah aún no ha salido, ya que solo

tiene diecisiete años, pero cuando no tenemos invitados, o nuestros únicos invitados son los Whitmore, le permitimos pasar la noche con nosotros. —Sus ojos se dirigieron a Augustus—. Ruth me aseguró que no le importará que te tratemos con familiaridad.

—Por supuesto que no me importa. Es apropiado que me trates como tal, considerando que Ruth es como mi propia familia.

La sonrisa de la señora Brundage se amplió y me pasó un brazo por el hombro.

—En ese caso, estaremos encantados de complacerte, mi querida muchacha.

Una extraña calidez se apoderó de mí, ante su toque, y me crucé de brazos para equilibrar la ola de incertidumbre que me atravesó.

—¡Aquí estamos! —llamó Ruth, arrastrando a una sonrojada Sarah detrás de ella. Sus ojos se detuvieron en mí y luego se movieron sobre mi vestido—. ¡Oh, Bella! Mírate.

El calor que había llenado mi cuerpo con la amabilidad de la señora Brundage de repente subió, concentrándose en mis mejillas.

—Y mírate a ti misma. —Extrañamente, deseando desviar la atención de mí y de mi inquietante sonrojo, le hice un gesto a Ruth y después a Sarah—. Y señorita Brundage, ambas se ven tan encantadoras.

Sarah bajó la cabeza.

—Puedes llamarme Sarah, si quieres —susurró.

Miré a Augustus, quien tenía una sonrisa de aprobación.

—Me gustaría eso, mucho. Gracias.

—¿Podemos entrar ahora? —preguntó Ruth—. Estoy absolutamente hambrienta.

—¡Oh! Ruth. —El tono de la señora Brundage mostraba más cariño que corrección—. Continúa entonces. Guíanos hacia adentro.

Augustus y yo seguimos tranquilamente a los demás.

Inclinándome hacia él, bajé la voz para asegurarme que no me escucharan.

—Tu hermana es tan tranquila.

—En primer lugar, ella tarda un poco más en simpatizar con la gente, pero con el tiempo demostrará que es tan tonta como Ruth.

Consideré a Sarah, ahora a varios pasos delante de nosotros, susurrándole al oído a Ruth. Las damas intercambiaron una risita ahogada, antes que Ruth mirara por encima del hombro en nuestra dirección.

—Espero que no tarde mucho en simpatizar conmigo, porque odio pensar que mi presencia aquí la hace sentir incómoda.

Un lado de la boca de Augustus se arqueó hacia arriba.

—Claro que es así…. Tú haces que todos se sientan incómodos.

Mi mirada escudriñó su personalidad.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la verdad. —Su molesta sonrisa creció.

Se detuvo bruscamente para permitirme cruzar el comedor delante de él, pero dudé, buscando sus rasgos y deseando presionarlo para que me diera una explicación.

—¿Hay algún inconveniente? —La pregunta de la señora Brundage me obligó a considerar a nuestros espectadores que aguardaban.

—De ninguna manera. —Seguí adelante, esperando que mis emociones y mi curiosidad no se apoderaran de mí.

* * *

Mientras nos acomodábamos alrededor del fuego del salón, Ruth se llevó una mano al estómago y se recostó en el sofá.

—Realmente, la cocinera se superó a sí misma esta noche. Me siento absolutamente llena de pollo asado.

—Fue delicioso —reconocí, reprimiendo mi comentario sobre el tamaño de las porciones apropiadas para una dama. Con cada locura que exhibía Ruth, yo tenía más ganas de comenzar su entrenamiento.

Ruth miró a su alrededor.

—Entonces, ¿cómo ocuparemos nuestro tiempo esta noche?

—Podríamos simplemente conversar —sugerí, ya que estaba demasiado agotada para mucho más.

La señora Brundage asintió en señal de acuerdo.

—Sí, eso suena perfecto.

—Lo sé. —Ruth me lanzó una mirada penetrante—. Teniendo en cuenta cuánto Bella adora Londres, ¿por qué no compartimos nuestras diversiones favoritas en la ciudad? Luego, ella nos dirá si eso también está en su lista. Yo empezaré…

Su pensativo murmullo interrumpió el silencio.

—La Casa de Fieras Real.

Sarah asintió con la cabeza.

—También es la mía —dijo con su voz casi inaudible.

Ruth le dio a su prima una sonrisa apresurada y me miró:

—¿Y qué piensas de esto, Bella?

—Lamento no haber tenido la oportunidad de visitar la colección de animales.

Ruth se arrojó hacia adelante en su asiento para verme mejor.

—Pero, ¿por qué no?

Aunque siempre había querido ir, mi madre había insistido en que la Casa de Fieras Real era un lugar para gente inclinada a la curiosidad vulgar. Poco importaba cuántas veces yo había argumentado que los animales exóticos pertenecían a la familia real, siendo obsequios de dignatarios de todo el mundo.

Sin embargo, no pude decirle mucho a Ruth, especialmente con los Brundage escuchando.

—Me temo que eso jamás fue una prioridad durante nuestra estancia en la ciudad.

—Bueno, debes hacerlo así durante tu próxima visita. ¡Fue extraordinario! Hay osos, tigres, leopardos… incluso un elefante. Ojalá todavía tengan monos, aunque sé por qué tuvieron que deshacerse de ellos... ¡pobrecitos! —Los ojos de Ruth se abrieron, ante mi mirada inquisitiva, como si tuviera un secreto apasionante que contarme—. Un cuidador dijo que un mono casi le arrancó la pierna a un niño hace varios años. Al parecer, simplemente estaban vagando libres. ¿Te imaginas lo espantoso que habría sido presenciar eso?

Mi mano se movió involuntariamente para cubrir mi boca.

—Eso es horrible. —Quizás sí hubo sabiduría en la negativa de mi madre.

—Augi, cuéntale la vez que viste una rata correr hacia la guarida de la leona. Cómo el león se abalanzó tan rápido que la rata no tuvo ni un momento para darse cuenta de dónde había buscado refugio de la multitud.

—Creo que resumiste todo perfectamente. —Augustus se apretó los labios.

—¡Oh! Supongo que sí. Perdóname. —Ruth hizo un puchero.

Sacudí divertida la cabeza y volví la vista hacia la señora Brundage:

—¿Y qué es lo que más disfrutas en Londres?

La señora Brundage, que estaba sentada a mi lado en el sofá, agitó la mano con desdén.

—¡Oh! No necesitas saber nada de mí.

—Ciertamente, debemos saberlo.

Incluso en la tenue luz del fuego parpadeante, era evidente que su cara redonda se sonrojaba.

—Bueno, siempre me encanta ir a Gunter's a comprar helados.

Una sonrisa tocó mis labios.

—Eso definitivamente está en mi lista. La verdad es que es una de las cosas que más añoro cuando estoy fuera.

—Lo que no daría por una cucharada de helado de lavanda, en este mismo momento. —Ella se inclinó, reduciendo el espacio entre nosotros.

Puse mi mano encima de la de ella.

—Tendremos que hacer un viaje allí, si alguna vez estamos en Londres, al mismo tiempo, porque la lavanda también es mi sabor favorito.

—¿Lavanda? —repitió Augustus, llamando nuestra atención—. ¿Mejor bergamota? ¿O arce?

Examiné su sonrisa de incredulidad y le ofrecí una mirada escrutadora a cambio.

—Parece que no todos comparten nuestros mejores gustos, señora Brundage.

Augustus se burló juguetonamente, mirando más allá de nosotras hacia su hermana en el otro extremo del sofá.

—Sarah, seguramente, ¿estás de acuerdo conmigo?

—Prefiero el chocolate. —Sarah sacudió tímidamente la cabeza.

—¿Ruth? —Augustus dejó caer los hombros.

—También chocolate. —Ruth se mordió el labio con expresión de disculpa.

Lo miré a él, intentando ocultar mi diversión.

—Ahí lo tiene, señor Brundage. Se han contado los votos y parece que ustedes son una clara minoría.

Él inclinó la cabeza y sacudió la cabeza en señal de una fingida derrota.

—Para tu consuelo, prometo no burlarme, cuando ofrezcas tu respuesta sobre qué aspecto de la ciudad te ha traído más alegría.

Él movió su mirada hacia el fuego y se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas.

—Supongo que si tuviera que elegir, mi respuesta sería, sin lugar a dudas, el baile de Lord y Lady Brimhall.

El ceño de Ruth se frunció casi al unísono con el mío.

—Pero no asististe al baile con nosotras —dijo ella.

Augustus asintió lentamente.

—De todos modos, ese es el aspecto de Londres que me ha traído más alegría. Porque si no… no se hubieran encontrado allí... —Sus ojos se deslizaron hacia mí y me puse rígida—. La señorita Godwin no estaría aquí con nosotros ahora, hablando de la Casa de Fieras Real y de Gunter's.

El color llenó mis mejillas tan inmediatamente que levanté la mano para ver si podía sentir el calor, a través de mi guante.

La señora Brundage se rió.

—¡Oh! Augustus. Mira cómo has hecho sonrojar a nuestra invitada. —Su mano cubrió la que acababa de regresar a mi regazo, y le dio un suave apretón—. No le haga caso, señorita

Godwin. Me temo que siempre le ha gustado molestarnos un poco, y parece que tú no eres una excepción a sus maneras problemáticas.

Le envié una mirada penetrante.

—Recuerdo eso de él.

—¡Qué duras acusaciones han hecho ambas contra mí! —Él se reclinó en el sillón con respaldo de orejas y extendió los pies.

La señora Brundage lo señaló con un dedo, en broma.

—Duro, pero merecido.

La sonrisa de Augustus se instaló en mí.

—¿Qué piensas de una madre que regaña a su hijo delante de una invitada?

—Es el rol de una madre, ¿no? Sé que mi propia madre me ha regañado más veces de las que puedo contar. —Se me hizo un nudo en la garganta.

Su sonrisa disminuyó y sus ojos recorrieron mis rasgos, discerniendo demasiado.

—Me sorprende mucho que tu madre haya podido encontrar algo por lo que regañarte, Bella —dijo Ruth a la ligera—. Creo que eres la dama mejor educada de toda Inglaterra.

Volteé hacia Ruth y me di cuenta que había tropezado con una forma viable de introducir la noción de su entrenamiento.

—Primero hay que encontrar fallas para remediarlas. Seguramente, recordarás que yo era bastante pagana, y corría por el bosque, como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo.

—Lo recuerdo —confirmó Augustus.

La forma en que me miró me hizo comprender lo que quería decirle a Ruth.

—Sí, bueno… —No pude encontrar las palabras.

—¿Recuerdas la primera vez que trepaste por ese viejo y nudoso álamo negro? —preguntó Augustus, robando cualquier oportunidad que tuviera de conjurar mis pensamientos que se desvanecían—. Te había dicho que sería imposible escalar con un vestido, pero te propusiste demostrar que yo estaba equivocado.

—Y lo hice.

Él se rió entre dientes.

—Ciertamente lo hiciste. —Su expresión se volvió una reminiscencia—. Después de eso, trepábamos al árbol y esperábamos a que pasara la gente.

Sus ojos brillaron con picardía, cuando volvieron a centrarse en nuestros rostros vigilantes.

—Bella tuvo la idea de arrojar piedras a los arbustos cercanos para asustar a las pobres almas que pasaban. Pero, eso no funcionó, y finalmente, tuvimos que recurrir a hacer ruidos macabros, por horribles que fueran.

Pasando por alto el desliz de mi nombre de pila, sacudí la cabeza.

—Esa no fue mi idea.

—¿No fue así? Estoy seguro que así fue.

Le lancé una mirada incrédula.

—Como si alguna vez se hubiera angustiado a inocentes por sugerencia mía.

—No, supongo que no. —Él hizo una pausa—. Tu talento siempre ha sido angustioso para los tipos que imprudentemente se han enamorado de ti.

Antes que pudiera expresar mi malestar por una declaración tan descarada, Augustus se rió de nuevo.

—¿Recuerdas cuando traje a mi amigo Robert a Blacksley, durante unas vacaciones escolares? Estaba tan enamorado de ti, que apenas podía hablar cuando estabas cerca, ¡pobrecito!

Con el recuerdo del compañero de escuela olvidado hace mucho tiempo de Augustus,

presioné mis labios para asegurarme que mi risa no se escapara.

—Su visita fue la primera vez que me di cuenta del poder intrínseco que conlleva ser mujer. ¡Eso fue bastante revelador!

—¿No te habías dado cuenta, antes de eso? —Augustus frunció el ceño—. ¿Qué quieres decir? —Él miró a su madre—. No es nada. No tengo intención que me corrijan por hacerte sonrojar por segunda vez.

—Déjame asegurarte que no tengo intención de sonrojarme por lo que digas. —Lo examiné, sabiendo que debía aceptar su excusa y permitir un cambio de tema, pero encontré que me faltaba resolución.

Él abrió la boca y la volvió a cerrar, soltando una lenta exhalación.

Me llevé la mano a la boca, segura que no podría contener la risa sin un refuerzo físico.

—¿No estás insinuando que eras uno de esos chicos que estaban bajo mis poderes femeninos intrínsecos?

—No debes burlarte del afecto de un joven, señorita Godwin. —Él sacudió la cabeza en señal de corrección, aunque ahora una sonrisa apareció en sus labios.

A pesar de haberle asegurado lo contrario, mi cara enrojeció en una demostración de lo más embarazosa. Me di cuenta que su consideración por mí había comenzado a cambiar, pero eso no fue hasta justo, antes de irse de Bath. Hasta entonces, había asumido que su comportamiento era resultado de la estupidez de la niñez.

—¿Y todas esas veces que me engañaste?

—Estoy lejos de estar orgulloso que mi respuesta inicial a este poder místico tuyo fuera actuar como un bufón. Habría preferido que Robert se quedara sin palabras, antes que hacer semejantes tonterías. —Él se encogió de hombros.

Mi mente revisó los recuerdos de Augustus. ¿Sus constantes burlas realmente se debían a su afecto por mí todo el tiempo? De todos modos, esto me dejó de alguna manera eufórica, incluso mareada y confundida.

—Bueno, me alegro de no tener ese efecto en ti. Odiaría ver qué tonterías implementarías para llamar mi atención ahora.

—Esperemos entonces que se puedan evitar estrategias tan drásticas. —Augustus se levantó y me guiñó un ojo.

Mi boca se abrió ante su nerviosismo, pero mis labios me traicionaran con una sonrisa.

—¿Ya te estás retirando, querida? —preguntó la señora Brundage con un toque de preocupación en su tono.

La mirada de Augustus se detuvo en mí, antes de dirigirse a su madre.

—Un hombre solo puede soportar un límite de incitaciones, antes que su resolución se debilite. ¿Quién sabe qué otras admisiones corren riesgo de ser liberadas, si me quedo? Pero, por supuesto, siéntete libre de chismorrear sobre lo que te he ofrecido, una vez que las deje.

Me levanté para darle las buenas noches en el mismo momento en que él se paró frente a mí para despedirse. Nuestros cuerpos chocaron, pero antes que el impacto pudiera compensarme, Augustus me estabilizó.

—Perdóname, señorita Godwin. —Dio un paso atrás y mi piel se erizó por dejar de percibir su calidez.

Me quedé allí en silencio, incapaz de moverme.

—Buenas noches —dijo, alcanzando mi mano. La coloqué en las suyas, y él se la llevó a sus hermosos labios, antes de bajarla nuevamente y acercarse a su madre.

—No te quedes por mí —dijo, inclinándose para besar su mejilla. Les dio las buenas noches

a Sarah y Ruth de manera similar y salió del salón.

Ruth inclinó la cabeza hacia un lado y me evaluó.

—¿Vas a acostarte también, Bella?

De repente, consciente que todavía estaba de pie, volví a tomar asiento.

—No, todavía no.

Ruth y Sarah intercambiaron una mirada significativa, y miré hacia la seguridad de las llamas.

—A pesar de todas sus maneras burlonas —dijo la señora Brundage, interrumpiendo el silencio—. Él es el mejor padrino de boda que conozco. Bueno, él y Owen, por supuesto.

No estaba dispuesta a discutir las cualidades que ella creía que poseía su hijo, en mi actual estado de maleabilidad, así que decidí cambiar el tema de conversación.

—Entonces, debe parecerse a su padre, porque he oído que su difunto marido también era un caballero superior.

Los ojos de la señora Brundage se humedecieron.

—Sí. Él era eso y mucho más.

Con solo un poco de estímulo, la señora Brundage empezó a hablar del padre de Augustus. Sus recuerdos de él estaban llenos de luz y risas, y realmente disfruté, mientras ella hablaba.

—Mis padres no querían que me casara con Henry. —La señora Brundage miró fijamente las llamas danzantes—. Dijeron que estaba por debajo de mí, pero yo lo sabía mejor. No importa cuánto razonaran que podría encontrar satisfacción en otra situación matrimonial, sabía que no había una mejor opción.

Su mirada se posó en mí.

—Hay personas, señorita Godwin, que harán su vida más rica y hermosa al estar en ella. Henry hizo eso por mí. Todas las mañanas me despertaba agradecida de haberlo elegido.

—¿Y tus padres? ¿Ofrecieron alguna vez su bendición?

—No… Por eso lo siento. —Ella miró a Ruth y a Sarah—. Bueno, señorita Godwin, creo que ya has oído suficiente por esta noche. Son casi las once y parece que ya logré poner a dormir a una persona.

Miré hacia el extremo opuesto del sofá, donde Sarah dormía en el apoyabrazos.

—Pobrecita, querida —dije, poniéndome de pie.

—Tú y Ruth sigan adelante. Yo me ocuparé de Sarah.

—Buenas noches, tía Marina —expresó Ruth, besando a la señora Brundage en la mejilla.

—Buenas noches, mi querida muchacha. —Había tanto afecto en las palabras cariñosas de la señora Brundage, que no pude evitar preguntarme cómo sería ser considerada con tanto cariño —. ¡Que duermas bien, señorita Godwin!

—Gracias. —Hice una breve reverencia, antes de coger dos velas de la mesa auxiliar. Le entregué una a Ruth y tomé mi brazo sobre el de ella, ansiosa por finalmente tenerla a solas.

Mientras subíamos las escaleras, la miré.

—Estuviste callada esta noche.

—Me complace mucho escuchar a mi tía hablar del tío Henry. Es casi como si él todavía estuviera con nosotras, cuando la calidez de sus palabras también fluye a través de mí.

—Ella tiene la capacidad de hacerte sentir, como si de alguna manera fueras parte de todo.

—Sí. Esa era una de las cosas favoritas de mi tío sobre ella. Todavía puedo recordar la expresión de absoluta satisfacción en su rostro, mientras la veía contar historias.

La idea me hizo querer al hombre.

—Parece que ambos hicieron una combinación afortunada.

Ruth me apretó con más fuerza.

—¡En efecto!

—Hablando de uniones, ¿ya has puesto tu afecto en un caballero?

—¡Oh! No. —Ruth negó con la cabeza, cuando llegamos a lo alto de las escaleras—. No conozco a muchos caballeros.

—Pero, estás en la sociedad, ¿no es así?

—Sí, pero solo he asistido a un puñado de reuniones y a un baile, el de Lord y Lady Brimhall, donde te vi, por supuesto.

Asentí, debatiendo cuál era la mejor manera de hacer la transición al tema del que había estado anhelando hablar con ella.

—Además —dijo mientras caminábamos por el pasillo—. Ni siquiera sabría cómo comportarme, si me gustara alguien.

Ella me había dado la pista perfecta.

—Sí —dije con un poco de entusiasmo.

Ruth se rió.

—Pues claro que sí. Augustus me dijo que tenías caballeros haciendo una fila para cortejarte.

Me puse rígida.

—¿Lo hizo ahora?

—¡Oh! Sí. También mencionó que tú habías recibido más propuestas de matrimonio que cualquier mujer de la que haya oído hablar.

Se me encogió el pecho al pensar en Augustus contándole algo así a Ruth. El Cielo sabía lo que ella debía pensar de mí y también acerca de él.

—Sí. Bueno, el matrimonio no es una decisión que deba tomarse a la ligera, como bien sabes. —En el momento en que las palabras salieron de mi boca, deseé que regresaran.

—Perdóname, Ruth. —Me detuve—. No era mi intención…

—Por supuesto que no pretendías hacerme daño. —Ruth sonaba como si necesitara tranquilizarme y no al revés—. No es ningún secreto que mis padres no mantuvieron un matrimonio feliz.

¡No! Pensé que ese era mi secreto.

—De todos modos, no debería haberlo mencionado tan casualmente.

—Ya eso está olvidado.

Nos acercábamos a la puerta de Ruth y no podía dejar pasar esta oportunidad.

—Creo que nos desviamos bastante de lo que esperaba discutir contigo.

Ruth ladeó la cabeza.

Parecía que nunca lo sacaría sin simplemente decirlo.

—Iba a ofrecerme a entrenarte... si así lo deseabas.

—¿Entrenarme? —preguntó Ruth, haciéndose eco de mis palabras insensibles.

—No tanto entrenar, sino… —Mi mente se apresuró a pensar en una descripción más agradable—. Instruirte sobre cómo ser una dama adecuada.

Hice una pequeña pausa.

—No es que ya no seas una verdadera dama, como claramente lo eres, simplemente pensé que podría ser beneficioso... —No obstante, toda la conversación había salido mal, y me detuve, antes de propiciar un mayor desastre.

—Entrenar suena maravilloso. —Los ojos de Ruth bailaron bajo la luz parpadeante, llenándome de alivio—. Pero, ¿estás segura que deseas dedicar tu tiempo a esa tarea? Soy muy

consciente del esfuerzo que supondrá...

—¿Y qué más haría durante las próximas tres semanas?

Los labios de Ruth se abrieron, como si tuviera la intención de decir algo, antes de volver a cerrarlos.

—Supongo que si realmente no te importa...

—Comenzaremos a primera hora, después de tu cabalgata de la mañana.

Ruth gritó de alegría y yo reprimí mi corrección, sabiendo que un nuevo comienzo sería beneficioso para ambas.

—Entonces, te veré por la mañana.

Di la vuelta hacia mi habitación, pero Ruth tomó mi mano entre las suyas.

—Me alegro mucho que hayas venido a Fairhaven. —Se acercó para dejar un beso en mi mejilla.

—Yo también —susurré, sorprendida que la declaración no parecía falsa.

Capítulo ocho

Cogí la tostada de mi bandeja de desayuno, mientras Leah terminaba de sujetarme el pelo.

—Se levantó temprano, señorita.

—He prometido ayudar a Ruth a convertirse en una verdadera dama y comenzaremos esta misma mañana. Necesitaré tu ayuda. —Reprimí un bostezo.

Leah asintió brevemente, examinando la caja de mis joyas. Seleccionó un sencillo collar de perlas y lo colocó alrededor de mi cuello.

—¿Y en qué puedo ayudarla?

—Ruth necesitará que le recojan el pelo con un estilo más favorecedor. Su frente es demasiado ancha para los rizos peinados, que están de moda actualmente. Creo que un peinado más alto sería más agradable, pero lo dejo a tu discreción.

—Eso le vendría bien.

Un golpe vigoroso resonó en la habitación y esperé a que Leah abriera la puerta.

—Buen día. —Ruth le sonrió a Leah y entró saltando en la habitación—. Estaba tan emocionada de comenzar mi entrenamiento que apenas podía dormir. Augi se burló incansablemente de mí por dar un paseo más largo esta mañana, pero al final se aseguró que volviéramos temprano.

Giré hacia ella en mi silla, maldiciendo mi descuido.

—¿Le contaste a tu primo de nuestros planes?

Ella asintió y su expresión se volvió vacilante, cuando no reflejé su entusiasmo.

—¿No debía hacer eso?

—No importa. Supongo que puedo necesitar ayuda en el camino. Pero mejor debes abstenerte de decírselo a los demás. —Respiré para calmarme.

—¿También fuera de mi familia? —Ruth se mordió el labio con timidez.

Evidentemente, ella ya se lo había dicho a los demás.

—Sí, claro. —Si hubiera sabido que Ruth mencionaría nuestros planes tan descuidadamente, habría hablado primero con la señora Brundage para asegurarme que no pensara que le ofrecí tal cosa debido a su negligencia. Simplemente, ahora tendría que aclarárselo pronto.

—Acordado —asintió Ruth resueltamente—. ¿Por dónde empezamos?

Me puse de pie y la acompañé a la silla donde acababa de estar sentada.

—Con lo más sencillo de cambiar: tu apariencia. Leah te peinará.

—Pero ya tengo mi propio diseño. —Ruth alzó la mano para tocar los rizos apilados alrededor de su cara.

Junté mis labios, eligiendo cómo expresar mis razones amablemente.

—Creo que un arreglo diferente complementará mejor la hermosa forma de tu rostro. —Consideré los rizos colocados a cada lado de su frente, afirmando que solo servían para ensanchar su rostro, en forma de corazón, en la parte superior—. ¡Queremos alargar tus hermosas facciones!

Aunque estaba segura que ella no comprendía mi explicación, Ruth asintió en señal de acuerdo. Leah se puso a trabajar, quitando alfileres y aflojando rizos. Cuando el espeso cabello de Ruth colgaba suelto, Leah lo separó por la mitad, torciendo ambos lados y llevándolos, junto con el resto del cabello, hacia atrás. Con otro giro hacia arriba y unos cuantos alfileres para

mantenerlo en su lugar, Leah había logrado un peinado encantador. Leah se soltó algunos rizos alrededor de la cara y dio un paso atrás.

—Mucho mejor —asentí con aprobación

Ruth se movió para mirar su apariencia, pero la detuve.

—Aún no. Espera hasta que hayamos terminado. —Abrí mi recipiente de carmín y un toque de polvo rojo flotó en el aire.

Ruth miró el polvo con recelo.

—¿Qué es eso?

—Colorete. —Me apliqué una pequeña cantidad en los dedos y le agregué un poco de polvo para el cabello—. El truco consiste en aplicar lo suficiente como para añadir color rosado a tus mejillas sin que parezca que llevas puesto nada.

Me sacudí los dedos y toqué ligeramente la manzana de las mejillas de Ruth.

—Y algo en los labios para darle un toque de color.

Observé el cambio sutil y quedé satisfecha con el efecto.

—En cuanto a tu vestido… —Hice una pausa y sacudí la cabeza con un suspiro—. Me gustaría poder decir que tengo uno que te queda bien, pero creo que cualquier cosa mía te ahogaría, tanto en el pecho como en las caderas. Simplemente, necesitaremos encargar algunos vestidos de moda para que los uses.

—Pero ya tengo muchos vestidos. Estoy segura que son suficientes.

Examiné el vestido de día sin adornos que llevaba.

—Lo que estamos tratando de lograr no es suficiente. —Observé el escote y las mangas, preguntándome qué se podría hacer para mejorarlos—. Leah, toma mi Spencer dorado, el que tiene el adorno de encaje. Siempre me ha quedado un poco ajustado y me atrevo a decir que quedará espléndido con el color de Ruth.

Leah se movió para cumplir mis órdenes y volví a mirar a Ruth.

—En cuanto a tus otros vestidos, Leah también puede intentar actualizarlos. Ella es muy hábil con la aguja.

Los ojos de Ruth volaron hacia Leah.

—No quisiera molestarla.

—Te aseguro que no es ningún problema.

Leah regresó a mi lado, le quité la chaqueta Spencer y ayudé a Ruth a ponérsela.

El toque final fue perfecto, y giré a Ruth hacia el espejo, permitiéndole finalmente ver su reflejo mejorado.

Ruth se llevó una mano al pecho y abrió los labios con asombro.

—¡Qué elegante me veo! —Ella me miró por encima del hombro—. Casi no puedo creerlo. ¿Podemos bajar y sorprender a los demás con mi transformación?

Me moví al lado de Ruth.

—Aún no hemos terminado. Una cosa es parecer una dama refinada. Otra muy distinta es convertirse en una.

—Por supuesto —dijo, mirando su reflejo de nuevo y sonriendo vertiginosamente—. ¿Qué necesito saber?

Fruncí los labios, todavía sin saber qué lección enseñarle primero.

—No quiero abrumarte, así que comenzaremos lentamente.

Ruth asintió, todavía observándose en el espejo.

—Comencemos por aprender a reprimir las emociones.

Ruth me lanzó una mirada burlona.

—Una dama entrenada no se ríe, no chilla, no habla en voz alta ni con entusiasmo, no toca a otros sin un propósito...

El rostro de Ruth se llenó de curioso deleite.

—¿Cómo se toca a alguien con un propósito?

—Esa es una lección para otro momento. Por ahora, basta con que sepas mantener una distancia adecuada con los demás. Si te ofrecen un brazo, puedes tomarlo, pero aparte de eso, evita todo contacto físico hasta que yo te indique lo contrario. —Le di una sonrisa traviesa.

—Eso parece bastante fácil. —Ruth levantó rápidamente los hombros.

—Eso significa que no se deben dar abrazos.

Ruth asintió en señal de comprensión.

—Ni apretones de brazos entusiastas o anhelantes.

Ruth volvió a asentir.

—Y trata de mantener tu entusiasmo imperceptible.

Ella sonrió, casi rebotando en su asiento.

—¿Bajamos entonces?

—¡Ruth!

—Lo siento… Debo ser imperceptible. —Levantó los hombros y los bajó con una lenta exhalación—. ¿Bajamos? —preguntó de nuevo, esta vez imitando mi tono.

—¡Bien hecho! —Miré a Leah—. Asegúrate de evaluar los vestidos de Ruth y ver qué se puede hacer al respecto.

—Por supuesto, señorita. —Leah bajó la cabeza.

Esperé a que Leah nos abriera la puerta y luego saqué a Ruth de la habitación, ansiosa por mostrar a mi nueva alumna.

—Recuerda, Ruth. —Le dirigí una mirada severa, mientras nos acercábamos a la entrada del salón—. Una dama no permite que otros sepan cómo se siente sin un propósito.

Ruth reprimió una sonrisa y asintió.

Le di una última valoración.

—Lo harás maravillosamente —susurré, llevándola al salón.

Augustus fue el primero en vernos y se levantó de su silla junto a la chimenea. La señora Brundage y Sarah movieron sus cabezas, desde donde estaban sentadas en el sofá, antes de seguir su ejemplo.

—¡Qué hermosa estás, Ruth! —dijo Augustus cuando llegó a mi lado.

Ruth me miró y yo asentí con aprobación.

—Gracias Augi. Bella hizo que su criada me peinara y también me prestó su Spencer. ¿No es hermoso? —Tiró de las solapas de la chaqueta y se balanceó de un lado a otro, sin poder reprimir más su sonrisa—. Cuando vi mi reflejo por primera vez…

Extendí la mano suavemente y toqué su mano.

—Oh, sí —dijo, luciendo bastante arrepentida, antes de levantar la barbilla en el aire—. Te agradezco tu cumplido.

La señora Brundage se acercó a su hijo con una expresión divertida.

—Debo decir que el estilo te sienta muy bien, Ruth. ¡Te ves como una persona mayor!

—Estoy muy de acuerdo —suspiró levemente Sarah.

—Una cosa es lucir el rol de una buena dama —dijo Ruth, evaluándome antes de emular mi postura—. Ahora Bella debe enseñarme a actuar de esa manera.

—¿Actuar…? Parece una descripción interesante, pero apropiada. —Augustus me sonrió—. Pero supongo que si lo que deseas es aprender a pestañear y conocer los medios secretos para

fascinar a los caballeros, no se me ocurre mejor tutora que la señorita Godwin.

—¡Es así! ¡Cuánto anhelo ser admirada como Bella! —Ruth me agarró del brazo.

Inmovilicé a Augustus con una mirada sutil.

—Ruth… Ser una dama implica mucho más que simplemente ser admirada. Pero supongo que es una distinción difícil de apreciar entre los sexos menos cultivados.

Augustus se rió entre dientes, ante mi respuesta.

—Creo que es una idea maravillosa —dijo alegremente la señora Brundage—. Y es muy amable de tu parte ofrecer tu ayuda.

La culpa me pinchó.

—Espero que no me considere pretenciosa al ofrecer tal cosa. Le aseguro que no encuentro que Ruth tenga ningún defecto. —Esa era una mentira, pero necesaria—. Simplemente, pensé que sería algo divertido para pasar el tiempo y también continuar con mi propio desarrollo.

La señora Brundage esbozó una amable sonrisa.

—No encontré tu oferta en absoluto pretenciosa. Ha pasado demasiado tiempo desde que fui una joven en entrenamiento, por lo que aprecio mucho tus conocimientos.

Vi la expresión embelesada de Sarah, pero rápidamente bajó los ojos a sus manos, cuando notó que la estaba mirando.

—Tú también puedes participar con nosotras, Sarah. —La oferta salió de mis labios sin que yo tuviera que considerarla—. ¿Si eso le parece aceptable, señora Brundage?

—No veo por qué no. Tiene diecisiete años y pronto tendrá que salir del armario. —La señora Brundage le sonrió a Sarah, animándola—. ¿Te gustaría unirte a las lecciones de la señorita Godwin, Sarah?

Un hermoso destello rosado coloreó las mejillas de Sarah.

—Sí... Si no es mucho problema.

—De ninguna manera es un problema. —Junté las manos frente a mi pecho, confiando en que la voluntad de Sarah significaba que pronto se sentiría cómoda conmigo—. ¡Debemos empezar! Pasarán tres semanas, antes que nos demos cuenta, y hay mucho que cubrir antes de mi partida.

—Sí. Será mejor que empieces. Y a menos que me necesiten…—La señora Brundage me miró y yo sacudí la cabeza—. Me pondré al día con mi correspondencia.

Augustus apartó los ojos de la figura de su madre, que se alejaba, y se encontró con mi mirada.

—Supongo que será mejor que me ponga a trabajar yo mismo. No quiero alejarte de tu... —Agitó la mano en pequeños círculos, como si estuviera intentando pensar en la palabra correcta.

—Entrenamiento —intervino Ruth.

—Precisamente. —Él la señaló.

—Bueno, no te vayas muy lejos, señor Brundage. Es posible que necesite tu ayuda, en algún momento.

Él me evaluó por un instante.

—Hay varias cosas de vital importancia que solo se aprenderán interactuando con un caballero.

—¿Cómo? —Él se acercó más.

—Bailando, por ejemplo. —Reprimí mi diversión, ante su entusiasmo.

—¿Vamos a bailar el vals? —Las comisuras de su boca se torcieron.

—Tú y Ruth bailarán el vals, ya que ella es la que necesita instrucción.

Me di cuenta que él no tenía intención de ceder.

—Pero probablemente necesitará verlo demostrado, primero.

Incliné mi barbilla hacia adelante, negándome a mirar hacia otro lado.

—Entonces, supongo que lo haremos.

—Grandiosamente. —Me guiñó un ojo.

Esta vez no pude ocultar mi sonrisa, aunque me aseguré de acompañarla con un movimiento de desaprobación con la cabeza.

—Quizás nuestra primera lección debería ser el manejo de coquetos malvados —dije, lanzando a Augustus una mirada mordaz—. Con uno de los mejores ejemplares de Inglaterra expuesto aquí, ante nosotras, parece una pena dejar pasar la oportunidad.

Ambas damas se rieron y yo esbocé una media sonrisa triunfante.

—Pensándolo bien —dijo, y reconocí el toque de picardía en sus ojos, mientras continuaba —, creo que puedo dedicar algo de tiempo para ver cómo manejas este tema tan desconcertante.

Apoyó un hombro contra la pared y levantó la ceja, como si me desafiara a seguir.

—Muy bien, señor Brundage —dije, aceptando su desafío—. Aunque me temo que no encontrarás tanta satisfacción en la lección como supones.

—Me aseguraré de hacerle saber lo que pienso, cuando haya concluido su discurso.

—¡Oh! Pero, señor Brundage, mis lecciones no son sermones. Ven… —dije, haciéndole señas para que se acercara a mí—. Párate aquí.

Él dudó, sospechando claramente de mi propósito.

Levanté mis hombros inocentemente.

—Simplemente, deseo demostrar el protocolo, ya que creo que las imágenes son más fáciles de recordar que las explicaciones. —Hice una pequeña pausa—. Es decir, ¿a menos que prefieras no hacerlo?

Se enderezó y avanzó unos pasos.

—¿Aquí?

—Eso funcionará. Ahora dime algo coqueto. —Le di una sonrisa tensa para cubrir mi exasperación. Augustus miró a su hermana y a Ruth—. ¡Oh! Vengan ahora. No es que no hayan visto tanta coquetería de tu parte antes.

Augustus cuadró los hombros y movió la cabeza de lado a lado, como si estuviera a punto de participar en una pelea a puñetazos. Él me dio una sonrisa encantadora.

—Señorita Godwin, usted muy guapa.

Las damas se rieron salvajemente y yo apoyé la punta de mi dedo en mis labios.

—Seguramente puedes hacerlo mejor que eso. —Di un paso más hacia él y me mordí el labio. Los ojos de Augustus se posaron exactamente donde yo quería que lo hicieran—. Cuéntame cómo el color de mis ojos te recuerda a los zafiros que brillan bajo la luz del sol, o cómo mi forma de moverte te embriaga por completo, haciendo que todo lo demás se desenfoque.

Augustus tragó.

—Tu forma de moverte me embriaga —repitió con voz rancia.

Fue casi demasiado verlo tan completamente desconcertado, y me aclaré la garganta para reprimir una risa.

—Bueno —dije, mirando hacia Ruth y Sarah—. Tendrán que imaginar simplemente que ha tenido éxito en su intento. Y una vez…

Augustus se acercó y su calidez se filtró a través de mi vestido.

—Señorita Godwin —expresó con su aliento caliente en mi cuello—. Si supieras el efecto que esto tuvo en mí, no me torturarías tan cruelmente.

Mi corazón dio un vuelco decidido, pero me negué a dejar que saliera victorioso.

—Mucho mejor, señor Brundage. Ahora, damas, la forma en que reaccionan ante un caballero depende completamente de lo que deseen transmitirle a él, y a quienes puedan estar observando. Dado que en este ejemplo estamos tratando con un coqueto notorio. —Incliné mi cabeza para darle a Augustus otra mirada penetrante—. Mi mejor opción es terminar nuestra conversación con gracia y minimizar cualquier daño que él pueda infligirme.

—¿Daño? —preguntó Ruth, arrugando la nariz con preocupación.

—Sobre nuestra reputación… Tanto los coquetos como los libertinos rara vez tienen la capacidad de ayudar a la reputación de una dama, pero pueden destruirla, en un breve encuentro, si ella no se tiene cuidado.

Las damas compartieron una mirada preocupada y volvieron a mirarme con un nuevo enfoque.

—Se debe dejar claro que no hay interés por sus intentos, porque ambos tipos de hombres son famosos por su incapacidad para reconocer señales desdeñosas. En mi experiencia, aumentar la distancia entre la dama y el agresor es el primer paso, seguido de una excusa rápidamente inventada, que se necesita estar en otro lugar.

—Señor Brundage —dije en un fingido reconocimiento de despedida, alejándome un paso del calor penetrante de su cuerpo y levantando mi mano hacia él. Miré a Ruth y Sarah—. Retirar mi atención no será visto como un desaire, si ofrezco mi mano para inclinarme.

Asentí alentadoramente a Augustus, y él obedientemente levantó mi mano para darme un beso. Pasé por alto la forma en que mi piel se erizó con la ternura de su exhibición.

—El beneficio de este movimiento, como pueden ver —dije, señalando la distancia entre nosotros—. Es que ahora estamos a una distancia adecuada.

Ambas damas asintieron al unísono.

—Una vez logrado esto, se debe ofrecer una excusa. —Volteé hacia Augustus—. Fue muy amable de su parte buscarme, pero prometí... —Miré por encima del hombro—. Agreguen aquí a una persona razonable… como voy por mi madre, y ella no es alguien a quien debo hacer esperar… Perdóneme.

Hice una reverencia y di la vuelta, como si fuera a alejarme.

—Asegúrense de no darle la oportunidad de persuadir sobre lo contrario, porque seguramente él intentará apelar a nuestra naturaleza sensible.

La mano de Augustus agarró la mía, haciéndome girar hacia su exasperante sonrisa.

—Por favor, señorita Godwin —manifestó de la manera más dramática, arrodillándose—. ¡Qué injusto de tu parte despedirme tan cruelmente! ¿No ves lo miserable que usted me deja?

Ver al señor Brundage estrechando mi mano y mirándome como si fuera un tonto enamorado fue demasiado, y la risa que había estado reprimiendo durante días estalló en mí.

—Ciertamente, puedo hacerlo… —logré decirlo, en medio del coro de risas que siguió a la mía.

Me sequé las lágrimas que habían escapado, antes de rodear mi abdomen con mis brazos.

—No creo que me haya reído tanto en años —dije—. Aunque no debería ser una sorpresa, ya que fuiste el único que pudo hacerme reír así, Augustus...

—Señor Brundage. —Hice la corrección rápidamente.

—Esa es toda la insignia de honor que me has otorgado. —Augustus se acercó—. La usaré con orgullo.

—Siempre y cuando no la traigas para nuestra próxima lección. —Le envié una mirada de desaprobación—. Sarah y Ruth no aprenderán nada con exhibiciones tan ridículas y demasiado

dramáticas.

Él miró hacia su hermana y a Ruth.

—Creo que aprendieron mucho. ¿No les pareció esclarecedora la demostración?

Ambas damas parecían absolutamente mareadas.

—Sí —dijeron casi al unísono.

Mi rostro se calentó, demasiado consciente de lo que afirmaban, pero Augustus solo se rió.

—Bueno, será mejor que las deje ahora, antes que la señorita Godwin me prohíba estar en su lección sobre cómo alentar la persecución de un caballero. Teniendo en cuenta lo satisfactorio que la misma ha sido, estoy seguro que sería una lástima perdérsela.

—Eres incorregible. —Negué con la cabeza.

Él sonrió con una sonrisa de lo más hermosa, aquella que solía hacerme temblar las rodillas. Me di cuenta, para mi gran mortificación, que todavía era así. Puse una mano detrás de mí, estabilizándome en el respaldo del sofá, mirándolo salir del salón.

—Hasta aquí no hay tonterías. —Ruth me envió una mirada de complicidad—. Es maravilloso verlos a los dos juntos de nuevo.

Me aclaré el nudo de la garganta, sin ningún deseo de darle a Ruth evidencia de sus tontas esperanzas ni reconocer ambas expresiones sin sentido.

—¿Empezamos con nuestras verdaderas lecciones?

Capítulo nueve

—Nunca pensé que caminar podría ser tan agotador. —Ruth se dejó caer en una silla—. O que podría hacerlo mal.

—Solo agradece que no tengamos acceso al tablero que mi madre me hizo usar. —Examiné la postura de Sarah, mientras cruzaba la habitación—. Muy bien, Sarah. Recuerda levantar el esternón, ya que eso hará que los hombros retrocedan de una manera más natural.

Su figura adoptó una alineación hermosa y natural.

—Anímate solo un toque… Perfecto. —Miré por encima del hombro a Ruth—. Es tu turno otra vez.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás y soltó un gemido exasperado.

—¿Debo? Hemos estado trabajando incansablemente durante los últimos días y me duele todo el cuerpo, especialmente mis pobres pies.

Puse mis manos en mis caderas y la miré con una mirada incrédula.

—Haces que parezca, como si yo fuera una especie de dictador napoleónico.

Ella exhaló de la manera más dramática.

—Lo siento Bella. Tienes razón. Creo que simplemente necesito un breve respiro para rejuvenecer. Todavía me da vueltas la cabeza pensando en cuántas formas hay de comunicarme con un posible pretendiente. —Ella sacudió su cabeza—. Es como un idioma en sí mismo.

—Ese es el punto, querida —dije, aunque reconocí que había necesitado muchos de ellos desde que comenzamos nuestro entrenamiento—. ¿Qué es lo que te gustaría hacer?

Ruth se enderezó, rebosante de emoción.

—Augi se ofreció a llevarnos de picnic. Hay un hermoso arroyo al que nos gusta ir. ¿Y no sería divino pasar un día tan hermoso al aire libre?

Apreté los labios. Un breve descanso era una cosa, pero un picnic era otra completamente distinta. Por otra parte, había estado postergando hablar con Augustus sobre quién le había impedido escribirme. Ciertamente, los nervios fueron parte de la razón por la que no había logrado mis propósitos, pero las constantes interrupciones no habían hecho la tarea más fácil.

—Podríamos continuar nuestras lecciones allí —ofreció Sarah tímidamente.

Miré entre las miradas esperanzadas de ambas damas.

—Muy bien. Si el señor Brundage está disponible, supongo que un poco de aire fresco será beneficioso.

Ruth chilló de alegría, mientras corría al lado de Sarah.

—Ruth —dije, mirándola con una mirada de censura.

—Lo siento —Ruth respiró para calmarse, tal como le había mostrado, y entrelazó su brazo con el de Sarah.

—Ven —dijo fríamente—. Vamos a buscar a Augi.

—Las esperaré a ambas aquí. —Me acerqué al sofá. El silencio se apoderó de mí, mientras recogía mis cosas y tomaba asiento. Después de quitarme los guantes, miré alrededor de la sala vacía. Todo estaba demasiado tranquilo.

—¿Y a dónde se han ido tus alumnas? —Augustus estaba en la puerta con algunas cartas en la mano.

—En realidad, acaban de ir a buscarte. —Me levanté lentamente para enfrentar a Augustus —. ¿Algo sobre un picnic que prometiste?

Se metió las cartas en el chaleco y rodeó el sofá.

—¿Hay tiempo en su agenda para diversiones como picnics?

Levanté la barbilla, en respuesta a la burla en su voz.

—No. Pero a Ruth y Sarah les ha ido bien y creo que merecen un respiro en su trabajo.

Cambió su peso de un pie al otro.

—Entonces, ¿vienes con nosotros?

—Se sugirió que continuáramos nuestras lecciones allí. A menos que prefieras...

—No —interrumpió Augustus—. Te quiero conmigo.

Mi cara se sonrojó, pero Augustus no pareció darse cuenta, mientras se sentaba en el sofá, al lado de donde yo había estado sentada. Miré hacia la puerta, sin saber si deberíamos hablar con tanta privacidad, antes de dejar de lado mi preocupación y volver a sentarme.

—Si tienes trabajo que atender, estoy segura que podrías convencerlas de posponer la salida para otro día.

—No. Siempre hay trabajo por hacer, y es precisamente por eso que debemos ir. Además, ya me reuní con dos de nuestros agricultores arrendatarios, esta mañana, y no tengo otras citas programadas para el día.

—Ruth y Sarah se alegrarán de oírlo.

—¿Cómo van las lecciones?

—A ambas damas les está yendo muy bien —dije, dejando de lado las quejas de Ruth sobre las tareas monótonas que les hacía realizar—. Sarah parece especialmente interesada en aprender.

—Me alegra oír eso. Ella parece simpatizar contigo.

—Sí, a pesar de la incomodidad que inflijo a los demás, supongo que es así.

—Todavía no te molesta mi comentario sobre que tú haces que los demás se sientan incómodos. —Él movió la cabeza hacia un lado.

—¿No debería estar molesta? —Incliné mi cabeza, imitando la suya.

—No. Eso fue más un cumplido que otra cosa.

—Entonces, ¡me engañaste!

Él movió su cuerpo para mirarme más. Sus rodillas estaban descansando contra la falda de mi vestido.

—Señorita Godwin, eres es un calibre de mujer que llama la atención. Eres hermosa, capaz, elegante, elocuente...

—Por favor, señor Brundage —lo interrumpí—. Una mujer solo puede soportar tantos halagos, antes que se vuelvan falsos o, en su caso, antes que parezcan un intento desesperado de encubrir una locura anterior.

—Atrevida, inteligente… —Él apenas sonrió.

—¿Cuál es tu punto? —Le lancé una expresión poco impresionada.

—Estoy llegando a ese punto —dijo, con una risa detrás de sus palabras—. ¿Humildad?

—¿Acaso esa es una pregunta? —Me enderecé.

—Eres perspicaz. —Hizo una pausa y su tediosa sonrisa creció.

Me burlé y empujé mi hombro hacia él.

—¿Me acaba de empujar, señorita Godwin?

—Era obvio que no tenía otra opción. ¿Quién sabe cuánto tiempo te habría llevado tocar una mera parte de mis cualidades dominantes? —Dije las dos últimas palabras con voz profunda y altiva—. Es posible que estemos atrapados aquí toda la tarde.

Incliné la cabeza hacia un lado y aleteé las pestañas de la manera más ridícula.

Él se rió entre dientes y sacudió la cabeza.

—También es gracioso, aunque no agregaré un imitador hábil a la lista. Hiciste un trabajo bastante abominable con eso… ¡Cualidades dominantes! —repitió en tono mímico—. Eso no sonaba en nada, como yo.

—Siento disentir. Aunque todavía no me has dado una explicación de la necesidad de tu lista. —Sonreí.

Él colocó su brazo en el respaldo del sofá detrás de mí.

—Son estas cualidades las que hacen que los demás se sientan inferiores en tu presencia. La incomodidad se origina en la comparación y es difícil competir contigo.

—¿Perspicaz? Quizás cuando termine de educar a Ruth y Sarah pueda ofrecerte consejos sobre cómo hacer cumplidos que no sean tan despectivos.

—Te estoy declarando una mujer superior... —Él se rió.

—Informándome de cómo vuelvo miserables a los demás.

—Perdóname. No quise ofenderte. —Su expresión se suavizó.

Nos sentamos en silencio y mis pensamientos se movieron involuntariamente a través de las innumerables veces que había sido yo quien se había sentido deficiente. Tenía razón en que casi todo había sido causado por algún tipo de comparación: lo que percibí que me faltaba, o lo que otro me informó que no tenía. ¡Cómo despreciaba ese sentimiento! Este había sido una de mis mayores motivaciones para trabajar incesantemente para convertirme en la dama que era, una que rara vez se sentía inferior o ignorada. Una que merecía consideración y amor. ¡Y lo había logrado! Alcancé casi la perfección, ante los ojos de la sociedad, si no a los de mi madre. ¿Y qué mayor escala hay para determinar el valor propio que las reacciones de los demás hacia mí?

El nudo en mi estómago contradijo mi conclusión. Respiré para aclararme, sintiendo la mirada de Augustus sobre mí. Mi corazón se aceleró y supe que era un grito de advertencia, un intento de detener mi tonto deseo de admitir lo que había descubierto, durante mi momento de autorreflexión.

—Yo… —No. No dejaría que esto me afectara. No le dejaría descubrir la verdad sobre en quién me había convertido.

—¿Qué es?

Sacudí la cabeza y miré mis manos.

—Imaginando por un instante que lo que dices es correcto, ¿qué hacer aparte de menospreciarte por el bienestar de otro?

—Nunca te menosprecies.

Levanté la mirada, perpleja por su aparente contradicción.

—Piensa en las personas con las que te gusta estar. ¿Qué tienen ellos que hace que tu compañía sea deseable? —Exhalé, permitiendo un intento apresurado de aferrarme a cualquiera de mis compañeros que cumpliera con sus criterios. Pensé en poner a Lord Thorton como ejemplo, pero decidí no hacerlo después de considerar que lo que más me gustaba de él era lo superior que me hacía sentir. Después de reflexionar por demasiado tiempo, encontré la mirada de Augustus y me encogí tímidamente de hombros.

—¿Cómo te hace sentir Ruth? —Había discernimiento en su expresión.

Por supuesto. ¡Ruth! ¿Por qué no había pensado en ella?

—Supongo que ella me hace sentir apreciada.

Él asintió, pero no dijo nada.

No quería decir más, pero la imagen de los ojos brillantes de Ruth iluminó mi corazón.

—Ella me anima y me acepta. —Hice una pausa—. Ella me hace sentir valorada sin

condiciones.

Las lágrimas amenazaron mi compostura, pero me obligué a alejar la extraña sensación.

Una sonrisa se asomó a los labios de Augustus.

—Esa es una de las cosas que más adoro de Ruth: su voluntad de tratar a las personas como se merecen, a menudo mejor de lo que se merecen. De alguna manera pasa por alto las diferencias y simplemente encuentra algo que admirar en todos.

—Pero yo no soy Ruth. —Tampoco podría serlo. En medio de los círculos en los que me movía, sin lugar a dudas arruinaría mi reputación, si siguiera su ejemplo desordenado, por muy bien intencionada que fuera.

—No te estoy diciendo que seas Ruth. Puedes animar a los demás a tu manera.

—Aprender a elevar a otra persona sin un propósito no es una lección que se encuentre a menudo en el entrenamiento de una joven. —Fingí desinterés.

Él se detuvo y luego siguió:

—Pero, afortunadamente no es necesario que enseñes esto. Siempre has sido...

—Ya no soy esa chica. —Aparté la mirada, sorprendida por mi propia admisión.

—No lo creo. —Su voz era casi un susurro—. ¿Recuerdas cuando uno de los agricultores arrendatarios de tu familia trajo a su hija a Fellerton? ¿La niña de pelo negro y ojos azules?

Me calentó el recuerdo.

—Sí, a Elaina.

Augustus sonrió.

—¿Recuerdas cómo ella te observaba incansablemente, aunque se negaba a hablar con ninguno de nosotros? ¿A pesar de tu aliento y de las persistentes preguntas de Ruth?

—Si tan solo el padre de Elaina hubiera mencionado que ella era sorda en algún momento, antes que se fueran, entonces hubiera sido mejor persuadirla para que se uniera a nuestro juego.

—Pero, cuando nos lo dijo, ¿qué hiciste?

—Sabes muy bien lo que hice. ¡Y esto no fue un sacrificio! De todos modos, me estaba haciendo demasiado mayor para las muñecas.

—No le diste simplemente una muñeca, le diste a Emily. Tu muñeca favorita.

Mis labios se separaron, completamente divertida por su admisión.

—¿Recuerdas su nombre?

Augustus se rió entre dientes.

—Ese no era mi punto. Se supone que tienes uno de los corazones más bondadosos que jamás haya conocido. Quizás simplemente necesitas que te lo recuerden. —Cuando su mano se movió sobre la mía, la calidez de su piel era a la vez alarmante y desconcertantemente deseada. Respiré profundamente, permitiendo que la sensación familiar se apoderara de mí. Y por un instante me permití creer que volvía a ser la muchacha despreocupada y de buen corazón que él había conocido.

—¡Ahí estás, Augi! —Ruth pasó por el otro lado del sofá seguida de Sarah—. Te buscamos por todas partes y aquí estuviste todo el tiempo...

Dejó de caminar a medio paso y también extendió el brazo para detener a Sarah. Ella miró nuestras manos y yo liberé la mía de la de Augustus.

—¿Estaban ustedes dos tomados de la mano?

Miré a Augustus.

—No. Bueno en realidad no. Verás… solo estábamos hablando… y…

Ruth ladeó la cabeza.

—Pensé que habías dicho que un caballero no debe estar a solas con una dama, a menos que

estén listos para casarse.

—Sí. Yo dije eso. Pero… —Volví a mirar a Augustus.

—Esa regla difícilmente se aplica a los viejos amigos —intervino Augustus.

La expresión de Ruth se volvió acusatoria, quien llevó sus manos a las caderas.

—Una regla que difícilmente debería aplicarse, todavía se aplica. ¿No es eso lo que dijiste ayer, Bella?

Sarah asintió con la cabeza y sus mejillas se alzaron en una sonrisa.

—Absolutamente. —Junté los dedos en mi regazo—. Y me alegra que no solo hayas recordado mis palabras exactas sino... que también... hayas aprobado... mi evaluación.

Los ojos de Ruth se entrecerraron un poco.

—¿Tu evaluación?

—Sí —dije, tratando de evocar el resto de mi invención—. Para…

—Para demostrar que tu conocimiento no es superficial —ofreció Augustus, viniendo a rescatarme—. Ella pensó que sería beneficioso para ambas si, de vez en cuando, rompiera una de sus reglas para asegurarse que ustedes pueden discernir el error.

Ruth asintió lentamente, obviamente tomándose un momento para comprender el concepto.

—Entonces, ¿debemos observar tus interacciones y señalarte cuándo te equivocas?

—Precisamente. —Apreté mis labios.

—¡Esto será divertido! —Ruth miró a Sarah, cuya sonrisa confirmó su voluntad de obedecer, pero no me sorprendió ver un destello de escepticismo continuo en sus ojos perspicaces.

—Bueno, ahora que hemos discutido esa... idea, ¿nos vamos? —pregunté, ansiosa por dejar atrás Fairhaven y esta incómoda conversación.

—Me ocuparé de la canasta directamente. —Augustus me ofreció un rápido guiño, antes de salir del salón.

* * *

Dejé mi plato sobre la manta, a mi lado, para reajustarme el sombrero.

—Me alegra mucho que nos acompañes, señora Brundage.

Ella arrugó la nariz y levantó la cara hacia el sol.

—Siempre aprecio un picnic de verano. Aunque estoy segura que el nuestro no se puede comparar con aquellos a los que estás acostumbrada a asistir.

—Esto es perfectamente encantador. —Quizás tenía razón al decir que no era como los típicos picnics a los que asistía, pero había algo en la simplicidad de todo que todavía me agradaba. No había sirvientes arrastrando mesas ni preparando platos gourmet. Estábamos solo nosotros cinco, disfrutando de la tarde de verano y de una pequeña canasta de comida, que la cocinera había preparado. Esto se sintió... perfecto, ciertamente.

La mirada de la señora Brundage volvió hacia mí.

—Aprecio lo que estás haciendo por las muchachas. Espero que lo sepas.

—Ni siquiera lo menciones. Estoy encantada de poder devolverle una pequeña parte de la amabilidad que has mostrado al permitirme quedarme en Fairhaven.

Ella asintió, soltando un suspiro, y estaba segura que deseaba decir algo más, pero su mirada se dirigió al plato que tenía en el regazo. Augustus continuó observando a su madre, esperando.

Después de unos momentos más, ella levantó la cabeza.

—Solo espero que no pienses que soy negligente al criarlas. Especialmente considerando su

falta de instrucción en algunas áreas.

—En absoluto —confirmé, contenta por los años de práctica que había tenido en ocultar mis sentimientos. Además, no era como si pensara que Ruth y Sarah realmente estaban desatendidas, solo ignorantes en ciertos aspectos importantes para el futuro, pero aún no vitales para el presente.

—Bueno, eres amable al decirlo. Pero me temo que he sido demasiado indulgente con ambas. He tendido a centrarme en la moral, los principios y cosas por el estilo, y menos en las expectativas que la sociedad tiene de ellas. —Hizo una pausa y miró hacia el arroyo donde chapoteaban Ruth y Sarah, reflejando un atisbo de tristeza en su rostro—. Cuando Ruth vino por primera vez a vivir con nosotros, sentí una gran pesadez por lo que había pasado. La luz se había desvanecido en ella y me preocupaba que no la volviéramos a ver. Pero, poco a poco, a medida que sanaba y aprendía a confiar en nosotros, su carácter regresó. No quería que nada volviera a atenuarlo. Quería que sus días, al igual que los de Sarah, estuvieran llenos de risas y felicidad.

—Y les has dado exactamente eso. —Extendí mi mano y la puse encima de la de ella—. Y te aseguro que son algunas de las jóvenes más hermosas que conozco.

La señora Brundage giró su mano para agarrar la mía.

—Eres una muchacha encantadora, señorita Godwin.

Sentí los ojos de Augustus sobre nosotras, y giré para encontrar una sonrisa de satisfacción, en sus labios, con su cabeza asintiendo.

—Bella —llamó Ruth, agitando su mano desde el arroyo—. Acompáñanos.

—Ve, querida. Todos merecemos un poco de risa y felicidad de vez en cuando —asintió la señora Brundage para animarme.

—Iré si no se espera que camine como tú —le dije a Ruth.

Las risitas de Ruth flotaban en la brisa, llamándome hacia ella.

—Me permites. —Augustus se puso de pie y me ofreció la mano.

Aceptando su gesto, le permití ayudarme a ponerme de pie.

—¿Confío en que no tengas intención de presionarme?

Mantuvo mi mano y la metió en su brazo.

—Hoy no.

Ruth y Sarah tenían los vestidos subidos hasta las rodillas y chillaban de absoluta alegría, mientras el agua fría fluía sobre sus pies y tobillos descalzos. Extrañamente, envidiaba su ingenuidad y el modo en que la señora Brundage parecía no tener escrúpulos, ante un comportamiento tan desagradable.

—¿Estás segura que no entrarás? —preguntó Ruth.

Observé el agua fluir sin esfuerzo a su alrededor, y fue fácil recordar la sensación de cuando era más joven: el frío y la adrenalina. Pero ya no era una niña.

—Me temo que no.

Mientras las damas reanudaban sus retozos, Augustus me condujo por la orilla.

—¿Te unirías a ellas, si yo no estuviera aquí?

—Por supuesto que no. Mi madre ha logrado darle algo de sentido común a la chica que una vez conociste.

—Es una pena. —Movió la barbilla hacia el arroyo—. Esa agua parece bastante refrescante.

Lo miré de una manera acusadora.

—¿Estás intentando persuadirme, a pesar de mi negativa?

—Como si tú fueras a hacer tal cosa. —Augustus sonrió.

—Lo harías en un momento, si pensaras que mi resolución es lo suficientemente débil.

Su mano se movió hacia la mía, reajustándola más sobre su brazo.

—Debería sentirme insultado por tu falta de fe en mí.

—¿No intentarás persuadirme, entonces? —Me mordí el labio y sus ojos se dirigieron al lugar.

—Tienes mi palabra.

—¿Ni siquiera si te dijera que anhelo meterme en el agua? —Lo miré por debajo de mis pestañas.

Una sonrisa se dibujó en un lado de la boca de Augustus.

—Sé lo que estás intentando y no funcionará. Ahora tengo algo que decirte.

—¡Qué desafortunado! Un poco de persuasión puede haber sido justo el estímulo que necesitaba. —Me encogí de hombros con desdén.

—Me atrevo a decir que puede que te arrepientas de haber expresado esa opinión. —Examinó mi temperamento.

—Tal vez. —Le envié una sonrisa burlona—. O tal vez no.

Augustus se rió y yo agradecí el sonido. ¡Qué extraño que hubieran pasado ocho años desde nuestra separación! Sin embargo, ahora que estaba con él, lo sentí como si eso hubiera sido durante un momento.

Continuamos en cómodo silencio hasta que los gritos de alegría de las damas se alejaron.

—La vista desde lo alto del montículo es bastante espléndida. —Augustus desvió su mirada de la colina a nuestra derecha hacia mí—. ¿A menos que seas reacia al ejercicio?

La provocativa sonrisa que iluminaba su rostro era demasiado para sufrir. Sin pensarlo, solté su agarre para levantar el dobladillo de mi vestido y comencé a subir la colina delante de él.

—¡Podrías haberme dejado tener un buen comienzo! —gritó desde atrás.

—Como si alguna vez fueras alguien que juega limpio —dije por encima de mi hombro. Él se apresuraba a alcanzarme y la expresión de determinación, en su rostro, hizo que mi corazón se acelerara y mis pies se movieran más rápido. Me agarró la muñeca, pero logré liberarla, a pesar de la risa que amenazaba con obstaculizarme. Con una última mirada hacia él, me levanté un poco la falda y corrí el resto del camino hasta la cima.

Augustus terminó la subida solo un momento después que yo, y sus ojos se posaron en mi sonrisa victoriosa.

—Olvidé lo ansiosa que estabas por un desafío —dijo. Su voz no estaba afectada por el esfuerzo.

Inspiré con dificultad.

—No, no lo hiciste. —Puse mis manos en mis caderas y lo observé con una mirada de lo más ineficaz—. Todos ustedes son muy conscientes de mi incapacidad para rechazarlos. —Me quedé quieta, dándome cuenta de cómo él podía recibir eso—. Tú no... me refiero a tus desafíos... como dijiste.

La diversión en el rostro de Augustus era demasiado para tolerar, así que miré hacia otro lado y finalmente me di cuenta de la vista.

—Es hermoso aquí arriba. Aunque el paisaje no es muy diferente al de Bath, ¿cierto? —Miré a mi alrededor, hacia el exuberante follaje que ocasionalmente ocultaba el arroyo de la vista —. Menos colinas, tal vez, pero los mismos colores vibrantes.

Lo observé, mientras contemplaba el paisaje, con una expresión de satisfacción en su rostro.

—Quizás por eso siempre me gustó tanto Bath. —Él me envió un guiño.

—¿Aún así, prefieres aquí? —La pregunta se me escapó, antes que tuviera un momento para pensarla mejor.

Su expresión era suave, pero su respuesta era evidente.

Miré al horizonte en un intento de ocultar mi dolor irracional.

—Es tu casa.

Augustus se acercó y la manga de su abrigo rozó mi brazo.

—¿Sabes qué aspecto de Bath he extrañado más? —Sus ojos color miel irradiaban la calidez de la luz del sol con tanta fuerza que sentí la necesidad de apartar la mirada, pero no pude —. Tú… Bella. ¡Te extrañé!

Todo mi cuerpo estaba ardiendo al escuchar lo que había anhelado escuchar durante tanto tiempo, pero no podía permitirle ver la verdad. Al final, esto no nos haría ningún bien, a ninguno de los dos.

—Pensé que pretendías decir que preferías las aguas.

—Ese fue un cercano segundo lugar. —Un lado de su boca se alzó, en una sonrisa parcial.

Los sonidos de voces distantes flotaban en la brisa, llenando el silencio entre nosotros.

—Parece que Sarah y Ruth nos han visto. —Augustus movió la barbilla.

Seguí su línea de visión y encontré a Ruth saludándonos y llamándonos, aunque todavía estaba demasiado lejos para que pudiéramos entender sus palabras.

Mi mirada volvió a Augustus. ¿Cómo había dejado pasar la oportunidad de hablar con él? Todavía estaba desesperada por saber quién le había impedido contactar conmigo o, más probablemente, confirmar mis sospechas.

—Señor Brundage —dije, en un intento de reunir coraje.

—¿Sí? —Cerró el espacio entre nosotros y mis piernas casi fallaron debajo de mí.

—Esperaba... —Era difícil encontrar las palabras con él tan cerca, y mucho menos poseía el valor para pronunciarlas.

—¿Qué es?

Yo dudé. Las damas todavía estaban un poco lejos y aún tenían una colina por escalar. Pero incluso si pudiera encontrar la determinación para hacer mi pregunta, Ruth y Sarah llegarían, antes que él pudiera dar una respuesta adecuada.

—Señor Brundage, ¿recuerdas aquella vez que Ruth estuvo enferma y pasamos todos los momentos libres juntos, solo nosotros dos, escondidos en el bosque?

—Por supuesto que sí. —Su boca se dibujó en una lenta sonrisa.

El aire cálido que nos rodeaba de repente se sintió espeso, cuando intenté respirar.

—Solo lo menciono porque siento, como si apenas hubiera tenido un momento para hablar contigo... a solas.

Ahora fue su mirada la que se dirigió hacia Ruth y Sarah.

—Estamos solos ahora.

—Por un momento. Pero nunca es suficiente.

Él no dijo nada, pero frunció el ceño, protegiendo sus ojos y haciéndolos parecer más fríos.

Al instante, me sentí abrumada por mi propia indignidad. Di un paso atrás.

—Perdóname. No debería haber sugerido tal cosa. —¡Qué tonta fui! Ya no éramos niños. ¿Qué debía pensar de mí? Tal vez yo era exactamente el tipo de dama que él creía que era: una que andaba con caballeros para poder tener pretendientes, haciendo fila en mi puerta. La idea casi me deshizo, y supe que no podía permitirle que él abrigara tal idea.

No pude encontrar su mirada.

—Señor Brundage, déjame asegurarte que mi sugerencia de hace un momento se basaba en un momento de nostalgia sin sentido, nada más. —Hice una pausa, inhalando un suspiro tembloroso—. No soy el tipo de dama que…

Una suave risa me hizo mirarlo.

—Déjame asegurarte que ese pensamiento no pasó por mi mente.

El alivio me inundó.

—Es una pena que Ruth y Sarah no estuvieran lo suficientemente cerca para haber escuchado mi indecorosa sugerencia, o con razón me habrían regañado. —Junté mis manos detrás de mí—. ¿Empezamos a bajar y nos encontramos con ellas?

Su mirada era pensativa, cuando se posó en mí.

—Haré un trato contigo. Si dejas la innecesaria y agitadora formalidad de llamarme señor Brundage, aceptaré reunirme contigo, donde lo consideres oportuno.

No pude reprimir mi sonrisa y su expresión pronto reflejó la mía.

—¿Acordado?

Asentí con entusiasmo.

—Entonces mañana. A las dos en el jardín de las rosas.

—Las dos en punto, entonces. —Respiró lentamente y asintió.

La culpa me invadió cuando noté su mandíbula apretada.

—¿Estás seguro que no te arrepentirás?

—Estoy seguro que lo haré. —Sacudió la cabeza.

Entrecerré los ojos, insegura del significado de su gesto.

—Los arrepentimientos surgirán con cualquiera de las dos opciones, pero ahora he decidido cuál de esas opciones ofrece los arrepentimientos con los que puedo vivir. —Levantó su brazo hacia mí—. ¿Debemos?

Con un toque de vacilación, puse mi brazo sobre el suyo, preguntándome qué tipo de arrepentimientos acababa de aceptar.

Capítulo diez

—¿Hemos terminado por hoy? —Ruth miró el reloj—. Pero aún no son ni las dos.

—Pero ambas lo han hecho tan bien... —asentí tensamente.

—¿Bien hecho? —Ruth hizo un puchero exagerado—. ¡Fui una catástrofe absoluta! Nunca seré una dama consumada.

—Aprender a servir el té correctamente, especialmente para los invitados, no es tarea fácil —aclaré, desesperada por acelerar la conversación—. Un poco más de práctica y no derramarás ni una gota.

—Si es tan difícil, ¿por qué Sarah lo logró sin problemas? —El rostro de Sarah se enrojeció, ante la pregunta de Ruth—. Soy mayor, pero ella lo maneja todo mucho mejor que yo. ¡Estoy completamente desesperada!

—Eso no es verdad. —Dejé caer los hombros, ante el dolor en la voz de Ruth.

—Lo es —susurró con la barbilla temblorosa.

Me acerqué a su lado.

—¿Puedo compartir algo contigo? ¿Algo de lo que no he hablado desde que ocurrió?

Ruth asintió con la cabeza sollozando.

—Mi madre se había retirado al piso de arriba, después de una llamada especialmente aburrida, cuando anunciaron a una conocida suya y la acompañaron al salón. —Respiré rápidamente para calmar la sensación de constricción que se había instalado con el recuerdo—. Le envié un mensaje a mamá de su llegada, e incluso pedí que trajeran una bandeja para el té, pensando que mamá bajaría pronto. Pero como ella no vino inmediatamente, decidí aprovechar su ausencia y el mueble de té abierto para mostrar mis talentos como anfitriona.

Las miradas de Ruth y Sarah ahora estaban fijas en mí.

—Había hecho todo bien. Me acordé de preguntarle qué tan fuerte deseaba el té. Primero puse las hojas, luego agregué la leche y coloqué la cuchara perfectamente en el platillo. Mi error fue llevarle el té a la invitada. Estuve a punto de lograrlo sin derramar ni una gota, cuando mi dedo del pie se enganchó en la alfombra. —Hice una pausa, mi corazón se aceleró al recordar la vívida escena—. Fue como si el tiempo se desacelerara por un momento, permitiéndome ver las consecuencias de mi necedad, vivida durante una eternidad ante mí.

—¿Derramaste el té sobre la invitada? —susurró Ruth, llevándose la mano a la boca.

—El horror en su rostro cuando el líquido caliente voló por el aire hacia las faldas de su costoso vestido quedará grabado para siempre, en mi memoria.

A Ruth se le escapó una risita, sacándome de mi mortificación. Ambas manos cubrieron su boca y la diversión brilló en sus ojos.

—Eso debe haber sido terriblemente vergonzoso.

—Lo fue —dije, sorprendida al encontrar una sonrisa en mis propios labios—. Y lo peor de todo fue que no solo había mojado a mi invitada y manchado su vestido, sino que mi invitada resultó ser una condesa muy influyente.

Ambas damas se miraron con los ojos muy abiertos, antes de estallar en carcajadas. Ese sonido fue una señal para acercarme a ellas y, cuando lo hice, años de vergüenza oculta se disiparon en el aire, a mi alrededor.

—Así que no debes ser tan dura contigo misma, querida. Hasta que no le hayas servido té a una condesa, no me enteraré de tu desesperanza.

La sonrisa de Ruth era tan brillante que irradiaba calidez a través de mí.

—Gracias Bella.

Toqué su mano.

—Ahora, váyanse. Las veré a ambas, en la cena.

Ruth abrazó a Sarah.

—¿Podemos pasar a ver a la cocinera, antes de subir las escaleras? Toda esa interacción con el té y sin pasteles me ha dejado hambrienta.

Sonreí ante su ridiculez, pero por una vez no tenía ningún deseo de corregirla por ello. Observé a las damas salir de la habitación, antes de recuperar el sombrero que había colocado fuera de la vista en el estante, debajo de una mesa pequeña. Miré el reloj por última vez, antes de correr hacia el jardín.

—Espero que no hayas esperado mucho —expresé, cuando Augustus apareció a la vista.

Él dio un paso para saludarme.

—Se dice que vale la pena esperar por algunas cosas.

Mi sonrojo fue inmediato y completamente irrazonable. Había conquistado casi todas las reacciones visibles excepto esta, y cada encuentro con Augustus hacía que mi deseo de triunfar sobre la desconcertante respuesta fuera aún más fuerte.

—¿Crees que lloverá? —pregunté, mirando al cielo en busca de distracción.

Augustus miró hacia el cielo azul y sin nubes.

—Creo que no. Aunque supongo que siempre es una posibilidad... una posibilidad muy improbable.

Me acerqué y puse mi mano en el hueco de su codo.

—Entonces, no nos demoremos. —Augustus miró hacia la casa y mi mirada siguió la suya —. ¿Temes que alguien en Fairhaven sea testigo de nuestro escandaloso encuentro y nos obligue a casarnos?

Ofrecí una pequeña risa para cubrir mis nervios.

—No. Lamentablemente, no. —Sus ojos volvieron a fijarse en mí.

—Ven entonces, Augustus —le dije para recordarle nuestro acuerdo—. ¿No me mostrarás uno de los senderos que vislumbré al borde del terreno?

—Si estás segura. —Él examinó mis rasgos.

—Estoy absolutamente segura. —Salí del camino de guijarros y él me siguió.

No hablamos, mientras caminábamos por un sendero estrecho, y más de una vez pensé en liberarme del agarre de Augustus para no tener que caminar tan juntos, pero no lo hice.

—No queda mucho más lejos —dijo Augustus, deteniéndose para ayudarme a pasar una raíz levantada.

—¿Qué no hay mucho más lejos? —Lo miré detenidamente.

—Desde que surgió la oportunidad, hay algo que quería mostrarte.

Al doblar la siguiente curva, nuestro camino se encontró con otra más ancha.

Él me guió hacia ella.

—Por aquí.

—Conozco esa mirada. ¿Qué estás haciendo?

—Lo verás en un momento.

A medida que continuábamos, la tierra a ambos lados del carril se elevó hasta que caminamos completamente por debajo del nivel de la superficie. Arriba se veía alguna raíz ocasional, que sobresalía de la pared de tierra y algunos helechos. Me detuve y solté su brazo para contemplar la encantadora escena. Cuando giré hacia él, Augustus me estaba mirando.

—Esto es un camino hundido, lo llaman *holloway*, ¿no? —asintió Augustus con una expresión de satisfacción en su rostro.

—Solías hablar de ellos. Cómo fueron formados por personas que recorrieron los mismos caminos durante tanto tiempo, que el suelo se hundió bajo su peso. —Miré a mi alrededor de nuevo, fascinada por la deliciosa escena que tenía ante mí. Los árboles en lo alto cubrían el camino como un dosel protector, permitiendo que solo unos pocos rayos de sol llegaran hasta nosotros tan abajo—. ¡Es magnífico!

—Pensé que apreciarías la experiencia después de haber soportado mis explicaciones inadecuadas durante tanto tiempo.

—Mucho, gracias. —Le sonreí.

—¿Vas a hacerme tu pregunta ahora? —Soltó una lenta exhalación.

Sin estar preparada para su franqueza, bajé la cabeza para ocultar mis mejillas coloradas debajo de mi sombrero.

—¿Cómo sabes que tengo algo que preguntarte?

—Aunque la antigua Bella no habría dudado ante la oportunidad de pasear por el bosque conmigo sin compañía, estoy casi seguro que la nueva encontraría tal cosa completamente inconsistente con su entrenamiento, solo descuidando tal decoro por un propósito mayor.

Abrí la boca, pero al no tener defensa que ofrecer, la cerré de nuevo.

Augustus dio un paso más cerca, haciendo que me quedara sin aliento.

—Ven ahora. Los amigos deben confiar unos en otros.

—Muy bien. —Respiré profundamente—. ¿Quién fue el que te impidió contactarme?

Él asintió lentamente, como si hubiera esperado la pregunta.

—Te lo diré, como creo que mereces saberlo, pero debes saber que no solo me prohibieron hablar de ello hace años, sino que me recordaron mi acuerdo, justo antes de tu visita. Romper mi palabra no es una elección que tomo a la ligera, especialmente considerando la disposición de tus padres a permitirte una visita.

Se me apretó el pecho y no podía estar segura, si esto se debía a su revelación, o al recordatorio que él no sabía nada de la ignorancia de mi madre respecto a mi estancia en Fairhaven.

—Entonces, ¿fueron mis padres quienes te lo impidieron?

—Fue tu madre quien presentó la solicitud, aunque tu padre también estaba presente.

Con su confirmación, mi mente se llenó de una serie de preguntas y no estaba segura de cuál preguntar primero.

—¿Qué amenaza podría haberte impartido mi madre que te alejaría de mí?

No estaba preparada para afrontar la tristeza que se apoderó de los rasgos de Augustus.

—Lo hice por Ruth.

—¿Por Ruth?

Augustus se pasó una mano por el pelo.

—Tu madre amenazó con arruinar su reputación, si no cumplía con su exigencia.

Su acusación me golpeó con tanta fuerza que di un paso atrás para compensar esto.

—Seguramente, no entendiste bien. Mi papá adora a Ruth. Él nunca se habría quedado de brazos cruzados y habría permitido que ella sufriera daño. Y mamá… es dura, pero incluso ella tiene límites. ¿No es así?

Sin embargo, Su mirada se clavó en mí.

—¿Crees que te habría abandonado por una consecuencia menor?

Mi corazón casi estalla, ante su declaración, y moví mi mano para cubrir el dolor.

—Pero, ¿por qué ellos harían tal cosa?

Augustus dio un paso cauteloso hacia mí y levantó una mano para hacerme señas.

—Bella, estás pálida. Comencemos nuestro camino de regreso.

—Necesito saberlo. —Sacudí lentamente la cabeza.

—Haría cualquier cosa para reparar el daño que te he causado. Pero me temo que no puedo ofrecerte más. Solo tengo conjeturas.

—¿Nunca te dieron una razón? —Tragué.

Augustus negó con la cabeza.

—Tu madre solo dijo que si Ruth o yo intentáramos contactar contigo, ella se aseguraría de que nos arrepentiríamos.

Una lágrima rebelde se escapó por mi mejilla, pero no la sequé.

—¿Ruth estuvo allí para escuchar tal cosa?

—No. —Él levantó la mano con cautela y me secó la lágrima con el pulgar. Sus dedos se demoraron en mi mejilla—. Afortunadamente, tu padre le evitó eso.

—Pero, ¿seguramente ella ya lo sabe?

Nuevamente, Augustus negó con la cabeza.

—Me temo que no me atrevo a decirle la verdad. Ni entonces... ni ahora.

—¿Pero qué pasa con mis cartas? ¿No se preguntó…?

Él desvió la mirada, silenciando mi pregunta.

—¿Nunca se las diste? —Mi voz sonó tranquila y distante en mis propios oídos.

—Fue lo mejor. Ruth era demasiado joven para comprender plenamente las consecuencias. Ella habría arriesgado cualquier cosa por tu amistad.

Asentí vacíamente. Con tantas emociones circulando dentro de mí, no estaba segura a cuál darle prioridad. Estaba furiosa porque Augustus había permitido que Ruth creyera que había sido olvidada, como yo sentía que así había sido. No obstante, me sentí aliviada que Augustus tuviera una razón para mantenerse alejado, una por la que no podía culparlo. Luego estaba la vergüenza que sentía por las acciones de mis padres y la traición por los años que habían pasado convenciéndome que Ruth y Augustus habían seguido adelante con sus vidas sin mí.

—Ven, Bella. —Augustus me agarró del brazo, y esta vez le permití que me guiara hacia adelante.

Mientras caminábamos de regreso en la dirección por la que habíamos venido, mis pensamientos seguían dando vueltas en mi cabeza. ¿Qué habría podido hacer que mamá fuera tan severa, especialmente con alguien tan querida como Ruth? ¿Y cómo haría ella para estropear la reputación de Ruth de todos modos? Incluso si a mamá no le hubieran agradado sus padres, como había mencionado papá, esto no era motivo suficiente para verla arruinada.

—¿Cuáles son tus conjeturas? —susurré, sin saber si realmente deseaba saberlas.

La mirada de Augustus revoloteó hacia mí.

—Precisamente, eso: son conjeturas.

—Por favor, Augustus.

Él se frotó la mandíbula con la mano libre, antes de mirarme.

—¿Estás al tanto de la conexión de tu padre con mi tía?

—Solo que fueron vecinos toda su vida. —Apreté el collar de perlas en mi garganta.

—Quizás no debería ser yo quien transmita tales…

—Si no me lo dices, probablemente nunca lo sabré. —En cualquier otro momento, me habría sentido mortificada al escuchar la desesperación en mi voz, pero en ese instante, esto no me importaba.

Después de un momento, Augustus asintió brevemente en reconocimiento, aparentemente viendo la realidad de mi declaración.

—Una vez estuvieron listos para casarse.

Mis ojos se abrieron.

—¿La señora Seton y mi padre estaban comprometidos?

—No comprometidos… Más o menos, pensados el uno para la otra desde una edad temprana. Aunque no conozco todos los detalles, tengo entendido que fue tu abuelo quien intentó poner fin al acuerdo. La fortuna de tu madre, cuando se presentaba como una opción, era difícil de rechazar en las dificultades financieras en las que tu padre se había metido. Tu padre simplemente obedeció y se casó con ella.

Lo miré fijamente.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Mis padres me contaron la complicada historia, cuando Ruth vino a vivir con nosotros.

Cuanto más él revelaba, más preguntas surgían.

—Pero, ¿qué tiene eso que ver con que mi madre amenace con arruinar a Ruth?

Augustus vaciló.

—Parece que tu padre no perdió el cariño por mi tía después de casarse, ni mi tía perdió el cariño por él. Siempre fueron queridos amigos. Creo que tu madre llegó a despreciar tanto a mi tía como, finalmente, a Ruth, debido al apego que tenían.

Mi mirada se dirigió a Augustus, pero no me atreví a preguntarle qué quería decirme.

Había discernimiento en sus ojos.

—No sé cuál era su relación, pero me gusta pensar que ambos eran personas de moral fuerte y no mantenían nada más que una amistad.

Me pareció extraño considerar a papá y a la señora Seton como amigos muy queridos, pero en el momento en que lo permití, surgió un recuerdo desvaído: Ruth y yo jugábamos cuando éramos niñas, mientras la señora Seton y papá se reían juntos de nuestro juego. El sonido resonó en mi corazón, provocando una sonrisa en mis labios.

—Papá y yo solíamos encontrarnos con Ruth y su madre en el arroyo entre nuestras propiedades. De vez en cuando, hacíamos un picnic allí. —Fruncí el ceño, intentando recordar cuándo había terminado todo—. Pero, todos los recuerdos recientes que tengo de la señora Seton eran de una persona completamente diferente. Se volvió solitaria y tranquila.

El brazo de Augustus se tensó bajo mi mano y la de él se cerró en un puño.

—¡Sí!

No hablé, permitiéndole llenar el silencio, cuando estuviera listo para seguir.

—Mi tío era muy estimado, pero resultó que su amabilidad y generosidad no eran más que una fachada. —Augustus negó con la cabeza—. Y fui tan tonto como cualquiera al considerarlo honorable, al pasar por alto su crueldad oculta, que lentamente asfixió la vida de mi tía. —Él pausó—. Debería haber reconocido su malicia, entonces podría haber evitado su muerte.

—Pero eras tan joven. —Apreté con más fuerza el brazo de Augustus—. Y seguramente no sabías que iban a ser asesinados.

Sus ojos se encontraron con los míos y se detuvo, obligándome a hacer lo mismo.

—La muerte de mi tía fue declarada asesinato por la corte forense, pero la de mi tío... —Se detuvo, la indecisión era evidente en sus rasgos—. Bella, la muerte de mi tío fue declarada *felo de se*… autoasesinato. Parece que se quitó la vida después de asesinar a mi tía.

Mi garganta se apretó, mientras intentaba formar palabras.

—Me dijeron que fueron envenenados. Que el perpetrador no había sido detenido.

—No estoy seguro que alguna vez sepamos exactamente qué ocurrió. Y aunque las pruebas que presentó la corte forense condenaron a mi tío, tampoco puede pasar desapercibido que la Corona se beneficia de tales fallos.

Mis piernas se balancearon debajo de mí y parpadeé, intentando no dejar que la oscuridad en los bordes de mi visión me engullera.

—Creo que debo sentarme.

La mano de Augustus llegó a mi cintura para apoyarme, y logré dar algunos pasos desorientados.

—Aquí —dijo, ayudándome a subir al tocón de un árbol.

Cerré los ojos. Respiré lenta y profundamente, varias veces, antes de abrirlos y encontrar a Augustus arrodillado, a mi lado.

—¿Cómo pudo soportarlo Ruth? Perder a su madre, a manos de su propio padre, y luego que él... hiciera tal cosa… Eso debe haberla destruido. —Me cubrí la cara y las lágrimas que había estado reteniendo durante demasiado tiempo corrieron por mis mejillas—. Y ni siquiera estaba allí para consolarla.

—Eso no fue tu culpa.

La calidez de la mano de Augustus, moviéndose por mi espalda, no pudo evitar que la ira hirviera dentro de mí y me puse de pie.

—No, no fue... Mis padres tienen la culpa de esto. —Rindiéndome a la ira que palpitaba por mis venas, me levanté la falda, dirigiéndome al camino hacia Fairhaven.

Augustus solo tardó un momento en llegar a mi lado.

—Bella, ¿qué es lo que pretendes hacer?

No estaba segura de nada, excepto de la necesidad de confrontar a mis padres por los males que habían causado.

—Escribiré a mis padres y les exigiré que me lo cuenten todo.

Augustus me agarró del brazo y me hizo girar hacia él.

—Bella, no debes hacerlo. —Me abrazó fuertemente, estado más cerca de mí.

—Me mintieron, Augustus. Los sacaron a ambos de mi vida y nunca los perdonaré. ¡No tenía a nadie cuando te fuiste! —Las palabras quedaron atrapadas en mi garganta—. Nadie…

—Pero, ¡piensa en Ruth! Si tus padres descubren lo que te he compartido, será Ruth quién pagará el precio. —Al final, su expresión se suavizó, contemplando cada pulgada de mi rostro. Dejó de hablar y su cabeza se inclinó hacia un lado—. Te sacarán de Fairhaven.

Un suspiro tembloroso salió de mis labios y dejé caer la cabeza, en señal de derrota. Él tenía razón. Desenterrar la terrible verdad ahora solo serviría para arruinar mi felicidad presente y, si lo manejaba sin pensar, también arruinaría las perspectivas futuras de Ruth.

Podía sentir a Augustus mirándome.

—No permitas que ese engaño arruine la oportunidad que te han ofrecido. Te lo mereces y Ruth también.

Aunque mi cuerpo temblaba, levanté la mirada hacia la suya.

—Al igual que tú.

Tomó mi mano y se la llevó a los labios. Su beso en mi palma penetró mi guante y calentó todo mi cuerpo.

—Como yo lo hice.

¡Qué extraño fue que solo unos momentos antes mi mundo entero parecía haberse hecho añicos debajo de mí! Aunque cuando Augustus tomó mi mano y la colocó en su brazo, de alguna manera me sentí restaurada. No obstante, esto solo fue por un breve momento.

Capítulo once

Augustus y yo recorrimos el sendero desde el jardín de rosas en pensativo silencio.

A medida que nos acercábamos a la casa, una parte de nuestra conversación anterior se quedó en mi mente, sin querer pasar desapercibida. Miré a Augustus.

—¿Qué incentivo tendría la Corona para que un caso sea declarado como autoasesinato?

—Ellos reciben todo, Bella.

Tiré de su brazo, retrasándonos, justo antes de llegar a la puerta trasera.

—¿Todo?

—La ley establece que si alguien se quita la vida, la Corona se quedará con todos sus bienes y posesiones.

—Pero, ¿y si estuvieran equivocados?

—Todos los pocos sospechosos en el caso tenían coartadas, y una vez que salió a la luz la verdadera naturaleza de mi tío, así como el maltrato que le daba a mi tía, esto pareció la causa más razonable.

—Entonces, debido a las acciones de su padre, ¿Ruth se quedó sin nada?

—El Tribunal de la Cancillería aún debe revisar la decisión. Mi padre presentó una apelación inmediatamente, después de la muerte de mis tíos. Su esperanza era conseguir la dote de mi tía para Ruth, ya que esa no era propiedad de mi tío.

—Pero, han pasado ocho años. ¿Aún no se han pronunciado?

—Parece que el Tribunal tiene años de casos atrasados, sobre los que recién ahora se está pronunciando. Pero, en cierto modo estamos agradecidos por la demora: Owen, que ahora es abogado, en las cortes, puede defender el caso ante el Tribunal de la Cancillería. Intentará recuperar la dote, pero también espera presentar un caso de locura o melancolía que anule la sentencia *felo de se*, y permita a Ruth recuperar toda su herencia. No es probable que fallen a nuestro favor, pero él insiste en que no hará ningún daño intentarlo.

—Entonces, ¿por eso es que Owen está en Londres?

Augustus asintió.

Obviamente, por eso, ellos no hablaban de su hermano ni de sus negocios en Londres.

—¿Y Owen está teniendo suerte reuniendo pruebas de tal cosa?

—No es suficiente. Parece que el comportamiento de mi tío no cambió mucho en los días previos a su muerte.

—Estoy segura que él encontrará algo. Porque incluso un hombre cuerdo que estuviera decidido a cometer un crimen tan horrendo habría alterado su comportamiento.

La mirada de Augustus se volvió distante.

—Incluso un hombre cuerdo —repitió, aunque no podía estar seguro de por qué.

—¿Ruth está consciente de todo esto?

Su atención volvió hacia mí.

Ella sabe que el caso llegará pronto a juicio, pero eso es todo. Sé que no debería intentar ocultarle todo, pero ella ya ha soportado mucho. No puedo soportar hacerla revivir ni siquiera un momento, si no es necesario.

Fui yo quien se acercó esta vez y lo miré.

—A pesar de tus dudosos comienzos, Augustus Brundage, estoy bastante impresionada con el hombre en el que te has convertido.

La sonrisa que me devolvió encendió la batalla interna dentro de mí con tal intensidad que anhelaba rendirme. Deseando un momento más, antes de reconocer lo inadecuada que era nuestra proximidad actual, levanté la mano y me quité el sombrero.

La puerta se abrió y me alejé de Augustus.

—Ahí están ustedes dos. —Ruth nos miró y un extraño deseo de abrazar a mi querida amiga me consumió. Sin embargo, no tenía intención de indicarle lo que Augustus me había confiado, así que le ofrecí una sonrisa en su lugar—. Te vi caminando por el sendero desde la ventana del salón y vine a buscarte. ¿Dónde han estado ustedes dos?

Augustus y yo compartimos una mirada insegura.

—Esta es una de tus valoraciones, ¿no? ¿Ustedes dos caminando solos juntos?

Asentí lentamente y el rostro de Ruth se iluminó.

—Lo sabía. Le dije a Sarah que probablemente esa había sido tu intención, considerando que a nadie le dijeron adónde habían ido, pero ella pensó que ustedes dos simplemente deseaban estar solos. —Hizo una pausa y su sonrisa creció—. ¿O ella tiene razón?

Augustus se rió y le lancé una mirada correctiva.

—De ninguna manera.

Ruth dio un paso atrás para permitirnos entrar.

—Bueno, tendremos que acordarnos de informarle a Sarah que no tenía la razón, después que nuestros invitados se vayan, porque esto no sucede a menudo y me gustaría disfrutar de ello.

—¿Dijiste que hay invitados? —pregunté, siguiéndola al interior.

Ruth asintió, me agarró del brazo y me guió hacia adelante.

—Los Whitmore regresaron a Safford Park, esta misma mañana, y nos pidieron verlos… Ya han esperado casi media hora para que ustedes dos regresaran de… dondequiera que estuvieran.

Se me secó la garganta, esperando que Ruth o la señora Brundage tuvieran la previsión de ofrecer una excusa más permisible a los visitantes.

—¿Y qué razón les diste a los Whitmore con respecto a nuestra ausencia?

—Solo que no pudimos encontrarlos a ustedes dos, y que probablemente se habían aventurado juntos como suelen hacerlo. —Ruth se encogió de hombros.

Casi me ahogo con el aire que intenté respirar, mirando por encima del hombro a Augustus, que parecía completamente imperturbable.

Ruth siguió adelante, obviamente sin darse cuenta de mi consternación.

—Les dijimos que no estábamos seguros de cuándo regresarían, pero no se desanimaron por lo ansiosos que están por conocerte, Bella. —Ruth volvió a mirar a Augustus—. Y, por supuesto, Candace está muy ansiosa por hablar contigo.

Mantuve la mirada hacia adelante, sin querer vislumbrar la reacción de Augustus, ante la declaración de Ruth sobre la señorita Whitmore.

—Bueno, por muy emocionada que esté de conocerlos finalmente, ¿puedo refrescarme un poco primero? Temo que en mi condición actual, esto pueda resultar un tanto decepcionante.

Ruth me evaluó.

—Pero te ves encantadora, Bella. —Ella me apretó más, como si no tuviera intención de soltarme—. Los Whitmore te adorarán exactamente tal como eres.

Lo dudaba, pero cuando las voces llegaron hacia nosotros desde las puertas abiertas del salón, me di cuenta que no había esperanza de disculparme sin que me vieran. Me tragué mi aprensión y levanté la barbilla.

—Aquí estamos —dijo Ruth, entrando al salón conmigo del brazo. La charla cesó y no dos, sino tres visitantes, incluyendo a un caballero, se pararon al unísono con la señora Brundage y

Sarah. No permití que mi consideración se detuviera en los invitados, sino que sonreí a la señora Brundage, que corrió hacia nosotros.

—Perdónanos por nuestra tardanza —le dije, extendiendo una mano hacia ella—. Si hubiéramos sabido que habría compañía, habríamos pospuesto la salida al exterior hasta más tarde.

La señora Brundage tomó mi mano entre las suyas.

—No importa, querida. Tuvimos mucho que discutir en tu ausencia, pero ahora que has venido, no pospongamos las presentaciones ni un momento más. —Ella no soltó mi mano, y Ruth tampoco liberó mi brazo, mientras ellas me guiaban hacia adelante. La cercanía de ambas mujeres era a la vez desconcertante y, al mismo tiempo, reconfortante.

—Señorita Godwin. —La señora Brundage se detuvo frente a una mujer elegante con cabello oscuro y ojos oscuros a juego—. Esta es nuestra vecina y más querida amiga, la señora Whitmore.

La señora Brundage me soltó la mano e hice una pequeña reverencia.

—Es un placer conocerla.

La mujer sonrió tensa y asintió a cambio, sus ojos subieron indiscretamente por mi figura, mientras levantaba la mirada nuevamente.

—Sí. Hemos oído hablar mucho de usted, estos últimos años, tanto de los Brundage como de Londres.

Enderecé mi postura, ante su insinuación, negándome a dejar que sus palabras me afectaran. Se necesitaría algo más que un insulto sutil sobre meros rumores para causarme angustia. La verdad es que me había convertido en toda una experta en el trato con madres vengativas, un protocolo necesario que había desarrollado con mucho éxito. Después de todo, no me faltó práctica.

—¡Qué amable es usted al decir tal cosa, señora Whitmore! —dije con voz empalagosa—. Y también he oído lo mejor sobre usted.

Sus dedos se tensaron y luego se cerraron en puños a los costados, pero ofreció una sonrisa con los labios apretados.

—Y ella es Candace —dijo Ruth emocionada, ignorando mis instrucciones sobre el manejo adecuado de las presentaciones—. Estoy segura que ustedes dos serán las amigas más queridas.

Finalmente, me permití mirar a la señorita Whitmore, sin sorprenderme en lo más mínimo al encontrar a una dama irritantemente hermosa con rasgos oscuros que contrastaban con sus ojos verdes almendrados. Ruth había mencionado que teníamos casi la misma edad, pero no pude evitar pensar en lo inocente que parecía. ¿Realmente había sobrevivido a dos temporadas sin mostrar una expresión tan mordaz?

—Señorita Whitmore —dije de manera más intencionada, asintiendo—. Espero que seamos amigas rápidamente.

Ella sonrió, aunque había un toque de vacilación en su sonrisa.

—Por supuesto que lo seremos.

Ansiosa por seguir adelante, miré al caballero, sorprendida al encontrar un rostro algo familiar mirándome. No es que fuera particularmente guapo o completamente memorable, pero no podía olvidar la forma en que sus grandes orejas enrojecían bajo mi atención.

—¿Señor Treynor? —pregunté, segura de haber recordado su nombre correctamente.

Él hizo una rápida reverencia.

—No estaba seguro que usted me recordaría.

—Por supuesto que sí. Nos conocimos en una velada organizada por mi tía apenas un mes

antes. Su madre…—Hice una pausa, tratando de recordar la conexión correctamente—. Está casada con el hermano menor de mi tío, ¿cierto?

—Impresionante, señorita Godwin. Y yo, por supuesto, la recuerdo. Obviamente… como ya dije eso. —Él se inquietó y me pregunté qué tenía una mujer hermosa que hacía que la mayoría de los hombres actuaran de manera tan inepta—. Usted es preciosa… como cuando nos conocimos. Pero, probablemente ya lo sabe. —Sus ojos se abrieron como platos—. No es que piense que sea vanidosa, simplemente estoy consciente de sus cualidades naturales.

Lo había visto tambalearse durante bastante tiempo.

—¿Y qué le trae a Dorset?

Tragó y sus orejas se pusieron casi escarlatas.

—Simplemente he venido de visita, al igual que usted, al parecer. La señora Whitmore es mi tía, la hermana de mi madre.

—¡Qué espléndido! —dije, sin una pizca de la ironía que sentía—. Y más aún que nuestras visitas coincidan.

El color que se había concentrado en sus orejas se extendió ahora a su rostro y tiró de su corbata.

—Es muy agradable, si usted no cree que soy demasiado atrevido para estar de acuerdo. —Me indicó una silla cerca de donde él había estado sentado—. ¿Le importaría sentarte un rato?

Sabiendo que no podía rechazarlo, solté el brazo de Ruth y tomé asiento. Al menos no había espacio en el sofá junto a él, aunque la posición de Sarah en la esquina, con un libro en la mano, parecía ideal.

—¿Y cuáles son los últimos informes de la ciudad, señor Treynor? Sé que lleva menos de una semana afuera, pero pueden pasar muchas cosas en ese tiempo.

Tomó asiento, al igual que la señora Brundage y la señora Whitmore, antes de asentir en señal de comprensión.

—¿Por dónde empiezo?

—Donde mejor le parezca. —Levanté un poco un hombro.

Él comenzó con el último baile de la temporada en Almack's, pero incluso con el atractivo de un aparente escándalo, mi atención se desvió hacia la señorita Whitmore, que se acercaba a Augustus por el otro lado del salón. La saludó con la sonrisa que me había acostumbrado a recibir desde mi llegada. Ella se acercó, habló y lo miró expectante. Él asintió y se inclinó hacia ella, el suave murmullo de su voz me llegó, mientras ella levantaba su mano para descansar sobre su brazo, y sus ojos atentos no se desviaban de él. Estabilicé mi respiración y desvié mi mirada hacia el señor Treynor, luchando por mantener mi imperceptible irritación.

¿Por qué Augustus no me había hablado de su evidente apego a la señorita Whitmore? Aunque no era tan tonta como para dejarme llevar por sus constantes coqueteos, era imperdonable tratar a cualquier dama con un comportamiento tan desagradable, cuando los afectos están ligados a otra parte.

—¡Qué mortificante para la dama! —dijo Ruth, y me di cuenta que ella todavía estaba de pie junto a mi silla—. Me alegra no haber estado nunca en Almack's. Solo oír hablar de las patrocinantes me eriza la piel. No sé qué haría si cayera bajo su condena.

El señor Treynor me devolvió la mirada expectante.

Agradecida que Ruth me hubiera dado una dirección apropiada para mi respuesta, asentí.

—Eso es de lo más impactante. Sinceramente, me siento aliviado de haberme perdido todo el incidente. —Hice una pausa, segura que no podía concentrarme en más noticias de Londres—. ¿Y cuánto tiempo se quedará, señor Treynor?

—Creo que partiremos pronto, pero mi tía aceptó la invitación de la señora Brundage para volver a cenar esta noche.

—¡Qué maravilloso! —confirmé, decepcionada por la noticia que no había solicitado—. Aunque me refiero a su estancia con los Whitmore. ¿Estará aquí mucho tiempo?

—¡Oh! —Al darse cuenta de su error, su rostro enrojeció—. Me temo que solo estaré en Safford una semana.

Incliné la cabeza hacia un lado, fingiendo estar decepcionada.

—Bueno, tendremos que aprovechar al máximo su tiempo aquí, ¿no?

—Espero que… —Él se enderezó en su asiento.

La señora Brundage se levantó de su lugar cerca de la chimenea.

—¿Alguien quiere más té?

—¡No me opongo! —gritó el señor Treynor tras ella—. Tampoco rechazo uno o dos pasteles más.

—Déjame ayudar… —Ruth se levantó para apoyar a su tía.

Mi mirada involuntariamente se deslizó hacia Augustus y la señorita Whitmore, ambos todavía eran ajenos a los acontecimientos del resto de nosotros. ¡Qué descorteses son algunas personas!

—Perdone su deseo de privacidad, señorita Godwin. —La falsa dulzura en la voz de la señora Whitmore llamó mi atención—. Ellos estuvieron separados durante meses, antes que Augustus viniera a visitarnos a la ciudad.

Mi pecho se apretó y nuevamente miré hacia donde estaban ellos.

—Ya sabes lo joven que puede ser el amor: unos días de separación son totalmente insoportables.

Me obligué a volver a centrarme en la señora Whitmore, ahora plenamente consciente de por qué había recibido una presentación tan poco acogedora. Ella pensó que quería robarle Augustus a su hija. ¡Qué idea tan ridícula! Una garantía indirecta de que no interferiría con sus planes fue todo lo que necesitaba para que ella comenzara a verme como una aliada, y no como una amenaza. Pero no pude convencer a mi lengua de mis razonamientos.

—Soy muy consciente de los efectos que la separación puede tener en el amor joven. —Solté las palabras, antes que pudiera pensar mejor, no solo socavando mi plan de hacerme agradable a la señora Whitmore sino afirmándome como una amenaza formidable para su hija.

Su postura se volvió rígida y sus ojos se convirtieron en rendijas entre las sombras.

—Señor Treynor —dije, concentrándome nuevamente en el sobrino, aparentemente inconsciente de las actitudes de la señora Whitmore—. Usted puede recordarme dónde está la propiedad de su familia.

Pasé casi un cuarto de hora preocupándome por mi descarado comentario a la señora Whitmore, mientras el señor Treynor destacaba los atractivos de Cornwall.

—Señorita Godwin —expresó la señorita Whitmore, caminando con Augustus, justo detrás de ella—. Si no le parece una imposición, ¿daría una vuelta conmigo? Deseo conocerla mejor.

No miré a Augustus, sino que dejé la taza de té y el platillo, en la mesa auxiliar.

—Por supuesto. —Me levanté y miré al señor Treynor—. Si usted me disculpa.

Él asintió, pero la señorita Whitmore me tomó del brazo de una manera demasiado familiar.

—¿Te importaría unirte a nosotros, Ruth? —pregunté, esperando que ella estuviera dispuesta a ofrecerme su ayuda.

—No. —Ruth se sentó en la silla que yo acababa de ocupar—. Les daré un momento para que se conozcan mejor sin mi charla interminable.

Preguntándome si se podría enseñar el discernimiento, permití que la señorita Whitmore me guiara hacia adelante.

Cuando nos alejamos un poco, la señorita Whitmore exhaló profundamente:

—¿Y cómo está disfrutando su estadía en Fairhaven, señorita Godwin?

Mi mirada estaba fija delante de nosotras.

—Ha sido muy agradable hasta este momento. —Aunque sus ojos se movieron hacia mi figura, no me traicioné revelándole más información.

—Bueno, estoy segura que Ruth está muy contenta de tenerla aquí. Ella siempre ha hablado muy bien de usted.

No pasé por alto la renuencia de la señorita Whitmore a mencionar a Augustus y lo que él sentía con respecto a mi visita.

—Ambas estamos muy agradecidas por la oportunidad de volver a familiarizarnos.

Ella asintió, pero pude sentir su vacilación. Pensé en ser cortés y ofrecerle una charla, pero sabía que eso solo pospondría la conversación que ella deseaba tener. Después de unos momentos más de silencio entre nosotras, ella suspiró:

—La verdad, señorita Godwin, me sorprendió que usted viniera a Fairhaven.

La miré.

—¿Y por qué?

Ella reajustó su brazo sobre el mío, disminuyendo su agarre.

—Bueno, para empezar, hay rumores de un entendimiento entre usted y Lord Thorton.

—No es frecuente confiar en los rumores, señorita Whitmore.

Ella desaceleró nuestros pasos.

—Entonces, ¿no es cierto? ¿No hay compromiso?

Volví a mirar hacia adelante, sin saber cuánto revelarle a esta casi extraña. Si no decía nada, probablemente creería que había venido a robarle a Augustus. Pero tal cosa no nos haría ningún bien, a ninguna de los dos.

—¡Aún no! Aunque no lo negaré, solo es ante oídos amigos… que espero recibir una propuesta de Lord Thorton, cuando regrese de Francia —lo dije de esa manera. Y el Cielo sabía que necesitaba rendir cuentas.

Otro momento de silencio pasó entre nosotras, mientras nos acercábamos nuevamente al grupo.

—Bueno, espero que Lord Thorton sea digno de su consideración. Por lo que me han dicho, usted es única en su clase.

Miré hacia la señorita Whitmore, sorprendida al ver que parecía sincera.

—Gracias —murmuré, tratando de que no pareciera una pregunta. ¿Estaba usando mis propias tácticas contra mí?

Ella me dio una pequeña sonrisa, antes de soltar mi brazo, y avanzar hacia su madre.

—¿Qué encontraron ustedes dos para hablar? —La expresión curiosa de Augustus me recordó la ofensa que había cometido al negarse a advertirme de su respeto por la señorita Whitmore.

—No tiene importancia —le dije en voz baja, pasando a su lado.

Dio un paso atrás y levantó un brazo para bloquear mi retirada.

—Ciertamente, no había pensado que fuera importante hasta ahora.

Miré a mi alrededor, antes de mirarlo con el ceño fruncido.

—Deberías habérmelo advertido —siseé.

Bajó la ceja.

—¿De qué exactamente? —Se acercó, tal como lo había hecho antes con la señorita Whitmore.

La sola idea me puso nerviosa y di un paso atrás.

—Sabes exactamente a qué me refiero.

Siguió mi vista hasta la señorita Whitmore.

—¿Señorita Whitmore?

Mi estómago se hizo un nudo, ante su reconocimiento.

—Afortunadamente, no me sentí inclinada a divulgar tu constante bombardeo de coqueteos.

La expresión de él no cambió, pero hubo un parpadeo en sus ojos, que me dejó inquieta.

—¿Y en qué se diferencia lo que me acusas de lo que tú misma eres culpable?

Me quedé quieta.

—¿O se me pasó que mencionaste tu próximo compromiso con Lord Thorton, antes de hablar de ello, cuando pasamos por Branbury Court?

Levanté la barbilla, aliviada al descubrir que no estaba haciendo referencia a mis coqueteos hacia él.

—Eso es diferente. Todavía no hay un entendimiento entre nosotros.

—Del mismo modo que no hay entendimiento entre la señorita Whitmore y yo. Somos amigos.

Mi corazón dio un vuelco, pero simplemente me encogí de hombros.

—Sin embargo, parecen bastante familiarizados el uno con la otra, y muy ansiosos por reunirse.

—¿Son celos lo que detecto en ti? —Una comisura de su boca se levantó.

Mis labios se abrieron ante la acusación y miré a mi alrededor nuevamente para asegurarme que nadie lo había escuchado mencionar una idea tan ridícula.

—No en lo más mínimo, te lo aseguro.

—Al estar muy familiarizado con la sensación, me he vuelto bastante eficiente a la hora de reconocer los mismos síntomas en los demás. —El otro lado de su boca ahora se levantó hasta que una amplia y exasperante sonrisa iluminó sus rasgos—. Y ciertamente, estás celosa.

Apreté los labios, tan enfadada que apenas podía respirar.

—¿Te encuentras bien, señorita Godwin? —preguntó la señora Brundage, poniéndose a mi lado.

Aparté mis ojos de Augustus.

—Sí —asentí con la cabeza con demasiada impaciencia—. Yo simplemente… estábamos simplemente…

No encontraba las palabras para continuar.

La señora Brundage frunció el ceño.

—Bueno, los Whitmore y el señor Treynor acaban de anunciar sus intenciones de partir. Pero volverán a cenar con nosotros. —Hizo una pausa—. Aunque nuestra cena será un poco más tarde esta noche, considerando todo esto.

Mi cara se calentó al darme cuenta que probablemente se refería a la tardanza de Augustus y la mía, luego noté que la atención colectiva de los demás ya estaba sobre nosotros.

—Fue un gran placer conocerla, señora Whitmore. Señorita Whitmore. —Esperaba que mi falsa sonrisa pareciera genuina desde el otro lado del salón—. Y será un absoluto placer volver a verlo, señor Treynor. Esperaré con muchas ansias esta noche.

Ambas mujeres Whitmore asintieron en reconocimiento, y el señor Treynor se acercó a mí, tomándome la mano.

—Yo también —dijo, inclinándose.

En el momento en que bajó mi mano, la liberé de su agarre.

—Hasta entonces.

Con una última reverencia, salió del salón, y los demás salieron detrás de él. Solo la señorita Whitmore hizo una pausa y levantó la mano a modo de despedida, antes de desaparecer también por la puerta.

—¿Una delicia absoluta? —Augustus me lanzó una mirada inquisitiva—. Si no te conociera mejor, asumiría que te gusta el señor Treynor.

Le envié una mueca, pero él solo se rió.

—¡Pobre muchacho! Si no eres un poco más cautelosa, a la hora de animarlo, estará destinado a estar muy enamorado de ti, al final de su estancia.

Miré alrededor del salón, ahora vacío, aliviada de no tener que susurrar más.

—El lenguaje es más que palabras. Solo un tonto estaría tan dispuesto a malinterpretarme, señor Brundage.

—Augustus —corrigió, con esa sonrisa suya—. Y no estoy seguro que la mayoría de los hombres hablen ese idioma con tanta fluidez como supones.

Di un paso más hacia él.

—Entonces se les debería culpar por haber descuidado sus estudios.

Él bajó la mirada hacia mí.

—¿Y cómo recomendarías a un hombre que aprenda un tema tan extraño? —Él se detuvo —. No es que lo necesite, *per se*.

—Por supuesto, no lo haría. —Le envié una sonrisa traviesa—. Pero, si hubiera un hombre que deseara conocer mejor las costumbres de las mujeres, debería considerar unirse a mi lección mañana.

—No me la perdería por nada.

Aunque la sola idea que Augustus estuviera presente, durante nuestro entrenamiento, hizo que mi corazón se acelerara, pero no podía negar ayudar a un amigo necesitado. De una cosa estaba segura. Augustus necesitaba ser iluminado sobre el innegable apego que la pobre señorita Whitmore sentía por él.

Capítulo doce

—Me alegra mucho que Candace y tú se llevaran tan bien anoche —dijo Ruth, mientras trabajábamos en nuestras muestras—. Sé que estaba muy ansiosa por conocerte, pero le dije que no se preocupara porque eres la persona más querida del mundo.

Ella hizo una pausa.

—Bueno, ella y tú, ambas. —Miró a Sarah—. Y Sarah, tú, por supuesto, estás incluida en esa lista.

Escondí una sonrisa, mientras me inclinaba sobre mi tela.

Ruth dejó caer su labor de costura sobre su regazo y su expresión se volvió pensativa.

—Una vez escuché a Owen y Augi hablar de Candace, la comparaban con una joya rara con tantas facetas hermosas que realmente brillaba en comparación con otras —suspiró soñadoramente—. Me encantaron tanto las imágenes que no las he olvidado hasta el día de hoy. ¿No es esa la descripción más maravillosa de ella, Bella?

Tiré demasiado rápido del hilo de bordar y lo anudé.

—La señorita Whitmore fue una delicia —admití, aunque algo molesta por esa concesión. No era tarea fácil sentir aversión por alguien de la naturaleza de la señorita Whitmore, a pesar de lo mucho que lo había intentado al principio. Si se hubiera parecido más a su intrigante madre, la tarea habría sido más sencilla, pero la señorita Whitmore parecía ser amable y genuina. Con una disposición tan agradable, podría preguntarme cómo habría permanecido soltera, en su primera temporada, si no fuera por cómo su mirada se había detenido en Augustus, durante toda la noche, antes de dirigirse a mí. El recuerdo de aquello no me sentó nada bien.

Respiré profundamente, recordando la seguridad de Augustus que él y la señorita Whitmore no eran más que amigos. Ciertamente, noté su alta consideración hacia ella, pero, en su mayor parte, su declaración parecía haber sido hecha con la verdad. Ninguno de los dos había buscado otra conversación privada, después de la inicial, ni sus siguientes interacciones fueron más coquetas que las de Augustus conmigo.

—¿Y qué piensas del señor Treynor? —le pregunté a Ruth, deseando dejar de escudriñar más la situación. No importaba dónde estuvieran los afectos de Augustus ni los de la señorita Whitmore, estaba decidida a unirme a Lord Thorton, porque él era en gran medida mi igual.

—Parece un caballero de lo más afable.

Levanté la vista de mi intento de deshacer el nudo.

—¿Y lo encuentras guapo?

Ruth se sonrojó y su mirada se posó en Sarah.

—Supongo que es tolerable.

Los ojos de Sarah brillaron.

—Ella lo encuentra más que tolerable. Creo que las palabras que usó para describirlo fueron bastante atractivas.

—¡Sarah! —La expresión de traición de Ruth duró solo unos momentos, antes de estallar en un ataque de risas, induciendo a Sarah a seguir adelante.

Sonreí ante su tontería, pero sacudí la cabeza por si acaso, volviendo a concentrarme en el maldito nudo que no se soltaba.

—¿Han comenzado la instrucción de hoy sin mí? —Augustus estaba en la puerta, considerando moverse entre Sarah y Ruth, antes de decidirse por mí.

El corazón me latía con fuerza en el pecho, pero me puse de pie y puse la muestra anudada en la mesa auxiliar, como si su apariencia no me afectara.

—No... Llegas justo a tiempo.

Ruth nos miró, mientras yo lo dirigía hacia la parte trasera del sofá, donde había más espacio.

—¿A tiempo para qué, exactamente?

—Teniendo en cuenta la visita de cierto invitado aquí en Fairhaven, pensé que sería un momento beneficioso para hablar sobre la interacción con caballeros. En particular, cómo asegurarse de transmitir las esperanzas previstas durante dichas interacciones.

—¿Nos vas a enseñar a coquetear? —preguntó Ruth con su voz saturada de júbilo.

Apreté mis labios, incapaz de evitar que mi mirada se posara en la sonrisa de satisfacción de Augustus.

—Supongo que así es como lo ven algunas personas.

Ruth arrojó su muestra en el sofá junto a ella y se levantó, moviéndose para ayudar a Sarah a levantarse.

Me junté con Augustus, detrás del sofá, ignorando la sensación de euforia en mi pecho.

—¿Necesitaré tu ayuda nuevamente, si estás dispuesto?

—Con alegría… —Sus labios se alzaron en las comisuras.

—Sí... bueno, no se requerirá mucho de ti en esta demostración. Solo necesitas quedarte aquí durante la mayor parte.

La sonrisa de Augustus se hizo más amplia.

—¿Debo sentirme aliviado u ofendido por esto?

Me encogí de hombros juguetonamente.

—Supongo que no importará de ninguna manera, considerando que ya te has comprometido. —Dirigí mi atención a las damas, quienes observaban ansiosamente—. Ahora, antes de comenzar…

—¿Aún no hemos comenzado? —Ruth miró entre nosotros—. Estaba seguro que sí. Pero supongo que ustedes dos siempre están coqueteando.

Augustus se rió entre dientes, pero lo contuve con una mirada de reproche, lamentando mi decisión de invitarlo.

Coloqué mis manos detrás de mí en una muestra de calma, aunque podía sentir el temblor por dentro.

—Ayer le dije a Augustus que el lenguaje es más que meras palabras. —Respiré profundamente—. Para transmitir un mensaje de manera más efectiva, no solo se debe decir lo correcto, sino que hay que decirlo de la manera correcta: la entonación, el ritmo y la inflexión son vitales.

Ruth y Sarah escucharon atentamente. Ambas cejas se fruncieron en concentración, cuando me enfrenté a Augustus.

—Usaré la misma línea con la que me molestaste ayer como nuestro primer ejemplo. Aunque reemplazaré el nombre del señor Treynor por el tuyo.

Augustus asintió, con los ojos llenos de diversión.

Pasé por alto su irritante reacción y me moví para desafiarlo.

—Fue un verdadero placer volver a verlo, señor Brundage. —Mi voz era plana, tranquila y no me detuve en ninguna palabra en particular. Le di a Augustus una mirada penetrante—. Así es una mujer, siendo cordial.

—Sin embargo, lo que escuché fue que soy un absoluto deleite para ti. —Las comisuras de

su boca se torcieron.

Levanté un dedo, esta vez acercándome un paso más hacia Augustus. Lo miré por debajo de mis pestañas y bajé el volumen de mi voz lo suficiente para obtener un tono sensual.

—Fue un placer absoluto volver a verlo. —Mis palabras fueron lentas e intencionales, y puse mi mano suavemente sobre su brazo, inclinándome hacia él—. Señor Brundage…

Dibujé su nombre un poco más lento, casi susurrándolo al final. Cuando sus ojos se dirigieron a mis labios, aproveché la oportunidad para humedecerlos.

Su mirada se detuvo, paralizada.

Levanté una ceja.

—¿Bien?

—Parece que me corrigieron. —Sacudió lentamente la cabeza.

Ambas damas se rieron salvajemente y yo esbocé una sonrisa victoriosa.

Ruth dio un paso adelante y me tomó la mano.

—¡Debes enseñarnos todo lo que sabes!

—Te enseñaré lo necesario para lograr tus propósitos. Y debo advertirles rotundamente que utilicen estas herramientas con prudencia. Lo último que deberían desear es darle a cualquier caballero una impresión equivocada. —Hice una pausa—. Esta es una lección, lo lamento, que no la aprendí lo suficientemente pronto.

Sentí la curiosidad de Augustus, pero no encontré su mirada.

—¿Deberíamos continuar?

Después de la confirmación, les expliqué cómo elegir qué palabras declinar, hablé del ritmo en un discurso y ejemplifiqué algunas entonaciones diferentes que se podrían usar.

—Es tu turno —dije, haciéndole una seña a Ruth.

Sus ojos se abrieron como platos.

—¿Debo intentarlo? ¿Aquí? ¿Frente a todos ustedes?

—¿De qué otra manera deberías aprender?

Ella sacudió la cabeza y dio un paso atrás.

—Simplemente, no puedo.

—Vamos, Ruth. ¿Preferirías sentirte como una tonta con nosotros, o con un caballero al que intentas impresionar?

—Tal vez simplemente me abstendré de hablar con los caballeros. —Ella frunció el ceño.

—Yo podría apoyar esa idea. —Augustus se rió entre dientes.

Le lancé una mirada apresurada, antes de volver a mirar a Ruth.

—Lo harás maravillosamente y yo te ayudaré.

Ella sacudió su cabeza otra vez.

—Yo lo haré. —Miré a Sarah, tratando de ocultar su sorpresa detrás de una sonrisa.

—Magnífico. —Me alejé un paso de Augustus y le hice un gesto para que se acercara.

Sarah le lanzó a Augustus una mirada de disculpa, antes de mirarme.

—¿Puedo probar contigo? Sé que puede resultar extraño, pero parece preferible a coquetear con mi hermano.

—Por supuesto. —Reprimí una risa.

Sarah asintió y dio un paso más hacia mí, inhalando lentamente. Sus ojos se movieron hacia los míos con intención, pero se detuvo.

—Sin embargo, ¿cómo debería llamarte? No sé por qué parece tan complejo, considerando que todo es por diversión, pero prefiero dirigirme a ti como a un caballero. ¿A menos que te opongas?

—No... ¿Quizás el señor Godwin sea aceptable?

Ella asintió y luego me miró por debajo de sus pestañas, sus mejillas tenían un hermoso tono rosado por la vergüenza.

—Fue un absoluto placer volver a verlo, señor Godwin. —Había cambiado tanto la inflexión como la entonación, su voz estaba llena de dulzura e inocencia, y le funcionó perfectamente.

—¡Bien hecho! —dije, extendiéndole la mano para apretar la suya.

Augustus negó con la cabeza con una expresión de incredulidad en su rostro.

—Demasiado bien hecho, me atrevería a decir. Y aquí estaba yo, pensando que por ahora solo tenía que preocuparme por Ruth.

—Sarah tiene diecisiete años —aclaró Ruth con una mirada suplicante—. Y no es nada raro ver a damas más jóvenes que ella en la sociedad.

Él retrocedió.

—Después de esa demostración, probablemente pospondré su salida del armario por varios años más.

Al ver los pucheros exagerados de ambas damas, toqué la mano que colgaba a su costado muy brevemente.

—Vamos, Augustus, no te burles así de ellas. A pesar de los obstáculos, están decididas a convertirse en damas sensatas. ¿No crees que será mejor que conozcan todas las técnicas? ¿Tanto para alentar a los caballeros que esperan, como para evitar dar falsas esperanzas a destinatarios que no lo merecen?

—Supongo que no puedo mantenerlas pequeñas para siempre. —Augustus soltó una exhalación exagerada.

Ellas le devolvieron la sonrisa y yo volví a ocupar mi lugar a su lado.

—¿Continuamos entonces?

—¡Oh! Sí —dijo Ruth, entrelazando su brazo con el de Sarah—. Lo que más estábamos esperando era esta lección.

Augustus levantó una mano hacia ellas, inmovilizándome con una mirada de validación.

—Mira… eso es precisamente lo que me preocupa.

Sacudí la cabeza, ante su ridícula pero encantadora sobreprotección.

—Antes que hablemos de incorporar el contacto físico en tus interacciones con caballeros. —Ruth y Sarah compartieron una mirada vertiginosa y mi corazón se aceleró con anticipación, aunque seguí—, quiero mencionar algunos consejos para mostrar el interés durante una conversación. El primero y más significativo es que los hombres desean sentirse importantes y por eso deben ser halagados constantemente.

—Me atrevo a decir que es una generalización de lo más desafortunada. —Augustus se rió.

—Te aseguro que no lo es. —Su expresión dudosa me presionó a seguir—, como bien sabes, he sido objeto de un estudio exhaustivo de los caballeros, durante estos últimos tres años, y me siento bastante cómoda, ofreciendo mi opinión al respecto. Y todavía tengo que conocer a un caballero inmune a los halagos.

Los labios de Augustus se juntaron, cruzándose de brazos. Era obvio que no le importaba saber cómo yo había llegado a tales conclusiones.

Apoyé mi mano en su brazo.

—Espero que no sientan que estoy atacando a su sexo, porque las mujeres tampoco son inmunes a los halagos. Simplemente, somos más conscientes de su uso y, por lo tanto, esto se convierte en una elección, si lo permitiremos o no.

—¿Y cómo se puede halagar a un caballero? —preguntó Ruth con evidente impaciencia en su tono.

—Debes mostrar gran interés en lo que tiene que decir, a pesar de lo aburrido que sea. —Ambas damas se rieron—. No hables de ti, excepto para mostrar tus similitudes. Felicítalo siempre que sea posible sin parecer trillada. Y nunca estés en desacuerdo con él.

—Una vez más, es absurdo creer que un hombre pueda ser tan fácilmente influenciado por una mujer que se involucre en tales tácticas. —Augustus soltó una risa incrédula.

—No dije ninguna mujer. La adulación es un arte y, como todo arte, existe una variedad de habilidades. Solo las más competentes tienen tanta influencia. Por eso, siento que es importante enseñar…

Augustus miró mi mano todavía en su brazo.

—¿Porque obviamente eres una de los maestras? —Su sonrisa no llegó a sus ojos y retiré mi mano.

De repente, el salón quedó demasiado silencioso.

—Creo que necesitamos una demostración —dijo Augustus, y su falsa exuberancia casi enmascaró su preocupación—. Ven, Bella. Muéstrales a las chicas lo que quieres decir.

—No funcionará contigo.

—Pero pensé que estabas insinuando que ni siquiera yo soy inmune a tales cosas. —Un lado de la boca de Augustus se alzó en una media sonrisa.

—El conocimiento la da poder a una persona. Y dado que he compartido contigo las tácticas secretas de una mujer, ahora eres tan susceptible como te permites serlo.

—Así que elegiré permitirlo.

—No. Si Ruth y Sarah desean ver un ejemplo, debe ser auténtico. —Las miré de reojo—. Debemos seleccionar a un caballero desconocido para este propósito.

—Si tan solo Owen estuviera aquí. —Ruth levantó las manos.

—Como si fuera a permitir que Bella coqueteara con mi hermano. —Augustus se burló.

Su mirada de incredulidad me hizo reír.

—¿Son celos lo que estoy vislumbrando?

—El señor Treynor es la opción práctica —ratificó Augustus, ignorando por completo mi pregunta—. Además, es probable que sea el único otro hombre con el que nos encontraremos pronto.

Mi mirada se dirigió a Ruth.

—Si fuéramos a la ciudad, estoy segura que podríamos encontrar un candidato desprevenido.

—No deben renunciar al señor Treynor por mi bien —asintió Ruth, resueltamente—. No es como si realmente estuvieran tratando de obtener su afecto… Aunque odiaría verlo decepcionado.

El ceño de Augustus se frunció, pero Ruth no se dio cuenta.

—Adoptaré un enfoque más amigable con él para demostrar mi punto. La adulación no solo debe utilizarse para obtener el afecto de uno. —Ruth me apoyó y tomé su mano entre la mía—. Y, en el caso que el señor Treynor se sienta inclinado a pensar más en nuestra conversación de lo que yo pretendo, simplemente mencionaré a Lord Thorton. Eso debería evitarle algo más que una decepción momentánea.

Augustus dejó escapar un profundo suspiro.

—Sí. Háblale de Lord Thorton. No querrás darle falsas esperanzas al pobre tipo.

Sonó un golpe en la puerta abierta del salón y el mayordomo entró.

—¿Qué pasa, Branson? —preguntó Augustus al mayordomo.

—Acaba de llegar una visita para la señorita Godwin.

—¿Para mí? —pregunté, más que un poco inquieta. ¿Quién debería saber que estoy en Fairhaven, además de papá?

Capítulo trece

La mirada de Augustus se encontró con la mía, antes de regresar a ver al mayordomo.

—¿El visitante dio su nombre?

—Sí, señor. El señor Leavitt.

La decepción me invadió, no por quién era el visitante, sino por el probable propósito de su visita. Le envié a Augustus una mirada insegura.

—Fue la invitación pospuesta de los Leavitt lo que me permitió estar aquí.

—¿Crees que está listo para recibirte nuevamente? —asintió Augustus lentamente, en señal de comprensión.

—Es probable. —Me encogí de hombros y miré a Ruth y Sarah, cuyos rostros mostraban igual preocupación.

—¿Y deseas que nos vayamos para que puedas hablar con él en privado? —Augustus se cruzó de brazos.

Sin estar segura de lo que el señor Leavitt diría sobre mi situación actual, asentí.

—Si no es mucha molestia.

—No lo es. —Augustus exhaló y se dirigió a Ruth y Sarah—. Vayamos a ver si la cocinera ha preparado algún pastel para que podamos probar.

Ruth se puso a mi lado.

—No me importa quedarme.

—No. Ve y disfruta de un dulce. —Toqué su brazo.

Con una última mirada hacia mí, Ruth se aferró a Sarah y se fueron a la cocina.

—Pareces incómoda. —Augustus no se había movido, sus ojos todavía estaban fijos en mí —. ¿Estás segura que deseas hablar con él a solas?

Pensé en la lengua suelta del señor Leavitt y supe que tenía que asegurarle a Augustus que todo estaba bien. No pudo descubrir la ignorancia de mi madre sobre mi paradero. Al menos todavía no.

—El señor Leavitt es el hombre más querido y es perfectamente inofensivo.

—Muy bien. —Augustus caminó hacia la puerta donde el mayordomo todavía esperaba instrucciones—. Haga pasar al señor Leavitt.

Sin decir palabra, el hombre hizo una reverencia y salió del salón.

Augustus se detuvo en el umbral.

—Volveré pronto para ver cómo estás.

—Gracias —susurré, mientras él también desaparecía en el pasillo.

El sonido de voces de hombres saludándose resonó a través de la puerta, antes que el señor Leavitt entrara caminando detrás del mayordomo, me viera y gesticulara con el pulgar extendido detrás de él.

—Bueno, el señor Brundage parece un caballero muy agradable.

—Ciertamente, lo es.

—¿Y has disfrutado de tu estancia, aquí en Dorset? —El señor Leavitt examinó mi postura rígida.

Al darme cuenta de su preocupación por mí, me alegré tanto como pude.

—Ciertamente, lo he hecho.

—Bien. Bien. —Las mejillas llenas del hombre alegre se dibujaron en una sonrisa,

obviamente calmada por mi semblante relajado—. Bueno, ven aquí y dame una bienvenida adecuada. —Extendió una mano hacia mí, haciéndome un gesto para que avanzara—. No he venido hasta aquí para que me traten como a un simple conocido.

Obedientemente, corrí a su lado y le di un beso en la mejilla. Mi madre despreciaba la falta de tacto del señor Leavitt, pero yo siempre había sentido cariño por ese hombre.

—¿Quieres tomar asiento?

—He estado sentado toda la mañana, así que, a menos que prefieras lo contrario, un momento para que mi sangre fluya sería lo más ventajoso.

—Por supuesto. —Hice una pausa—. Veo que la señora Leavitt no te acompañó. ¿Ella está bien?

Lanzó un largo suspiro y su gran barriga se hundió ante el esfuerzo.

—Me temo que su salud no es óptima, aunque no es seguro si se trata de una condición de la mente o del cuerpo. —Su frente se arrugó—. Ella ha estado bastante deprimida desde el matrimonio de nuestra Amelia, y se ha negado a viajar estos últimos meses por eso, aunque ella niega esto y lo considera causalidad.

Sabía muy bien que él no debía comentar ese doloroso proceso, pero me encontré incapaz de dejar de lado mi curiosidad.

—¿Ella todavía está en Londres?

El señor Leavitt sacudió la cabeza.

—No… No fuimos a Londres esta temporada.

—Pero yo... —Mis palabras se fueron apagando, mientras intentaba darle sentido a la declaración del señor Leavitt. Estaba segura que papá había mencionado que estaban en la ciudad, porque si ya habían estado en Dorset, ¿por qué habrían alegado la incapacidad de la señora Leavitt para viajar como motivo para posponer su invitación?

—No te preocupes, Arabella —dijo el señor Leavitt, recuperando mis pensamientos que estaban a la deriva—. Ella no está en una situación desesperada. Tengo la intención de convencerla que vaya conmigo a Brighton, y me atrevo a decir que pronto volverá a ser ella misma… El aire salado hace maravillas en la constitución de una persona enferma.

Asentí de manera ausente, permitiendo que el silencio invadiera la habitación.

—No era mi intención desanimarte con semejante noticia. ¿Por qué no pasamos al propósito de mi visita? —El señor Leavitt se aclaró la garganta.

—¿Puedo ofrecerte té y pasteles primero? —Mi corazón dio un vuelco y estaba segura que no deseaba oír lo que él iba a contarme.

—¡No! Me temo que debo volver rápidamente con la señora Leavitt. —Se frotó el estómago, como si eso lo consolara por la idea de perderse el pastel—. A ella no le gusta estar mucho tiempo sin mí, en su condición actual, y, desafortunadamente, el hombre que acabo de ver sobre las reparaciones de mis establos tenía mucho que decir sobre sus pensamientos sobre… bueno, todo… ciertamente. Ahora, estoy retrasado, así que debo ser breve.

Me quedé quieta, preparándome emocionalmente para la noticia de mi inmediata expulsión de Fairhaven.

El señor Leavitt buscó en su bolsillo y sacó dos cartas.

—Recibí una carta para ti hace varios días con el sello de tu madre. —Él evaluó mi expresión—. Obviamente, pensé que era un hecho muy extraño y escribí a tu padre para ver de qué se trataba.

—Mi madre ya se había ido a casa de su hermana cuando… —Hice una pausa, sin saber cómo expresar el hecho que los Leavitt no cumplieron con su invitación, esperando no

ofenderlos—. Los Brundage se ofrecieron a dejarme quedarme aquí… Supongo que ahí es donde surgió la confusión.

El señor Leavitt asintió tímidamente, aunque no parecía muy convencido.

—Supongo que eso es similar a lo que tu padre ha declarado, aunque mencionó haberle dado a tu madre instrucciones equivocadas, o algo así, y aquí estoy, entregando sus misivas, en persona, como un cartero normal. —Extendió ambas cartas y señaló la superior con la otra mano —. La segunda llegó esta misma mañana.

Mi mirada pasó de las cartas a él.

—¿Y esta es la única razón por la que has venido hasta aquí?

—Bueno, eso y ver tu bonita cara.

Mi alivio fue instantáneo y acepté felizmente las cartas.

—Espero que no haya sido demasiado problema, entonces.

El señor Leavitt golpeó el aire entre nosotros con su mano ahora vacía.

—Somos prácticamente vecinos de Fairhaven. Nuestra propiedad no está ni siquiera a doce millas de aquí, y el hombre con el que me encontré esta mañana está a menos de tres, así que no fue un inconveniente.

—¿Doce millas? Sabía que vivías en Dorset, pero no tenía la menor idea que estuvieras tan cerca de aquí.

—¡Sí! Así es como mantengo a tu padre al tanto de las novedades de la familia Brundage. Tenemos algunos conocidos en común, aunque personalmente nunca había tenido la oportunidad de conocer a ninguno de ellos, hasta hoy.

—¿Papá se mantiene informado sobre los Brundage? —Mi pulso se aceleró.

Un toque de preocupación se grabó en las facciones del señor Leavitt.

—No la familia en particular, sino sobre tu amiga, la señorita Seton. Aunque sí informo sobre acontecimientos importantes como el fallecimiento del señor Brundage. ¡Qué descanse en paz! —Hizo una pausa y su gran cabeza se inclinó hacia un lado—. ¿No te diste cuenta que por eso tu padre sabe tanto de ellos?

Negué débilmente con la cabeza, incapaz de decirle que papá no había compartido ninguna noticia conmigo.

—Sí... Al darse cuenta de nuestra proximidad, tu padre me escribió poco después que sacaron a la señorita Seton de Bath, solicitando cualquier información que encontrara... Los Brundage parecen ser una familia relativamente tranquila, pero de vez en cuando escucho algo que vale la pena transmitir.

—Bueno, te agradezco tu disposición. —Tenía un nudo en la garganta, pero intenté ocultar mi sorpresa.

—Fue un placer. Tu padre me dijo lo desesperada que estabas por saber que la señorita Seton se encontraba bien, en su nueva situación.

—Sí. La verdad es que estaba más que desesperada. —Mi sonrisa era rígida.

El señor Leavitt me dio unas palmaditas joviales en el brazo.

—Entonces, ese es todo el agradecimiento que necesito.

—Y, sin embargo, parece que estamos muy en deuda contigo. Primero, por informarnos de la señorita Seton y segundo, por entregarme mis cartas.

—No pienses en eso.

—Pero, debo hacerlo. —El señor Leavitt fue demasiado comunicativo con la información y no podía permitir que Augustus descubriera la red de mentiras en la que parecía estar atrapado—. Si recibes otras cartas, más bien envíalas aquí. No me perdonaría que la señora Leavitt se

quedara sola por mi culpa.

—Siempre has sido una chica tan considerada. —Inclinó la cabeza hacia un lado.

La culpa me invadió cuando puse una mano en el brazo del señor Leavitt.

—Hablando de ser considerado, no debes hacer esperar a tu esposa ni un momento más de lo necesario. Pero prométeme que le darás mis saludos.

—Me encantará. —El señor Leavitt me dio unas palmaditas en la mano—. Y espero que sepas que puedes venir a visitarnos cuando lo desees. No es que su exigente agenda le deje mucho tiempo para visitas tan triviales, pero estoy seguro que la señora Leavitt preferiría tu compañía, antes que la mía, en cualquier momento. Solo necesitas presentarte en nuestra puerta.

Mi boca se abrió, pero no salieron palabras. Los Leavitt no me habían extendido ninguna invitación. Papá había mentido una vez más.

La expresión del señor Leavitt se hundió en la preocupación.

—¿Pasa algo, Arabella?

Tragué y forcé una sonrisa, esperando recuperar la compostura.

—Sí… Simplemente estoy abrumada por tu amabilidad. No olvidaré tu propuesta. Aquí, ahora. —Lo agarré del brazo para apresurarlo, antes que Augustus pudiera regresar—. Déjame acompañarte.

Mientras nos dirigíamos hacia la entrada principal, vislumbré a Augustus en mi periferia, caminando por el pasillo hacia nosotros. Mantuve mi atención en el señor Leavitt, llevándolo un poco más rápido hacia la puerta.

—¿Va a salir tan pronto, señor Leavitt? —preguntó Augustus.

Apenas logré reprimir un gemido, cuando el señor Leavitt se detuvo y volteó hacia Augustus.

—Me temo que sí, aunque estoy decidido a convencer a la señora Leavitt para que me acompañe pronto a una visita más larga, una vez que su salud lo permita. Justo le estaba diciendo a Arabella que prácticamente somos vecinos.

Augustus dio unos últimos pasos hacia nosotros y nos tendió la mano.

—Ambos serán bienvenidos.

El señor Leavitt tomó la mano de Augustus y la estrechó.

—Su amabilidad es muy apreciada, señor Brundage. —Sus ojos se movieron hacia mí—. Escribe a tu madre para hacérselo saber...

—Seguramente, lo haré —dije, sin permitirle terminar.

La mirada del señor Leavitt se posó en Augustus por un breve momento, antes de levantar la mano y tocarse la mejilla nuevamente. Desesperada por verlo seguir su camino, me incliné y puse un beso en el lugar que indicaba.

—Me atrevo a decir, señor Brundage, que esto es absolutamente lo mejor de envejecer. En mi época, difícilmente podía conseguir que una mujer joven me mirara, y mucho menos me besara en la mejilla, y ahora tengo a una de las mejores de Inglaterra dispuesta a mimarme, cuando se lo pido.

Mis mejillas ahora temblaban por la fatiga, mientras forzaba otra sonrisa.

—Como si alguien tan hermosa, como la señora Leavitt, pudiera ser persuadida por alguien que no fuera un hombre de igual posición.

El señor Leavitt se rió y su vientre tembló al ritmo del sonido.

—¡Qué muchacha tan querida eres, Arabella! Y le contaré tu divertida conjetura a la señora Leavitt tan pronto como la salude. Estoy segura que le traerá mucho placer, aunque no tanto como a mí.

—¿Y no olvidarás darle mis saludos? —Di unos pasos hacia la puerta que Branson mantenía abierta, animando al señor Leavitt a seguir su camino.

—Por supuesto que no —expresó, siguiendo mi ejemplo, antes de detenerse en el umbral—. Adiós, Arabella. Señor Brundage.

Augustus se puso a mi lado.

—Tenga cuidado, señor.

Ofrecí un último asentimiento de despedida.

—Gracias de nuevo, señor Leavitt.

Dicho esto, el hombre corpulento bajó las escaleras, contoneándose hacia el carruaje que lo esperaba, y una vez que se retiró, me resultó más fácil respirar.

Cuando levanté la mano en un último adiós, Augustus se apoyó contra el marco de la puerta con sus ojos perspicaces puestos en mí.

—¿Qué quería el señor Leavitt sino era sacarte de aquí?

Observé el carruaje avanzar, decidiendo qué debía decir. Augustus estaría, con razón, furioso al saber que mi madre no sabía que yo estaba en Fairhaven, especialmente después que yo había perdido la oportunidad de admitir tal cosa, en varias ocasiones. Luego vino la revelación de la mentira de papá que sería demasiado difícil de explicar, ya que ni siquiera la entendí.

—Papá lo envió a ver cómo me estaba yendo. —El carruaje desapareció en la carretera principal y yo todavía mantenía la vista en ese camino. Encontraría un momento para explicarle la verdad a Augustus. Simplemente, necesitaba descubrir cómo decírselo primero. Una confesión de esa magnitud requería mucha reflexión sobre cómo abordarla mejor, y, aunque normalmente desaprobaba mentir abiertamente, mi situación no parecía propicia para la honestidad.

—¿Y qué le dijiste?

Finalmente, encontré la mirada de Augustus.

—Que, aparte del asunto del anfitrión, un tanto fastidioso, me va bastante bien.

Él se rió, empujándose fuera de la pared para quedar por encima de mí.

—¿Mencionaste que has pasado tus días enseñando a mentes jóvenes e impresionables sobre cómo coquetear?

—Ya no eres tan joven, Augustus.

—Me lo merecía. —Él se rió.

—Ciertamente, es así. —Levanté la barbilla.

La mirada de Augustus se dirigió a la mano que tenía a mi lado.

—¿Te trajo esas…?

Miré hacia abajo y me di cuenta de que hablaba de las misivas de mi madre, a las que todavía me aferraba.

—¡Oh! Sí —dije, inclinando mi cuerpo para evitar que él mirara más de cerca—. Cartas de la señora Leavitt.

—¿Por qué no las envió?

—Dado que no pudo franquearlas, como papá puede hacerlo, supongo que no quería que el costo recayera en otro... no cuando tenía la intención de visitarme. —Me encogí un poco de hombros.

—¡Eso no es una suma elevada! —Había preguntas en sus ojos.

—¿Tu visitante ya se fue? —preguntó Ruth, cruzando el vestíbulo de entrada, seguida de Sarah—. Esperaba que me presentaran, después que hablaran en privado.

Incliné la cabeza hacia un lado.

—No pudo quedarse mucho tiempo, pero con mucho gusto te lo presentaré si nos hace otra visita. —No mencioné que era probable que eso ocurra dentro de quince días.

—¿Y él es tu tío? —Ruth se mordió el labio—. No… ¿Tu primo?

—El primo de mi padre.

Ruth asintió distraídamente.

—Yo sabía que era algo por el estilo —dudó—. Estoy agradecida que pudieras verlo, pero él interrumpió nuestra lección. Y estoy segura que estabas llegando a la mejor parte. ¿Continuarás?

Me reí, agarrando las cartas y apretándolas contra mí.

—Tal vez mañana. Creo que Augustus estará de acuerdo en que ya hemos cubierto lo suficiente por el momento.

—Muy bien. —Ruth hizo un pequeño puchero, antes que algo llamara su atención por la puerta abierta detrás de mí—. ¡Oh! Mira, la tía Marina ha regresado.

Ambas damas se apretujaron entre Augustus y yo, corriendo hacia la puerta para encontrarse con ella.

Di un paso hacia la escalera.

—Creo que iré a descansar un rato a mi habitación.

Augustus asintió levemente, antes de dar un paso para seguir a Ruth y Sarah afuera. Se detuvo y miró por encima del hombro.

—Disfruta leyendo tus cartas.

Todo lo que pude lograr fue una sonrisa de labios finos, antes que él cruzara la puerta.

* * *

Tiré las cartas de mi madre sobre la cama y las miré fijamente. Mi estómago se apretó debido a la evidencia de mi traición presentada ante mí. Pero, ¿qué podría haber hecho? Papá me había impuesto la mentira. No obstante, sin duda, fui yo quien solicitó ser libre de Sandson Hall, y acepté de buena gana, cuando papá me ofreció la opción. Yo era casi tan culpable como papá, y mamá se pondría furiosa al descubrir nuestro engaño. Por ese motivo, no podía darle a mi madre motivos para sospechar que algo andaba mal y arriesgarme a abandonar Fairhaven. Con nueva determinación, rompí el sello de la primera carta.

“Arabella,

Espero que esta carta te haga sentir bien, y que los Leavitt sean una compañía lo suficientemente tolerable, como para que no te arrepientas de haber cumplido con el acuerdo de tu padre. Tu tía Priscilla ha mencionado tu ausencia en repetidas ocasiones y, en verdad, todo nuestro grupo está muy consciente de ello. Anhelo saber cómo te va, así que por favor escríbeme. Y no olvides tu promesa.

Mis saludos,
Tu madre.”

Rompí el sello de la siguiente, lo desdoblé y hojeé el contenido. No es sorprendente que fueran similares tanto en sentimientos como en instrucciones, con la única adición de la noticia de que mi prima Angélica y su marido estaban con ellos en Sandson. El conocimiento de la posible masacre que había evitado a manos de mis desdeñosos familiares me hizo sentir más

agradecida por la intervención de papá, a pesar de sus secretos y medios para lograr esto.

Antes de volver a doblar la carta, la línea antes de la firma de mi madre captó mi atención.

"Espero tener una carta esperándome, cuando regrese a Londres a principios de la próxima semana. No me decepciones."

Muy consciente que no había más remedio que continuar con el engaño, me senté ante el escritorio y le escribí una carta a mi madre, describiendo mi tolerable estancia en casa del señor Leavitt. Cuando terminé, cogí otra hoja de papel para escribirle a papá y proporcionarle un relato más completo de mi estancia en Fairhaven. Pero no quería arriesgarme a provocarlo ni confiaba en que mi madre no la tuviera en sus manos primero, y sin una gota de tinta, devolví el papel a la pila.

Un ligero golpe sonó en la puerta, justo cuando tomé mi decisión.

—¿Quién está ahí?

—Leah, señorita.

Terminé de doblar una carta.

—Adelante.

Leah asomó la cabeza por la puerta, pareciendo bastante satisfecha consigo misma.

—¿Qué es?

—Terminé de modificar algunos de los vestidos de la señorita Seton. Pensé que usted quiere aprobarlos, antes que regresen a su guardarropa.

—Tráigalos adentro. —Me puse de pie, reprimiendo mi emoción.

La puerta se abrió más, revelando varios vestidos que ya colgaban del brazo de Leah.

—Puede colocarlos allí. —Le indiqué que se acercara a la cama.

Así lo hizo, ubicando cada uno con cuidado.

Me incliné para evaluar los adornos añadidos, así como los cortes más modernos que había logrado ajustar en dos de estos.

—Usted tiene un gran talento.

Leah bajó la mirada.

—Gracias señorita. ¿Prefiere que los deje aquí para que la señorita Ruth les eche un vistazo, o los devuelvo a su guardarropa?

Volví a mirar los vestidos, todavía asombrada por su transformación sutil, pero notable.

—Aquí es adecuado. Y Leah... —Hice una pausa, sin saber por qué de repente deseaba atravesar la brecha necesaria entre la señora y la sirvienta—. ¿Quizás le gustaría estar presente, cuando le muestre los vestidos a Ruth? Usted es quien debe recibir su agradecimiento.

Los ojos de Leah se alzaron con una sonrisa vacilante en su rostro.

—¿Está usted segura, señorita?

—Lo estoy.

Capítulo catorce

—¡Oh! Míralos. ¡Son tan encantadores! —La mirada de Ruth recorrió los vestidos, observando cada detalle que Leah había añadido minuciosamente para mejorarlos—. Mira aquí, el encaje. —Ruth señaló el adorno recién añadido a un vestido para el día de color violeta—. ¿Alguna vez pensaste que una adición así podría alterar tanto toda la apariencia?

Di un paso adelante, evaluando el corpiño y las mangas.

—Es impresionante. Y el trabajo está hecho meticulosamente.

Los brazos de Ruth se movieron a sus costados, como si ansiaran extender las manos y agarrarme.

—Gracias Bella. Mil veces más. ¡Gracias!

—Leah es a quien debes agradecer, no a mí.

Ruth giró hacia Leah y se acercó a ella tan rápidamente que Leah no tuvo tiempo de prepararse para la fuerza de su abrazo.

—Sé que se supone que no debo abrazar a la gente, convirtiéndome en una dama distinguida, y todo eso, pero no puedo evitarlo. ¡Estoy tan llena de gratitud!

—Quedo a su servicio. —Leah no logró ocultar su alegría y yo también me encontré reflejando su expresión—. Pero fueron los adornos de la señorita Godwin los que usé.

Cuando Ruth me miró, hice un gesto desdeñoso con la mano.

—No es nada.

—Para ti. —Ruth juntó las manos frente a su pecho—. Pero para mí significa el mundo.

—Entonces, me alegro por ello.

Ruth regresó a la cama.

—Me pregunto cuál usaré esta noche para ir a casa de los Whitmore.

—¿Los Whitmore?

—¡Oh! Sí. Olvidé decírtelo por la emoción que tenía al ver los vestidos. —Ruth tomó uno rosado con una capa de encaje recién agregada en el corpiño, lo sostuvo contra su cuerpo, y se balanceó hacia adelante y hacia atrás—. Mi tía vio a los Whitmore hoy en la mercería. Al parecer, nos pidieron que cenáramos con ellos, esta noche, en Safford Park.

—¡Qué encantadoras son sus familias, tan unidas que los Whitmore no necesitan avisar con suficiente antelación! —ofrecí una gran sonrisa, esperando tener algunas más para la noche que se avecinaba. Sin embargo, ya estaba exhausta, después de la visita del señor Leavitt.

Ruth devolvió el vestido rosado y cogió otro, alzándoselo de nuevo y retomando su dominio.

—¿Cuál es tu favorito? Sinceramente, no puedo decidirme. Miro uno y estoy segura que es así, luego otro me llama la atención. Supongo que es algo así como las rosas.

—Sí. No te declares prematuramente. —Examiné los vestidos nuevamente—. Aunque soy partidaria de...

—El blanco —dijo Ruth riéndose, siguiendo mi línea de visión—. Refinado, pero aún así es impresionante.

Le lancé una mirada de desaprobación, aunque no pude ocultar mi diversión.

—¿Estabas escuchando mi conversación con Augustus?

Ella me sonrió y devolvió el vestido a la cama.

—Apenas estaba escuchando a escondidas, cuando te diste cuenta que yo estaba en el

camino de al lado.

Sacudí la cabeza con incredulidad.

Ruth hizo una pausa con el rostro todavía iluminado.

—¿No puedo disfrutar que ustedes dos están juntos otra vez? ¿Especialmente después de que Augustus pasó años insistiendo, en que esto nunca sucedería, en que te habrías ido de nuestras vidas para siempre? —Ella juntó mis manos entre las suyas—. Sin embargo, nunca perdí la esperanza. Bueno… al verte de nuevo, claro está.

Ella hizo una pausa.

—Supongo que no todo puede ser tal como lo imaginé.

—¿Qué quieres decir?

Ruth se mordió el labio.

—No te enojes conmigo por decirlo, pero mi única decepción fue escuchar que estás casi comprometida con Lord Thorton. Verás… había mantenido una tonta esperanza que después de todos esos años separados, Augi y tú se encontrarían de nuevo y se enamorarían. Aunque nunca ha dicho tanto, es obvio que siempre le has gustado, y yo había pensado... —Sus labios sobresalieron en un puchero perfecto—. Bueno, no importa lo que yo pienso, soy una romántica empedernida.

—Al menos estamos todos juntos de nuevo. —Me obligué a apartar la mirada de ella, permitiendo que volviera a recorrer los vestidos con su vista—. Por muy bonitos que sean estos vestidos, creo que necesitas un vestido de gala. ¿Quizás podríamos encargar uno de seda color marfil? Me atrevo a decir que eso te vendría bien.

—¡Eso suena amoroso! —Me sentí aliviada al ver con qué buena disposición Ruth había dejado atrás su irritante comentario, hasta que su sonrisa flaqueó—. Pero no me gusta pedirle a Augustus que se encargue de semejante gasto.

Ruth hizo una pausa.

—¿Estás al tanto de mi situación? ¿Que no tengo dinero propio?

Le envié a Leah una mirada de complicidad y ella rápidamente se disculpó.

—Augustus me lo dijo —expresé, moviéndome al lado de Ruth y rodeándola con mi brazo —. Y lamento mucho toda la pérdida que has tenido. Pero debes darte cuenta que no eres una carga, Ruth. Lo he visto en los ojos de Augustus. Eres tan querida para él como una hermana, y seguramente no creerás que negará esa petición ni siquiera a Sarah.

—Supongo que no.

—Pero él no puede saber lo que necesitas, si no se lo dices. —Cuando el semblante de Ruth no cambió, me incliné más cerca—. Hablaré con él, si lo deseas.

La sonrisa volvió a sus labios.

—Teniendo en cuenta que nunca saliste del armario como es debido, podría incluso convencerlo de celebrar una reunión en tu honor, después que hayas completado tu entrenamiento, por supuesto.

Ruth chilló de alegría, giró hacia mí y me abrazó. Por una vez, se lo agradecí plenamente.

* * *

Ruth hizo un puchero, mientras íbamos al salón de Safford Park.

—Ojalá le hubieran permitido a Sarah unirse a nosotras. Los *vol-au-vents* de pollo y champiñones son sus platos favoritos.

Solté un pequeño suspiro, sin ánimo de revivir la decepción de Ruth por no tener a Sarah aquí, una vez más.

—Ella no está en sociedad, Ruth. Lo correcto es que ella se quede en casa.

—Pero ella siempre viene a Safford Park con nosotros.

—No cuando un caballero está de visita.

Entramos en el salón y deambulamos juntas hasta el otro lado. Era bastante más grandioso que Fairhaven y no pude evitar admirar los elegantes muebles y los ricos colores que evidenciaban la riqueza de los Whitmore.

—¿Esta habitación no te recuerda a Fellerton?

Ruth reflejó mi valoración.

—Es muy similar, ¿no? —Inclinó la cabeza hacia un lado, como si el cambio de perspectiva la ayudara a identificar mejor las similitudes—. ¡Qué extraño! No debería haberla reconocido antes. El tapiz del lado opuesto a la chimenea… y el color granate de la pared. Incluso el marco dorado alrededor de las pinturas parece ser el mismo.

Ella enderezó el ángulo de su cabeza y me sonrió.

—Quizás por eso siempre he adorado Safford Park. Bueno, eso, y que los Whitmore estén aquí, por supuesto.

—¡Por supuesto! —repetí sus palabras.

Ella evaluó el salón por segunda vez.

—Me pregunto si ahora encontraré que algunas de los otros salones también se parecen a Fellerton. Aunque debo admitir que mis recuerdos se están volviendo cada vez más borrosos, considerando cuánto tiempo ha pasado desde que lo vi.

—¿Dónde está Fellerton? —preguntó el señor Treynor, acercándose a nosotras—. Si no le importa mi intrusión, por supuesto.

—Cerca de Bath. Es propiedad de mi familia. —Le di una sonrisa educada.

—¿Candace mencionó que ustedes dos eran amigas de la infancia, separadas hace mucho tiempo?

Ruth meneó la cabeza de arriba a abajo.

—Las mejores amigas, tal como lo somos otra vez.

—Pero, ¿cómo...?

—¿Los caballeros no están tomando oporto? —pregunté, antes que el señor Treynor pudiera continuar con su interrogatorio. No estaba de humor para contar las historias detrás de nuestra separación, especialmente con el riesgo que Ruth las contradijera.

—No me opuse… pero el señor Brundage prefirió diferir y volver a unirse al grupo. —Él sacudió la cabeza.

—Entonces, ¿comenzamos nuestro juego de Lanterloo? —Miré a mi alrededor para ver dónde habían ido los demás, aunque mi mirada se posó en Augustus y la señorita Whitmore, que estaban juntos, a cierta distancia. A pesar de mi mejor intento, no pude apartar la mirada, cuando él le deslizó lo que parecía ser una carta. La señorita Whitmore miró hacia su distraída madre, antes de ofrecerle a Augustus una tímida sonrisa. Se inclinó y le susurró algo, haciendo que mi estómago se apretara al verla. Me obligué a volver a pensar en el señor Treynor—. Señor, ¿he oído que a usted le gustan los caballos?

El señor Treynor se iluminó.

—Sí. En verdad, espero criarlos algún día.

—Aunque nunca me han importado mucho las criaturas, aquí Ruth las adora.

Ella asintió.

—¡Oh, es así! Mi tío me compró uno de las mejores yeguas de toda Inglaterra, antes de morir. Su nombre es Ginebra y es tan rápida como hermosa.

Los ojos del señor Treynor recorrieron los rasgos de Ruth con interés.

—¿Usted conoce su ascendencia?

La boca de Ruth se abrió y luego se cerró de nuevo.

—No... Nunca antes había pensado mucho en los pedigríes.

Él asintió levemente y reinó el silencio.

—Señor Treynor, me temo que estoy bastante sedienta —dije, ofreciendo una mirada de disculpa—. ¿Usted podría traerme un refrigerio?

—Por supuesto. —Dio dos pasos atrás antes de detenerse—. ¿Y usted, señorita Seton? ¿También tiene sed?

Ella sacudió su cabeza.

Él asintió y se dirigió hacia los refrigerios al otro lado del salón.

Miré hacia Ruth.

—¿Recuerdas lo que te enseñé hoy?

Su nariz se arrugó confundida.

—Todo es borroso.

—Cuando regrese con mi bebida, debes halagarlo.

Ruth negó con la cabeza con una expresión aterrorizada en su rostro.

—No. Seguramente, lo arruinaré todo.

—Tú no lo harás. Simplemente, actúa interesada en lo que a él le gusta.

—¿Y qué es eso?

—Pedigríes y crianza. —Reprimí un gemido.

Sus ojos volaron hacia el señor Treynor, mientras terminaba de llenarme el vaso.

—Pero no sé nada de nada de eso —dijo. Su voz era un susurro forzado.

—No necesitas saber nada. Todo lo que debes hacer es animarlo y felicitarlo, a lo largo del camino.

El pánico llenó sus rasgos.

—¿Por qué no lo haces tú? Dijiste que me mostrarías cómo se hace.

—Porque sé que tú puedes. —Hice una pausa—. Y porque estoy bastante segura que vislumbré una chispa de intriga, cuando te miró hace un momento.

—Aquí tiene, señorita Godwin —dijo el señor Treynor, acercándose con mi bebida.

La agarré.

—Gracias. —Mi mirada volvió a Ruth, que permanecía inmóvil con la boca abierta—. En su ausencia, Ruth mencionó que la razón por la que no le importan los pedigríes es porque sabe muy poco sobre ellos. Pero, si tal vez alguien pudiera ayudarla…

Una pequeña sonrisa apareció en los labios del señor Treynor.

—Anhelo saber más —dijo ella, perfectamente sonrojada—. Eso es si no le importa compartir algo de lo que usted sabe.

Una sonrisa llenó las facciones del señor Treynor.

—Estaré encantado de poder complacerla. ¿Qué es lo que usted desea entender?

Los ojos de Ruth se movieron hacia mí, pero todo lo que le ofrecí fue un gesto alentador.

—Bueno —dijo ella, prestándole toda su atención a él—. Supongo que hay que empezar por el principio.

Él respiró profundamente.

—Bueno, un pedigrí es una historia ancestral del caballo. No es simplemente su padre y su madre, ni un paso adelante en generaciones, a partir de ahí, sino el rastreo de su linaje hasta linajes específicos y notables. Como usted verá, un pura sangre ganador probablemente tendrá

una mezcla saludable de ascendencia inglesa y árabe.

—¿Y por qué es eso? —preguntó Ruth, ahora completamente concentrada en él.

—Bueno, los caballos árabes son más ligeros y rápidos y tienen más resistencia. Las razas inglesas son de mayor tamaño, por lo que cuando se criaron por primera vez, la descendencia era...

—Más grandes que los árabes, pero aún así rápidos y con resistencia.

—Precisamente. —El deleite del señor Treynor reflejó el de Ruth.

—Supongo que todo es bastante brillante. Ahora puedo entender por qué lo encuentra tan fascinante. —Ruth vaciló brevemente, antes de encontrar la siguiente pregunta—. ¿Pero cómo sabe usted qué líneas de sangre son superiores?

Como no quería distraer a Ruth de su propósito, reprimí una sonrisa emocionada, tomando un sorbo de mi bebida. Esto continuó maravillosamente, mientras el señor Treynor explicaba cómo garantizar el mejor resultado al engendrar un caballo de carreras de calidad. Aunque me importaba poco esa información, verlos a los dos llevarse bien era preferible a ver a Augustus y a la señorita Whitmore haciéndolo.

Augustus se puso a mi lado, su calidez era absurdamente gratificante. Cuando vi que la señorita Whitmore ya no estaba con él, dejé mi bebida y lo agarré del brazo.

—Esperaba hablar contigo. —La mirada del señor Treynor se dirigió hacia nosotros y me apresuré a alejar a Augustus, antes que la interrupción pudiera alterar el éxito de Ruth.

Nos alejamos varios pasos y él se me acercó.

—¿Qué es lo que deseas discutir?

—Simplemente, no quiero que molestes a Ruth y al señor Treynor, cuando se llevan tan bien. —Augustus apenas parecía entusiasmado con mi razonamiento, pero lo apreté con más fuerza para que se viera obligado a quedarse—. Y ahora que lo mencionas. Me has recordado algo de lo que deseo hablarte… Le pedí a mi doncella que mejorara algunos de los vestidos de Ruth, y notamos que necesita un vestido de gala.

—¿Y deseas que le encargue uno?

—Si eso te parece bien. Uno debería ser perfectamente suficiente, o quizás dos. Porque también necesitará otro vestido de gala. —Me encogí un poco de hombros.

Augustus sacudió la cabeza de manera divertida.

—Serán dos, pero confío en que no serás derrochadora en tus selecciones.

—Seré tan cuidadosa, como si lo hiciera para mí.

Su mirada se movió sobre mi vestido de una manera que hizo que mis mejillas se sonrojaran, antes que una sonrisa burlona apareciera en sus labios.

—Pensándolo bien, deberías considerar invitar a mi madre.

—No hay tanta confianza. —Empujé mi hombro hacia él, sin sentir la necesidad de confirmar que ya había planeado hablar con la señora Brundage sobre el asunto.

Nuestra mirada volvió al señor Treynor y a Ruth.

—¿Y supongo que esto es obra tuya?

—Lo es. —Levanté la barbilla.

Él analizó la interacción de ellos, durante un rato.

—Él parece susceptible a tales halagos, ¿no?

Ante el reconocimiento de Augustus, no pude evitar mostrar una sonrisa.

Él sacudió la cabeza y me miró.

—¿No se suponía que serías tú quien tuviera esa mirada concentrada y fascinada que ahora luce Ruth?

—A veces se aprende observando, otras haciendo.

—Bueno, todo terminará pronto, si él da un paso más hacia ella… Están lo suficientemente cerca como para mantener una conversación.

—¡Hipócrita! —Me reí, estirando el cuello para mirarlo.

El calor de su cercanía penetró en mi piel, provocándome un hormigueo.

—Supongo que tienes razón. Pero, una vez más, yo diría que somos una excepción a la regla... siendo los viejos amigos que somos.

Levanté una ceja.

—Y, sin embargo, parece que no soy la única excepción a la regla. —Mi mirada se posó en la señorita Whitmore, quien hablaba con su madre y la señora Brundage, en el sofá—. Aparentemente, hay otros que tienen el privilegio de ser tratados como viejos amigos.

Él inclinó la cabeza hacia un lado y sus labios se curvaron hacia arriba.

Antes que pudiera ofrecer una réplica a mi naturaleza celosa por segunda vez, hice un pequeño puchero.

—Eres absolutamente aburrido. ¿Lo sabes?

—Haces que parezca que eso es algo malo.

—Es una suerte para ti que ya no soy una joven impresionable. —Mis labios se abrieron con exasperación.

—¿Y por qué es eso?

Ignoré el temblor dentro de mí.

—Porque no es fácil para una mujer así descubrir que las atenciones de un hombre no son exclusivas para ella.

Sus ojos buscaron los míos y su sonrisa se desvaneció.

—Supongo que es como si un hombre descubriera que el afecto de una mujer está comprometido en otra parte.

El aire a mi alrededor se volvió denso, pero no aparté la mirada. No podía parecer débil. No podía ser esa joven que acababa de afirmar que no era.

—Entonces, alegrémonos de ser amigos y nada más.

Su rostro decayó.

—¿Vamos a ver si los demás están listos para ese juego de cartas?

Lo seguí hasta donde estaban Ruth y el señor Treynor, quienes seguían charlando alegremente.

—Perdóneme —dijo el señor Treynor, mientras nos acercábamos, lanzándole a Ruth una sonrisa de disculpa—. Me temo que he hablado demasiado.

—No hay necesidad de pedir perdón, señor Treynor. —Ruth agitó sus pestañas hacia él, lo que hizo que Augustus desviara la mirada con exasperación—. Fui yo quien deseaba su ruido.

Él sonrió y su mirada se posó en Ruth por un momento más.

—Sin embargo, de repente tengo muchas ganas de empezar nuestro juego de Lanterloo.

Augustus agarró el brazo de Ruth y lo colocó en la curva de su codo.

El señor Treynor tragó, alejándose ansiosamente de Augustus.

—Prima —llamó a la señorita Whitmore—. ¿Te importaría jugar a las cartas con nosotros?

—Absolutamente. —La señorita Whitmore susurró algo a su madre y a la señora Brundage, haciéndolas reír, y se dirigió hacia nosotros. Su cabello oscuro brillaba a la luz del fuego y no pude evitar notar su elegante belleza, a pesar de mis intentos de pasarla por alto.

Ella me dedicó una sonrisa amable que de alguna manera solo me hizo sentir derrotada.

—¿Estamos jugando Lanterloo de tres cartas o con cinco?

—¿Quizás sería preferible jugar al Whist? —Miré hacia el fuego.

—Pero el Whist es solo para cuatro jugadores y nosotros somos cinco. —Ruth arrugó la nariz.

Le di una pequeña sonrisa, negándome a mirar a Augustus.

—Me temo que me va a dar dolor de cabeza y debería dejar esta mano fuera. Y todas las manos posteriores…

El rostro de Ruth se llenó de preocupación.

—¿Deberíamos regresar a Fairhaven para que puedas descansar?

No tenía ninguna intención de frustrar el éxito continuo de Ruth con el señor Treynor.

—No. Es solo una dolencia menor. Me sentaré cerca de tu tía y de la señora Whitmore por un tiempo, pero me uniré a ti más tarde si me apetece. —Ruth hizo un pequeño puchero y puse una mano tranquilizadora en su brazo—. No hagas escándalo, mi querida amiga. Estaré allí, observándote.

Sin decir una palabra más, caminé hacia el sofá donde las dos mujeres hablaban en voz baja. Sin querer interrumpirlas, continué y me senté cerca del fuego. Varios minutos más tarde, la risita de Ruth me llamó la atención hacia el cuarteto sentado alrededor de la mesa de juego. Mientras mi mirada recorría sus expresiones de alegría, la misma se posó en Augustus, cuyos ojos preocupados se encontraron con los míos. Asentí rápidamente y me incliné en el sillón con respaldo, permitiendo que un costado me ocultara de su mirada inquisitiva.

Capítulo quince

Ruth dejó caer su labor de costura en su regazo.

—Todavía no puedo creer lo fácil que fue animar al señor Treynor a seguir conversando. —Desvió su sonrisa hacia Sarah—. Si tan solo hubieras estado allí para presenciarlo.

Sarah metió la aguja a través de su muestra.

—Me hubiera gustado ver tu éxito.

—Quizás deberíamos ir de excursión familiar con los Whitmore. De esa manera podrías venir con nosotros. —La decepción en su voz era evidente y no me gustó oírla.

Sarah encontró mi mirada.

—¿A la orilla del mar?

—No veo por qué no, siempre y cuando tu madre y Augustus estén de acuerdo.

Las damas compartieron una sonrisa.

Ruth se reclinó y estiró las piernas.

—Espero que eso se pueda arreglar, antes que el señor Treynor se vaya.

—¿Y cuándo es eso exactamente? —Pasé la aguja por el lino.

Ruth hizo un puchero.

—En algún momento de la próxima semana. Ya ha prolongado su estancia unos días, pero pronto deberá regresar a casa para ayudar a su padre con algunos negocios —soltó un suspiro audible—. Al menos prometió regresar para mi evento de presentación y salida del armario, cuando sea que sea...

—¿Cuándo hizo tal promesa? —Levanté los ojos de mi muestra.

La expresión de Ruth se volvió pensativa.

—Supongo que no fue una promesa real sino los términos de una apuesta.

—¿Estabas haciendo apuestas con el señor Treynor? —No pude evitar que la preocupación se reflejara en mi voz.

—Estoy tratando de recordar exactamente cómo surgió esto. —Ella arrugó la nariz—. Por alguna razón, él mencionó que la señora Whitmore cree que Augustus tiene la intención de ofrecerse a Candace pronto.

Ruth nos miró a Sarah y a mí, aparentemente asegurándose que encontráramos la idea tan divertida como ella.

—Al parecer, se supone que habrá una boda, a finales del verano.

Volví a mirar mi muestra, intentando transmitir desinterés.

—¿Y no crees que tal evento vaya a ocurrir?

—No. Augustus y Candace son amigos queridos, nada más.

—¿Y sin embargo la señora Whitmore cree que es una posibilidad?

—El señor Treynor lo dijo. Luego insistió en que el mejor de los matrimonios se construye sobre la amistad. Y aunque estuve de acuerdo con él, dije que también deben basarse en el amor. —Ruth se rió—. Deberías haber visto el tono rojo en su rostro, cuando mencioné esa última palabra.

—¿Y qué obtendrá, si él gana?

—El señor Treynor solo pidió montar a Ginebra. —Ruth hizo una pausa, su expresión estaba llena de contrición—. Ciertamente, estoy tratando de no sentirme demasiado culpable por el acuerdo, considerando que le hubiera permitido montar a Ginebra, si me lo hubiera pedido.

Pero mi consuelo es que no me equivoco, así que no importará.

No levanté la vista.

—Suenas bastante segura en tu opinión.

—Porque lo estoy.

Hice un nudo en el hilo, antes que se quedara demasiado corto para trabajar con el mismo, y agarré las tijeras de coser.

—¿Y por qué es eso?

—Porque Augustus te ama, por supuesto.

Mi mirada se dirigió a ella tan rápidamente que me corté la punta del dedo índice con las tijeras. El dolor fue inmediato.

—¡Maldita sea! —grité, dejando caer mi muestra.

Examiné el daño y un hilillo de sangre corría por mi dedo.

Ruth se puso de pie de un salto, solo para quedarse allí inmóvil con el color desapareciendo de su rostro.

—Estás sangrando, Bella.

—Siéntate, Ruth. —Me paré—. Es solo un pequeño corte. Si puedo encontrar algo con qué envolverlo, estaré bien, en poco tiempo.

Miré a mi alrededor en busca de algo que pudiera servir como vendaje, pero no había nada adecuado. Si tan solo hubiera tenido la previsión de bajar todo mi costurero, y no solo mi muestra y un color de hilo.

Evalué a Ruth, que permanecía inmóvil, concentrada en el líquido carmesí. Se llevó una mano a la mejilla pálida.

—Creo que podría desmayarme... o tal vez enfermarme.

Apartando mi mano de la vista, hice un gesto para pedir ayuda a Sarah.

—¿Podrías ayudar a Ruth a sentarse, mientras yo voy a mi habitación a buscar un trozo de tela?

Sarah asintió y, aunque su rostro estaba casi tan pálido como el de su prima, ayudó a Ruth a regresar al sofá.

Miré al suelo para asegurarme que había logrado contener la sangre hasta el momento. Aunque no había una alfombra de Axminster bajo mis pies, ni siquiera una Wilton debería mostrar un patrón repetido de manchas con gotas rojas, especialmente unas de ese tono, que era azul más claro. Cuando levanté los ojos, sus expresiones de terror todavía estaban fijadas en mí. Ofrecí una última sonrisa de apaciguamiento.

—Taparé esto y volveré en breve.

Corriendo hacia el vestíbulo de entrada, comencé a subir las escaleras, cuando unos pasos pesados resonaron detrás de mí.

—Bella.

Hice una pausa, ocultando mi mano detrás de mis faldas. No tenía ningún deseo que Augustus se diera cuenta de mi accidente.

—¿Sí?

—Me preguntaba si podría tener unas palabras contigo.

Miré mi dedo y el dolor aumentaba un poco más con cada latido de mi corazón.

—¿Puedes esperar? Me dirijo a mi habitación. No tardaré.

Augustus empezó a subir las escaleras con una sonrisa en su rostro.

—¿Qué estás escondiendo?

Alejé mi cuerpo de él, mientras se acercaba.

—Nada.

—¿Adivino que no es nada?

Consciente que él no cedería pronto, blandí mi mano.

Sus ojos se movieron de la pequeña cantidad de sangre que ahora se acumulaba en mi mano ahuecada hacia mi cara.

—¿Qué diablos te pasó?

Empecé a subir las escaleras de nuevo.

—Solo un ligero corte con unas tijeras de coser. No tenía nada que cubrir, así que parece peor de lo que es.

Me alcanzó y tomó mi mano.

—Déjame verlo.

—Soy bastante capaz de vestir algo tan pequeño como esto.

Él se rió y sacudió la cabeza, saltando delante de mí, antes de girarse para bloquear mi camino hacia arriba.

—No eres tú lo que me preocupa, sino la preservación de nuestras alfombras, a lo largo del pasillo. —Me guiñó un ojo, tendiéndome la mano—. Ahora, déjame ver el daño.

Solté un resoplido audible para asegurarme que él supiera de mi enojo, luego le tendí mi dedo herido. Bajó un escalón y tomó mi mano, acunándola entre las suyas. La ternura de su toque y la calidez de su piel sobre la mía hicieron que mi corazón se acelerara y mi dedo palpitaba con cada pulsación.

—¿Lo ves? No es nada.

—Aunque creo que no será necesario acudir al cirujano, esto no es nada. —Inclinó mi mano de un lado a otro para ver más de cerca—. Debes ser una costurera muy agresiva.

Levanté una ceja poco impresionada.

—Avísame cuando hayas terminado de insultarme para que pueda solucionar el problema en cuestión.

Augustus se rió y sacó un pañuelo de su bolsillo.

—Problema en cuestión —repitió, sacudiendo la cabeza y presionando el lino en mi palma para absorber la sangre—. ¿Cómo logras ser tan ingeniosa, incluso en momentos de apuro?

—Porque no estoy en apuros.

Él levantó el pañuelo, ahora manchado de rojo, y comenzó a limpiar la sangre restante en mi dedo con la parte limpia.

—Entonces, ¿por qué respiras así?

Fue solo entonces que me di cuenta de lo rápido que mi pecho subía y bajaba, y al darme cuenta de mi tonta reacción, mis mejillas ardieron. Cerré mi mano alrededor del pañuelo, y liberé mi mano de la suya.

—Gracias. Creo que puedo arreglármelas desde aquí.

Un lado de la boca de Augustus se levantó.

—Pero te has sonrojado. —Bajó un escalón, de modo que ahora estábamos uno al lado de la otra, y puso una mano en mi espalda, haciéndome un gesto para que avanzara. Su cercanía no hizo nada para calmarme—. Será mejor que te acompañe a tu habitación para asegurarme que no te desmayes en el camino. Sé que las damas no soportan ver sangre.

La vista de mi sangre no tenía nada que ver con mi condición actual, y pensé en decirlo, pero estaba segura que eso era precisamente lo que él deseaba que hiciera, reconociendo así que, en realidad, fue él quien me afectó tanto.

—Bueno, yo no lo haría. —Con nueva determinación, levanté la barbilla y comencé a subir

las escaleras de nuevo—. ¿De qué deseabas hablarme? —pregunté, mirando por encima del hombro, en un intento de parecer imperturbable.

Se puso en marcha detrás de mí.

—Creo que posiblemente te deba una disculpa.

Le envié una mirada escéptica, cuando llegó a mi lado en la cima.

—Suenas tan seguro de ello.

—Bueno, la verdad es que no estoy del todo seguro de cómo te ofendí. Por eso necesito que me lo aclares, para poder pedirte perdón.

Me burlé.

—Necesitaré más detalles que eso, o puede que te encuentres disculpándote por un sinfín de cosas por las que no tenías intención de pedirme perdón. —Le lancé una sonrisa juguetona, pero él no me miraba.

—Anoche. ¿Qué hice para molestarte? Casi no me hablaste después de nuestra conversación.

—No puedo pensar en nada. —Fruncí los labios, fingiendo ignorancia.

—¿Fue mi comentario acerca que tus afectos están colocados en otra parte?

Mi corazón dio un vuelco y lo reprendí por su reacción sin sentido. No importaba que reconociera que su comentario había sido sobre mí ni que le importara dónde debía poner mis afectos, porque eso no cambiaría mi rumbo. Augustus no podía ofrecerme lo que Lord Thorton podría concederme: ni un título, ni una gran riqueza, ni un estatus. E incluso si pudiera convencerme que esas cosas no importaban, ciertamente les importaban a mis padres. Mi madre no toleraría que yo dejara a Lord Thorton por el hijo de un caballero desconocido, y mucho menos cuando descubriera que ese caballero era Augustus. Un escalofrío recorrió mi espalda.

—No puedo creer que fuera eso, ya que no sospechaba que estuvieras hablando de mí en particular. —Sonreí a pesar de mi mentira, aliviada de haber llegado a mi puerta. A toda prisa, agarré el pomo—. Te agradezco tu ayuda y disculpa fortuita. Pero como puedes ver, estoy bastante bien y soy capaz de seguir adelante.

Abrí la puerta y entré, pero Augustus no se fue. En lugar de eso, se detuvo en el umbral, apoyándose contra el marco.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Realmente no sabías que hablé de ti? —Él apenas sonrió.

Le di la espalda, agradecida de tener la excusa de recuperar mi costurero.

—Quizás te cuestioné por un breve momento. —Abrí la parte superior de la cesta y rebusqué en su contenido, en busca de una pieza de ropa de repuesto. Había demasiadas cintas e hilos para examinar con una mano y, en mi agitación, volqué el contenido sobre el escritorio—. Pero también me pregunté si hablabas de la señorita Whitmore, o tal vez de otra dama.

—Hablé de ti, Bella, y solo de ti.

Me congelé, mi mente quedó completamente en blanco. El palpitar en mi dedo me obligó a recuperar la compostura, cogí una muestra parcialmente terminada y torpemente tomé mi par de tijeras extra para cortar una tira del extremo. Dejé el pañuelo ensangrentado encima del contenido de mi costurero, y levanté el lino para comenzar a envolverlo.

—Debes lavarlo primero. —Augustus señaló el recipiente de agua colocado sobre una pequeña mesa cerca de la puerta donde estaba.

Respiré profundamente y me acerqué al mismo, sumergiendo mi mano en el agua clara y frotando la sangre seca hasta que el agua se tiñó de rosado. Cuando finalmente sumergí la punta de mi dedo, hice una mueca ante la sensación de escozor y se me escapó un gemido lastimero.

Augustus dio un pequeño paso hacia mí con una expresión de preocupación en sus rasgos.

—¿Puedo ayudarte?

Sacudí la cabeza, muy consciente que su toque podría ser mi perdición. Ya me sentía débil. No tenía intención de comprometer más mi resolución. Después de secarme las manos, envolví el lino alrededor de mi dedo, tensándolo con cada rotación. Podía sentir a Augustus, mirándome, y después de algunos intentos fallidos de asegurar el final con una sola mano, le tendí el dedo en señal de rendición.

—¿Quizás podrías atarlo por mí?

Con una expresión demasiado divertida, tomó mi mano por segunda vez.

Miré hacia la ventana, negándome a fijarme en nada más que la luz de la tarde que se filtraba a través de los cristales.

—Ahí tienes. —Sus manos se detuvieron sobre las mías.

Rápidamente, levanté el voluminoso vendaje para verificar nuestro éxito, esperando mantener el ambiente alegre.

—Creo que apenas se nota.

Él sonrió, pero no respondió, mientras me examinaba.

—Bueno, ¿bajamos? —Lo pedí con demasiada alegría, de modo que esto sonó falso incluso a mis propios oídos—. Creo que dejé a Ruth y Sarah en un estado bastante angustiante. Estarán ansiosas por saber cómo me fue.

Augustus se cruzó de brazos, y se apoyó nuevamente en el marco de la puerta.

Di otro pequeño resoplido e incliné la cabeza hacia un lado.

—¿Qué pasa ahora?

—Pareces ansiosa por evitar mi declaración.

Me encogí un poco de hombros, como si todo mi cuerpo no estuviera temblando por dentro.

—Honestamente, no la estoy evitando, simplemente pensé que no valía la pena mencionarla, considerando que somos amigos, y los amigos claramente deberían preocuparse por el bienestar del otro.

Su mirada bajó momentáneamente, antes de volver a levantarla hacia la mía.

—Por muy divertidos que sean estos juegos que jugamos, Bella, me estoy cansando de ocultar mis verdaderos sentimientos.

La mirada familiar en sus ojos hizo que mi corazón se acelerara. Era una que yo conocía bien, y no podía soportar ver a Augustus herido de la misma manera que yo había lastimado a tantos caballeros, antes que él. Tampoco podía soportar el riesgo que ese mismo aspecto se desvaneciera con el tiempo. Sería perjudicial para ambos que él se me declarara.

—De verdad, Augustus, deberíamos volver a bajar.

—No hasta que te diga que...

—Por favor deje de… —Se me quebró la voz y solté una exhalación temblorosa—. No debes decirlo.

Dio un paso más y el movimiento casi derribó el muro mal construido alrededor de mi corazón.

—No puedo soportar saber que no aproveché la oportunidad, cuando se me presentó, antes que fuera demasiado tarde.

Sacudí la cabeza, buscando frenéticamente el suelo a mi lado, como si este contuviera la respuesta inconcebible de cómo proceder.

—Esto nunca podría funcionar entre nosotros. Mis padres no me lo permitirán, y yo... bueno, tengo planes, Augustus. No puedes simplemente regresar a mi vida y alterar todo por lo

que he trabajado.

Con un último paso, cerró el espacio entre nosotros y todo mi ser entró en un caos: mi corazón y mi cabeza lucharon por el control. Sus dedos rozaron mis brazos y cerré los ojos en un intento de aislarme de la sensación placentera, pero en lugar de eso la misma solo se magnificó. Entonces una de sus manos se movió hacia mi cuello. Su pulgar acarició mi mejilla y abrí los ojos para encontrar su rostro, a solo un suspiro del mío. Instintivamente, levanté la barbilla. Necesitaba alejarme y, sin embargo, anhelaba acercarme para sentir nuevamente sus labios sobre los míos. Me incliné.

—¡Oh, cielos! Perdónenme. —La silenciosa exclamación de la señora Brundage atravesó el silencio que nos rodeaba y me zafé del abrazo de Augustus. La señora Brundage nos miró boquiabierta con una expresión de asombro, desde la puerta. Levantó un brazo para impedir que alguien, a su lado, viera lo que ella observaba.

—¿Qué es? —preguntó Ruth, mirando por encima del brazo extendido de su tía. Sus ojos se posaron en Augustus y luego se quedaron en mí y en mi cara horriblemente roja—. ¿Qué estaban haciendo ustedes dos solos en la habitación de Bella? ¿Esta es otra de tus evaluaciones?

La expresión confusa de la señora Brundage permaneció en Ruth, y luego volvió a nosotros.

—No —dijo Augustus, pareciendo completamente indiferente—. Simplemente, estaba ayudando a Bella con su dedo lesionado y ella deseaba agradecerme.

Miré a Augustus con incredulidad y sacudí rápidamente la cabeza.

—Eso no es verdad. No lo besaría por algo tan trivial como eso.

La boca de Ruth se abrió y movió a Sarah para dejarla a la vista, aparentemente sintiendo que era necesario que todas las partes presentes presenciaran la mortificante escena.

—¿Ustedes dos se estaban besando hace un momento? —preguntó Ruth, encantada.

—No. —Dirigí mi mirada implorante a Augustus, pero la sonrisa que dominaba sus labios hizo evidente que no me sería de ayuda—. En realidad, no nos habíamos besado… todavía. Tampoco lo habríamos hecho… muy probablemente.

Me estremecí ante mi propia explicación, al darme cuenta que estaba haciendo poco para mejorar la situación.

La señora Brundage se llevó una mano a la boca y mi estómago se apretó, esperando a ver si rompía a llorar, o nos regañaba por nuestro escandaloso acto. Pero, en cambio, la risa sonó entre sus dedos.

—Parece que debo vigilarlos mejor a ustedes dos. Si hubiera sabido que debía hacer de acompañante, habría hecho un trabajo más minucioso desde el principio.

Augustus sonrió.

—Oh, no seas dura contigo misma, madre. No nos importó en lo más mínimo tu negligencia. —Miró hacia mí—. ¿Lo hicimos, Bella?

Todos los ojos se posaron en mí y una segunda ola de calor recorrió mi rostro.

—Creo que la respuesta es bastante obvia en este momento.

La señora Brundage frunció los labios, haciendo reír a Ruth y Sarah.

—Bueno. —Augustus me dio una fuerte palmada y se frotó las manos—. ¿Tu impecable momento no fue más que un destino cruel, o hubo una razón particular para ello?

La señora Brundage miró hacia mi mano.

—Las chicas me hablaron del incidente del bordado de la señorita Godwin. Simplemente, veníamos a comprobar que todo estaba bien.

Levanté mi dedo vendado. La única evidencia de sangrado era una pequeña mancha roja que se había filtrado a través de la tela.

—Quedará como nuevo.

Ruth cruzó la puerta para sentarse a mi lado.

—Estoy tan aliviada. No podía creer cuánta sangre había. No estoy segura de poder volver a bordar, sabiendo cuáles podrían ser las consecuencias.

Bajé la barbilla.

—Les aseguro que en todos mis años de costura, nunca antes había hecho algo tan descuidado.

Ruth asintió sin parecer muy tranquila.

—¡Oh! Esta es la otra cosa —dijo la señora Brundage, tendiéndole una misiva a Augustus —. Owen te ha escrito.

Augustus tomó la carta y rompió el sello. Mientras la desdoblaba, una misiva más pequeña cayó al suelo. Rápidamente la recuperó y se la guardó en el bolsillo del chaleco. Analizó el contenido de la carta y frunció el ceño, mientras continuaba.

—¿Qué es? —preguntó la señora Brundage, igualmente consciente del cambio en el semblante de Augustus.

Sus ojos estaban llenos de decepción al encontrarse con los míos.

—Parece que debo irme sin demora.

Capítulo dieciséis

—¿Irte? —preguntó la señora Brundage—. ¿Con qué propósito?

Observé atentamente cómo Augustus soltó un profundo suspiro y su mirada volvió a la carta en la mano.

—Owen ha descubierto pruebas que podrían afectar el caso de los Seton.

—¿Hay pruebas? —La voz de Ruth era apagada.

Augustus inclinó la cabeza hacia un lado con una vacilación evidente en sus rasgos.

—Si descubro que hay algo que decirte, lo haré.

—Pero solo si son buenas noticias. —Ruth se mordió el labio.

—Por supuesto.

Ella asintió levemente, pareciendo aliviada por el acuerdo con Augustus.

—¿Cuándo te vas? —pregunté, intentando ocultar la decepción en mi voz.

—Me temo que no puedo demorarme. Owen espera que la audiencia se celebre dentro de los próximos quince días y que todas las pruebas deben recopilarse, antes que comience.

Ahora era mi turno de ofrecer un tímido asentimiento, en lugar de dar una respuesta, tratando de convencerme que era por el bien de ambos que él se fuera. Necesitaba fortalecer mis defensas en su ausencia.

Augustus miró a su alrededor y observó nuestras expresiones solemnes.

—Vamos, esto solo deberá llevarme unos días.

Forcé una sonrisa por su bien.

—Nosotras las damas tenemos mucho en qué ocupar nuestro tiempo, ¿no? —Ruth y Sarah asintieron al unísono y yo miré a Augustus—. Aunque puede que necesite que el señor Treynor me ayude con una o dos lecciones, en tu ausencia.

Los labios de Augustus se alzaron en una sonrisa gloriosa, tal como esperaba.

—Debo insistir en que pospongas esas lecciones que requieren la ayuda de un caballero hasta mi regreso.

Ruth y Sarah se rieron, pero yo levanté ligeramente la barbilla.

—Entonces, será mejor que sigas tu camino para que puedas regresar, antes que me vea obligada a seguir adelante sin ti.

—No lo harás.

—Muy bien. —Levanté una ceja.

Augustus se puso delante de mí y tomó mi mano sin vendar.

—Espérame, Bella. Estoy seguro que hablaremos de algo más que de las lecciones.

Mi corazón latía imprudentemente y, aunque traté de evitar estar de acuerdo, mi intento fue, en el mejor de los casos, poco entusiasta.

—Lo haré.

Levantó mi mano y puso sus labios en mis nudillos. Tan tierno fue el gesto que bajé la mirada por temor a que él, o uno de nuestros espectadores, vislumbrara el innegable placer que me recorrió a causa de ello. Cuando soltó mi mano, la estreché con la otra, esperando que recuperara el autocontrol. Cuando finalmente levanté la vista, él acababa de besar la mejilla de su madre.

Seguidamente, él me ofreció una última sonrisa de adoración.

—Cuídense todos.

—Tú también —le dije y él desapareció por la puerta abierta.

La habitación quedó en silencio y escuchamos sus pasos amortiguados alejarse por el pasillo alfombrado. Un extraño deseo de ir tras él me invadió, pero lo ignoré. ¿Qué bien nos haría eso a alguno de los dos?

—Todavía no puedo creer que Augustus y tú casi se besaran —chirrió Ruth, reconociendo el tema que yo más deseaba evitar en su ausencia.

La señora Brundage apretó los labios. Me pregunté si quería decir algo, pero luego dio un paso atrás.

—Iré a ver si la cocinera empaca algo para que Augustus se lo lleve. Disculpen.

El alivio me inundó. En el momento en que ella se fue, llevé a Sarah adentro conmigo y con Ruth. Cerré la puerta.

—Ruth, no debes hablar de eso. —Solté un suspiro—. Fue un momento de debilidad, eso es todo.

—¿Entonces no lo amas? —preguntó Ruth, sinceramente decepcionada en sus rasgos.

Caminé hasta el escritorio, enderecé el costurero y comencé a llenarlo con las cosas que estaban esparcidas.

—No importa si lo amo. Una unión entre nosotros es imposible.

—Pero, ¿por qué? —Ruth se acercó a mi lado para ayudarme en mi limpieza.

Sin saber cómo podría explicar la situación sin revelar demasiado, me encogí de hombros.

—Es complicado, Ruth.

—Pero, si se aman...

—No —dije con demasiada fuerza por la frustración—. Perdóname. Es solo que el amor no es una opción que pueda considerar. Se espera que me case con alguien de igual rango o superior. Alguien con contactos y una fortuna... un caballero como Lord Thorton. —Hice una pausa, deseando poder explicar que el amor no es duradero. Que había sido testigo de su fragilidad demasiadas veces. Pero Ruth solo me aseguraría que Augustus siempre me amaría. ¡Sabía que eras así! El amor siempre desvanecía. Además, Augustus había elegido una vez la felicidad de Ruth, antes que la mía, y aunque no podía culparlo por ello, sería ingenuo pensar que eso no podría volver a suceder con otra persona. ¡No! Es más seguro casarse por conveniencia—. Me han dicho que a menudo surge un cariño mutuo en tales acuerdos. Y eso es suficiente para mí. —¡Tiene que ser así!

—Mis padres nunca llegaron a amarse unos a otros.

Tomé la mano de Ruth entre la mía. Aunque no podía decir mucho, ni revelar que Augustus había sido mi informante, entendí su situación más de lo que ella sabía.

Sarah dio un paso al otro lado y me entregó la última de las cintas que había recogido.

—Entonces, ¿no hay esperanzas que te conviertas en mi hermana?

—Si no somos hermanas, siempre seremos queridas amigas. —Mi corazón casi se rompe.

—¿Todas las mujeres tienen que sacrificar el amor por una pareja adecuada? —Ella me dio una pequeña sonrisa.

No queriendo ser portadora de la noticia que había descubierto (que incluso cuando el amor estaba presente al principio pronto se desvanecía), dudé.

—Supongo que hay algunos que se enamoran de su igual, aunque eso parece ser más bien la excepción. Pero casi siempre hay compensaciones, si alguien elige el amor.

Ruth se balanceó hacia adelante y atrás, cambiando su peso de un pie al otro.

—El tío Henry y la tía Marina se casaron por amor.

—¿Y cómo reaccionaron sus padres?

—La cortaron —dijo Sarah casi en un susurro—. Nunca volvieron a hablar con ella. Y hasta que ambos murieron, la tía Susan se vio obligada a hacer lo mismo.

La habitación quedó en silencio cuando me di cuenta. La vida no era tan romántica como describían las novelas, y odiaba tener que ser yo quien se los dijera. Al menos podía consolarme, sabiendo que no había aniquilado por completo su esperanza en el amor. Esa comprensión llegaría con el tiempo y a partir de sus propias experiencias.

—A menudo me pregunto qué habría pasado si mi madre hubiera desobedecido a mis abuelos y rechazado a mi padre. O si el caballero al que amaba no la hubiera dejado plantada. —Ruth dejó escapar un rápido suspiro.

Intenté no parecer sorprendida por su declaración.

—¿Sabes quién fue el que la dejó plantada, quiero decir?

—No. Solo sé que mi padre solía decir... —La mirada de Ruth se volvió distante, como si estuviera tratando de recordar las palabras con exactitud—. Que no se habría casado con mi madre, si hubiera sabido que recibiría las sobras no deseadas de otro hombre.

—¡Es algo horrible lo que acabas de contarnos! —Llevé mi mano a mi boca, cubriéndola.

Ruth asintió y sus ojos parpadearon vacíamente.

—Si tan solo, eso fuera lo peor de todo.

—Entonces, ¿la trataba así a menudo?

Ruth arrugó la nariz.

—No estoy segura de tener la percepción más precisa, ya que aún no tenía once años, cuando ellos murieron. Pero recuerdo que cuando mi padre se ponía de mal humor, mi madre me enviaba afuera o a la guardería, y yo sabía que no regresaría hasta que ella, o la niñera fueran a buscarme.

Se me rompió el corazón al pensar que la joven Ruth había sido mi sombra más cercana durante todos esos años. ¿Había sido eso parte de la razón?

—¿Por qué nunca me hablaste de eso?

Ruth se encogió de hombros y las comisuras de sus labios se curvaron hacia abajo.

—Supongo que no sabía que era algo que valía la pena mencionar. Y no es que él siempre estuviera ahí ni siempre fue así. A veces mi padre era muy amable. Especialmente, cuando teníamos invitados, o cuando Augi venía para quedarse. Mi padre siempre tuvo un gran respeto por Augi. —Ruth sonrió, como si sus palabras hubieran evocado algún recuerdo agradable—. Fue muy afortunado que la tía Marina y el tío Henry pensaran en enviar a Augi a ir a la escuela en Bath para que pudiera quedarse con nosotros durante su tiempo libre.

Parecía que Augustus había sido la gracia salvadora de la señora Seton. Al menos hasta el final.

—¿Estaba tu padre en uno de sus estados de ánimo… ese día? —Examiné su rostro para determinar si había llevado mi pregunta demasiado lejos.

—¿El día que murieron, quieres decir? —Ruth lo pensó durante un momento—. No. No que yo recuerde. Acababa de regresar a Blacksley el día anterior y Augi estuvo allí durante el fin de semana. Mi padre y Augi habían ido a cazar esa mañana y, cuando regresaron, almorzamos todos juntos. —Ruth entrecerró los ojos, como si recordar el recuerdo requiriera un gran esfuerzo—. Luego mi madre le pidió a Augi que me llevara a pescar para que pudiéramos cenar truchas frescas, las favoritas de mi padre. Y mi padre estaba de buen humor y le prestó a Augi su nueva caña de pescar.

Ciertamente, esas no parecían las acciones de un hombre que planeaba cometer un crimen tan atroz. Sin embargo, me mordí la lengua.

Ruth se adelantó para tomar un trozo corto de cinta de mi canasta y comenzó a pasarlo entre sus dedos sin pensar.

—Cuando regresamos con nuestra pesca, mis padres ya estaban muertos. Toda la casa estaba en conmoción, mientras intentaban descubrir qué había pasado y qué hacer. —Ruth fijó su mirada en la cinta—. Y fue entonces cuando Augustus me trajo a Fellerton para estar contigo.

Ella levantó sus ojos hacia los míos con lágrimas brillando en ellos.

La rodeé con un brazo y apoyé la frente en su sien.

—Lo siento mucho por todo esto, Ruth —susurré.

Ella sonrió débilmente.

—Fue hace tanto tiempo que a menudo siento que estoy contando la historia de otra persona y no la mía. —Hizo una pausa y respiró entrecortadamente—. A veces desearía saber lo que pasó, aunque no estoy segura de poder soportarlo. Probablemente, sea mejor que nunca lo sepa.

Sarah se acercó a Ruth, quien extendió la mano para tomarle la mano. Las tres permanecimos juntas durante algún tiempo, la combinación del silencio y mis pensamientos agitados se apoderaron de mí. Necesitaba liberarme del dolor y quería traer a Ruth y Sarah conmigo.

—Compartí un beso con Augustus… hace mucho tiempo.

Ambas voltearon hacia mí, alzando las cejas para enmarcar sus ojos muy abiertos. Mi diversión estaba funcionando, tanto para ellas como para mí, y esperaba no arrepentirme más tarde de mi admisión.

—No pasó mucho tiempo antes que te fueras de Bath, Ruth —manifesté, enviándole una sonrisa de disculpa—. Y no te lo dije porque no estaba segura qué hacer con eso.

Ruth me inmovilizó con una mirada expectante.

—Bueno, ahora ya sabes qué hacer con esto, así que no debes omitir ni un detalle.

Me reí y ese simple acto me sacó aún más de la oscuridad.

—¿Recuerdas el tiempo que estuviste en cama durante esas dos semanas?

La alegre expresión de Ruth vaciló ligeramente y me detuve.

—Continúa —dijo, asintiendo con la cabeza para animarme.

—Bueno, a pesar de lo inadecuado que era, Augustus y yo nos reuníamos en el bosque tan a menudo como la ocasión lo permitía, lo cual resultó ser frecuente, ya que él estaba de vacaciones escolares y mi madre se encontraba de viaje, visitando a su hermana hasta cerca del final. Una tarde se estaba burlando de mí sin piedad por mi cariño por William Morris.

El rostro de Ruth volvió a alegrarse y se rió.

—¿Quién es William Morris? —preguntó Sarah.

—El hijo de uno de nuestros arrendatarios. Augustus me había estado escribiendo cartas de amor y haciéndome creer que venían de él.

—Eso suena como algo que Augustus haría. —Sarah se rió.

—Sí, bueno, funcionó, al menos hasta cierto punto. No me creía enamorada de William, pero admito que la idea de estar enamorada me intrigó mucho en ese momento. Y William era bastante guapo, ¿no es así, Ruth?

Ruth meneó la cabeza arriba y abajo en señal de acuerdo.

—Entonces, ¿qué pasó? —preguntó Sarah.

—Bueno, durante esta tarde en particular que pasamos juntos, Augustus no dejó de bombardearme acerca de mis sentimientos por William. Me preguntó qué pensaba de sus cartas y si alguna vez consideraría casarme con el hijo de un cerdo. —Una sonrisa apareció en mis labios ante el recuerdo—. Su persistencia me llevó casi a la locura, y finalmente me acerqué a él y le

dije que la única razón por la que le importaba era porque estaba celoso de William, que obviamente estaba enamorado de mí, pero que era demasiado cobarde para decírmelo.

—Eso fue excepcionalmente atrevido de tu parte. —Ruth se tapó la boca.

—No sé qué tiene Augustus, pero él es el único que puede provocarme de esa manera, hacer que me comporte de manera tan fuera de lugar. —Hice una pausa, recordando la escena en mi memoria, como lo había hecho tantas veces—. Pero una vez que se lo dije, él no lo negó. Nos quedamos allí mirándonos mutuamente, sin saber qué hacer a continuación. Sacudí la cabeza, divertida por nuestro torpe intento de tener el primer amor. Luego, sin previo aviso, me atrajo y me besó. —El calor se instaló en mis mejillas—. Fue perfecto. Lleno de luz y esperanza.

—¿Y esa fue la única vez? —Ruth me evaluó con el ceño fruncido.

—Sí. —Bajé la mirada—. La próxima vez que Augustus vino a Blacksley... —Las palabras se atascaron en mi garganta—. Bueno, ese fue el día en que murieron tus padres.

—Bueno, tal vez no fue el último día.

Dejé caer los hombros, mirando entre las miradas esperanzadas de Ruth y Sarah.

—Me temo que con él debe ser así. Pero siempre recordaré con cariño nuestro tiempo en el bosque. Y su beso.

Ambas damas soltaron un suspiro audible y no podía estar segura de no haberme unido a ellas sin querer.

* * *

Los días transcurrieron lentamente, mientras esperábamos el regreso de Augustus, y aunque me negaba a admitir cuán desesperadamente lo extrañaba, mis lecciones se estaban volviendo deslucidas y laboriosas, como consecuencia de su continua ausencia. La parte más prometedora de nuestra semana fue visitar a la modista y encargarle dos vestidos a Ruth: uno de seda color marfil y el otro de tul dorado sobre satén blanco.

En un intento desesperado por evitar que mis pensamientos se centraran en Augustus, animé a la señora Brundage a que extendiera una invitación a los Whitmore para que nos acompañaran, esa noche, a pesar del aviso indebidamente tardío. Sin embargo, la cena con sus sonrisas falsas y su charla educada, no fue el alivio que esperaba, y cuando entramos al salón, estaba exhausta.

El señor Treynor entró detrás de mí y le sonreí.

—Espero que a usted no le moleste ser el único caballero entre nosotras, esta noche. Me temo que no había pensado en las consecuencias de nuestra oferta, cuando animé a la señora Brundage a que le extendiera la invitación.

—Me considero afortunado de representar a mi sexo entre un grupo tan encantador de mujeres.

—Hablando de mujeres encantadoras —dije, levantando la barbilla en dirección a Ruth—. ¿No está Ruth espectacular con ese color? El lila le sienta muy bien.

El señor Treynor siguió mi línea de visión.

—Me atrevo a decir que usted tiene razón. El lila le luce perfecto.

—Ella mencionó que estaba ansiosa por hablar con usted. Algo sobre los caballos árabes.

—¿Es así? —Su rostro se coloreó con su familiar tono rojo.

—Parece que usted la ha inspirado. Ella ha pasado innumerables horas leyendo sobre purasangres, estos últimos días, y estoy segura que tiene muchas preguntas. —Me abstuve de mencionar que fue por recomendación mía que ella lo hizo.

Su mirada se dirigió de nuevo a Ruth con una expresión de determinación en su rostro.

—Si me disculpa, señorita Godwin.

—Por supuesto. —Vi cómo el rostro de Ruth se iluminaba, cuando el señor Treynor se acercaba a ella.

—Serán una combinación encantadora. —La señorita Whitmore se puso a mi lado y puso su atención en la encantada pareja.

Asentí con la cabeza.

—Pero sea cual sea el resultado, es bueno ver a Ruth ganar confianza en sus capacidades. Tiene mucho que ofrecer, pero a diferencia de la mayoría de las mujeres que conozco, ella no se da cuenta. —Mantuve mi mirada en Ruth—. Creo que es parte de su encanto. ¿Qué dijiste?

La señorita Whitmore hizo una pausa e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Su modestia me parece muy entrañable, y es bastante evidente que mi primo también lo cree.

Ambas nos reímos y, en ese momento, me pregunté si la señorita Whitmore y yo podríamos ser amigas, reales y auténticas, a diferencia de las que tenía en la ciudad.

—Escuché lo que estás haciendo por Ruth y Sarah —dijo la señorita Whitmore con una sonrisa amable—. Es muy bueno de tu parte.

Sin confiar en mí misma para preguntarle cómo se había enterado, simplemente asentí en señal de aceptación.

—¿Augustus ha avisado de cuándo es probable que regrese de Bath?

Giré mi cabeza hacia ella.

—¿Bath? ¿No fue a Londres para ayudar a su hermano?

Había incertidumbre evidente en sus rasgos.

—Perdóname. Pensé que habría ido… —Sus palabras se detuvieron—. Quizás fui demasiado atrevida para preguntar por su destino.

Me quedé mirando, incapaz de ocultar mi sorpresa.

—¿Hablaste con él, antes que se fuera?

Ella asintió muy lentamente.

—Se detuvo en Safford Park al salir.

Mi corazón se hundió ante su confirmación. ¿Augustus había ido a verla, antes de irse? Estuve tentada de preguntarle cuál había sido su propósito, pero sabía que ese no era mi lugar. Y, ciertamente, no estaba segura de querer saberlo.

—Supongo que no quería mencionar los detalles de su viaje con Ruth presente —dije, más para mí que para la señorita Whitmore.

—Él es muy cauteloso cuando se trata de ella. Y con razón. —Sus ojos se posaron en Ruth y soltó un rápido suspiro—. No puedo comprender el sufrimiento que debió soportar la querida niña al perder a ambos padres, especialmente en la forma en que los perdió.

Asentí vacíamente en señal de acuerdo. No fue una sorpresa que la señorita Whitmore conociera el pasado de Ruth. Después de todo, ellas eran queridas amigas. Sin embargo, comprender por qué Augustus confiaría en ella, no ayudó mucho a aliviar mi irritación, ante la imagen que evocaba: ellos dos solos, hablando de asuntos tan privados. ¿Había llorado como yo? ¿La había consolado como lo hizo conmigo?

Volví a mirar a la señorita Whitmore y fue entonces cuando me di cuenta que, a pesar de cualquier esperanza de una amistad entre nosotras, nunca podríamos ser verdaderamente cercanas. No cuando deseábamos exactamente lo mismo. Yo también deseaba a Augustus. Mi corazón latió con fuerza al darme cuenta, y miré a mi alrededor, desesperada por una distracción.

—Creo que la señora Brundage espera que ambas estemos de acuerdo en tocar el fortepiano esta noche. ¿Quizás deberíamos ir a ver si ese sigue siendo su deseo?

La frente de la señorita Whitmore se arrugó, pero asintió lentamente.

—Muy bien.

—Eso suena muy agradable —dijo la señora Brundage, cuando le recordé la idea, y nuestro grupo se dirigió a la sala de música. La pequeña forma rectangular del espacio conformaba un ambiente acogedor y, bajo la dirección de la señora Brundage, toqué primero el fortepiano.

La señorita Whitmore siguió con una hermosa pieza que interpretó, casi a la perfección y, como Ruth insistió en que tocaba muy mal y Sarah no estaba entre nosotras, toqué una vez más, esta vez cantando también. El grupo ofreció su cortés aplauso, cuando terminé, y volví victoriosa a mi asiento.

—Eso fue absolutamente encantador, señorita Godwin. —La señora Brundage se puso de pie con las manos ahuecadas ante ella. Miró a la señorita Whitmore—. ¿Te importaría deleitarnos una segunda vez, Candace, o nos reunimos nuevamente en el salón?

—No tengo intención de volver a tocar, a menos que Ruth desee que la acompañe. —La señorita Whitmore sonrió y miró al señor Treynor—. Ella tiene la voz de un ángel.

El sonrojo de Ruth era evidente incluso en la penumbra. ¿Podía realmente cantar tan bien como proclamaba la señorita Whitmore? Y si era así, ¿cómo yo no lo sabía?

—¡Oh, no! No puedo. Realmente no conozco muchas canciones. —Ruth negó con la cabeza.

Entonces, ¿por qué no cantas la canción que te cantaba tu madre? —dijo la señora Brundage —. No hace falta tocar el fortepiano y tú lo sabes bastante bien.

Ruth se mordió el labio.

—Me encantaría escucharte —dijo Treynor, ofreciéndole la forma de aliento más influyente que una muchacha podría recibir.

Ella me miró y yo asentí.

—Muy bien. —Ruth se puso de pie, cruzó las muñecas frente a ella y entrelazó los dedos—. Mi madre me cantaba esta canción todas las noches, antes de acostarme. Y aunque intentaré hacerle justicia, mi propia voz no es igual a la de ella.

Ruth cerró los ojos y respiró entrecortadamente. Entonces, muy silenciosamente, sonó una nota pura que me tranquilizó. Siguieron más y su voz fluyó, a través de la melodía, con poco esfuerzo, creando una melodía triste.

“El amor es un capullo de rosa, querida…
El amor es un capullo de rosa, cuando se encuentra.
Perdido en el hielo o quemado por el sol.
Mantenlo fuerte, mientras esté cerca.”

Su expresión se volvió distante mientras cantaba, y me pregunté qué imagen evocaba en su mente mientras su rica voz de contralto nos envolvía. ¿Era su madre a quien visualizaba?

“El amor es una rama de rosa, mi querida niña.
El amor es una rama de rosa, cuando es tuyo.
Pero cada vez crecen más espinas y nudos.
Cuando se aprieta demasiado fuerte, hay sangre y llagas.

El amor es un corazón de rosa, amorcito.
El amor es un corazón de rosa enterrado profundamente.
Aunque todo estéril desde arriba.

Aún vivo, siempre se mantendrá.”

Incluso cuando las últimas notas de su canción se habían desvanecido, no podía apartar los ojos de ella. Ruth nos había presentado un pedazo de su alma y, de alguna manera, sentí que revelaba una parte de la mía. Ya había aprendido que el amor se podía perder y, cuando se perdía, el dolor era insoportable. Sin embargo, la calidez que me envolvió afirmó que el verdadero amor no murió, simplemente estaba esperando crecer de nuevo. Pero, ¿estaba dispuesta a arriesgarme a sufrir la pérdida y el dolor una vez más?

Los aplausos resonaron en el pequeño espacio y salí de mis pensamientos a tiempo para ver a Ruth hacer una reverencia.

El señor Treynor aplaudió con entusiasmo.

—Eres un ángel, ciertamente.

—Gracias. —Ruth le sonrió y luego me miró.

—¡Eres excepcional! —Incliné la cabeza hacia un lado, mi corazón se hinchó tanto que casi lloré allí mismo, frente a todos.

Había completa satisfacción en su rostro, cuando sus ojos se movieron detrás de mí.

—¡Augustus! ¡Estás en casa!

Cuando giré en mi asiento para verlo, esto fue como si me quitaran un peso de encima tan repentinamente. Casi me lanzo de la silla.

Augustus me dio una rápida sonrisa, antes de mirar a Ruth.

—Estoy aquí... ¡Y esta fue la bienvenida perfecta!

Ruth corrió hacia él y le rodeó la cintura con los brazos, gesto que él agradeció con entusiasmo.

—¿Qué te tomó tanto tiempo? Te esperábamos antes.

Él se separó de su abrazo lo suficiente como para mirarla a los ojos.

—Hablaremos más tarde. ¿Sí?

Ruth asintió y miró al resto de nosotros.

—¿Habrá más actuaciones o acabo de hacer la última?

La señora Brundage se levantó y caminó hacia Augustus.

—Me temo que es la última. ¿A menos que prefieras ofrecernos una canción, querida? —La sonrisa burlona de su madre hizo reír a Augustus, quien rápidamente sacudió la cabeza, y expresó—, no... Pero sí es así, los perdonaré a todos.

—¡Gracias al Cielo! —El rostro de la señora Brundage sonrió, mientras le daba un beso de bienvenida en la mejilla a su hijo.

Como si nos hubieran concedido permiso, todos nos levantamos para regresar al salón.

—¿Tu viaje fue un éxito? —pregunté, cuando Augustus se paró a mi lado al salir de la sala.

—Eso creo. Aunque todavía no puedo estar seguro.

—¿Y cómo encontraste Bath?

No parecía sorprendido en lo más mínimo que yo hubiera descubierto su paradero.

—Nunca pensé que volvería a Blacksley.

—¿Pudiste entrar, a pesar que estuvo cerrado durante los últimos ocho años?

—Queda un administrador de la finca y, afortunadamente, recordaba con cariño a mi tía. Cuando le expliqué la situación, no dudó en dejarme entrar.

Asentí, recordando las pocas veces que había encontrado el coraje para ir y sentarme afuera de esa casa grande y vacía a lo largo de los años. Nunca había visto a nadie por ahí.

—Visitar Blacksley, sabiendo lo que mi tía había soportado todos esos años fue más difícil de lo que pensé —suspiró—. Pero cada vez que me sentía hundido en la oscuridad, salía y

caminaba por el bosque hacia Fellerton.

Él bajó la mirada hacia mí.

—Los recuerdos de nosotros me inundaron y animaron más.

Lo agarré del brazo y me incliné hacia él.

—Aunque lamento tus dificultades, me alegro que aún hayas podido encontrar algo de felicidad allí.

Nos acercamos a la parte trasera del sofá en el salón, y miré hacia la puerta a tiempo para ver a la señorita Whitmore y a su madre cruzarla. La señorita Whitmore ofreció una sonrisa tímida, aunque su madre pareció enfadarse con razón al saber que Augustus había acudido a mí primero. Una familiar punzada de culpa se instaló dentro de mí. Pero me recordé a mí misma, que no era culpa mía que Augustus me hubiera buscado. Y además, últimamente apenas podía controlar hacia dónde me llevaba mi corazón rebelde. Innumerables veces, desde que Augustus y yo casi compartimos ese beso, había pensado en él, reflexionando sobre cómo sería una vida con él. Preguntándome si nuestro amor podría perdurar.

Augustus dio un paso más cerca, llamando mi atención.

—Te extrañé, Bella.

Se me cortó el aliento, ante su descarada admisión, pero no pude ocultar mi alegría.

—Me resisto a admitirlo, pero es posible que también te haya extrañado. —Sus labios se curvaron hacia arriba y, para hacerlos más pronunciados, puse una mano en su brazo. Cuando la quité de nuevo, mis dedos se detuvieron en los suyos por un momento más y, como esperaba, su sonrisa creció—. Aunque no debes permitir que tal admisión te dé aires.

—Y, sin embargo, planeo hacer exactamente eso.

Ruth saltó a nuestro lado y casi chocó conmigo por su emoción.

—¿Qué pasa, Ruth? —pregunté, demasiado contenta para ocultar mi diversión.

—El señor Treynor nos dejará dentro de dos días.

—Eso no parece una razón para tal estado de alegría —dije.

Ruth se rió.

—¡Oh! Pero no es por eso que estoy encantada. Estaba pensando que deberíamos salir mañana para que el señor Treynor pueda acompañarnos. —Miró a Augustus—. Prometiste llevar a Bella al mar.

Le di a Augustus una mirada penetrante.

—Esa es la verdad. —Dejó caer los hombros en fingida derrota y su mirada se dirigió a los demás—. ¿Qué les parece un viaje a la costa mañana? Si el clima es como hoy, debería resultar ideal.

La señorita Whitmore miró a su madre y asintió levemente, animándola.

—Me temo que tengo obligaciones mañana. Pero si usted va a ir, señora Brundage, no veo por qué Candace no puede acompañarla. En cuanto al señor Treynor, no tiene ninguna obligación conmigo y, por lo tanto, puede tomar su propia decisión al respecto. —La consideración de la señora Whitmore me dejó en una situación incómoda.

—Cuenten conmigo. —La exuberante confirmación del señor Treynor hizo que Ruth se riera de emoción y los ojos de la señora Whitmore se dirigieran hacia el techo.

—¿Madre? —La mirada de Augustus cambió.

Las mejillas de la señora Brundage se curvaron con una sonrisa.

—Por supuesto que deberíamos ir. Ha pasado demasiado tiempo desde nuestra última salida a la playa.

Ruth chilló y le toqué la mano a modo de corrección suave, aunque ella apenas parecía

arrepentida.

—Perdóname. Me temo que estoy demasiado emocionada.

—Pero fue solo un toque —dije, dándome cuenta que mi propio entusiasmo era casi comparable al de ella, a pesar de mi capacidad para ocultarlo mejor.

—¿A qué hora esperamos partir? —preguntó la señorita Whitmore, acercándose a Augustus y a mí, mientras Ruth regresaba junto al señor Treynor que lo esperaba.

La mirada de Augustus se movió entre nosotros.

—¿Alguno de ustedes tiene alguna preferencia?

Sacudí ligeramente la cabeza, al igual que los demás, hacia la señorita Whitmore.

Augustus miró hacia su madre, que una vez más estaba conversando con la señora Whitmore.

—¿Qué pasaría si nos fuéramos a última hora de la mañana? ¿Alrededor de las diez? De esta forma llegaremos antes de la horas más cálidas del día. Podemos llevar un picnic para alimentarnos, y salir de la orilla con mucha luz para evitar regresar a casa en la oscuridad.

—El señor Treynor y yo estaremos aquí a las diez menos cuarto —dijo la señorita Whitmore, alejándose con un paso vacilante y una expresión llena de indecisión.

Augustus dio un paso hacia la señorita Whitmore.

—¿Te vas?

Ella detuvo su retirada.

—Pensé en pedirle a mamá que se pusiera en camino. —Su cabeza estaba ligeramente inclinada hacia un lado con sus ojos puestos en Augustus—. Sé que deseas hablar con tu familia sobre lo que descubriste en Bath, y temo que nuestra presencia está retrasando que eso suceda.

—Si fueras solo tú... —La voz de Augustus se apagó.

—Pero no es… así que puedo esperar hasta mañana para que me ilumines.

—Por supuesto, Candace. —Augustus le dio una sonrisa apreciativa—. Gracias.

Mi mirada siguió a la señorita Whitmore, mientras se reunía con su madre.

—Ella es muy considerada.

—Sí, ella lo es. —Había desviado mi atención a Augustus. Intenté no sentirme decepcionada por su confirmación, pero la necesidad de comparar estaba demasiado arraigada en mí y dudaba que yo hubiera hecho lo mismo. La señorita Whitmore parecía ser todo lo que a Augustus le encantaría, y una parte de mí estaba asombrada que él aún no lo hubiera descubierto. ¿Lo haría una vez que estuviera casada con Lord Thorton? Mi corazón se hundió ante la idea, y secretamente deseé que él nunca la viera más que como una amiga.

—¡Adiós! —gritó la señorita Whitmore desde la puerta. Su madre parecía todo menos complacida, mientras nos saludaba con un gesto de despedida.

El señor Treynor se apartó del lado de Ruth y saludó con la mano tan exuberantemente, como solía hacerlo Ruth.

—Entonces, mañana.

—Mañana —confirmó Ruth, luciendo más que emocionada, cuando él salió por la puerta detrás de ellos. Corrió a mi lado y me agarró del brazo—. Eres un genio, Bella. Una vez más hice todo exactamente, como me lo enseñaste, y estoy bastante segura que el afecto del señor Treynor por mí está empezando a reflejar el mío por él. Los hombres son bastante sencillos de complacer, ¿no?

Cubrí una sonrisa pícara con mi mano.

—Creo que no hubo nada en ese comentario que me pareciera agradable —dijo Augustus, con una mirada mordaz.

—Simplemente no te gusta la idea que me enamore. —Ruth movió el labio inferior.

—Eso no es verdad. —Augustus puso una mano sobre su hombro—. Simplemente, no quiero que entregues tu corazón prematuramente. Debes conocer a la persona con la que te vas a casar lo suficiente como para estar segura que es genuina, que es la persona que proclama ser.

Sabía que hablaba del padre de Ruth, pero por alguna razón sentí un pequeño pinchazo, ante su declaración.

—¿Y cuánto tiempo se tarda en descubrir si alguien tiene un carácter sincero? —preguntó Ruth.

Augustus se frotó la barbilla con expresión distante.

—¿Cuánto tiempo hace que conozco a Bella?

La boca de Ruth se abrió.

—Estaría firmemente en el armario, si tuviera que esperar tanto.

Augustus se encogió de hombros, haciendo que Ruth jadeara, pero extendí mi mano y tomé la de ella.

—Augustus solo se está burlando de ti. —Le envié una mirada penetrante para asegurarme que lo dejaría así—. Aunque hay sabiduría en lo que dices, ella se alegrará cuando tengas una pareja adecuada. ¿No es así, Augustus?

Parecía vacilante.

—Simplemente, no entregues todo tu corazón hasta que haya juzgado la idoneidad de tu pretendiente. ¿Acordado?

—Acordado. —Ruth le sonrió.

—Allí… ahora. ¡Qué hermoso compromiso! —Hice una pausa, preguntándome si Augustus estaba lo suficientemente amable como para hablar de la salida del armario de Ruth.

Él me sonrió.

—Augustus —dije, ofreciéndole mi sonrisa más empalagosa—. Dado que a Ruth nunca se le ofreció una cena ni un baile de presentación, pensé que sería apropiado que consideraras realizar un evento en su honor. No es que haya estado en sociedad por mucho tiempo, y parece la recompensa perfecta por todo su arduo trabajo para convertirse en una dama.

Ruth se inclinó hacia adelante con anticipación, aunque ningún sonido escapó de sus labios.

Fingí quitar una pelusa imaginaria de la chaqueta de él con unos golpes breves, permitiendo que mi mano se demorara.

—No es necesario que des una respuesta todavía, ya que tendrás que hablar con tu madre al respecto, y de tal manera que ella no se sienta negligente, porque muchos padres no se preocupan por la salida del armario, mucho menos una tía.

Augustus consideró a Ruth por un momento.

—Mi madre y yo ya lo habíamos discutido anteriormente, pero lamento que tales asuntos hayan quedado en el camino entre nuestro período de duelo por mi padre y la audiencia en la finca Seton. Pero tal vez sea hora de que lo consideremos nuevamente.

Ruth saltó hacia él y le rodeó la cintura con los brazos.

—¡Gracias! ¡Me cuesta creer que se vaya a celebrar un baile en mi honor!

—Parece que sí habrá un baile. —Le ofrecí a Augustus una sonrisa de disculpa.

Él se rió entre dientes y sacudió la cabeza.

—¿Por qué no estoy sorprendido?

Ruth se acercó a mí y tomó mi mano entre las suyas.

—Di que volverás para esto, Bella.

—Me gustaría mucho hacer eso, si puedo.

Ruth chilló, aparentemente tomando mi respuesta como una confirmación.

—¿A qué se debe todo este alegre alboroto? —preguntó la señora Brundage, cruzando la puerta con Sarah justo detrás de ella—. Estaba esperando que Branson trajera a Sarah… ¿ya están compartiendo noticias sin mí?

Augustus le devolvió su sonrisa juguetona.

—No madre. Pero es posible que haya accedido a celebrar un baile en honor de Ruth, si no te opones, por supuesto.

La señora Brundage juntó las manos, luciendo encantada.

—¿Y cuándo tendrá lugar ese baile?

—¿Quizás después de la audiencia sucesoria en el Tribunal tengamos más de un motivo para celebrar?

La señora Brundage se acercó. La diversión en sus rasgos fue reemplazada por curiosidad.

—¿Qué quieres decir, cariño?

Augustus exhaló y miró a Ruth.

—Hay pruebas que la corte forense se equivocó en su fallo inicial. Después de todo, puede que la muerte del tío Thomas no haya sido un suicidio.

Ruth se puso rígida a mi lado y tomé su mano entre la mía.

—El propósito de mi viaje a Bath era buscar pruebas que pudieran respaldar la afirmación.

Los ojos de la señora Brundage se posaron en Ruth.

—¿Y encontraste alguna prueba de ello?

—Eso creo. Le envié a Owen todo lo que tenía y supongo que él decidirá cuánto vale —asintió Augustus.

—¿Qué pruebas encontraste? —Ruth me apretó la mano con más fuerza.

—Además de obtener testimonios del hombre de negocios de tu padre, de sus sirvientes, incluyendo a su ayuda de cámara, y de algunas personas que lo conocían bien, encontré la agenda de citas de tu padre, que contiene compromisos programados mucho después de su muerte. Sus cuentas financieras no mostraban nada fuera de lo común, y descubrí una carta parcialmente terminada, escrita para ese mismo hombre de negocios. Hizo mención de su deseo de aprender más sobre una especulación que pensaba que tendría buenos resultados en los próximos años. Luego le pidió al hombre que regresara dentro de una semana. Está fechada el día de su muerte.

El rostro de Ruth se arrugó por un instante, antes que emergiera una pequeña sonrisa.

—Parece extraño que un hombre siga planificando su futuro, si está decidido a ponerle fin.

—Precisamente —dijo Augustus, asintiendo, quien me miró—. Un hombre en su sano juicio, decidido a cometer un crimen tan horrendo, habría alterado su comportamiento, al menos en parte.

Me quedé quieta al darme cuenta que él estaba citando mi palabras.

Él miró a los demás.

—Fue idea de Bella. Le escribí a Owen al respecto y él salió inmediatamente a ver qué podía encontrar. Parece que había algunas personas que ya tenían creencias similares, y ahora tenemos una gran cantidad de evidencia que lo respalda.

—Entonces, ¿quién mató a la tía Susan y a su marido? —La voz de Sarah estaba teñida de preocupación y no la culpé—. Crecí pensando que el perpetrador de los Seton no había sido capturado y eso me ha afectado durante años. Dejé de aventurarme en el bosque por completo y, a pesar de las constantes molestias de mi madre, siempre corría por los pasillos oscuros con demasiada prisa.

Augustus se acercó a Sarah y ella puso su mano en la de él.

—No sabemos quién los mató. Y es posible que nunca lo sepamos. Pero quienquiera que haya hecho esto probablemente haya huido hace mucho tiempo.

A pesar de sus garantías, un escalofrío recorrió mi espalda.

—Augustus tiene razón —ratificó la señora Brundage, juntando las manos con fuerza ante ella—. Consideraremos los resultados como una buena noticia. Pero, ¿se puede revocar la sentencia inicial?

Augustus inclinó la cabeza de un lado a otro.

—En teoría, el Tribunal de la Cancillería tiene toda la jurisdicción sobre cuestiones de equidad. Lo llaman el Guardián de la Conciencia del Rey. Supongo que veremos cuán justa y comprensiva resulta ser esa conciencia.

Mis pensamientos estaban acelerados.

—¿Y si revocan el fallo inicial, entonces todo será devuelto a Ruth?

—El patrimonio de mi tío no estaba comprometido. Por lo tanto, a Ruth, su única hija sobreviviente, se le dejó todo en el testamento —asintió Augustus.

Sin pensarlo ni un momento, rodeé a Ruth con mis brazos, provocando que su risa resonara por todo el salón.

—Pensé que se suponía que una dama no debía abrazar —dijo, mientras yo la abrazaba con fuerza.

—Pero los amigos sí lo hacen, y yo soy, ante todo, tu amiga.

Capítulo diecisiete

Ruth miró por la ventanilla del carruaje.

—Es un día muy agradable, ¿no?

—Para ser honesta, posee un toque cálido. —Me pasé la mano por la nuca, secándome el sudor que empezaba a acumularse, aunque no estaba segura si era por el calor o por mi creciente inquietud respecto a Augustus. Al menos la señorita Whitmore y yo nos habíamos librado de tener que estar hacinadas en un banco, como lo estaban ahora Sarah, Ruth y la señora Brundage.

Ruth me miró.

—¡Oh! Pero eso es lo que hará que el día sea tan perfecto. Cuanto más abrigadas estemos, mejor será para secar nuestras faldas. Puedo dar fe que el viaje de una hora a casa no es ideal, si estamos empapadas y arenosas.

Miré a la señorita Whitmore, que estaba sentada a mi lado.

—¿Y piensas ir también a chapotear en el mar?

Ella contuvo una sonrisa, pero sus labios se torcieron en las comisuras.

—Aún no estoy segura. Pero normalmente disfruto al menos mojarme los pies.

Asentí, mirando por la ventana y preguntándome si sería la única, además de la señora Brundage, en renunciar a la experiencia.

—Bella nunca ha estado en el mar —le dijo Ruth a la señorita Whitmore, mi extraño comportamiento aparentemente requería algún tipo de explicación.

Como si ella lo hubiera dicho, el carruaje giró, y un brillo plateado en la distancia llamó mi atención.

—Ahí está. —Observé la gran inmensidad del agua que se extendía hasta el horizonte y más allá.

Sarah se inclinó hacia adelante en su asiento, intentando verlo por la ventana de Ruth.

—¿No es la vista más maravillosa del mundo? —suspiró Ruth dramáticamente. Vislumbré a Augustus encima de su corcel a cierta distancia.

—Casi —dije en voz alta, antes que pudiera detenerme.

Ruth siguió donde acababa de estar mi línea de visión.

—¿Te refieres a que Augustus es más maravilloso a la vista?

Mi cara se sonrojó y maldije mi lengua descuidada. Seguramente, yo sabía cómo comportarme mejor.

—Por supuesto que no —dije, fingiendo inocencia—. Solo quise decir que, a mis ojos, es difícil que algo pueda rivalizar con Londres.

Pero cuando mi mirada volvió a la línea plateada en el horizonte, supe que había dos lugares que ahora prefería a Londres: el mar y Fairhaven.

Ruth llenó el silencio con su propia comparación de Londres y la costa hasta que el carruaje se detuvo.

La puerta se abrió para revelar a Augustus con su sombrero de castor, debajo de un brazo, su cabello alborotado por el viento, haciéndolo parecer aún más guapo de lo que me hubiera gustado notar. En cambio, me concentré en la ligera brisa que atravesaba la puerta abierta, arrastrando una ráfaga de aire salado. Lo aspiré, segura que nunca me cansaría de un aroma tan vigorizante.

Augustus extendió su mano para ayudar a su madre a bajar del carruaje, antes de ofrecérsela

a la señorita Whitmore. La forma en que le sonrió al salir, me provocó una oleada de celos absurdos y recordé, una vez más, que el afecto de la señorita Whitmore no tenía importancia para mí. Después de que Sarah y Ruth descendieran, Augustus me tendió la mano.

La agarré, contemplando la brillante vista, mientras bajaba junto a él. Un tramo de playa dorada conducía directamente al mar. Los demás ya estaban en camino hacia donde las suaves olas rompían contra la orilla.

—Mira eso —dije, todavía asombrada—. Pensar que podría haber vivido toda mi vida con solo una vaga noción de lo que me estaba perdiendo.

—Sé exactamente cómo te sientes. —Los ojos de Augustus permanecieron fijos en mí.

Me reí, negándome a tomarlo en serio.

—¿Sabes lo que pienso? —Lo agarré del brazo, empujándolo hacia adelante.

—¿Qué es eso?

—Es una lástima que la sociedad londinense no te agrade, porque me atrevo a decir que serías todo un éxito entre las damas con tus constantes halagos.

Él entrecerró los ojos, mirando al horizonte.

—Bueno, considerando que solo tengo una escasa fortuna y ningún título, dudo que tenga mucho éxito en la ciudad.

El recordatorio de su situación hizo que se me hiciera un nudo en el estómago, pero lo descarté como si esas cosas realmente no importaran.

—No debes subestimar lo atractivo que eres. Podrías persuadir fácilmente a una heredera para que se enamorara de ti.

Sus ojos volvieron a fijarse en mí.

—Y, sin embargo, está resultando más difícil de lo que me gustaría admitir.

Mi corazón dio un vuelco por la traición, pero me reí para disimularlo.

—Lo tomo como una admisión que cualquier avance adicional de tu parte se basa únicamente en tu deseo de tener mi fortuna.

—No olvides tus amplias conexiones.

Dejé caer su brazo y comencé a avanzar, enviándole una sonrisa juguetona, antes de levantarme la falda para apresurarme hacia los demás. No confiaba en mí misma para estar a solas con él ni siquiera por un momento más.

Ruth me vio acercarme y dejó que el señor Treynor y Sarah me saludaran.

—Ven, Bella —dijo, agarrando mi brazo y empujándome hacia adelante—. Debes venir a sentir el agua.

Planté los pies lo mejor que pude en la arena.

—Solo con mi mano, ¿quieres decir?

—Si eso es lo que deseas. —Ruth tiró de mi brazo para que siguiera avanzando.

Solté un suspiro y la seguí, incapaz de encontrar el daño en algo tan trivial.

Cuando llegamos a la costa, me agaché para tocar una ola en su retirada. A pesar del calor del día, el agua fría me provocó un escalofrío y no pude evitar una sonrisa en mis labios.

Ruth me miró con expresión emocionada.

—Encantador, ¿no?

—Sí.

—Entonces debes ir a caminar con nosotras. No hay nada tan grandioso como la atracción del agua sobre tus pies y tobillos.

Me puse de pie, sacudiéndome el agua de la mano.

—Creo que mis dedos serán lo único en lo que me aventuraré hoy.

El labio inferior de Ruth sobresalía de la manera más exagerada.

—No debes mirarme así, o me veré obligada a informarte que es inaceptable que una dama se quite los zapatos y las medias en compañía de caballeros.

Ruth apretó los labios.

—Muy bien. No te presionaré más para ahorrarme el sermón sobre cómo debe comportarse una dama adecuada en la orilla del mar. No echaría de menos ir al agua, en un día tan bonito por nada.

No tenía intención de corregir su tonta lógica y en lugar de eso miré a mi alrededor, y encontré a Augustus parado junto a la señorita Whitmore, mirándome con una sonrisa de satisfacción.

Mi cara se sonrojó bajo su consideración.

—¿Planeas sumergirte en el mar, Augustus?

Él dio unos pasos hacia nosotros.

—Si tú lo haces.

—Eres plenamente consciente que no lo haré. —Incliné mi cabeza hacia un lado.

—Entonces, yo tampoco lo haré.

—Bueno, yo si lo haré. —Ruth se sentó en la arena y empezó a quitarse los zapatos y las medias—. ¿Quién viene conmigo?

Sarah se dejó caer ansiosamente en la arena para también comenzar a quitarse los zapatos, al igual que el señor Treynor, que se deshizo de sus botas y chaqueta. La señorita Whitmore nos sonrió y levantó un poco los hombros, antes de hacer lo mismo.

—Parece que somos los únicos que nos abstenemos —dijo Augustus, mirando hacia atrás.

Miré por encima del hombro y, para mi gran sorpresa, la señora Brundage también se estaba quitando las medias de los pies. No pude evitar reírme y el repentino deseo de unirme a ellos me abrumó. Cuando traté de alejarlo, él se negó a irse.

Augustus se acercó.

—Estás pensando en entrar.

—No, no lo estoy.

—¡Lo estás! Conozco bien esa mirada. —Una sonrisa se dibujó en un lado de su boca.

Los demás ahora estaban entrando al agua, sus risas vigorizantes flotaban en la brisa.

—Sería completamente impropio.

—Y completamente agradable.

—No puedo. —Me mordí el labio y sacudí la cabeza resueltamente.

Su mano se levantó, rozando mi brazo muy suavemente con su dedo.

—Piensa en lo refrescante que se sentiría el agua en tu piel.

A pesar de la forma en que mi piel se erizó por su toque, le envié una mirada penetrante.

—Señor, ¿no tienes límites para tu persuasión?

—No cuando, en nuestra última salida, admitiste tan generosamente que solo necesito presionarte un poco más y obedecerás. —Él se rió

—No cederás, ¿cierto?

—Lo haré. Una vez que entres al agua.

Miré hacia el mar, mi corazón se aceleró, mientras permitía que mis tontos deseos superaran la razón.

—Muy bien. —Él me estaba evaluando con ojos cautelosos, cuando encontré su mirada, y estaba segura que no me creía, pero yo tampoco me creía a mí misma—. Pero no debes mirar, mientras me quito las medias.

Con un atisbo de sonrisa en sus labios, él se alejó de mí.

Me senté, quitándome rápidamente las medias y las botas, desatando discretamente mis medias, antes de enrollarlas y meterlas dentro de mis zapatos. Me quité los guantes y, tras un breve dilema, también me quité el gorro.

Mi estómago se revolvió cuando me levanté y lo enfrenté.

—Estoy lista.

—¿Hablas en serio, entonces? ¿Realmente tienes la intención de entrar? —Su mirada recorrió mis pies descalzos.

—Siempre fuiste una mala influencia para mí. —Levanté una ceja acusatoria y puse mis manos en mis caderas.

—Alguien tiene que serlo —dijo, quitándose la chaqueta y el chaleco. No fue hasta que empezó a desatar su corbata que mi mirada se levantó lo suficiente como para notar su expresión divertida.

Desvié la mirada, sintiéndome vulnerable sin la sombra de mi sombrero para ocultar mi sonrojo.

—Creo que me mojaré los dedos de los pies. —A medida que me acercaba al agua, una ola entrante se extendió hacia mí y me subí la falda más de lo apropiado y me metí en el agua fría, justo cuando la misma se retiraba. El placer que me recorrió me resultó familiar, similar al de vadear arroyos. Otra ola se acercó y di unos cuantos pasos más cautelosos, permitiendo que el agua envolviera mis tobillos.

—Bella, entraste. —Ruth corrió hacia mí con las faldas recogidas en un brazo, y el otro balanceándose a su costado.

El agua fría de su movimiento salpicó la piel desnuda de mis brazos, haciéndome retroceder.

—Pero no entraré tan profundo como tú —dije, notando cómo el dobladillo de su vestido ya estaba empapado.

La mirada de Ruth siguió la mía hasta sus faldas recogidas.

—Se secará. —Hizo una pausa, antes de echar hacia atrás el pie y patear agua en mi dirección—. Al igual que el tuyo.

Jadeé cuando el agua hizo contacto con mi piel por segunda vez y mi cuerpo se puso rígido.

—No deberías haber hecho eso. —Las manos de Ruth se levantaron a modo de disculpa, pero mi sonrisa me traicionó—. Puede que no tenga práctica, pero sabes que alguna vez pude remar con los mejores.

Recogiendo mis faldas en un brazo, me incliné y salpiqué el agua que se alejaba en su dirección. Un chillido de alegría me llegó, mientras el agua que ella enviaba iba hacia mí.

—¿Dónde están mis refuerzos? —llamé a los demás, mirándolos.

La señorita Whitmore y Sarah me acompañaron, gustosas. Los gritos y risitas sonaron a nuestro alrededor, los míos intercalados con los de ellas.

Las risas de los hombres desde la orilla llamaron mi atención y miré para encontrar a Augustus y al señor Treynor, mirándonos con expresiones divertidas.

—¿Seguramente, no se quedarán ahí parados y verán cómo me derrotan? —los llamé.

Augustus se dirigió hacia nosotras, pero cuando se acercó lo suficiente, concentré mi ataque contra él.

—Traidora —dijo, levantando las manos para protegerse de mis escasos intentos.

A medida que se acercaba, me moví más profundamente para evitar que me detuviera, la parte inferior de mis faldas ahora colgaba flácida en el agua.

—Bella —me llamó Augustus, señalando detrás de mí, y pensé que quería causar una distracción, cuando una fría pared de agua golpeó contra mí con tanta fuerza que me hizo perder el equilibrio. El impulso me empujó hacia él, y Augustus extendió la mano, a tiempo, para tomar mi mano, mientras yo caía de rodillas. Me quedé sin aliento, cuando el agua fría se movió sobre mi espalda y bajo mis piernas, pero Augustus me levantó justo a tiempo, evitando una inmersión total.

El remordimiento era evidente en su rostro cuando me tomó de los brazos y me levantó.

—Yo... —Sus palabras se apagaron, mientras ambos miramos mi vestido empapado que se pegaba a mi cuerpo y la tela de muselina blanca incrustada con arena—. Lo siento mucho.

Su disculpa evocó un torbellino de recuerdos de nuestra juventud: él siempre pidiendo perdón por algo que me había convencido de hacer en contra de mi buen juicio. Sin previo aviso, se me escapó una carcajada.

—¿Bella? —preguntó Augustus, sonando más preocupado por mi risa que consolado.

Una confirmación de mi estado de alegría me atravesó.

—Yo soy así. En realidad, ¡estoy más que bien!

—¿Y te das cuenta que estás empapada de la cintura para abajo? —Una sonrisa apareció en un lado de su boca.

Asentí, hundiendo los dedos de los pies en los gruesos granos de arena, bajo mis pies, mientras otra ola presionaba contra mí.

—Y no me he sentido tan viva en años.

Volvió a mirar a los demás que estaban parados en el agua menos profunda con expresiones igualmente preocupadas.

—¡Todo está bien! —gritó—. Bella decidió que le gustaría probar a bañarse en el mar.

Sin pensarlo más, puse mi brazo bajo el agua y saqué un puñado de arena mojada y se la lancé. Le salpicó los pantalones de ante y las mangas de la camisa.

Miró el desastre que yo había causado y cuando sus ojos se posaron en los míos, estaban llenos de una travesura familiar.

Cuando se acercó a mí, mi corazón dio un vuelco y levanté una mano en señal de concesión.

—Ahora me doy cuenta que no debería haber hecho eso. —Mi risa me traicionó.

Sacudió la cabeza, mientras se acercaba, con determinación en sus rasgos.

—Ya son dos veces que me has atacado sin provocación.

Viendo que no tenía intención de ser apaciguada por mis intentos, giré para huir, pero él saltó hacia adelante, envolviendo sus brazos alrededor de mi cintura y levantándome en el aire. Cuando me dejó frente a los demás, me reía tanto que apenas podía respirar.

—Como todos ustedes fueron testigos de su traición, la llevo ante ustedes para preguntarles qué castigo se debe imponer. —Sus brazos permanecieron alrededor de mi cintura, abrazándome contra él para evitar mi escape—. ¿Opiniones? ¿Veredictos?

—Concédele misericordia —suplicó Sarah.

—Estoy de acuerdo. —Ruth sonrió y observó mis faldas empapadas—. Parece que ya ha recibido suficiente justicia.

—¡Escuchen! ¡Escuchen! —ratificó el señor Treynor.

La señorita Whitmore también tenía una sonrisa en el rostro, aunque estaba segura que no podía ser real, y ese pensamiento me reprendió. ¿Cómo me sentiría si el hombre que amo tuviera entre sus brazos a otra mujer? ¿Una mujer que me había declarado que estaba decidida a conseguir el traje de otra persona? ¿Pero todavía estaba decidida a lograr esa unión? Con Augustus tan cerca, no estaba segura de nada.

—Mira allá… —dije, intentando girar lo suficiente en sus brazos para mirarlo—. Creo que es unánime.

—No —expresó Augustus, apretándome más fuerte y haciendo que mi corazón latiera contra mi pecho—. Yo también voy a votar.

—Los perjudicados no pueden formar parte del jurado.

—¿Entonces admites que me has hecho daño? —Miró a los demás—. ¿Alguien desea retractarse de su perdón, ahora que ella ha admitido tan voluntariamente su culpabilidad? —Augustus nos giró hacia la señora Brundage—. ¿Madre? ¿Qué dices?

—Como si quisiera permitirte imponer un castigo a la pobre señorita Godwin. —Los ojos azules de la señora Brundage brillaron—. Su naturaleza es tal que no actuaría sin antes ser provocada.

La risa de Augustus vibró a través de mí.

—¿Ahora tengo que culparme por la ofensa de Bella? ¿Dónde está la lealtad?

—Está aquí —dijo Ruth, lanzando agua hacia nosotros.

Siguiendo su ejemplo, todos se unieron, lanzando agua en nuestra dirección. Solo la señora Brundage retrocedió a la orilla, riéndose desde la seguridad de la playa.

Augustus me soltó, moviéndose entre los demás y yo, mientras golpeaba el agua con tal fuerza que voló salvajemente.

La risa volvió a bailar en el aire y me quedé cerca de Augustus, permitiendo que su gran cuerpo bloqueara la mayor parte del agua que se lanzaba en nuestra dirección.

Cuando estábamos demasiado cansados para continuar y más empapados de lo que cualquiera de nosotros podría haber previsto, nos dirigimos hacia la manta tendida sobre la arena. Nosotras, las damas nos sentamos, extendimos las faldas y tapamos nuestros pies, mientras los caballeros permanecían cerca.

Me llevé la mano al cabello y no me sorprendió encontrar mi peinado torcido y varios mechones desprendidos por completo. Me dispuse a quitarme las horquillas hasta que mis rizos húmedos colgaron sueltos, a mi alrededor.

Sentí la mirada de Augustus sobre mí y, a pesar de mi mejor juicio, la encontré. Sus ojos eran tan cálidos como el sol y mi piel hormigueaba bajo su calor. Observé su cabello color arena, también desordenado por el agua y la brisa, antes de permitirme un breve vistazo a las mangas de su camisa húmedas, que se pegaban a su piel. Reflejaba un físico muy agradable, debajo de la fina capa.

Cuando volví a centrar mi atención en su hermoso rostro, él alzó una ceja. Esta vez, simplemente sonreí y le resté importancia a mi evaluación descarriada, haciéndolo reír.

—¿Qué hay más allá de esa curva? —preguntó la señorita Whitmore, robándose nuestra atención.

Miró hacia la playa, donde la costa parecía curvarse hacia adentro y desaparecer.

—Probablemente más playa —dijo Augustus, entrecerrando los ojos, ante la luz brillante.

La señorita Whitmore se levantó.

—Creo que me gustaría saberlo. —Ella miró alrededor de nuestra fiesta—. ¿Alguien querría acompañarme?

—Estoy demasiado cansada. —Ruth hizo un puchero de disculpa y se apoyó en los codos, en una posición poco femenina.

—¿Y tú, Augustus?

Mis ojos se dirigieron rápidamente a la figura de Augustus, mi pecho se contrajo al pensar en ellos vagando juntos.

Él le envió una sonrisa de complicidad que solo sirvió para aumentar mi irritación.

—Te lo agradecería mucho.

Para mi sorpresa, la señorita Whitmore me miró.

—Señorita Godwin, ¿le importaría venir con nosotros también?

Aunque deseaba ponerme de pie y asegurarme de que los dos no se aventuraran solos, ¿qué derecho tenía a reclamarles? Especialmente cuando parecían ansiosos por seguir adelante.

—Creo que estoy demasiado mojada para aventurarme a cualquier parte en este momento.

Los ojos de la señorita Whitmore se posaron en Augustus, antes de moverse frente a mí y ofrecerme una mano insistente.

—No hay nada mejor para secarse las faldas que caminar.

Bajé la ceja, completamente asombrada por su determinación. ¿Ella no quería estar a solas con Augustus?

—Ven, Bella. —La voz de Augustus era implorante, al igual que su tentadora sonrisa.

Volviendo a mirar la mano de la señorita Whitmore, todavía extendida hacia mí, la agarré y ella me ayudó a ponerme de pie.

—Sarah —dijo, mirando hacia nuestro lado—. ¿Por qué no vienes con nosotros también?

Sarah se puso de pie sin dudarlo.

—No estaremos fuera por mucho tiempo —le dijo la señorita Whitmore a la señora Brundage—. Y te ayudaré a preparar el picnic cuando regresemos.

La señora Brundage nos miró a los cuatro.

—Muy bien. Pero no se aventuren demasiado lejos.

—No olvides tu sombrero —dijo Ruth, inclinándose hacia adelante para recuperar el suyo del lugar de la manta donde lo había dejado.

Miré hacia el cielo azul sobre nosotros, la ligera brisa se movía a través de mis cabellos húmedos.

—Es un día demasiado hermoso para un sombrero. —Mis labios se separaron, pero di la vuelta para ir con los demás, antes que pudiera arrepentirme.

Asentimos con la cabeza y nos dirigimos hacia la curva de la costa.

No pasó mucho tiempo, antes que llegáramos a donde la costa sobresalía hacia adentro, y encontramos una pequeña región de muchas rocas, donde una pendiente ascendente finalmente se convirtió en un acantilado en el otro extremo.

—¡Qué adorable! —La señorita Whitmore tomó a Sarah del brazo—. Y mira, un pequeño sendero. ¿Deberíamos explorar un poco más allá?

Sarah asintió con la cabeza y las dos se apresuraron hacia un camino no identificable sin siquiera mirar atrás.

Reacia a seguirlas a través del terreno difícil de manejar, miré a Augustus, que parecía despreocupado por mantener ese ritmo.

—¿Vas?

Él sacudió la cabeza y el brillo travieso de sus ojos me detuvo.

—No estarán lejos por mucho tiempo. Ven, hablemos.

Las dos desaparecieron de la vista al otro lado de una pendiente, ambas se movían demasiado rápido. Mis labios se separaron y miré a Augustus.

—¿Planeaste esto?

Levantó las manos con las palmas hacia mí, como para demostrar su inocencia.

—Candace fue la instigadora. Y cuando se propone algo, es difícil rechazarla, especialmente cuando se trata de un momento a solas contigo.

Mi corazón se aceleró en mi pecho tan rápidamente, que no podía mantener mis pensamientos enfocados en por qué la señorita Whitmore organizaría semejante artimaña.

Augustus extendió una mano y la miré pero no me moví.

—No confío en mí misma —dije, sorprendida por mi propia admisión.

Él no bajó la mano.

—Quizás deberías.

Respiré profundamente.

—No. Todo lo que me dice mi corazón contradice lo que sé que es verdad: precisamente lo que he buscado obtener durante estos últimos años. —Y era exactamente lo que había tratado de evitar: ¡amar!

—¿No podría ser posible que tu corazón sea consciente de algo que tu mente no percibe?

Con cada latido acelerado, la esperanza latía a través de mí. ¿Tenía razón? Casi no lo sabía. Pero antes que pudiera detenerme, tomé su mano.

Me acercó más, el calor de su cuerpo provocó que un escalofrío me recorriera. No me alejé.

—¿Tienes frío? —preguntó, colocando sus cálidas manos sobre mis brazos, la suave caricia de sus dedos estaban moviéndose a lo largo de mi piel.

Sacudí la cabeza, incapaz de expresar que era su cercanía lo que causaba el temblor. Sabía exactamente lo que quería decirme, lo que yo le diría a cambio, si no podía convencerme de ser más fuerte. La idea era aterradora y, al mismo tiempo, estimulante.

Sus manos se posaron en mi cintura, dejándome sin aliento.

—Bella. —Su voz era suave y cercana—. No puedo permitir que te vayas de Fairhaven sin declararte mis sentimientos. —Hizo una pausa y soltó un suspiro tembloroso—. Te amo Bella… Siempre te he amado... Siempre...

Sus palabras removieron algo muy profundo dentro de mí y recordé la canción de Ruth. "*El amor es un corazón de rosa enterrado profundamente. Aunque todo estéril desde arriba. Aún vivo, siempre se mantendrá."* Mi amor por Augustus nunca había muerto, como tampoco lo había hecho su amor por mí, sino que simplemente había permanecido dormido durante esos ocho años, desgastado y roto sin ser culpa de nosotros. Sin embargo, ahora las raíces eran más fuertes y estaban ansiosas por convertirse en algo hermoso. Y anhelaba que volviera a crecer. Daría cualquier cosa para que esto floreciera.

Darme cuenta de esto me hizo querer reír y llorar al mismo tiempo, pero no salió ningún sonido. En cambio, levanté mis manos para descansar sobre su pecho. Su camisa todavía estaba húmeda y el ritmo de su corazón acelerado estaba al ritmo del mío. Apenas podía respirar, sabiendo lo que seguiría, pero luego levanté la barbilla, cerrando el espacio entre nuestros labios hasta que estuvieron a solo un momento de tocarse.

Sus ojos se movieron entre los míos, el aire era pesado entre nosotros. Él levantó una de sus manos y la llevó a mi cuello, su pulgar acarició mi mandíbula. La incertidumbre que me había llenado, solo unos minutos antes, se derritió por el calor de su cuerpo presionado contra el mío. Me incliné aún más cerca, hasta que compartimos nuestro propio aliento.

—¿Nunca dejaste de amarme? —susurré.

Su frente llegó a la mía.

—Nunca.

Mi pecho ahora subía y bajaba en ráfagas rápidas, mi respiración intentaba seguir el ritmo de mi corazón acelerado.

—Yo tampoco dejé de amarte nunca. —¡Qué extraña me sentí al pronunciar esas palabras! Como si finalmente el deseo de toda mi vida hubiera sido pronunciado en voz alta.

La fuerza de su mano en mi cintura se intensificó, la presión me empujó hacia adelante y arriba, donde la suavidad de sus labios envolvió los míos. Su beso fue fielmente como lo recordaba, como lo había recordado, una y otra vez, a lo largo de los años, pero de alguna manera también era superior, lleno de nuevas emociones. Con heridas y anhelos. Y un amor tierno y duradero. En ese momento, me di cuenta de cuánto había necesitado esto. Cada fibra de mi alma lo confirmó, cuando mis manos se levantaron y rodearon su cuello. A pesar de nuestra cercanía, logré acercarlo aún más, sin poder resistir más mi anhelo.

Nuestro beso se hizo más profundo y más lento, antes que Augustus, de mala gana, sacara sus labios fuera de su alcance.

—¿Quieres casarte conmigo?

Mi corazón se hinchó hasta casi estallar dentro de mí, y me di cuenta de que así es como se suponía que debía sentirse una propuesta: un entusiasmo inquebrantable mezclado con amor y deseo. Todas mis reservas y las innumerables incertidumbres parecieron disolverse al darme cuenta que no podía vivir sin Augustus. No había nada a lo que no renunciaría por estar con él.

—Sí... Me casaré contigo.

Dio un paso atrás, inclinando la cabeza hacia un lado.

—¿Hablas en serio?

—¿Debo decirlo de nuevo?

—Si tú pudieras. —Una sonrisa apareció en su expresión de asombro.

Di un paso hacia él, cerrando el espacio entre nosotros.

—Me casaré contigo, Augustus Brundage.

Él gritó de emoción y me levantó del suelo, haciéndome girar mientras ambos nos reíamos.

—Supongo que salió bien —dijo la señorita Whitmore, caminando con cautela por la pendiente con Sarah todavía a su lado.

Augustus me bajó al suelo, reflejando una sonrisa triunfante en su rostro.

—Para mi gran alivio, así es. Bella ha aceptado casarse conmigo.

Los ojos de Sarah se abrieron como platos.

—¿Realmente?

—Sí —dije, inclinándome y rodeando la cintura de Augustus con mis brazos—. A pesar de mi buen juicio, me ha persuadido para que lo acepte.

Augustus se rió de nuevo y me acercó para darme un beso en la cabeza.

—Haré lo que sea necesario.

Sarah soltó el brazo de la señorita Whitmore y corrió el resto del camino hasta donde estábamos, envolviéndome en un abrazo.

—No puedo creer que realmente te tenga como hermana.

—Y yo te… —La apreté con fuerza cuando la señorita Whitmore se acercó. Ella sonrió con una calidez que me asombró. Yo era muy consciente de cuánta práctica se necesitaba para ocultar completamente las emociones, pero ella logró parecer sinceramente feliz por nosotros.

—¡Qué noticias tan maravillosas! —Se inclinó para darme un beso en la mejilla, mientras Sarah se acercaba para abrazar a su hermano—. Augustus te ha amado desde que lo conocí. Me alegra saber que ha encontrado tanta felicidad.

Anhelaba a la señorita Whitmore.

—Gracias. Espero que tú también encuentres la felicidad.

—Sí. —Ella tomó mis manos—. Quizás esto sea justo lo que me ayudará en mi propia búsqueda.

Pensé en estar de acuerdo con ella, en decirle que una clausura era a menudo lo más

necesario para guiarnos hacia otro camino más prometedor, pero me pareció demasiado trivial decirlo. En lugar de eso, simplemente le devolví la sonrisa y le ofrecí una silenciosa esperanza que encontraría a alguien que pudiera amarla como Augustus me amaba a mí, porque nadie lo merecía tanto como ella.

—Felicitaciones, Augustus. —La señorita Whitmore se puso delante de él—. Parece que finalmente has logrado el deseo de tu corazón.

—Y, en parte, te lo agradezco a ti. —Augustus tomó su mano y compartieron una mirada de complicidad—. Gracias.

La señorita Whitmore le ofreció una leve sonrisa, le dio un suave apretón en la mano y la soltó.

—Creo que deberíamos ir a contárselo a los demás. Estarán muy ansiosos por escuchar las noticias.

* * *

El carruaje se balanceó y miré por la ventana a Augustus, que montaba su caballo con tanta dignidad que no podía apartar los ojos de él.

—No puedo creer que vayas a casarte —dijo Ruth, por décima vez desde que devolvimos a la señorita Whitmore a Safford Park y nos despedimos del señor Treynor—. Y no puedo creer que no estuviera allí cuando te lo pidió.

—No es que Candace y yo estuviéramos allí para presenciarlo —confirmó Sarah.

—Pero estuviste allí justo después. Además, dijiste que podías verlos desde donde tú y Candace estaban esperando. —Ruth resopló

Me miré las manos, mortificada al pensar lo que Sarah y la señorita Whitmore probablemente habrían visto, si esa fuera la verdad. No era de extrañar que su regreso se hubiera producido inmediatamente después de la propuesta de Augustus.

—No es que los hayamos observado —dijo Sarah—. Al menos no una vez... bueno, una vez que estuvimos seguras que las cosas iban bien.

Podía sentir el calor instalándose en mi cuello y cara.

—¿Has pensado en cuándo se llevará a cabo la boda? —preguntó la señora Brundage, cambiando generosamente de tema.

Ahora, ella estaba sentada en el banco a mi lado, y encontré su mirada.

—No. Augustus desea hablar con mi padre, antes de anunciar nuestro compromiso, y… — Mi voz se apagó, mientras pensaba en todas las otras dificultades insuperables que tendríamos que enfrentar, como que todavía necesitaba informar a Augustus que mi madre ni siquiera estaba al tanto de mi presencia en Fairhaven. Suspiré—. Bueno, hay mucho que considerar.

La señora Brundage asintió en señal de comprensión.

—Sé que tus padres te permitieron ir a Fairhaven. —Sus ojos se posaron en Ruth—. Pero con todo lo que ha pasado entre nuestras familias, ¿crees que otorgarán su bendición al matrimonio?

Mi estómago se apretó. También necesitaba decirle la verdad a la señora Brundage. Pero todavía no podía hacerlo.

—Espero que lo hagan... A tiempo. —No pude evitar la duda en mi voz.

La señora Brundage puso una mano sobre la mía.

—Bueno, te apoyaremos en lo que necesites.

Sonreí ante su amabilidad. Y por alguna razón, tal vez repentinamente consciente de cuánto ella había renunciado para casarse con el señor Brundage, sentí un mayor respeto por ella.

¿Tendría que hacer lo mismo para estar con Augustus? ¿Renunciar a mi familia? ¿Mi herencia? ¿Sociedad? Apenas había pensado en las posibles consecuencias de aceptar a Augustus, cuando estaba tan decidida en mi plan para obtener la propuesta de Lord Thorton. Rechacé mis preocupaciones, me comprometí a lidiar con ellas, cuando surgiera la necesidad y, en cambio, me aferré a la felicidad que había sentido antes. Augustus y yo nos casaríamos. Una pequeña sonrisa apareció en mis labios. Sí. Eso era suficiente.

El carruaje giró y subió por el camino de Fairhaven.

La señora Brundage miró por la ventana.

—¿Quién está aquí?

Me incliné hacia adelante y vislumbré un carruaje de viaje encantador, pero afortunadamente desconocido.

—No he visto nada parecido.

El rostro de la señora Brundage se iluminó.

—Me pregunto si es mi prima, Lady Leroy. Ella me escribió para decirme que pronto viajaría a esta parte del país y que deseaba visitarme. Y es el carruaje más grandioso que yo creo que ella posee. —Las manos de la señora Brundage se llevaron el pelo despeinado—. Pero qué día para elegir una visita sin previo aviso.

Me incliné para ajustarle unas horquillas en el pelo y el carruaje se detuvo.

—Afortunadamente no te aventuraste tan lejos como el resto de nosotras. Por allá... —Retrocedí para asegurarme de haber hecho un trabajo adecuado—. ¡Estás preciosa!

Y ella estaba bien. A pesar de su cabello alborotado por el viento y sus mejillas bañadas por el sol, parecía lo suficientemente encantadora como para recibir incluso a la pariente más distinguida.

Ella apretó mi mano en señal de gratitud.

—Y en cuanto a nosotras tres —dije, mirando entre Ruth y Sarah—. Nos dirigiremos directamente a nuestras habitaciones.

Ellas asintieron con la cabeza, cuando la puerta del carruaje se abrió.

—¿De quién es ese carruaje? —preguntó Augustus con una voz brusca.

—Creo que es de Lady Leroy. —La señora Brundage tomó la mano de su hijo y le permitió ayudarla, mientras salía.

Augustus fijó su atención en mí al ayudar a Sarah y a Ruth en su descenso.

—No necesitas parecer tan preocupado. —Le envié una sonrisa juguetona, aceptando su mano—. No es el conductor de mi familia. Además, todavía no estaré en Branbury hasta dentro de una semana.

Su mirada volvió al carruaje, aunque la preocupación en su frente disminuyó.

—¡Oh, cielos! Realmente desearía que Lady Leroy hubiera escrito de antemano. —La señora Brundage se pasó las manos por las faldas de su vestido—. Supongo que no debería importar, ya que ella es familia, pero debería haber preferido un poco de tiempo para prepararme. —Miró a Ruth y Sarah—. Chicas, sigan el ejemplo de la señorita Godwin y únanse a mí, cuando estén listas.

Observé a la señora Brundage subir las escaleras y luego me dirigí hacia Augustus.

—Será mejor que nosotros también nos pongamos en camino. No será tarea fácil ponernos presentables en un período de tiempo adecuado.

Augustus examinó mis mechones dorados que colgaban salvajemente a mi alrededor. Suavemente, agarró un rizo, sus dedos rozaron mi cuello y mi brazo, mientras lo dejaba moverse entre sus manos.

—Creo que te ves hermosa, exactamente así.

Me puse de puntillas para darle un beso rápido en la mejilla.

—Y esa es una de las razones por las que te amo.

Ruth y Sarah se rieron a mi lado y rápidamente tomé sus manos y las guié hacia adelante. La puerta principal estaba entreabierta y la abrí muy lentamente, dejándolas entrar delante de mí y haciéndoles señas para que subieran. Acababa de cerrar la puerta detrás de mí, cuando una voz desde el salón llegó a mis oídos.

Se me heló la sangre.

¡Madre!

Capítulo dieciocho

—¿Ella no está contigo? —La voz de mi madre resonó en el vestíbulo de entrada y traté de convencer a mis pies que avanzaran, pero no se movían.

—Bueno, sí… Pero, ella desea cambiarse primero. —La desesperación en la voz de la señora Brundage fue evidente, cuando ambas mujeres entraron al vestíbulo y sus miradas se posaron en mí.

La furia en el rostro de mi madre casi me consumió hasta convertirme en cenizas, al darse cuenta de mi apariencia desaliñada y mi cabello suelto.

—Madre. —Mi voz era muy débil e instintivamente todo mi cuerpo se puso rígido, preparándome para su ira. Aunque la misma no llegó.

En lugar de eso, ella soltó un profundo suspiro y forzó a sus labios a formar una sonrisa severa.

—Arabella, querida. —Su voz era demasiado dulce y me pregunté si le importaría causar una buena impresión a la señora Brundage—. Hemos venido a buscarte.

¿Buscarme? ¿Con quién... papá? Antes que pudiera preguntarle lo que quería decir, Lord Thorton y su madre salieron del salón. La expresión curiosa de la condesa se transformó en alarma, cuando sus ojos se posaron en mí, pero Lord Thorton pareció completamente divertido por mi apariencia.

Mis piernas se balancearon debajo de mí y extendí una mano para agarrarme de la barandilla, asegurándome de no caer al suelo, e intensificar mi estado de mortificación.

—Lady Thorton. Lord Thorton, ¡qué sorpresa tan inesperada!

—Pedimos disculpas por eso —dijo Lord Thorton—. Pero cuando usted no llegó ayer, como se esperaba, quedamos en ir a buscarla para asegurarnos que no pasaba nada. —Dudó y su mirada se deslizó hacia la señora Brundage—. Aunque no nos dimos cuenta de hasta dónde nos llevaría tal empresa, en ese momento, ya que solo teníamos la intención de llegar hasta la propiedad de los Leavitt.

Me quedé allí en silencio, incapaz de formar un pensamiento coherente.

Seguro que este momento no podía volverse más insoportable, la puerta principal se abrió y Augustus entró. La sonrisa en su rostro se desvaneció, cuando me vio. En un instante, estuvo a mi lado, con su mano en mi cintura.

—¿Bella? ¿Qué es?

—Augustus. —La firmeza en la voz de la señora Brundage distrajo su atención de mí, y cuando su mirada se posó en el ceño de odio de mi madre, su cuerpo se puso rígido—. ¿Recuerdas a Lady Godwin? —dijo la señora Brundage, rogándole que disminuyera el tono de voz.

Él parpadeó.

—Sí, claro. —Bajó los brazos para ofrecer una estrecha reverencia.

—¡Cuánto has crecido! —dijo mi madre, y me pregunté si todos podrían percibir el toque de aborrecimiento en su tono tan bien como yo—. ¿Puedo presentarles a la condesa de Thorton y a su hijo, el conde de Thorton? —Hizo un gesto con el brazo rígido hacia Augustus—. Este es el señor Brundage. Un viejo amigo de nuestra familia.

Lady Thorton y su hijo asintieron parcialmente, y Augustus hizo otra tensa reverencia a cambio.

—Es un placer… Espero que no nos hayan estado esperando por mucho tiempo.

—Casi una hora —aclaró Lady Thorton, evidentemente sin sentido del humor, a diferencia de su hijo.

—¡Oh, madre! —Lord Thorton ofreció una de sus sonrisas contagiosas—. Actúas como si acompañarme fuera un asunto intolerable, de hecho. —Él me miró—. Hace tres días que no estoy en casa, y ella ya se ha cansado de mi compañía.

Forcé mis labios en una especie de sonrisa, pero a Lady Thorton no le pareció que sus palabras fueran divertidas.

—No es de ti de quien me he cansado, querido, sino de esta cacería que hemos soportado para localizar a la señorita Godwin. —Cuando Lady Thorton soltó un suspiro agitado, sentí la mirada de Augustus sobre mí, pero no pude enfrentarla—. Con los invitados que llegarán en los próximos días, apenas tuve tiempo para semejante tarea.

Mis labios se abrieron para ofrecer algún tipo de explicación, pero no pude emitir ningún sonido.

—Bueno, no retrasaremos nuestra expulsión ni un momento más de lo necesario. —Mi madre se acercó a mí con determinación. Se interpuso entre Augustus y yo, su mano llegó a mi espalda y me empujó hacia las escaleras—. Vayamos a ver si tus baúles están listos, Arabella.

Sin otra opción, subí las escaleras a su lado.

La mirada de mi madre se clavó en mí, y supe que estaba esperando hasta que estuviéramos fuera del alcance del oído para atacarme.

—Niña tonta —susurró, cuando comenzamos nuestro camino por el pasillo—. Es muy posible que hayas arruinado cualquier esperanza de un encuentro entre Lord Thorton y tú. ¡No sé cómo podremos corregir este error!

—Entonces, no lo intentemos. —No tuve el coraje de mirarla—. ¡Quiero quedarme aquí! En Fairhaven… con Augustus.

Los dedos afilados de mi madre agarraron mi brazo y me hicieron girar hacia ella.

—Te imaginas enamorada de Augustus, ¿cierto?

Me encontré con su mirada, intentando no acobardarme bajo la fuerza de ella.

—No me creo enamorada… Estoy enamorada y él también me ama.

Los ojos de mi madre se movieron entre los míos, antes que su agarre en mi brazo disminuyera repentinamente.

—¡Oh! Arabella. —Ella sacudió su cabeza—. ¿De quién estás enamorada?

Tragué, sabiendo muy bien lo que quería decir.

La mirada de mi madre revoloteó hacia mi cabello rebelde.

—Le has permitido al señor Brundage pensar que todavía eres la chica que conoció hace tanto tiempo, ¿no es así?

A pesar que temblaba, levanté la barbilla.

—No… Tú eres más tonta que eso. Has llegado a creer en tu propio engaño. —Mi madre se acercó y el dulce aroma del agua de rosas dominó mis sentidos—. ¿Has olvidado lo que se necesita para convertirte en un diamante de la sociedad? ¿Qué aspectos de tu yo anterior te vi obligado a sacrificar? —Su cabeza se movió hacia un lado, mientras me evaluaba—. Me pregunto qué pensará el señor Brundage de ti, después de presenciar tu talento para hacer llorar a una dama con un comentario bien hecho. ¿O las tácticas que has implementado para lograr que los hombres se enamoren perdidamente de ti, y te ofrezcan todo, incluido su corazón, antes que decidas que no los quieres?

Me quedé quieta, imaginando la expresión de Augustus, cuando descubriera quién era yo

realmente. La admiración que creía sentir por mí se convertiría en decepción... en amargura. Era como si estuviera parado a mi lado, tan real que se sentía, y vi cómo el amor se desvanecía de sus ojos. Mi cabeza daba vueltas y sentí que podría estar enferma. No podría amarme una vez que supiera la verdad. Solo había seguido amándome porque no era consciente de la mujer en la que me había convertido. Aquella que lo había manipulado en cada interacción. Con cada sonrisa. Y con cada toque. Casi me desplomé bajo el peso de la culpa.

—Ah. —Una sonrisa de complicidad apareció en los labios de mi madre—. Parece que el señor Brundage ha sucumbido, ante esas técnicas perfeccionadas. No es de extrañar que tú le hayas hecho creer que siente más por ti de lo que realmente siente.

Una lágrima se escapó por mi mejilla y la sequé.

Mi madre bajó su mano hasta que se posó sobre la mía.

—Alguien como Augustus Brundage merece una mujer genuina y sincera, que sea capaz de amarlo sin engaños. Aquella que sea capaz de obtener su amor sin falsificarlo.

O una mujer que daría cualquier cosa por verlo feliz.

Mis pensamientos se dirigieron a la señorita Whitmore y su bondad. Augustus merecía una dama como ella. Alguien que fuera desinteresada, amable y auténtica. Una que no le mintiera porque era demasiado difícil decir la verdad. Mi corazón se rompió, cuando finalmente acepté la verdad, que había estado ignorando todo el tiempo.

¡Augustus no debería amar a alguien como yo! Más lágrimas rodaron por mis mejillas.

Mi madre se llevó ambas manos a mi cara y sus pulgares dispersaron la evidencia de mis malas acciones.

—Y tú, Arabella, mereces un hombre que pueda darte la vida a la que estás acostumbrada. ¡Una vida de privilegios y respeto! Estás destinada a ser una dama distinguida, no una dama expulsada de la sociedad, debido a un matrimonio inadecuado. —Ella hizo una pausa—. No desperdicies todo lo que has trabajado tan duro para lograr por alguien que ignora quién eres realmente. Alguien a quien le rompería el corazón descubrir la verdad. Porque lo que tú has hecho no se puede deshacer.

Ella tenía razón. Después de demasiado tiempo permitiendo que mi corazón me guiara mal, obligué a mi mente a retomar el lugar que le correspondía. Se me escapó un suspiro tembloroso.

—Fui una tonta, madre. Pero arreglaré esto.

—Por supuesto que lo harás. —La postura de mi madre se relajó un poco, sin embargo, luego levantó un dedo para señalarme—. Y no creas que tú te has liberado de explicar cómo se produjo toda esta debacle. Si tuviéramos más tiempo y mis nervios no estuvieran agotados, te lo exigiría ahora mismo. Tal como están las cosas, primero le escribiré a tu padre para pedirle cuentas. Estoy seguro que tuvo algo que ver con esto. ¡Maldito hombre!

—Fui…

—Y no asumas la culpa por él. Eres astuta, pero no tanto como para poder lograr esto sin el conocimiento de tu padre. —Madre colocó un brazo detrás de mí, empujándome hacia adelante nuevamente.

Sin decir una palabra, la llevé a mi habitación, donde Leah se apresuraba a reunir los últimos artículos para colocarlos en mis baúles.

—¿Aún no has terminado? —preguntó mi madre a Leah, mirando con disgusto la pequeña habitación.

—Simplemente, ya lo hice, milady. —Leah mantuvo sus ojos en el suelo.

—Entonces, informaré a los sirvientes que se lleven los baúles de inmediato. —Se detuvo, evaluando mi vestido con mala cara—. Y ayuda a Arabella a ponerse algo adecuado. Parece

terriblemente ridícula en ese estado.

Leah hizo una reverencia, reconociendo su autoridad.

Cuando mamá salió, miré a mi alrededor, examinando la acogedora habitación, deseando que no fuera el momento de abandonarla.

—¿Señorita…? —Leah se arrodilló junto a mi baúl.

—Perdóneme. No escuché su pregunta.

—¿Qué vestido prefiere? ¿Un vestido de viaje o de día?

—Mi vestido de viaje azul si está accesible.

Leah rebuscó en el baúl, sacando el vestido que elegí, así como algo de ropa interior necesaria, antes de levantarse y avanzar hacia mí. Aunque mantuvo la mirada baja, el enrojecimiento de una de sus mejillas llamó mi atención.

—¿Qué pasa, Leah?

—No es nada, señorita. —Ella levantó una mano para cubrir una marca roja. Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Mi madre te hizo esto?

El silencio de Leah lo confirmó.

Se me secó la garganta al saber que la culpa era mía.

—Lo siento mucho —susurré.

—Déjeme ayudarla a cambiarse. —Leah respiró estremecida.

Mientras se movía para colocar las prendas sobre la cama, vi mi cuerpo terriblemente ridículo en el espejo del tocador. Augustus acababa de asegurarme que me veía hermosa tal como era, pero mi cabello enredado y alborotado y mi cara bronceada eran testimonio de lo que mamá había dicho. Augustus no estaba enamorado de mí, sino de la dama que creía que era, una que apenas reconocí en mi reflejo.

* * *

Con un vestido limpio y un sombrero para cubrir mi peinado apresuradamente arreglado, bajé las escaleras para ir con los demás. Mi corazón casi vaciló, cuando estaba fuera del umbral del salón, pero con un último aliento reconfortante, encontré el coraje para cruzar con piernas temblorosas.

El lugar quedó en silencio, cuando entré, pero no dejé que mi mirada se apartara de la de mi madre.

—Estoy lista.

—¿Realmente te vas, entonces? —preguntó Ruth, poniéndose de pie.

—Sí. —No fue tarea fácil ocultar mi total decepción al contemplar su rostro lleno de tristeza —. Pero te escribiré muy pronto.

Ruth hizo un puchero y su mirada parpadeó detrás de mí.

—Pero, ¿qué pasa con Augustus y...? —La señora Brundage puso una mano en advertencia sobre el hombro de Ruth y, para mi gran alivio, Ruth se mordió la lengua.

—Sí —dije, enviando una sonrisa forzada hacia donde estaba Augustus, mirándome con los ojos entrecerrados y los brazos cruzados sobre el pecho—. Me gustaría despedirme también... del señor Brundage. —Sintiendo que Lord Thorton nos observaba, hice una pequeña reverencia—. Gracias por todo, señor.

Augustus sacudió sutilmente la cabeza como única respuesta, y rápidamente le di la espalda, incapaz de soportar el desencanto en sus ojos. Si hubiera mantenido la distancia, podría haber evitado su dolor y el mío. ¡Qué tonta fui! Al menos ahora Augustus no quedaría atrapado en un

matrimonio en el que pronto llegaría a despreciarme.

—Bien, entonces. —Lady Thorton se puso de pie—. Sigamos nuestro camino. —Se detuvo brevemente, ante la señora Brundage, con el rostro carente de emoción—. Gracias por su hospitalidad.

La señora Brundage asintió en señal de reconocimiento.

—El placer fue nuestro.

Ocupando el lugar que Lady Thorton acababa de dejar, mi madre miró a la señora Brundage.

—Y gracias por cuidar de Arabella, cuando los Leavitt ya no pudieron acogerla.

La señora Brundage frunció el ceño y miró a Lady Thorton, que esperaba impaciente junto a la puerta de entrada.

—Por supuesto. —Sus palabras llegaron vacilantes—. Estábamos complacidos de tenerla aquí.

Mi madre me tendió el brazo, ordenándome que avanzara.

—Ven, Arabella.

Incapaz de mirar las caras que me observaban por miedo a que mi corazón estallara de vergüenza, me acerqué a mi madre y la seguí hasta la puerta, detrás de Lady Thorton. Lord Thorton entró detrás de nosotras.

Mientras nos dirigíamos hacia el carruaje, la luz del sol era ahora nauseabundamente brillante y el calor resultaba muy desagradable. Aliviada de encontrar a Leah, ya colocada en el palco del conductor, bajé la cabeza, permitiendo que mi sombrero bloqueara la vista del mundo.

—¡Adiós! —gritó Ruth desde la puerta.

Incapaz de resistirme, miré por encima del hombro y encontré a Ruth y a la señora Brundage en las escaleras de la entrada. La mano agitada de Ruth cayó para secarse los ojos y mi corazón se contrajo.

Lord Thorton me ofreció su mano.

—¿Puedo ayudarle?

Miré de su mano a nuestras madres, que ya estaban sentadas en el carruaje, y de nuevo a Ruth.

—Perdóneme. Solo necesito un momento.

Él asintió y se posicionó para esperar mi regreso.

Subiendo apresuradamente las escaleras, no dudé en rodear el cuello de Ruth con mis brazos con todo el fervor de amor que pude reunir.

—¡Oh, amiga mía! Cómo te extrañaré…

—Y yo te… —me sollozó en el oído, agradeciendo mi tierno abrazo.

La señora Brundage mostraba una sonrisa triste en el rostro.

—Cuídate, mi querida muchacha.

—Gracias por todo. Espero que sepas… —Mis palabras se fueron apagando, incapaz de encontrar ninguna razón aceptable para que perdonara mi comportamiento, y mucho menos las consecuencias del mismo.

—Lo sé… —La señora Brundage apretó mi mano entre las suyas.

Mi mirada se posó en el vestíbulo vacío detrás de ellas y mi corazón se hundió.

—Dile a Sarah que yo también la extrañaré. —Tragué—. Y dile a Augustus… —Una lágrima se escapó por mi mejilla y rápidamente la sequé—. Solo dile que espero que encuentre una mujer que lo merezca. ¡Y cuánto lo siento!

Las comisuras de los labios de la señora Brundage se curvaron hacia abajo, pero asintió en

señal de acuerdo.

—Arabella, querida. —La voz de mi madre se hizo añicos a través de mi vacilación—. ¡Date prisa!

Con una última mirada al sitio donde mi corazón traicionero me aseguraba que estaría Augustus, me tragué mi decepción y regresé con Lord Thorton.

—Perdona mi retraso. Yo... —Intenté pensar en una excusa que no me hiciera parecer como una tonta, sentimental y tan débil.

—Necesitabas una despedida adecuada —dijo con una expresión de comprensión en su rostro. Me sonrió, tendiéndome la mano—. Puedo entender eso…

Por otro lado, Lady Thorton parecía muy enfadada, cuando me senté en el asiento orientado hacia atrás del carruaje junto a mi madre.

—Todavía no entiendo dónde se produjo la falta de comunicación. —Su consideración pasó de mi madre a mí, mientras su hijo se sentaba en el banco, junto a ella. El carruaje arrancó.

Los ojos de mi madre se dirigieron hacia mí, haciéndome saber que tenía la intención de responder.

—Según lo que he pensado, creo que simplemente se produjeron demasiados cambios de último momento al mismo tiempo. —Ella levantó un poco los hombros, mientras el carruaje avanzaba—. Acababa de regresar a Londres, cuando recibí su misiva, preguntándome si Arabella y yo podíamos reunirnos con usted temprano en Branbury Court... Aunque envié cartas tanto a Arabella como al señor Leavitt, detallando nuestros nuevos planes, obviamente esas cartas no llegaron a tiempo… Tampoco me llegó… antes de mi partida… la carta del señor Leavitt, comunicando el traslado de Arabella a Fairhaven, que estoy segura fue escrita por él. —Madre negó con la cabeza—. El momento es bastante extraño.

El carruaje se balanceó al tomar la carretera principal, y miré por la ventana a Fairhaven. No me había dado cuenta del cariño que le tenía al lugar hasta que desapareció de mi vista, y supe que probablemente nunca lo volvería a ver. Levanté una mano para cubrir el dolor en mi corazón, que amenazaba con consumirme.

—¿Y por qué usted no acompañó a los Leavitt a la costa? —La pregunta de Lady Thorton estaba dirigida a mí, sacándome de mi angustia—. Parece muy inusual que un familiar te ubique en otro lugar sin obtener primero el consentimiento de tus padres.

Sentí que mi madre se ponía rígida a mi lado y supe exactamente lo que se esperaba de mí. Enderecé mis hombros caídos y encontré la mirada de Lady Thorton.

—Con el rápido deterioro de la salud de la señora Leavitt, el señor Leavitt pensó que lo mejor sería perdonar mi naturaleza sensible. Regresarme a Londres no parecía ideal, sabiendo que simplemente llegaría a tiempo para hacer el viaje de regreso a Branbury.

—Pero, ¿por qué los Brundage? —La cabeza de Lady Thorton se inclinó hacia un lado.

—Bueno… —Mi madre se inclinó hacia adelante para interrumpirme.

Lady Thorton levantó una mano para silenciar a mamá, manteniendo su atención fija en mí. Reprimí mi sorpresa ante la demostración de poder de Lady Thorton sobre mi madre.

—Su ubicación es ideal, al estar tan cerca de la finca de los Leavitt, pero sobre todo porque la sobrina de los Brundage, Ruth, es mi amiga más querida, mientras crecí en Bath. —Mi mirada se dirigió a mi madre. No permitiría que me quitara a Ruth. No, ¡esta vez, no!—. Mi madre siempre la ha querido mucho, así que supongo que al señor Leavitt le pareció una solución natural.

Los labios de mi madre se tensaron en una especie de mueca de sonrisa.

—Ruth siempre fue una chica encantadora. —El brillo en sus ojos me informó que estaba

tramando algo—. Aunque su pasado es muy desafortunado.

Sacudí ligeramente la cabeza, deseando que ella se detuviera.

Soltó un suspiro exagerado y su mirada desafiante volvió a Lady Thorton.

—¿Recuerda el caso Seton que ocurrió hace ocho años?

Lady Thorton miró a su hijo, quien sacudió la cabeza.

—¡No lo creo!

—La verdad es que todo fue bastante trágico. Los Seton, los padres de Ruth, murieron en el dormitorio del señor Seton. La corte forense dictaminó que se trataba de asesinato y auto homicidio, a manos del padre de Ruth.

—¡Oh, cielos! —susurró Lady Thorton, levantando una mano para cubrirse la boca—. ¡Pobrecita!

Miré a Lady Thorton, esperando haber discernido correctamente sus sentimientos al respecto.

—Fue terrible lo que sucedió. Y estoy segura que usted puede imaginar lo que eso podría afectar a la reputación de su hija... Mis padres se dieron cuenta que no era culpa de Ruth, por lo que nos permitieron mantener nuestra relación todos estos años. —Miré a mi madre y extendí la mano para tomarla en una falsa muestra de sinceridad—. Me siento muy bendecida de tener una madre como ella.

Mi madre se enderezó. Su mano estaba apretada en un puño debajo de la mía.

—Soy yo quien está agradecida por una hija tan obediente.

Lady Thorton asintió pensativamente.

—¿Por qué no nos lo dijo antes, Lady Godwin?

Puse mi mano nuevamente en mi regazo.

—¡Oh! Ella es demasiado modesta para alardear de sus propios elogios.

Lady Thorton levantó la barbilla con decisión.

—Bueno, creo que es muy noble de su parte, Lady Godwin. —Su mirada se encontró con la mía—. Y espero que fugarme con usted de esta manera no haya puesto en peligro su relación de ninguna manera… Habríamos sido más cautelosos si hubiésemos conocido los detalles.

Consciente que había logrado mi objetivo, me obligué a sonreír en mis labios reacios.

—Le agradezco su sentimiento y le escribiré a Ruth para asegurarme que todo esté bien. Pero ella es la persona más amable que conozco y probablemente no lo pensará dos veces. —Miré a Lord Thorton, pero él me vio con tal consideración que volví a mirar a su madre—. Espero que usted sepa cuánto lamento esta debacle. Especialmente cuando tiene tanto que hacer para prepararse para otros invitados.

Lady Thorton vaciló solo un momento, antes que su postura se relajara ligeramente.

—Bueno, ya está hecho, así que no hablemos más de ello.

Madre y yo asentimos en señal de comprensión.

—¡Oh! También me han dicho que tu amiga, Lady Beatrice Hancock y su compañera se unirán a nosotros después de todo.

—¿La señorita Marianne Browning?

Lady Thorton alzó ligeramente los hombros.

—Creo que ese es su nombre.

—Me alegraré de verlas. —Y en parte, era la verdad. La inquietante mirada de desencanto en los ojos de Augustus me atravesaba cada vez que mis pensamientos volvían a él, y anhelaba algo que me distrajera del dolor, que me ayudara a olvidar la angustia que le había causado. Quizás Lady Beatrice y la señorita Browning me ayudarían a reconstruir algo parecido a lo que

había sido mi vida, antes de ir a Fairhaven.

Capítulo diecinueve

Tiré de la aguja de mi bordado. Sin embargo, mis pensamientos estaban a millas de distancia, en Fairhaven.

—Señorita Godwin.

Cuando levanté la mirada, Lady Beatrice tenía una expresión exasperada.

—¿Qué?

Lady Beatriz negó con la cabeza.

—¿No escuchó nada de lo que dije?

Dejé caer mi labor de costura en mi regazo.

—Perdóneme. Estaba perdida en mis pensamientos.

Lady Beatrice y Miss Browning compartieron una mirada de complicidad, antes que Lady Beatrice colocara una mano rígida sobre la mía.

—Usted no ha sido la misma desde nuestra llegada. ¿Cuál es el problema?

—Nada en absoluto.

Lady Beatrice examinó mi expresión enmascarada y retiró su mano.

—Pregunté si se dio cuenta que la señorita Hutchison llevaba ese mismo vestido del día, hace dos días.

Miré a la señorita Hutchison, que estaba sentada, leyendo sola y contenta. Su vestido de color rosado claro apenas me resultaba familiar.

—Parece feliz con su apariencia y probablemente no le importe mucho nuestra opinión.

Lady Beatrice asintió, como si mi declaración hubiera demostrado de alguna manera su punto. Ella bajó aún más la voz.

—Escuché a su madre hablando con algunas de las otras damas. Aparentemente, la lectura incesante de la señorita Hutchison se ha convertido en todo un problema, ya que no habla más que de libros.

Solté un suspiro lento.

—Y, sin embargo, no puedo evitar pensar que esa conversación probablemente sea más estimulante que la mayoría.

Los ojos de Lady Beatrice se dirigieron hacia ella, para nada afectados por mi declaración.

—Bueno, ella nunca encontrará un marido con un comportamiento tan desfavorable. Ningún hombre quiere una esposa que lea.

Miré mi bordado, intentando ocultar mi irritación.

—Esa es toda una generalización.

—Nombra a un hombre que usted conozca que prefiera a una mujer así.

Busqué en mis pensamientos.

—Quizás el señor Morland.

Lady Beatrice apretó los labios.

—Supongo que sí, pero el señor Morland es un tonto, así que no cuenta. ¿Qué piensas, Marianne? —miró Lady Beatrice hacia su amiga, aparentemente necesitando una opinión más firme.

La señorita Browning levantó rápidamente la mirada.

—Mi padre casi se niega a enseñarnos a leer por si acaso le tomábamos demasiado cariño a la lectura.

Lady Beatrice asintió, como si esa admisión hubiera demostrado de algún modo su punto.

—Es una suerte para mí que ella no tiene ningún título, porque no la encontraré sentada cerca de mí durante la cena. ¡Jamás toleraré esa actitud de aburrimiento!

No podía quedarme sentada ni un momento más y permitirles que siguieran así. Colocando mi muestra en el sofá, a mi lado, miré a la señorita Hutchison.

—Discúlpame… —Varias damas levantaron la vista de sus costuras—. Señorita Hutchison, ¿cierto?

La joven levantó la vista de las páginas de su libro con una expresión insegura en su rostro.

—Lo soy…

—Me preguntaba si te importaría estar con nosotras un rato. Estábamos hablando de lo cautivador que parece tu libro y esperamos que estés dispuesta a contárnoslo. —Le sonreí dulcemente.

Ella parecía un poco cautelosa ante la invitación.

—Estaré encantada de unirme a ustedes. —Se puso de pie, dirigiéndose hacia nosotras.

Lady Beatrice me frunció el ceño y le hizo un gesto a la señorita Browning para que se retirara, y así la señorita Hutchison tomaría el asiento más alejado de ella en el sofá.

Extendí mi mano hacia su libro, mientras ella se acercaba.

—*Evelina* —leí el titulo en voz alta, revisando la portada antes de devolvérselo—. ¿Y tú dices que es bueno?

Ella me quitó el libro y lo apretó contra su pecho.

—Es mejor que bueno.

Le hice un gesto para que tomara asiento.

—¿No nos lo contarás? Me temo que necesitamos diversión desesperadamente.

Con solo una mirada vacilante hacia Lady Beatrice, comenzó su discurso. La señorita Hutchison habló de la entrada de una joven heroína en la sociedad, acerca de la naturaleza inocente de Evelina, que la llevó a estar en ridículo constantemente, y de sus errores hilarantes. Mis pensamientos volvieron a Ruth, una y otra vez, mientras ella hablaba, y no pude evitar reírme y preocuparme, ante las explicaciones de la señorita Hutchison.

—¿Pero qué pasó con Lord Orville? —preguntó Lady Beatrice, aparentemente olvidando su desinterés.

—No he leído lo suficiente como para saberlo. —La señorita Hutchison se encogió de hombros.

—Nos lo dirás cuando hayas terminado, ¿no? —suspiró soñadoramente la señorita Browning.

—Por supuesto que lo haré. —La señorita Hutchison se levantó y me miró—. Gracias por invitarme a esta reunión, señorita Godwin.

La sinceridad de sus palabras conmovió mi corazón, y me di cuenta que me sentía más de mi misma, en ese momento, de lo que me había sentido en días. Aunque mi madre se enojaría por mi error social de relacionarme con una extraña, pensé en Augustus. Quizás él sí se sentiría orgulloso de mí por usar su influencia para levantar a otro pretendiente. No es que un acto tan pequeño fuera a cambiar la escala de las malas acciones.

—Gracias por compartir la historia con nosotras, señorita Hutchison.

—Supongo que si todos los libros fueran tan entretenidos como ese, no me opondría tanto a leer. —Lady Beatrice soltó un tarareo pensativo y yo no pude ocultar mi alegría por mi pequeño éxito—. Estoy segura que la señorita Hutchison podría brindarte recomendaciones del mismo calibre.

Lady Beatrice levantó la barbilla.

—¿Cuándo regresarán los caballeros? Pensé que iba a haber un picnic.

—Creo que el picnic está programado para el jueves.

Lady Beatrice lanzó un suspiro exagerado.

—¿Podemos al menos salir a dar una vuelta por el terreno? Me siento tan encerrada.

Sin dudarlo un momento, me levanté.

—Eso suena ideal. ¿Vamos?

El aire fresco me envolvió, mientras salíamos. Cerré los ojos y levanté la cara hacia el sol.

—Usted no quiere tener pecas, ¿cierto? —Lady Beatrice me miró con una expresión extraña.

—Si eso significa que mi piel puede sentir el calor de una tarde de verano, no me importaría en absoluto.

Lady Beatrice se ajustó más el sombrero bajo la barbilla, como si mi sola sugerencia pudiera provocarle pecas.

La risa estruendosa de Lord Thorton nos hizo dar la vuelta. Un grupo de más de una docena de caballeros caminaba hacia nosotros desde los establos.

—¿Salen a dar un paseo? —Lord Thorton se desvió de los demás caballeros, acercándose a nosotras.

Le hice una pequeña reverencia.

—Sí. El día es demasiado bueno para quedarse en casa.

Él miró a su alrededor.

—¿Puedo acompañarlas?

Lady Beatrice y la señorita Browning asintieron con la cabeza y yo ofrecí una sonrisa vacilante.

—Por favor, acepte. —Extendió su brazo hacia mí y la tomé.

—¿Disfrutó su paseo matutino?

—Sí. Algunos de los hombres deseaban ver los límites de la propiedad de Branbury, por lo que tomó un poco más de tiempo de lo que había planeado originalmente.

—No pensé que lo vería hasta la cena, así que es una agradable sorpresa.

Él estaba evaluando mi temperamento

—¿Lo es?

—Por supuesto —ratifiqué, sintiendo ese pinchazo de culpa tan familiar.

—Bueno, me alegra oírlo de usted.

Seguimos a Lady Beatrice y a la señorita Browning en relativo silencio hasta los grandes jardines situados detrás de la casa.

—Señorita Godwin, no puedo evitar preguntarle si algo anda mal.

—De ninguna manera.

Detuvo sus pasos, haciendo que yo también parara.

—Y sin embargo, estoy perplejo ante usted.

—No estoy segura de lo que quiere decir. —Mi pecho se apretó.

Una sonrisa apareció en sus labios.

—Estoy tratando de encontrarle sentido a esto, aunque estoy pasando por un momento difícil. —Exhaló un profundo suspiro—. Cuando vinimos a buscarla a Fairhaven, no esperaba encontrarla tan...

—¿Despeinada?

Su risa estalló, haciendo que Lady Beatrice y la señorita Browning nos miraran por encima

del hombro.

—Supongo que es parte de eso… Aún así me alegro de haberla visto en tal estado. Ese día usted removió algo dentro de mí y anhelo volver a sentirlo.

Fue entonces cuando noté el brillo inusual en sus ojos. ¡Esto no podía ser! No quería falsas expectativas en mi pareja matrimonial.

—Y pensé que buscaba a una dama impecablemente educada, milord.

—Sí... A una dama impecablemente entrenada y con una chispa.

Aparté la mirada, permitiendo que mi sombrero ocultara mi expresión de dolor. La chispa de la que habló Lord Thorton había sido encendida por otro hombre, que nunca volvería a mi vida. Estaba segura que él nunca sería la causa de esa chispa.

—Señorita Godwin, ¿puedo hablarle con franqueza?

—¿No es eso lo que usted está haciendo? —pregunté, soltando una risa detrás de mis palabras para suavizarlas.

—Sí, supongo que sí.

Respiré para calmarme y fijé la mirada en Lady Beatrice y la señorita Browning, quienes estaban varios pasos delante de nosotros.

—Pero, por supuesto, continúe.

—Es evidente que nuestras madres están decididas a vernos casados.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—Sí. Creo que lo están.

—Y por lo que sé de usted y de su colección de propuestas rechazadas, su pasado no es tan diferente al mío. La única variación parece ser la forma en que nos rebelamos. Me niego a ofrecerme a las mujeres que mi madre intenta arrojarme, mientras que usted se niega a aceptar a los hombres que su madre le envía.

El razonamiento de Lord Thorton era tan bueno como cualquiera que yo misma pudiera concebir, y mucho más preferible a la verdad que había llegado a comprender en la playa: realmente, mi amor por Augustus era la verdadera razón detrás de cada negativa. Sin embargo, Augustus ya no podía ser mi razón.

—Y, sin embargo, parece que usted tiene la ventaja. —Forcé una sonrisa juguetona—. Nadie sabe con qué frecuencia usted desobedece los deseos de su madre, mientras todo el Beau Monde susurra mis faltas.

—Y es precisamente por eso que nunca la he juzgado por su reputación. Siempre supuse que éramos similares, en ese sentido.

—¿Sí? —¿Por qué la admisión fue tan dolorosa? Lord Thorton y yo éramos una pareja adecuada, y lo había sabido desde el principio.

—Y es también por eso que creo que ambos deberíamos acordar bajar la guardia y llegar a conocernos. Quizás pronto descubramos que somos tan compatibles como nuestras madres creen que somos —lo dijo con una expresión de dudas.

Me encontré con la mirada de Lord Thorton, negándome a dejar que mis pensamientos se dirigieran a Augustus. Lord Thorton no solo era mi última opción viable, sino también era un hombre comparable a mí. ¡Ya no podía esperar más! Y aunque deseaba razonar con él, convenciéndolo que ambos seríamos más felices, si no dejáramos que las emociones nos guiaran en nuestra unión, finalmente, no pude apagar el atisbo de esperanza que él vislumbraba. Si una esperanza vacía es lo que hacía falta para obtener su propuesta, entonces, que así fuera. Era mejor enfrentar su eventual insatisfacción que la de Augustus, ya que por lo que había oído sobre la reputación de Lord Thorton, él no dudaría en encontrar deleite, en otro lugar, una vez que se

cansara de mí, mientras Augustus permanecería leal en su miseria.

—Creo que podría estar de acuerdo con eso.

* * *

Eché un vistazo a los elaborados muebles de caoba de la habitación rosada. La cama era casi el doble del tamaño de la de Fairhaven con grandes postes en las esquinas que parecían llegar hasta el techo. Las paredes eran de un profundo tono burdeos, y los retratos enmarcados en oro llamaban la atención. Incluso el diván con su tela de rayas escarlatas y sus ribetes dorados, junto a la chimenea, era exquisito. Todo era tan elegante, pero de alguna manera se sentía... inhóspito.

Leah se acercó a mi lado.

—¿Necesita algo más, señorita?

—No. —Miré mi reflejo preparado, intentando reunir algún tipo de placer por lo guapa que me habían hecho lucir. Sin embargo, la imagen que vi fue la expresión de Augustus, cuando me miró esa primera noche en Fairhaven al usar este mismo vestido. Saqué el pensamiento de mi mente. Augustus estaba mucho mejor sin mí.

Un golpe seco resonó en la habitación y Leah me lanzó una mirada inquieta.

—Quizás sea Lady Beatrice. —Esa falsa esperanza era evidente en mi tono.

Leah asintió y se dirigió a la puerta, abriéndola lo suficiente para ver afuera.

Mi madre pasó tan rápido que Leah se vio obligada a dar un paso atrás para evitar que la puerta la golpeara.

—Arabella, debo hablar contigo.

Mis ojos se dirigieron a Leah. Aunque temía quedarme sola con mi madre, no podía permitir que Leah volviera a quedar atrapada en el fuego cruzado.

—Leah, ¿puede ir a ver a la doncella de Lady Beatrice para contarle la receta que estábamos discutiendo? ¿El ungüento labial de rosas?

Leah asintió con la cabeza, ante mi excusa creada apresuradamente, hizo una reverencia, y se retiró.

Me concentré en el espejo de cuerpo entero, intentando transmitir una sensación de compostura, a pesar de mi corazón acelerado y las palmas húmedas debajo de mis guantes.

—¿De qué deseas hablarme?

—De muchas cosas… —Ella hizo una pausa—. Al fin recibí una carta de tu padre.

Mi pecho se contrajo y, aunque traté de permanecer impasible, no pude evitar mirar ese reflejo.

—¡Ah! ¿Creías que te había perdonado tu engaño? —Madre se puso detrás de mí, concentrándose en nuestro reflejo. Colocó sus manos sobre mis hombros, inclinándose cerca de una oreja—. Yo no lo he…

Tragué, buscando el coraje para decirle que tenía mi propia investigación que hacer sobre su amenaza a Ruth. Pero el coraje no llegó.

—Y aunque disfruto verte retorcerte bajo el peso de tu propia conciencia, me temo que no hay tiempo, antes de la cena para tu confesión. —Mi madre dejó caer las manos—. En lugar de eso, he venido a preguntarte por qué no has recibido todavía la propuesta de Lord Thorton.

Levanté la barbilla sin querer contarle mis intentos poco entusiastas de bajar la guardia para que Lord Thorton pudiera llegar a conocerme.

—Apenas llevamos una semana en Branbury.

—Sin embargo, lo conoces desde hace más tiempo que la mayoría de los hombres, que se han ofrecido por ti.

—Lord Thorton no parece tan ansioso como otros hombres por contraer matrimonio, pero te aseguro que estoy haciendo todo lo que me enseñaste a hacer para asegurarlo.

—Entonces, ¿por qué se habla debajo de las escaleras que me hace preguntarme qué tan minucioso es el trabajo que estás haciendo? Porque por muy tontos que sean los caballeros, incluso ellos pueden reconocer cuando los pensamientos y afectos de una dama están comprometidos en otra cosa.

El aire se sintió espeso cuando inspiré.

—¿Se habla de esas cosas entre los sirvientes?

—Además de ti y de mí, solo hubo otras tres personas que presenciaron tu locura: Lady Thorton, Lord Thorton y tu criada.

—Leah no difundiría tal historia.

Madre entrecerró los ojos, como si pudiera sentir mi error al no mantener el necesario distanciamiento hacia mi sirvienta.

—No creo que haya sido tu criada, ya que le dejé bastante claro cuáles serían las consecuencias, si me traicionara nuevamente. Y Lady Thorton, gracias al Cielo, aparentemente ha decidido pasar por alto tu imprudencia, y continúa esperando el próximo compromiso. ¿Lo que nos deja...? —Su expectante voz se apagó.

—Lord Thorton —susurré.

—Precisamente… Probablemente sus preocupaciones fueron compartidas con su ayuda de cámara, quien procedió a compartirlas con el resto de los sirvientes. Ellos son criaturas viles en su necesidad de chismear.

—Una sola mención de una preocupación no significa que haya perdido el interés, madre.

Mi madre me tomó los brazos y las puntas de los dedos se clavaron en la delicada piel que había debajo.

—El interés no nos lleva a ninguna parte, Arabella. Debes convencerlo de tu devoción, porque no estoy segura si podré soportar otra de tus decepciones.

Respiré temblorosamente, distinguiendo la amenaza en su tono y la angustia que causaba. Y de repente me di cuenta de que haría cualquier cosa para liberarme de mi madre y de su cruel control en mi vida.

—Lo haré, madre —dije con mucha firmeza—. Convenceré a Lord Thorton.

Ella sacó mis brazos de su agarre y se miró al espejo, pasando sus manos por la seda esmeralda de su vestido y reajustando su collar a juego.

—Ahora ve. —Ella movió su muñeca hacia la puerta—. La cena se anunciará en veinte minutos y tienes mucho que lograr.

Sin una palabra de protesta, salí de la habitación, frotándome los puntos sensibles de mis brazos, mientras bajaba las escaleras. *“Pronto estaré libre de mamá”* fue mi grito de guerra, mientras miraba alrededor del salón. La mirada expectante de Lord Thorton se encontró con la mía. No hubo más demoras. Le demostraría que mis afectos eran suyos y solo suyos. No importaba que mi corazón se contrajera, ante mi resolución, porque cuanto antes pudiera cumplir con su propuesta, sería mejor. Me acerqué a Lord Thorton con determinación.

—Señorita Godwin. —Se alejó del grupo de caballeros con el que había estado hablando e hizo una reverencia, enviándome la sonrisa que una vez hizo que todo mi ser se iluminara de orgullo—. Usted se ve absolutamente deslumbrante esta noche.

Hice una breve reverencia y me concentre en sus ojos, mientras lo escudriñaba.

—Gracias milord. Fácilmente podría decir lo mismo de usted.

Él soltó una carcajada y sentí que varias miradas se dirigían hacia nosotros.

—Creo que me gustaría oírlo de tus labios. Continúa por favor.

Mis mejillas se calentaron ante su afrenta, pero me acerqué y le revelé que apreciaba su aliento. O al menos eso parecía.

—¿Quizás podríamos encontrar un momento después… cuando no haya tantos oídos atentos a escuchar mis elogios?

Una sonrisa traviesa apareció en sus labios.

—He estado deseando robar un momento, en privado con usted, así que suena delicioso. —Miró detrás de mí—. Y hablando de delicias, el último de nuestro grupo llegó hace poco más de una hora.

Ladeé la cabeza, intentando recordar cuáles de los invitados faltaban. No pude pensar en nadie.

—Recuérdeme a quién estábamos esperando.

Movió la cabeza y seguí su línea de visión justo por encima de mi hombro. Mi corazón se detuvo con un ruido sordo.

—¿Augustus?

La expresión severa de Augustus me evaluó momentáneamente, antes de ofrecer una rígida reverencia.

—Señorita Godwin.

No importa cuánto lo deseara, no podía apartar la vista de aquella mirada que reflejaba mi traición.

Lord Thorton dio un paso más hacia mí, inclinándose hasta que pude sentir su aliento en mi oreja.

—Espero que no le importe que sea tan atrevido, pero pensé sorprenderte con el gesto.

Parpadeé varias veces, como si estuviera imaginando todo el asunto. Sin embargo, Augustus no desapareció.

Miré hacia Lord Thorton, esperando encontrar malicia o rencor en su expresión. Aunque, no encontré nada más que curiosidad.

—¡Qué inesperado! Milord. —Mi voz salió ronca y me aclaré la garganta.

—La señorita Seton también está aquí.

—¿Ruth está aquí? —Miré a mi alrededor presa del pánico, esperando que ninguna de las damas hubiera llegado a ella primero. Se la comerían viva en esta manada de criaturas venenosas.

—Ella está cenando en su habitación. —Lord Thorton puso una mano ligera en mi espalda, dirigiéndome hacia donde estaba Augustus—. ¿Es cierto, señor Brundage?

—Sí, ella no creía que pudiera estar lista a tiempo para unirse a nosotros, pero podrá socializar después de la cena —asintió Augustus enérgicamente.

Tragué, sintiendo que ambos hombres me miraban.

—Tengo muchas ganas de verla. Apenas me he sentido como yo misma desde nuestro apresurado adiós.

Lord Thorton esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Me alegro de su felicidad, señorita Godwin. —Miró hacia la entrada, donde su madre estaba mirándolo—. Si ambos me disculpan un momento. Creo que me necesitan.

Mis labios se abrieron, anhelando protestar y reclamarle por haberme dejado a solas con Augustus, pero Lord Thorton se alejó, antes que yo pudiera ofrecer una excusa. Miré a mi alrededor, observando los rostros familiares, ninguno de los cuales parecía tener especial interés en Augustus y en mí.

—¿Qué estás haciendo? —siseé.

—¿Como si fuera yo quien te debiera una explicación? —Su mandíbula se aflojó.

—¿Deseas una explicación? —Levanté la barbilla, deseando que la misma no temblara—. Cometí un error al aceptar tu propuesta. Nunca podría funcionar entre nosotros. Será mejor para ambos, si encontramos una situación más adecuada.

Las palabras eran verdades a medias, pero no le daría más argumentos.

—Puedo ver que no has perdido el tiempo.

Respiré para calmarme, no deseando llamar la atención innecesariamente.

—Sabías de mis intenciones, así que no me hagas ver como una especie de tentadora intrigante que te atrajo sin tu consentimiento.

Su ira se reflejó en mí.

—Perdóname, si estoy haciendo que seas algo que tú no eres.

—Piensa lo que quieras. No me importa. —Las lágrimas brotaron de mis ojos.

—Déjame decirte lo que pienso y podrás decidir si importa o no. —La fuerza de su mirada me taladró—. ¡Estás asustada, Bella!

Miré hacia Lord Thorton para asegurarme que su atención todavía estaba en otra parte.

—¿Y de qué tengo miedo?

—¿Además de tu madre? Temes casarte por debajo de las expectativas que se te imponen. Temes una degradación de tu posición social. —Él levantó una ceja con complicidad—. Pero más que todo eso, diría que lo que más temes es a ser amada.

—¡Esto es ridículo!

—¿Lo es? Entonces, ¿por qué has rechazado a todos los que se han ofrecido por ti?

—Eso no es de tu incumbencia. —Tragué.

—Teniendo en cuenta que ahora soy uno de esos hombres, creo que lo es.

Examiné el salón, decidiendo qué podía decir para apaciguarlo sin revelar la verdad: ninguno de los otros era como él. Y, sin embargo, yo no lo merecía a él. Levanté un hombro casualmente.

—Cuando llegaba el momento de aceptar, simplemente nunca me sentía bien.

—¿Ni siquiera conmigo? —Un músculo de su mandíbula se flexionó.

Me dolía el corazón y no podía sacar la mentira de mis labios.

—Este no es el momento de discutir tal cosa.

—Parece que contigo nunca es un buen momento para discutir temas difíciles.

Sabía que se refería a mi madre y que le oculté a ella mi estancia en Fairhaven, pero, ¿de qué serviría reconocer esto o explicarle mis razonamientos? Cuanto antes se diera cuenta del tipo de persona que yo era, antes me dejaría ir.

—¿Y quién es este apuesto caballero? —Lady Beatrice se puso a mi lado seguida de la señorita Browning—. Estoy segura que no nos han presentado.

Con toda mi fuerza de voluntad, me obligué a sonreír.

—El señor Brundage es un amigo mío de hace mucho tiempo.

—Parece muy digno de mención, pero no recuerdo que me usted haya hablado de él—. Lady Beatrice lo observó con demasiado placer—. ¿Nos presentarás, señorita Godwin?

Mi cuerpo tembló por reprimir demasiadas emociones, pero miré hacia Augustus.

—Señor Brundage, ellas son Lady Beatrice y la señorita Browning.

Augustus hizo una reverencia.

—Es un placer.

Lady Beatrice hizo un generoso movimiento de su abanico para abrirlo, antes de moverlo en

un aleteo amoroso.

—Señor, se lo aseguro, el placer es mío.

Mi estómago se apretó, ante su descarada exhibición, aunque agradecí que Augustus se hubiera perdido mi conversación con Ruth y Sarah sobre lo que indicaba el rápido movimiento del abanico.

—Entonces, ¿cómo es que se conocen? —Lady Beatrice dio un paso más hacia Augustus.

—Como dijo la señorita Godwin, solo somos amigos de antaño. Nada más.

—Su prima era mi vecina en Bath. Bajará después de cenar, aunque ya se las presenté a ambas en el baile de Lord y Lady Brimhall, hace tres semanas. —Tragué.

Lady Beatrice y la señorita Browning intercambiaron una mirada inquisitiva.

—¿La señorita Ruth Seton?

—¡Oh, sí! Tu vecina. —Los ojos de Lady Beatrice se iluminaron al reconocerla.

Asentí, esperando que consideraran la conexión y por lo tanto decidieran dejar a Augustus en paz.

—Es una chica encantadora. —Lady Beatrice le sonrió dulcemente a Augustus sin ni siquiera mostrar una pizca de la repulsión, como la había mostrado esa noche—. Con preciosos ojos marrones y cabello a juego, si mal no recuerdo.

—Sí —asintió Augustus.

Lady Beatrice cerró su abanico y golpeó a Augustus en el brazo con el mismo.

—Entonces, cuéntenos. ¿Cómo era la señorita Godwin cuando era más joven? ¿Recogió tantos corazones no deseados en Bath como logró recolectar en Londres?

La mirada triste de Augustus se deslizó hacia mí.

—No que lo sepa… Pero tampoco creo que cuando la conocí estuviera decidida a coleccionar corazones.

A pesar del toque de benevolencia en la voz de Augustus, Lady Beatrice se rió y abrió los labios, como si me hubiera asestado un gran golpe.

—¡Oh, miren! —En un intento desesperado de evitar que Lady Beatrice ofreciera más opiniones sobre el asunto, dirigí la atención de los demás a Lady Thorton—. Creo que es hora de entrar a cenar. —Y para mi gran alivio, las mujeres realmente estaban empezando a ordenarse discretamente en orden de mayor rango. Lady Beatrice le envió a Augustus un pequeño puchero —. Supongo que tendremos que continuar nuestra conversación después de la cena.

—Sí, así será. —Sonreí. Primera vez que estaba tan agradecida que Augustus no tuviera un título, ya que no estaría sentado cerca de Lady Beatrice.

Capítulo veinte

—¡Bella! —Me encogí por dentro y miré hacia la puerta del salón, mientras el tono agudo de Ruth atraía la atención colectiva de las damas. Pasé el primer rato, después de cenar, vigilando atentamente la entrada con la esperanza de evitar esta precisa bienvenida, pero cuando Ruth no llegó, bajé la guardia, pensando que probablemente había optado por quedarse en su habitación a pasar la noche.

Ruth hizo un gesto tonto y corrió hacia mí, haciéndome maldecirme por no haber estado más alerta.

—¡Oh, Bella! ¡Cómo te extrañé la semana pasada!

—Me cuesta creer que estés aquí. No conocía la habitación en la que te alojabas, de lo contrario habría venido a verte antes. —Extendí mis manos para tomar las de ella, asegurándome que no me envolviera en un abrazo.

—¡Oh! Desearía que lo hubieras hecho. He estado lista durante bastante tiempo, pero no estaba segura de encontrar el coraje para bajar por mi cuenta. Afortunadamente, Leah se enteró de mi llegada y vino a saludarme. Con un poco de persuasión, aquí estoy.

Una sonrisa apareció en mis labios al escuchar la amabilidad de Leah.

—Y mira, ¡qué bonito quedó tu vestido! —Di un paso atrás para evaluarla.

Ruth se levantó la falda con una mano y agitó su vestido nuevo de un lado a otro.

—No pensé que estaría listo a tiempo, pero Augustus pagó una suma adicional para tenerlos terminados, antes de nuestra partida. Y no puedo esperar a que veas qué bien quedó el vestido de fiesta.

Miré a mi alrededor, a los rostros curiosos que observaban la exhibición de Ruth, antes de notar la mirada de mi madre, quien movió la cabeza hacia Lady Thorton, y me di cuenta de nuestro descuido.

—¿Y ya has saludado a Lady Thorton?

—No. —Los ojos de Ruth se abrieron como platos—. Ya me he equivocado, ¿no?

Me puse a su lado y le rodeé el brazo con el mío.

—Estabas emocionada de verme. Lady Thorton lo entenderá.

El cuerpo de Ruth estaba rígido, mientras la conducía hacia adelante.

—¡Oh! Pero estoy muy nerviosa.

Aunque mi estómago se apretó, ante nuestra próxima interacción, no podía permitir que Ruth sintiera mi vacilación.

—No hay necesidad de estar nerviosa. Solo recuerda lo que te enseñé.

—No puedo recordar nada en este momento, y mucho menos lo que me enseñaste. —El codo de Ruth se apretó alrededor de mi brazo y ella sacudió su cabeza—. Estoy destinada a hacer el ridículo. Simplemente, lo sé.

Mientras nos acercábamos al grupo donde estaban Lady Thorton y mi madre, bajé la voz.

—Simplemente, no hables hasta que te hablen y trata de controlar tu entusiasmo.

Ruth hizo un rápido movimiento de cabeza, justo cuando nos detuvimos frente a Lady Thorton.

Lady Thorton asintió majestuosamente en señal de reconocimiento.

—Señorita Seton. Estamos encantadas de tenerla en Branbury Court. —Presioné mi mano contra el brazo de Ruth, recordándole que no hablara hasta estar segura que Lady Thorton había

terminado—. ¿Tu tía no vino con usted? —preguntó, mirando detrás de nosotras.

Ruth negó con la cabeza.

—No, a mi tía no le gustan en lo más mínimo las fiestas en casa, ni siquiera una en un lugar tan grandioso como Branbury Court.

Reprimí una mueca de dolor, preguntándome cómo se tomaría Lady Thorton el desaire involuntario de Ruth.

—¿Y quién es su chaperona? Mi hijo no me lo dijo —asintió Lady Thorton de manera vacilante.

Ruth ladeó la cabeza y arrugó la nariz.

—¿Chaperona? Ni siquiera pensé en tal cosa, ya que nunca antes había necesitado una. Supongo que la señora Whitmore podría haber sido una especie de acompañante, mientras estuve en Londres, pero nunca me referí a ella de ese modo.

—Si no la tienes… aceptaré con gusto ese rol. —Mi madre se aclaró la garganta.

Examiné a mi madre, tratando de determinar si su oferta se hizo por falsa caridad o con un propósito más calculado en su mente.

—¡Oh! Eso sería delicioso. Gracias Lady Godwin. —Ruth dirigió su amplia sonrisa hacia mí—. ¡Qué parecidas son las dos!

La mirada de mi madre se encontró con la mía, y su sonrisa pétrea fue evidencia que el cumplido la había insultado tanto a ella como a mí.

—Es lo mínimo que puedo hacer. —Mi madre extendió una mano hacia Ruth, quien la aceptó con entusiasmo—. Arabella, ve a presentar a la señorita Seton, a algunas de las otras damas, y las encontraré a ambas para las presentaciones adecuadas, cuando regresen los caballeros.

Asentí, induciendo a Ruth con un suave tirón.

Ruth hizo una pausa y realizó una reverencia desordenada.

—Gracias de nuevo por permitirme venir a Branbury, Lady Thorton. Estoy absolutamente emocionada de estar aquí con Bella.

Mi madre me lanzó una mirada mordaz y tiré un poco más fuerte, alejando a Ruth de los divertidos susurros.

Ruth se acercó más a mí, mientras atravesábamos el salón.

—¿Estás molesta?

Había pasado los últimos quince días aconsejando a Ruth contra casi todo lo que acababa de hacer, pero cuando me encontré con su expresión preocupada no pude decirle mucho.

—No. Lo hiciste muy bien. —Hice una pausa—. Tal vez un poco exuberante, pero no te preocupes, creo que fueron solo nervios.

Ruth soltó un pequeño resoplido.

—Espero no ser una vergüenza para ti.

Me detuve para mirarla.

—Nunca podrías ser una vergüenza para mí.

Ella sonrió satisfecha.

—Hay algo que debo preguntarte. —Respiré hondo y miré a mi alrededor para asegurarme que no hubiera nadie lo suficientemente cerca como para escucharme—. ¿Augustus me desprecia ahora?

Los hombros de Ruth cayeron e inclinó la cabeza hacia un lado.

—No. Está herido y perplejo, pero estoy segura que nunca podrá despreciarte.

Mi corazón casi se rompe, ante su declaración. De algún modo parecía peor que no me

odiara por lo que había hecho. Y aunque una parte de mí ansiaba explicarle a ambos, sabía que esto no ayudaría. Estaba decidida a tomar una decisión. Augustus merecía a alguien digno de su amor.

—Y no te preocupes, Augustus ya me dijo que no debo hablar de lo que pasó entre ustedes dos.

—Él tiene razón. Eso no debe decirse... —suspiré aliviada, ante la previsión de Augustus.

—Señorita Seton, ¿cierto? —Lady Beatrice dirigió a la señorita Browning una mirada de complicidad y se acercó a nosotras.

—Lo soy. —Ruth arrugó la nariz, antes que un toque de reconocimiento iluminara sus ojos —. Nos conocimos en el baile ofrecido por Lord y Lady Brimhall, ¿no?

Lady Beatrice levantó la barbilla, como si se sintiera insultada por la sola idea que Ruth no estuviera segura de su presentación.

—Sí, aunque no tuvimos la oportunidad de hablar por mucho tiempo.

—¿Usted puede recordarme nuestros nombres?

Apreté el brazo de Ruth.

—Ella es Lady Beatrice Hancock —dije, en un tono que la instaba a recordar—. Y la señorita Browning.

—¡Oh! Por supuesto. —Había incertidumbre en la expresión de Ruth—. Lady Beatrice Hancock y la señorita Browning —pronunció los nombres lentamente, como si los estuviera memorizando—. Es un gran placer volver a verlas.

—Sí. —Lady Beatrice miró a la señorita Browning—. ¿No estábamos simplemente diciendo cuánto anhelamos conocer mejor a la señorita Seton?

La señorita Browning asintió con entusiasmo.

Apreté el puño a mi costado, demasiado consciente de la razón de Lady Beatrice para hacerse amiga de Ruth.

—¡Eso sería maravilloso! —La sinceridad en la voz de Ruth me molestó tanto como la sonrisa genuina en sus labios. ¿Por qué no podría ella ser más sabia en cuanto a las costumbres del mundo?—. Y pensar que estaba nerviosa al conocer a las amigas de Bella. ¡Qué tonta fui!

Lady Beatrice apretó los labios, claramente reprimiendo su burla.

—Ya tuvimos el privilegio de conocer a su primo, el señor Brundage. Parece un caballero de lo más agradable.

Ruth asintió con la cabeza.

—¡Oh! Él es el mejor de los hombres. No sé qué haría sin él.

—¡Qué entrañable! —Lady Beatrice dirigió a la señorita Browning otra mirada de complicidad—. Y, si me permite ser tan atrevida, ¿qué se habla de su primo?

—Bueno... yo... —La mirada de Ruth se dirigió hacia mí.

—Se... —Apreté con fuerza el brazo de Ruth, esperando que no me contradijera con los ojos perspicaces de Lady Beatrice sobre nosotras—. Se espera que se produzca un compromiso entre el señor Brundage y la señorita Whitmore. —Podía sentir la mirada de Ruth escudriñándome, pero para mi gran alivio ella no dijo nada.

—¡Qué desafortunado! —Lady Beatrice hizo un puchero.

Levanté una mano hacia Lady Beatrice.

—Usted nunca terminó de contar su visita a los Mead y cómo llegó a acortar su estadía. —Lady Beatrice hizo un gesto con la nariz a la señorita Browning, como si no pudiera molestarse en contar esa historia, una vez más.

La señorita Browning asintió levemente al darse cuenta de su rol.

—La zorra, la señorita Gilbert, tenía parientes convenientemente a menos de tres millas de los Mead, y decidió quedarse con ellos durante el verano. Aunque el señor Mead les juró a sus padres que no lo sabía, estaba demasiado ansioso por aceptar las excusas aparentemente inocentes de la señorita Gilbert para encontrarse, mientras ella estaba cerca. Al cabo de quince días, él se había ofrecido a ella.

Incliné la cabeza y volví a mirar a Lady Beatrice.

—Lamento mucho saber cómo llegó a pasar todo.

Lady Beatrice levantó la muñeca.

—Usted sabe bien que los hombres como el señor Mead son distracciones divertidas y nada más. Al igual que usted, nunca podría conformarme con un hombre sin título, a pesar de su fortuna.

La boca de Ruth se abrió, obviamente tomándolo como un insulto personal.

—¿Distracciones divertidas?

—Ella habla de mis propuestas anteriores, ¡eso es todo! —Sacudí sutilmente la cabeza, deseando que Lady Beatrice se mordiera la lengua.

Ruth miró entre nosotras.

—Simplemente no creo que se deba rechazar a una persona porque carece de un título o de una fortuna.

Lady Beatrice sonrió, pero la señorita Browning le dirigió una mirada comprensiva.

—Y sin embargo, así son las cosas.

—Señorita Seton. —Mi madre se puso a mi lado—. Los señores han terminado de tomar su oporto. Ven conmigo y haré las presentaciones.

—Muy bien.

Saludé con un gesto de despedida a Lady Beatrice y a la señorita Browning, y me acerqué a ellas. Sin embargo, mi madre extendió una mano para detenerme.

—Puedes quedarte aquí.

—Pero estoy segura que Ruth se sentirá más cómoda si estoy contigo.

—Y estoy segura que tienes una tarea propia que cumplir.

No me moví, sin saber si deseaba desafiar a mi madre por algo tan trivial como las presentaciones.

La mirada mordaz de mi madre se suavizó, cuando se dirigió a Ruth.

—Ven querida. Te devolveré a Arabella en cuanto terminemos.

Ruth obedientemente me soltó el brazo, lanzándome una mirada de disculpa, mientras mi madre la conducía hacia adelante sin mí. En lugar de insistir en mi despido, escudriñé entre los hombres que entraban en el salón, buscando el cabello castaño arenoso y la hermosa sonrisa de Augustus.

Pero… ¡Eso no debía importarme! En lugar de eso, me concentré en Lord Thorton, que se había detenido a hablar con su madre. No sentí nada cuando lo miré, aunque eso era exactamente lo que necesitaba. Y ahora estaba más segura de eso que nunca. El desencanto que había visto en los ojos de Augustus, en nuestras dos últimas interacciones, fue suficiente para perseguirme toda la vida, pero contemplar enfrentarlo todos los días durante el resto de mi vida, era demasiado para soportar. ¡No! Un matrimonio de conveniencia con Lord Thorton era mi única opción.

—¿Cómo es posible que la señorita Seton y su primo hayan llegado a Branbury? —preguntó Lady Beatrice, siguiendo a Ruth con la mirada.

Miré hacia Ruth y encontré a Augustus a su lado. Mientras que mi madre no parecía muy contenta con su intrusión en las presentaciones. A él no parecía importarle. Di la vuelta, antes

que mi risa pudiera surgir.

—Lord Thorton los invitó.

—Pero, ¿con qué fin?

Me encogí de hombros, sin querer expresar mi conjetura.

Lady Beatrice examinó la expresión pensativa de su amiga.

—¿Qué pasa Marianne?

La señorita Browning vaciló.

—Siento que conozco el nombre de Seton, pero parece que no puedo ubicarlo. ¿Dijo que era su vecina en Bath, señorita Godwin?

Asentí lentamente, pensando si debería confesar el pasado de Ruth, antes que la señorita Browning lo recordara por sí misma.

—Sus padres murieron hace ocho años. Fue una situación bastante trágica.

Los ojos de la señorita Browning se abrieron con horror al darse cuenta de la realidad.

—¿Esos eran los padres de la señorita Seton?

Lady Beatrice miró la expresión de asombro de la señorita Browning y luego a mí.

—¿Qué ocurrió?

Me aseguré que Ruth y Augustus todavía estuvieran al otro lado del salón, frente a nosotras.

—La corte determinó que el señor Seton mató a su esposa y luego se suicidó. —Lady Beatrice se llevó una mano a la boca, mientras yo avanzaba a toda prisa—, pero hay evidencia reciente que sugiere que no fue así.

Las dos damas compartieron una mirada de recelo.

—El caso pronto será expuesto en el Tribunal de la Cancillería, y es muy probable que la decisión inicial sea revocada.

—¿Qué es lo que las tiene tan cautivadas? —preguntó Lord Thorton, poniéndose a mi lado con el señor Green y el señor Oliver detrás de él.

Lady Beatrice sacó su abanico y le dio un suave movimiento.

—Estábamos hablando de la señorita Seton.

—¿Y qué hay de la señorita Seton? —Lord Thorton se acercó a mí, dándole espacio a sus amigos.

—Les estaba explicando un poco de su pasado y las dificultades que ha soportado.

La consideración de Lord Thorton recayó en Ruth, quien le estaba ofreciendo a Lord Hancock una incómoda reverencia, bajo la atenta mirada de mi madre.

—Para superar un pasado tan trágico, seguro que tiene muchos ánimos.

Los cinco se rieron y, aunque mi pecho se calentó de indignación, me obligué a esbozar una sonrisa.

—Sin embargo, ¿quién podría culparla? —Sus risas burlonas se detuvieron, esperando mi revelación—. Quien va a heredar una fortuna tan grande puede darse el lujo de preocuparse menos por las opiniones de los demás.

—¿Ella es una heredera? —preguntó Lady Beatrice, pareciendo bastante sorprendida por la noticia.

Hice una pausa para decidir hasta qué punto era aceptable exagerar la verdad para proteger a una amiga, y en parte a mí misma de la burla.

—Aún no es oficial, pero probablemente lo será pronto. Después de todo, su padre era un hombre de inmensa riqueza.

Las miradas compartidas de asombro me dijeron que tal vez había ido demasiado lejos.

La mirada del señor Green se detuvo en Ruth durante un largo momento.

—Incluso sin una fortuna, la señorita Seton parece una dama que vale la pena conocer.

Mi corazón se alegró, ante su reconocimiento, y me censuré por haber pensado alguna vez que el señor Green no era digno de mi atención.

—Te lo aseguro, sí lo es.

* * *

A pesar de lo avanzado de la hora, mi madre insistió en acompañarme a mi habitación, antes de acostarme. Cuando la puerta estuvo asegurada detrás de nosotras, ella volteó hacia mí.

—¿Sabías de su llegada?

No había forma de fingir ignorancia sobre lo qué estaba hablando.

—No… Lord Thorton me aclaró que deseaba que fuera una sorpresa.

—¡Cielos! ¿Por qué llamó a este hombre…? —Sus palabras se apagaron, antes que su mirada penetrante volviera a mí—. ¡Es una prueba!

Tragué. Sus palabras confirmaron mis propios temores.

—Parece que Lord Thorton no es tan tonto como el resto de su sexo. —Ella soltó una bocanada de aire—. Debes demostrarle dónde reside tu devoción.

A pesar de la constricción en mi pecho, enderecé los hombros.

—Pero, ¿qué pasa si él no me corresponde? —El palpable aborrecimiento de mi madre casi me silenció, aunque ahora que había comenzado, me negué a acobardarme—. ¿No merece también Lord Thorton una esposa que lo prefiera a él por encima de todos los demás hombres?

Mi madre se burló de mí.

—¡No! Tampoco deberás ser tan tonta como para esperar lo mismo de él… El matrimonio es una unión económica con un poco más. Siempre y cuando hagas lo que se espera de ti como esposa, y seas discreta en todo lo demás, harás de Lord Thorton una pareja equitativa.

Mi estómago se revolvió, ante su insinuación, y negué con la cabeza.

—El matrimonio puede ser más que eso.

La risa de mi madre me ofendió.

—¿Todavía te crees enamorada de ese hombre despreciable y sin título, el señor Brundage?

El resentimiento corría por mis venas, pero sabía que mi desafío no solo serviría para empeorar mis propias consecuencias, sino también las de Ruth y Augustus.

—No… Estaba equivocada en mis sentimientos hacia el señor Brundage. Así como me equivoqué con los demás señores que animé, antes que él.

—No me mientas, Arabella. Yo fui quien te enseñó el arte del engaño.

Apreté los dientes al recordar su rol en todo esto, convirtiéndome en alguien indigna del amor de Augustus.

—Si esperas la verdad de mí, entonces te haré cumplir ese mismo estándar.

—Arabella…

—Explícame por qué me permitiste creer durante años que Ruth y Augustus me habían olvidado.

—Eso fue necesario. —Mi madre levantó la barbilla.

—¿Igual que tu amenaza a Ruth, supongo?

—No sabes nada. Y, sin embargo, te mantienes firme en tu superioridad moral, sin darte cuenta que hace mucho que ella se ha derrumbado bajo tus pies.

—Amenazaste con arruinar a una niña inocente. —Mi voz tembló y maldije mi debilidad.

Mamá no respondió durante algún tiempo y mantuvo los ojos fijos en mí.

—Una amenaza que aparentemente necesita ser restablecida.

Aunque mis piernas temblaban debajo de mí, me aferré a mi menguante coraje.

—Ya no tienes ningún poder sobre ella. Les he contado a los demás sobre su pasado.

—¿Qué les has dicho? ¿Que el padre de Ruth le quitó la vida a su madre y luego la suya?

El aburrimiento en su voz me provocó un escalofrío.

—¿Qué es lo que sabes?

—¿Qué pasaría si te dijera que las muertes de los Seton no fueron cometidas por la mano del padre de Ruth?

—Ya se han reunido pruebas que respaldan esa misma conclusión. Probablemente ya las están revisando en el Tribunal de la Cancillería. —Levanté la barbilla.

La frente de mi madre se arqueó.

—¿Y qué conclusión están buscando?

Se me hizo un nudo en la garganta y me pregunté si debería decírselo.

—Solo que no pudo haber sido el señor Seton quien cometió el crimen. —El suspiro de alivio de mi madre llenó el espacio entre nosotras, y yo apoyé una mano en la pared para sostener mis piernas inestables—. ¿Sabes quién cometió los asesinatos? —susurré.

—Lamentablemente, lo sé.

Sacudí la cabeza y me alejé un paso de ella.

—¿Por qué no le dijiste a las autoridades?

—La vida no es tan sencilla.

Mi cabeza palpitaba, intentando entender a qué se refería. ¿Tuvo mi madre algo que ver con sus muertes? ¿O papá estuvo involucrado?

—Y digamos que a nadie le haría ningún bien que se revelara la verdad ahora, especialmente a Ruth.

—Me has mentido antes para que cumpla contigo. ¿Por qué no lo harías ahora? —Mi voz era débil y llena de dudas.

—Quizás deberías preguntarle a tu padre cuando llegue el fin de semana. Él comprendió la sabiduría de este ocultamiento. Y aunque cometió un gran error al permitirte ir a Fairhaven, estoy segura que una vez más se mantiene firme en su resolución.

Mi coraje disminuyó, pero presioné por última vez.

—¡Dime quién los mató!

—No. —Mi madre dejó escapar un profundo suspiro—. A pesar de lo que crees, me importa protegerte.

Sonó un ligero golpe en la puerta y ambas nos quedamos quietas.

Los ojos de mi madre se entrecerraron.

—¿No vas a contestar? —Aunque su voz era suave, su tono era premonitorio—. Tengo mucha curiosidad por ver quién estaría de visita a estas horas, ya que aún no has llamado a tu criada.

Ofrecí una oración silenciosa para que Augustus no fuera tan tonto como para visitar mi dormitorio, y abrí la puerta lo suficiente para ver afuera.

Ruth allí parada, con la luz de las velas bailando en la oscuridad, no podría haber sido más bienvenida.

—Ruth… ¿Qué quieres?

—Oh, Bella, me temo que no puedo dormir.

Extendí mi propia vela para iluminarla más completamente y noté que todavía llevaba su vestido.

—¿Lo has intentado?

Ella sacudió su cabeza.

—No. Pero estoy tan segura que no podré hacerlo. Mi habitación es muy grande y oscura, y estaba temblando, mientras estaba sola buscando el timbre para llamar a mi sirvienta. La mera idea de intentar dormir en tal estado... —Se mordió el labio—. ¿Puedo quedarme contigo?

Miré por encima del hombro a mamá. La ausencia de la luz de las velas la ensombreció, dejándome sin saber qué debía decir. No podía arriesgarme a que Ruth se convirtiera en blanco de la irritación de mi madre.

Mi madre agarró la vela y la arrancó de mis manos a regañadientes, revelándose a Ruth.

—¡Oh, perdóneme! —Ruth se llevó una mano a la boca y nos miró—. No me había dado cuenta que usted estaba aquí, Lady Godwin. Puedo volver más tarde… o tal vez simplemente esperar aquí hasta que usted termine de hablar.

Mi madre se obligó a dibujar una sonrisa en los labios.

—Creo que ya hemos discutido suficiente por una noche. —Agarró mi vela y salió por la puerta, deteniéndose junto a Ruth—. ¡Qué placer tenerte aquí! —La falsa sinceridad en la voz de mi madre casi me engaña.

—Y estoy muy agradecida de estar aquí. —Ruth le devolvió la sonrisa sin reservas—. Y gracias de nuevo por su amabilidad hoy… Espero que actuar como mi acompañante no sea una carga demasiado grande para usted.

—De ninguna manera. Estoy segura que el acuerdo resultará muy ventajoso. —Mi madre me miró—. ¿No estás de acuerdo, Arabella?

No contesté.

Mi madre nos dio la espalda.

—Que duermas bien —me dijo por encima del hombro, mientras la oscuridad se dispersaba de su figura en retirada.

Respiré temblorosamente y le hice un gesto a Ruth para que ingresara a la habitación.

—Entra... Leah también puede ayudarte a prepararte para ir a la cama. —Me detuve, tirando de la palanca de la campana ornamental para informarle a Leah que la necesitaban.

—¡Ah! ¿Eso es? —Ruth acercó la vela al círculo de bronce del que sobresalía un pequeño mango a un lado—. ¡Qué tonta fui! Lo que buscaba en mi habitación era una campana, no una palanca.

Saqué otra vela, se la llevé a su mano, y esperé a que la mecha se encendiera. Mi mano todavía temblaba, pero afortunadamente la luz parpadeante la ocultó.

—¿Disfrutaste tu velada? —pregunté, desesperada por dejar de pensar en mi encuentro con mi madre.

—Supongo que sí… Al menos una vez mis nervios se calmaron un poco.

—¿Y qué pensaste del señor Green? —Parecía tener un interés particular en ella, después de la presentación.

—¿Tú crees…?

—Absolutamente.

Ruth esbozó una sonrisa vacilante.

—Él es muy guapo.

—Y él es hijo de un barón. Un segundo hijo, eso sí, pero probablemente tenga muchas conexiones ventajosas.

—Entonces, ¿lo consideras una pareja adecuada?

Sonreí, demasiado consciente de lo que un matrimonio con el señor Green podría hacer por la reputación de Ruth, incluyendo el refugio que podría proporcionarle. Además, el señor Green

era el amigo más antiguo de Lord Thorton, por lo que si se pudiera llegar a un acuerdo entre Ruth y él, ella seguramente seguiría siendo una constante en mi vida.

—No te hará ningún daño determinar por ti misma si lo es.

—¿Pero qué pasa con el señor Treynor? —Ruth ladeó la cabeza pensativamente y arrugó la nariz.

—Él es un buen hombre. Pero no ha hablado de ti ni ha mencionado sus intenciones de hacerlo. ¿O me equivoco?

Ruth negó con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué no darle al señor Green la oportunidad de obtener tu aprobación? Y al hacerlo, si determinas que el señor Treynor es la mejor opción, estarás más segura de dónde colocar tus estímulos.

—Supongo que tienes razón. Ni siquiera estoy segura de cuáles son los sentimientos del señor Treynor hacia mí, aunque esperaba que fueran similares a los míos. —Ruth se mordió el labio distraídamente.

Me acerqué al tocador y comencé a quitarme las joyas, sin estar segura si Ruth hubiera tenido una propuesta del señor Treynor, al interactuar más con él. Aún así, podría lograrlo, aunque el señor Green era la mejor opción para nosotras dos. Entonces, Ruth y yo siempre podríamos estar juntas.

—Es más fácil descubrir si un hombre se queda con las ganas, cuando lo comparas con otro de alto rango.

Ruth me siguió, con los ojos fijos en mi reflejo oscurecido.

—¿Es por eso que te decidiste contra Augustus, cuando llegó Lord Thorton? ¿Se quedó Augi con las ganas?

—Por supuesto que no. —La enfrenté—. La verdad es que nunca he conocido a un hombre al que Augustus fuera inferior.

—Pero, entonces ¿por qué…?

—Soy hija de un vizconde. —Expresé el hecho, como si fuera la razón definitiva. No podía decirle a Ruth que habría renunciado a todo, si no me hubieran mostrado mi propia inferioridad. Más bien, Augustus fue superior en todos los sentidos—. Tengo una responsabilidad con mi familia.

Ruth resopló un poco.

—Lo sé. Lo que pasa es que no miras a Lord Thorton como miras a Augustus.

Sonó otro golpe ligero y Leah entró. Sus ojos se dirigieron a Ruth.

—Ruth va a dormir conmigo esta noche.

—Muy bien, señorita. —Leah hojeó el vestido de Ruth—. ¿Debo ir a buscarle ropa de dormir?

—Sí —asentí vacíamente.

—Por aquí… Iré contigo… —Ruth se puso al lado de Leah—. Sé dónde está todo, así que lo solucionaré rápidamente. Simplemente no quería ir sola. —Ruth se detuvo y volteó hacia mí con una misiva doblada en la mano extendida—. ¡Ah! Augustus deseaba que te diera esto, una vez que estuviéramos solas. Te llegó poco después que te marchaste a Branbury.

Entonces, la misiva no era de Augustus. Mi breve entusiasmo se había desvanecido antes que pudiera reprenderme por ello. Cogí la carta.

—Gracias Ruth.

Ella sonrió feliz y entrelazó su brazo con el de Leah de una manera entrañable, aunque completamente inapropiada. Las dos figuras desaparecieron por el umbral y la voz baja de Ruth

se escuchó a través de la puerta abierta. Acerqué la misiva sellada a la luz de la vela. Solo me tomó un momento reconocer el sello de la familia y lo abrí.

“Arabella,

Cambio de planes.

Traslado a Branbury sin demora.

Papá.”

Era extraño que esas dos líneas intermedias hubieran podido evitar tanto sufrimiento, si las hubiera leído a tiempo. Pero no fue así. Y ahora lo único que me quedaba era un dolor ineludible. Arrugué la carta, la arrojé a la oscuridad y luego me abracé con fuerza, negándome a dejar que mis pensamientos se centraran en otra cosa que no fuera el vacío que me rodeaba.

Capítulo veintiuno

—¿Te he mantenido despierta por las noches?

—Ciertamente, no. —Miré a Ruth y su expresión de satisfacción recorrió el jardín que nos rodeaba. En verdad, la respiración constante de Ruth y el calor de ella, a mi lado, habían demostrado ser lo justo para adormecerme durante las últimas noches, evitando de alguna manera las pesadillas que había tenido desde que dejé Fairhaven.

—Me alegra oír eso… Pero debes decirme si se vuelve pesado y yo... —Hizo una pausa—. Iba a decir que dormiría en mi propia habitación, pero creo que preferiría el diván cerca de tu chimenea a estar sola.

Sonreí ante su ridiculez, la idea de tenerla conmigo me traía más consuelo del que quería admitir.

—No habrá necesidad de eso. Siempre eres bienvenida conmigo.

Ruth ladeó la cabeza y me evaluó.

—Casi no te he visto sonreír desde que llegamos. Al menos no una sonrisa auténtica como esa. —Ella movió su barbilla hacia mí—. ¿Qué has estado pensando?

—¿Por qué Augustus aceptó venir a Branbury? —Solté la pregunta, antes de tener tiempo de considerar las posibles implicaciones.

Ruth se encogió de hombros.

—Recibimos la invitación de Lord Thorton, unos días después que te fuiste. Augustus estaba decidido a declinar al principio, pero con un poco de persuasión por parte de tía Marina, Sarah y yo, él cambió de opinión.

—Pero, ¿por qué?

Ruth me examinó sin responder y luego bajó la mirada a sus manos.

—¿No estás contenta que hayamos venido?

—No… Por supuesto que no. —Le toqué el brazo y ella levantó la cabeza—. ¡No podría estar más emocionada que estés aquí! —Me detuve, dejando caer mi mano, a mi costado—. Pero me parece extraño que Augustus viniera. Especialmente considerando que me ha evitado desde nuestra primera conversación hace unos días. Sé que apenas vemos a los caballeros, durante el día, pero cuando nos reunimos por las noches, después de cenar, él no tiene intención de buscarme.

—¿Quieres que lo haga?

—No, claro que no. La verdad es que no sé lo que deseo. —Un suspiro se escapó de mis labios—. Perdóname. No debería haberlo mencionado.

—Bella, espero no molestarte preguntándote, pero, ¿por qué le dijiste a Lady Beatrice, la noche de mi llegada, que Augustus pronto le haría una propuesta a la señorita Whitmore? Lo he pensado innumerables veces estos últimos días, pero no puedo entender por qué tú…

—¿Por qué mentí?

Ruth se mordió el labio y asintió tímidamente.

—Es complicado. —En el momento en que se me escapó esta respuesta, me di cuenta que le había dado a Ruth la misma excusa que mi madre siempre me daba a mí. ¡Esto no sirve!—. Mentí porque estaba tratando de proteger a Augustus de los astutos designios de Lady Beatrice. Lo primero que me vino a la mente fue un compromiso próximo y lo dije.

—Pero Lady Beatrice no parece astuta. Errores, a veces, pero no están llenos de astucia.

—Ella te permite ver lo que ella quiere que veas. Es una criatura rencorosa y no permitiré que juegue con las emociones de tu primo, aunque tenga que mentir para evitar que lo haga.

Ruth resopló un poco.

—Supongo que puedo entender por qué te sentiste inclinada a decir tal cosa.

Continuamos, el zumbido de los insectos y los cantos de los pájaros llenaron el silencio.

—Habrá un baile el próximo viernes —dije, desesperada por contrarrestar la melancolía que había causado.

—¿Sí? —Ruth aplaudió.

—¡Sí! —Arranqué una hoja verde vibrante de un arbusto por el que pasábamos, e hice girar el tallo entre el pulgar y el índice.

De repente, Ruth dejó de caminar, mostrando una expresión de pánico en su rostro.

—Pero nunca me enseñaste a bailar.

Hice una pausa, mirándola.

—Dijiste que sabías algunos bailes.

—Bailes campestres sencillos. Seguramente, eso no es lo que se representará en este baile.

Observé la preocupación que manchaba su hermoso rostro, luego me puse de puntillas y escudriñé la parte superior de los setos para asegurarme que nadie más buscara refugio en el jardín.

—Ven. —La tomé de la mano y la llevé a un nicho de tamaño decente junto al sendero del jardín.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó Ruth.

Me desaté el sombrero y lo arrojé a un lado.

—Te estoy enseñando el vals.

—Pero, ¿cómo funcionará eso? Ambas somos damas. —Los ojos de Ruth se abrieron como platos.

—¿Qué tan difícil puede ser el rol del caballero?

Ruth se encogió de hombros, quitándose el sombrero.

—Párate aquí a mi lado, a mi derecha, y mira en la misma dirección que yo. —Sin una palabra de queja, Ruth se puso a mi lado y puse mi mano derecha en su cintura—. Pon tu mano sobre la mía y ahora extiende tu mano izquierda para que yo pueda tomarla. —Inspeccioné la postura—. Muy bien. Esta es la posición inicial. Ahora caminaremos hacia adelante, ambas dando un paso con el pie exterior primero. Pero da un paso despacio. —Dimos un paso—. Ahora el otro pie. Paso lento… Bien… Y dos veces más.

—Esto no es tan difícil.

Sonreí.

—Ahora mírame, levanta tu mano izquierda, mientras todavía está en la mía, llévala al centro, justo encima de nosotras. ¡Bien! Tu mano derecha se moverá hacia mi cintura y mi derecha permanecerá sobre la tuya.

Ruth se rió.

—Puedo entender por qué algunas personas creen que el vals es impropio. Estamos muy cerca. Estoy segura que cuando sea un caballero con el que me esté, me sonrojaré constantemente durante todo el set.

—El salón de baile con poca luz atenuará el efecto. —Pensé en los siguientes movimientos, intentando recordar el orden de los pasos del caballero—. Aquí es donde las cosas se vuelven un poco más difíciles. Vamos a dar vueltas, tú empezando por la derecha y yo, creo, por la izquierda. —La grava se movió debajo de nosotras, haciendo que el movimiento fuera un poco

torpe—. Ahora da un paso con la izquierda y gira sobre ti.

Ruth se inclinó demasiado hacia un lado, en el mismo momento en que yo di un paso en falso. La risa que surgió de ambas hizo poco para ayudarnos a corregir nuestro error, y casi nos derribamos. Ruth me agarró del brazo, equilibrándome. ¡Qué bien se sintió volver a reírnos!

—¿Qué están haciendo ustedes dos? —Me quedé quieta al encontrar a Augustus parado en la abertura de una alcoba, con las comisuras de su boca temblando, como si nos negara su sonrisa.

Enderecé mi postura.

—Estaba enseñándole a Ruth el vals.

—¿Y cómo les fue? —Él arqueó una ceja.

Ruth se tapó la boca y yo me encogí un poco de hombros.

—Lo suficientemente bien. —Hice una pausa, esperando que él llenara el silencio, pero no lo hizo—. ¿No se supone que deberías estar pescando con los caballeros?

—Me harté y decidí regresar temprano.

Miré hacia Branbury.

—¿Llegaste a los jardines, pasando por la casa?

Augustus negó con la cabeza.

—Caminé desde el estanque, así que regresé a los jardines.

Mi alivio fue instantáneo al saber que mi madre no podía darse cuenta que él estaba allí. Observé su expresión solemne y deseé decir algo que lo hiciera sonreír, pero en lugar de eso miré a Ruth.

—Ahora que tu primo está aquí, puede ayudarte.

Los ojos de Ruth se iluminaron de emoción, como el color chocolate oscuro radiante a la luz del día.

—Más bien, creo que sería de gran ayuda verlos a ustedes dos bailar el vals.

Negué con la cabeza.

—Eso no es nece…

Ruth puso sus manos en sus caderas y me lanzó una mirada mordaz.

—Siempre dices que las lecciones son más fáciles de recordar, si puedes visualizarlas.

La expresión de Augustus era tan vacilante como la mía.

—Vengan ustedes dos. —Ruth me instó a seguir adelante—. Simplemente, tengo que ver como lo hacen.

Después de un momento, Augustus asintió lentamente, reconociendo su voluntad.

Respiré, intentando calmar mi corazón acelerado que estaba tramando un levantamiento dentro de mí.

—Muy bien. —Me puse al lado de Augustus, manteniendo la mirada hacia adelante—. Es solo un baile. ¡Más nada!

Su mano se movió hacia mi cintura y, aunque su toque fue suave, el calor penetrante despertó recuerdos dentro de mí, robándome el aliento. ¡Es solo un baile! Inspiré, colocando mi mano sobre la suya, antes de extender la otra. La agarró y sin esfuerzo me guió hacia adelante. Cuando habíamos dado cuatro pasos, giramos el uno hacia la otra, con las manos en alto entre nosotros. La calidez de su aliento tocó mi mejilla, haciendo que mi corazón tartamudeara. Puse mi mano en su cintura y comenzamos a girar, cada movimiento acercaba nuestros cuerpos.

Su mirada intensa contenía rastros de tristeza, que apenas podía soportar, pero no podía apartarla de mí. Hicimos la transición al movimiento de pasos nuevamente. Su toque se aligeró de modo que apenas era perceptible en mi cintura y mano. Eso lo hizo sentir desconectado de mí,

y yo anhelaba que las cosas volvieran a ser como eran, cuando llegué por primera vez a Fairhaven. No obstante, había demasiadas cosas sin decir entre nosotros, muchas por las que pedirle perdón, y no pude encontrar las palabras ni contaba con el coraje.

—Bella. —Su voz era tranquila, cuando nos enfrentamos por segunda vez. Se acercó—. Debo saber si esto es lo que realmente quieres.

Mi corazón latía salvajemente sin saber a qué se refería.

—Todo esto —dijo, sus ojos se dirigieron a Branbury.

—¡Oh! —Me tragué mi decepción, demasiado consciente de la mentira que debía decir—. Es lo que quiero.

Cuando nos giramos, su agarre de repente se apretó en mi cintura de una manera que hizo que mi cuerpo temblara de deseo.

—Entonces, me alegro por ti.

—¿Estás feliz por mí? —Casi pierdo un paso.

—Bueno, estoy decidido a eso. —Me soltó para retomar la posición delantera nuevamente —. Pensé que vendría a Branbury para convencerte que cambiaras de opinión, para mostrarte que podría brindarte la mayor felicidad. —Dimos un paso adelante, mis piernas amenazaban con ceder debajo de mí con cada movimiento—. Pero si tú crees que Lord Thorton es quien puede proporcionártela, la aceptaré… Solo quiero tu felicidad. ¡Es todo lo que siempre he querido!

Mis pensamientos dieron vueltas, cuando nos enfrentamos de nuevo. Evalué su expresión, tan llena de angustia. ¡No pude soportar esto!

—Tengo que irme.

Nos detuvimos y bajamos los brazos, pero ninguno de los dos se apartó.

Augustus llevó su mano a mi cara y fue solo entonces que me di cuenta que una lágrima se había escapado de mi mejilla.

Me dio una pequeña sonrisa y su mano se detuvo en mi cuello.

—Dime qué quieres de mí. Dímelo y lo haré. —Sus ojos se movían entre los míos con tal intensidad que pensé que podría descubrir la respuesta por mí misma.

Intentando encontrar un poco de fuerza, a la que pudiera aferrarme, mi atención se centró en Ruth, justo detrás de él. Su expresión esperanzada era precisamente lo que necesitaba. Si no pudiera mentir, lo haría por ella. Levanté mi mano para cubrir la suya.

—Quiero que tú también encuentres la felicidad. —Respiré profundamente—. Pero mereces a alguien digno de tu amor. Alguien como la señorita Whitmore. —Su ceño se arqueó, pero me alejé, sosteniendo su mano hasta el último momento posible—. Perdóname.

Sin mirar atrás, me levanté la falda y corrí hacia la casa, mientras las lágrimas corrían por mi rostro.

* * *

El señor Green y Ruth observaron cómo se jugaba una mano de cartas en una mesa de juego cercana. Él se inclinó y le susurró algo a Ruth, y ella se llevó una mano a la boca, riéndose.

Lord Thorton se acercó.

—Creo que mi amigo encuentra a tu amiga muy intrigante.

—Creo que tienes razón. Y no me opongo en lo más mínimo. —Forcé una sonrisa en mis labios.

—Pero, ¿qué dices de su primo? No parece entusiasmado con la idea.

Seguí la mirada de Lord Thorton hacia Augustus, cuyo enfoque inquebrantable en el señor Green estaba lleno de desconfianza.

—Creo que su recelo no se debe particularmente al señor Green, sino a su disgusto por cualquier hombre que muestre interés en Ruth.

Lord Thorton se rió, haciendo que la mirada de Augustus se deslizara hacia nosotros.

—No me quejaré, no cuando él haya demostrado ser imparcial en cuanto a mi consideración por usted.

Aparté la mirada, sin desear que Lord Thorton percibiera lo angustioso que había sido su comentario.

—¿Has pensado que será de otra manera?

—Lo admito, lo hice. Vi mucha vida en usted durante esos breves momentos en Fairhaven, pero cuando regresamos a Branbury la luz pareció atenuarse.

Mi mirada permaneció hacia adelante.

—Por eso invité a la señorita Seton y al señor Brundage aquí. Necesitaba volver a ver la luz. —Él pausó—. Y necesitaba ver cuál de ellos encendió eso en ti.

Respiré lentamente y lo miré.

—¿Y encontró lo que esperaba?

—Eso creo. —Me examinó con su vista—. ¿A menos que usted quiera informarme lo contrario?

Sacudí la cabeza sin confiar en mí misma para hablar.

Él sonrió, reflejando ese brillo tan familiar en sus ojos.

—¿Cuándo vuelve su padre?

—Mañana, viernes. —Mi pecho se contrajo.

—Muy bien. Estoy ansioso por hablar con él. —Lord Thorton se detuvo—. ¿Le importaría jugar una mano conmigo?

—Me temo que esta noche seré una compañera muy enferma. Estoy demasiada cansada para pensar con claridad.

Lord Thorton observó la gran sala donde se habían instalado seis mesas, la mayoría de las sillas ya estaban llenas de invitados, jugando a las cartas.

—Como tu amigo se ha apoderado de mi típica compañera, convenceré a mi madre para que me ayude. Ella siempre dice que la descuido, cuando elijo pareja a pesar de saber que ella es superior.

—Si tan solo esa fuera la verdad. Pero ahora parece un buen momento para perder algo de dinero en aras del apaciguamiento.

Él se rió entre dientes.

—¿No son sorprendentes las cosas que haremos para contentar a nuestros padres?

Aunque no había querido decir que el comentario fuera una broma, la risa de Lord Thorton lo siguió, mientras cruzaba la gran sala.

Convenció fácilmente a Lady Thorton para que se uniera a él, antes de dirigir su sonrisa a mi madre, quien me hizo un gesto implorante, indicando que deseaba que yo también participara. Sin otra opción, me dirigí hacia ellos, cuando, para mi sorpresa, Lord Hancock se acercó al pequeño grupo. Me detuve, esperando a ver si el padre de Lady Beatrice me había ofrecido una ganancia inesperada. Para mi gran alivio, ella se puso al lado de Lord Hancock y se acercó a la mesa con los demás, donde Lord Hancock le acercó una silla. Con una última mirada de advertencia en mi dirección, mi madre se sentó, dándome la espalda.

—¿Qué sabes del señor Green? —preguntó Augustus, acercándose a mí.

Mi corazón se aceleró tontamente ante su proximidad y di un pequeño paso para calmarlo.

—Es un caballero. —La atención de Augustus permaneció fija en Ruth y el señor Green,

mientras yo continuaba—. Además del segundo hijo de un barón.

—¿Y es eso…? ¿Estás animando a Ruth a acercarse al señor Green, basándose únicamente en esos dos hechos?

—¿No dice algo sobre su carácter el hecho que Lord Thorton lo tiene como un amigo cercano desde la infancia?

—No… No es así. El único consuelo que encuentro al respecto es que Ruth no tiene fortuna para tentar al segundo hijo de un barón.

Tragué y junté las manos con fuerza frente a mí, fijando mi mirada en Ruth y el señor Green.

—¿Bella? ¿Qué has hecho?

No pude mirar a Augustus.

—Mencioné que Ruth podría heredar una pequeña suma, si se anula el caso judicial.

—¿Una pequeña suma? ¿Qué tan pequeña, dijiste?

—Quizás exageré un poco, pero lo hice por Ruth. —Me mordí el interior del labio.

Augustus dio un paso hacia mí.

—Por favor, ¿dime que estás bromeando?

—No veo el daño en ello. —Levanté la barbilla.

—¿Tú no? —Augustus se pasó una mano por el pelo—. Mírame, Bella.

Las lágrimas brotaron de mis ojos y negué con la cabeza.

—A menos que desees una escena, mírame.

Muy lentamente, encontré su mirada, parpadeando para contener las lágrimas.

—No tenías ningún derecho a hacer eso, a contarles sobre el caso judicial y la herencia perdida de Ruth. ¡Quizás ella nunca recupere eso!

—Simplemente, quería que la aceptara. —Miré alrededor del salón para asegurarme que no habíamos llamado la atención de nadie—. Era solo cuestión de tiempo, antes que todos aquí descubrieran su pasado, y pensé que sería muy beneficioso...

—¿Para quién, Bella? ¿Fue más beneficioso para Ruth o para ti?

La ira me invadió.

—No me habría visto obligada a decir tal cosa si hubieras rechazado la invitación de Lord Thorton, como lo habría hecho cualquier hombre razonable. Seguramente, tienes tanta culpa como yo.

—¿Te escuchas a ti misma? —Augustus negó con la cabeza—. Siento que apenas te conozco.

—Esa soy yo… Augustus. —Una lágrima se deslizó por mi mejilla y la sequé—. ¿Entiendes ahora por qué no puedo casarme contigo? Te hicieron creer que sigo siendo la chica que alguna vez fui, pero no lo soy. —Mi voz vaciló—. Te engañé y me engañé a mí misma. Es mejor que te hayas dado cuenta de la verdad, antes de quedar atrapado en un matrimonio con alguien a quien ciertamente llegarás a despreciar.

—¿Es por eso que dejaste Fairhaven? —La expresión de Augustus se suavizó, pero no respondí—. ¿No es cierto? ¿Lo sabes? Ni una palabra tuya de eso.

—Es… —Levanté los hombros y sacudí la cabeza en señal de derrota—. Y no tengo poder para cambiarlo.

—Siempre tenemos el poder de cambiar.

—No, nosotros no. Yo no.

Augustus soltó una profunda exhalación y miró fijamente a los demás. La charla sin sentido zumbaba en mi cabeza y lo único que quería era deshacerme de ella. Me temblaban las manos y

respiré lentamente, reprimiendo mis crecientes emociones. Era mejor estar entumecida que enojada.

—Nunca pensé que no habías cambiado. —La voz de Augustus era suave y cercana—. ¡Te amo Bella! No solo a la niña que eras, no solo a la mujer en la que te has convertido, sino a todo de ti… A todo lo que me trajo a este momento y todo lo que seguirá después… ¡Para siempre! —Mi alma se estremeció ante su declaración, pero no quise mirarlo para que no me descubriera—. A pesar de lo que creas, mereces ser amada plenamente. No a pesar de tus imperfecciones, sino además de ellas.

Cuánto deseaba creerle, pero las imperfecciones de las que él se refería eran solo una pequeña porción de las que yo poseía. Quizás él podría amar a una mujer que le había mentido, que le había demostrado que le importaba demasiado el estatus, la fortuna y la reputación. Sin embargo, ¿amar a una mujer que se había ganado la reputación de herir a los demás intencionalmente, que era continuamente egoísta, falsa y manipuladora? ¡Esto es imposible!

—Si supieras… —Mi voz se apagó. Él no lo entendería. No quería que lo entendiera. Porque yo no sería diferente de mi madre, así como ella no se había desviado de su madre. Ya me parecía más a ella de lo que quería admitir.

—Ahí está, señor Brundage. —Lady Beatrice caminó hacia nosotros con una sonrisa sensual en su rostro—. Necesito un compañero para el Whist. ¿Qué dice usted?

Sus ojos revolotearon hacia mí.

—No tengo intención de jugar esta noche —dijo, apenas capaz de ocultar su irritación por esta llegada inoportuna.

Lady Beatrice nos miró con interés.

—¿He interrumpido algo?

—No —dije, tratando de no parecer afectada—. No es nada.

Aparentemente, apaciguada por mis seguridades, los ojos suplicantes de Lady Beatrice se posaron nuevamente en Augustus.

—¿Realmente, no puedo convencerlo?

—Me temo que no estoy de humor para juegos.

Augustus miró a Ruth y Lady Beatrice siguió su mirada.

—Veo una vez más, que usted está desempeñando el rol de protector vigilante. —Agitó sus pestañas hacia él, pero sus ojos no volvieron a ella, quien se acercó a él y le puso una mano en el brazo—. En ese caso, usted debe saber que espero oponerme a la relación entre el señor Green y la señorita Seton. Seguramente, será más beneficioso para usted quedarse aquí con la única compañía de la señorita Godwin.

Era mi turno de ocultar mi irritación.

Augustus miró la mano de Lady Beatrice, antes de encontrarse con su mirada.

—Prefiero observar sus interacciones desde la distancia. Pero le agradezco la oferta.

Di un paso hacia ella.

—Si el señor Brundage está seguro de sus intenciones, con mucho gusto me asociaré con usted, Lady Beatrice. —Si no podía corregir mis muchos errores, al menos podía asegurarme que las intenciones del señor Green hacia Ruth fueran sinceras. Además, no podía confiar en mí misma para quedarme aquí ni un momento más con Augustus y sus desgarradoras declaraciones.

—Muy bien entonces, señorita Godwin. Pero creo que el juego que están observando está casi terminando. —Lady Beatrice hizo un pequeño puchero.

No queriendo vislumbrar la decepción de Augustus, bajé la cabeza y me puse al lado de ella.

* * *

Ruth bajó la manta y saltó a la cama.

Leah reprimió una sonrisa.

—¿Necesita algo más, señorita Godwin?

—No. Gracias.

Leah hizo una breve reverencia y se fue.

Miré a Ruth tumbada en la cama, sonriendo tontamente al techo.

—Pareces contenta.

Ella se apoyó sobre los codos.

—El señor Green me ha dicho que prefiere mi compañía a la de cualquier otra mujer. ¿Puedes siquiera creerlo? Alguien me prefiere. No solo a una, sino sobre todas las demás mujeres.

—No deberías sorprenderte en lo más mínimo. —Y, sin embargo, mientras pronunciaba esas palabras, no podía sacar de mi mente la idea del señor Green como un buscador de fortuna. Había observado a Ruth y a él de cerca, toda la noche, y él parecía genuino en sus interacciones, pero, ¿acaso la gente no solía pensar que yo era genuina?—. Aunque, a pesar de sus declaraciones, debes tener cuidado.

Me subí a la cama, junto a ella, quien rodó hacia un lado, levantando la cabeza con el brazo.

—Pero tú has estado cantando sus alabanzas desde que llegué.

—Creo que la perspectiva que nos casemos con amigos tan cercanos puede haber influido en mi consideración por él.

Los ojos de Ruth brillaron a la luz de las velas.

—Ni siquiera pensé en eso. ¿Qué tan maravilloso sería eso? ¡Que los queridos amigos se casen de la misma manera!

Me reprendí por haber puesto en su mente un pensamiento tan influyente.

—Sí, pero esa no es razón para casarse con alguien. ¿Recuerdas lo que dijo Augustus sobre conocer verdaderamente a un hombre, antes de enamorarte de él? Aunque creo que el señor Green es un buen hombre, a veces es difícil conocer verdaderamente las intenciones de una persona.

—Sin embargo, ¿qué razón podría tener para mentir? No tengo fortuna, al menos ninguna hasta el momento. Y parece que no ganaría nada más persiguiéndome.

Me tragué mi admisión, así como mi comentario sobre lo que algunos hombres esperaban lograr a través de tales esfuerzos. Ella no necesitaba preocuparse, porque yo los vigilaría atentamente a ambos.

—De todos modos, promete que tendrás cuidado.

Ruth se reclinó, poniéndose una almohada sobre el pecho y apretándola con una sonrisa ridícula, en su rostro.

—Muy bien.

Capítulo veintidós

Los sirvientes zumbaban a nuestro alrededor, intentando mantener nuestros platos rebosantes y nuestras tazas llenas, mientras nos reclinábamos sobre los manteles que habían colocado.

Lady Thorton ahuyentó a un joven sirviente que intentaba poner otro sándwich en su plato.

—¿A alguien le gustaría un juego de *bouts-rimés* o quizás charadas? —Miró a su alrededor, viendo a los miembros inactivos de nuestro grupo, que ahora estaban demasiado llenos y agotados para cualquier tipo de esfuerzo—. También pueden remar en el lago. Y cerca hay setos de moras silvestres, por si alguien quiere ver si están maduras.

Ruth me dio unos golpecitos en el brazo.

—Las moras suenan deliciosas. ¿Te importaría ir conmigo?

Antes que tuviera la oportunidad de convencerla de la idea de aventurarse afuera con este calor, el señor Green se levantó y le tendió una mano.

—La acompañaré, señorita Seton.

Reprimí un gemido, mirándola ponerse de pie.

—Yo también.

—Bueno, no puedo dejar que se coman todas las bayas sin mí. —Lord Thorton se levantó y me tendió la mano para ayudarme a ponerme de pie—. ¿Alguien más quiere unirse a nosotros?

Otros asintieron con la cabeza y se pusieron de pie.

—¿Quieres venir con nosotros, Augi? —Ruth se enfrentó a Augustus.

Seguí su mirada y encontré a Augustus recostado sobre sus codos, mirándonos. Cada interacción con él desgarraba mi corazón, así que cuando él avanzó, supe que no podía permitir que él viniera.

—Ruth —lo dije con la voz lo suficientemente alta como para que él escuchara—. Tu primo parece la viva imagen del ocio. Tal vez si le aseguro que estaré muy atenta a cuidarte, no tendrá que preocuparse por moverse de donde está.

Los ojos de Augustus se entrecerraron.

—¿A menos que no confíe en mí, señor Brundage?

La mirada colectiva del grupo se centró en Augustus.

—Rara vez he tenido motivos para no hacerlo.

Su declaración me dolió, pero le ofrecí una sonrisa tensa.

—Entonces, vámonos. —Lord Thorton me tendió el codo y lo agarré.

Caminamos un rato por la orilla del lago, antes de llegar al final de una arboleda. Entramos en un área, que estaba cubierta de innumerables arbustos de moras tan altos como Lord Thorton.

—¡Qué espectáculo! —exclamó Ruth desde el brazo del señor Green—. Hay tantos arbustos que a todos nos llevaría días arrancarles las bayas. ¡Lástima que no se me ocurrió traer una cesta para coleccionarlas!

El señor Green la miró.

—Y, sin embargo, el placer de comer moras recién cortadas es uno de esos placeres que mejor se aprovechan en el momento.

Ruth le sonrió inocentemente.

—Creo que debes tener razón. Tenemos moras en Fairhaven y también arándanos, aunque normalmente no maduran hasta finales de julio. —Ruth examinó el arbusto de moras, frente al

que acababan de detenerse, con los hombros caídos—. ¡Oh! Estas tampoco están maduras todavía.

—Hay algunas —dijo el señor Green, cogiendo una y entregándosela a Ruth—. Simplemente, debemos buscarlas un poco más.

Ruth mordió la baya con el rostro iluminado.

—¡Oh, está deliciosa!

Lord Thorton buscó en el arbusto, localizó una y se la metió en la boca.

—Parece que el plan más lógico es dispersarse y buscar —dijo, mirando a los demás—. Y, para que todos lo sepan, hay fresas silvestres que deberían estar maduras, si las buscan.

El pequeño grupo se separó y conduje a Lord Thorton al monte donde Ruth y el señor Green estaban ahora buscando.

—Aquí hay bastantes... —Lord Thorton se detuvo para coger un par de lo alto del arbusto —. Parece que las que tienen más sol maduran primero.

Me quité los guantes y él colocó tres bayas en mi palma. Su calidez me atormentó, aunque resistí la tentación de comérmelas todas a la vez, el dulce jugo de la primera provocó mi lengua, y me comí otra.

—¡Estas son deliciosas!

Lord Thorton continuó buscando en las zonas más altas del arbusto, alternando entre comérmelas y entregármelas para que me las comiera. Miré a Ruth, que estaba a unos arbustos de distancia, y me reí, mientras ella le arrojaba una baya al señor Green. A pesar que Ruth era un poco excesiva en sus coqueteos, también lograba un aire de inocencia que parecía equilibrarlo. Arrojó otra baya y empezó a reírse.

Lord Thorton siguió mi mirada.

—¿No sería un acuerdo agradable, si los amigos se casaran con amigos?

—Tendría sus beneficios. Aunque no debemos precipitarnos demasiado en nuestras esperanzas, ya que el señor Green y Ruth acaban de conocerse. —Reuní todo mi coraje, sabiendo que se me estaba acabando el tiempo para asegurar a Lord Thorton—. Y yo todavía no he recibido una propuesta.

Lord Thorton agarró mi mano y me condujo a través de un hueco en el seto. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, pero no de una manera que me hiciera sentir ligera y mareada.

—Aún no ha recibido una propuesta porque no he hablado con su padre. Pero tengo la intención de hacerlo a primera hora, cuando llegue mañana.

—¡Usted me hace un gran honor! —Forcé una sonrisa en mis labios.

—No es necesario que sea tan formal al respecto. Le pediré su mano porque deseo casarme con usted. Haremos una buena combinación y el Cielo sabe que ya es hora que me calme. —Lord Thorton se rió.

A pesar que los razonamientos de Lord Thorton eran idénticos a los míos, me dio un vuelco el estómago. Él cerró el espacio entre nosotros, colocando una mano en mi cintura.

—¿Usted está contenta?

Mi cabeza daba vueltas y puse mis manos en sus brazos para estabilizarme.

—¡Excepcionalmente! —mentí, mi pecho subía y bajaba, pero no era por algún anhelo.

Miró mis manos, sujetando las mangas de su chaleco.

—Siento lo mismo. —Antes que tuviera tiempo de prepararme, me empujó hacia adelante y presionó sus labios con fuerza contra los míos. Se me cortó la respiración y me puse rígida, lo que hizo que él retrocediera brevemente con una expresión de absoluta diversión en su rostro—. Parece que no todos los rumores son ciertos.

Sabía lo que quería decir, pero no me atrevía a decirle que a pesar de todas las propuestas que recibí y mi reputación, solo me había besado un hombre. Aquel cuyo beso no se parecía en nada al suyo.

Él se acercó de nuevo.

—No debe preocuparse. Seré más amable, ahora que soy consciente de su inocencia.

Mi labio tembló, pero, ¿qué opción tenía? No podía irme ahora y arriesgarlo todo. Cerré los ojos, cuando él se acercó, intentando suavizar mis labios, mientras los suyos se encontraban con los míos. Su boca se movía a una especie de ritmo, e intenté seguir sus movimientos, contando los segundos hasta que me soltara nuevamente.

Me miró con una sonrisa maliciosa en los labios.

—Creo que usted quedará muy bien para mí.

Me quedé quieta.

—Debería ir a ver cómo está Ruth.

—No se apresure demasiado en su búsqueda, ellos podrían estar encontrando su propio disfrute.

La bilis subió a mi garganta. Sin mirar atrás, dejé a Lord Thorton.

—¿Ruth? —Busqué donde había estado solo unos minutos antes—. ¿Ruth? —Intenté mantener mi voz tranquila, aunque mi pulso se aceleraba. ¿Por qué la había dejado esta vez?

—¿Ha pasado la señorita Seton por aquí? —les pregunté a algunos miembros de nuestro grupo, que todavía estaban bajando entre los arbustos. Todos sacudieron la cabeza.

Observé el área nuevamente, preguntándome en qué dirección continuar mi búsqueda cuando vi a Augustus caminando hacia nosotros con Lady Beatrice del brazo.

—Mira, todos siguen recogiendo bayas tal como dije que harían. —Lady Beatrice esbozó una sonrisa de satisfacción—. ¡Espero que usted nos haya dejado algo, señorita Godwin! —gritó al verme.

El pánico aumentó dentro de mí. Le había asegurado a Augustus que la mantendría a salvo y, sin embargo, no tenía idea de dónde estaba.

—¿Dónde está Ruth? —insistió, soltando el brazo del agarre de Lady Beatrice y apresurándose hacia mí.

La acusación en su voz era casi demasiado para soportar en mi estado actual, y parpadeé para contener las lágrimas que nublaban mis ojos.

—Estoy segura que no está lejos. Ella estaba aquí hace solo un momento.

La postura de Augustus se volvió rígida y sus ojos recorrieron los setos.

—¡Ruth! —llamó, pasando a mi lado.

Lord Thorton se acercó a nosotros.

—Probablemente, simplemente fueron a buscar fresas. No hay necesidad de reaccionar exageradamente.

—¡Ruth! —Augustus avanzó con mayor determinación, atrayendo las miradas boquiabiertas de algunos de los otros recolectores de bayas.

Vacilante, me levanté la falda y lo seguí.

Él atravesó una estrecha división entre los setos.

—¡Ruth! —llamó desde el otro lado.

Agarrándome el sombrero y bajando la barbilla, lo empujé, pero las espinas se apoderaron de mi vestido de día. A pesar de los inconvenientes, me abrí camino a través de la fuerza.

—Ella no podría haber llegado muy lejos. Solo la dejamos por un momento.

Él dio la vuelta hacia mí.

—Dijiste que la vigilarías. Dijiste que podía confiar en ti y aún así la dejaste. ¿Por qué? —Mi cara se sonrojó y su expresión pasó del desconcierto a la ira. Apretó la mandíbula y los dientes—. ¿No me digas que estabas en una cita entre los arbustos para seguir adelante con tu nuevo traje?

Respiré estremecida.

—Fue solo por un momento.

Él sacudió la cabeza.

—¿Qué clase de amiga eres? —Una lágrima se escapó de mi mejilla, pero Augustus dio la vuelta y corrió hacia adelante—. ¡Ruth!

Lady Beatrice murmuró en voz baja, atravesando el mismo arbusto por el que Augustus y yo habíamos avanzado.

—¡Malditas plantas! —siseó, alisándose las faldas—. ¡Se me enganchó uno de mis mejores vestidos!

Empecé a caminar de nuevo.

—¿Los has localizado? —Lord Thorton atravesó una abertura mucho más amplia en el seto, unas pocas yardas delante de nosotros, y Lady Beatrice dejó escapar un suspiro de exasperación.

—Aún no.

—¿Por qué usted no dijo que había otro lugar más grande? —protestó Lady Beatrice, frunciendo el ceño a Lord Thorton, quien no reflejaba ni un ápice de remordimiento en sus rasgos.

—¿Por qué no esperó atrás como le dije?

—¿Por qué yo debería…? —Lady Beatrice resopló indignada.

El sonido de un débil grito me obligó a avanzar hacia un pequeño bosquecillo de árboles de ese sitio oculto.

—¡Ruth! —Me agarré las faldas y eché a correr, mientras el sonido de dos hombres discutiendo se hacía cada vez más fuerte.

Se abrió un pequeño claro y vi a Augustus inmovilizando al señor Green al tronco de un gran árbol. Ruth observaba aterrorizada, mientras las lágrimas corrían por su rostro.

—¡Ruth! —la llamé, haciéndole un gesto que viniera hacia mí.

Sus ojos muy abiertos se encontraron con los míos y se apresuró a llegar donde yo estaba, desplomándose en mi abrazo con un sollozo.

—Cómo te llamas a ti mismo un caballero... —gruñó Augustus entre dientes.

El señor Green le devolvió la mirada y su rostro se puso rojo de ira en sus inútiles intentos de liberarse del implacable control de Augustus.

Escuché a Lady Beatrice jadeando junto con los pasos apresurados de Lord Thorton que avanzaban por detrás.

—Libérelo, señor Brundage. —Lord Thorton pasó a mi lado.

La mirada de Augustus se posó en Lord Thorton, una mirada en sus ojos que nunca antes había visto en él: ¡Era de un odio absoluto! Él no cedió.

Lord Thorton levantó las manos en gesto de paz.

—¡Déjelo ir y discutiremos esto!

El pecho de Augustus se agitó, mientras presionaba con más fuerza al señor Green, pero luego le dio un empujón final a su pecho, dando un paso atrás. El señor Green se apresuró a enderezarse, tirando de la parte inferior de su chaqueta para alisar las arrugas dejadas por el agarre de Augustus.

Augustus señaló al señor Green.

—Nunca más te acerques a Ruth.

El señor Green miró a Augustus con el rostro todavía rojo de furia.

—Solo actué de acuerdo con los incentivos de la señorita Seton.

Los ojos de Augustus se dirigieron hacia mí y bajé la mirada, incapaz de soportar la acusación entre ellos.

—Si hubiera conocido sus intenciones, nunca habría aceptado a un degenerado como usted.

—Y sin embargo, aquí estamos. —Los ojos del señor Green se dirigieron hacia nosotros, con una leve sonrisa en sus labios—. Testigos que den fe de lo que ha ocurrido entre nosotros.

Mis labios se separaron y puse una mano sobre la oreja de Ruth, presionando la otra contra mí, como si eso de alguna manera pudiera evitar que las acusaciones del señor Green se asimilaran.

—¡Sinvergüenza! —Augustus avanzó de nuevo y Lord Thorton se interpuso entre ellos con sus grandes brazos extendidos para evitar otro altercado.

—Vamos, caballeros. Seamos razonables.

—¿Razonable? —Augustus levantó una mano hacia el señor Green—. ¿Cómo se puede ser razonable cuando es evidente el propósito?

—La amo —dijo el señor Green, lo que hizo que Ruth levantara la cabeza—. Te amo, Ruth. No quise asustarte, pero no pude contener mi deseo por ti.

—¡Mentiroso! —Augustus dio un paso en un intento de bloquear la visión que el señor Green tenía de Ruth—. Tu único deseo es su supuesta fortuna.

Ruth se puso rígida en mi abrazo.

Augustus sacudió la cabeza y los músculos de la mandíbula se flexionaron.

—Bueno, nunca me he sentido más feliz de informarle a alguien que ella no tiene fortuna. Recibí una carta, hace dos días, informándome que el Tribunal de la Cancillería falló en contra de nuestra apelación. La Corona es oficialmente la única heredera del patrimonio de los Seton.

Mientras todos permanecíamos en silencio atónitos, el dolor comenzó a hacer mella. Mi querida Ruth no tenía nada y Augustus no me lo había confiado.

Augustus respiró profundamente y dirigió su mirada vehemente al señor Green.

—¿Seguirá profesándole su amor, si ella es tan pobre como usted?

La respiración de Ruth se detuvo, como si anticipara la respuesta, o tal vez en respuesta al dolor que le habían causado las palabras de Augustus. La abracé con más fuerza, compensando mi propia inestabilidad.

Los ojos del señor Green se detuvieron en Ruth, por un momento, antes de bajar la mirada, su silencio era más fuerte que cualquier otra cosa.

Augustus avanzó hacia nosotros con su atención fijada en Ruth.

—Vámonos a casa —susurró, tendiéndole la mano.

Con una mirada insegura hacia mí, ella me dejó y se hundió en su abrazo.

Miré hacia donde había estado Lady Beatrice, solo para encontrar su figura alejándose casi junto a los setos. Probablemente estaba ansiosa por contarles a los demás sobre el encuentro, antes que yo pudiera jurarle que guardaría silencio. ¡Malditos chismes!

Lord Thorton tenía una mano sobre el hombro del señor Green.

—Señorita Godwin, váyase ahora y estaré allí en breve.

Intentando no mostrar mi alivio, ante su orden, me dirigí hacia los setos. Cuando llegué al otro lado y estaba fuera de la vista de Lord Thorton, me apresuré a reunirme con Augustus y Ruth.

—Esperen, por favor —los llamé, cuando estaba solo a unos pasos detrás de ellos.

Augustus se detuvo, pero no me miró.

Mi respiración era agitada al acercarme. El rostro manchado de lágrimas de Ruth me desgarraba el estómago.

—Lo siento mucho. Nunca quise que sucediera nada de esto.

Augustus avanzó de nuevo y lo agarré del brazo para detenerlo.

—Por favor. Déjame intentar hacer las paces.

—¿Cómo podrías deshacer este daño, Bella? —Todo el calor había desaparecido de sus ojos.

—Esto no es culpa de Bella. —Ruth dejó escapar un suspiro tembloroso.

—No. La culpa es mía. —Augustus encontró mi mirada—. Bella intentó advertirme sobre el tipo de mujer que realmente era, y me negué a creerle.

Mi corazón se hizo añicos. Un inmenso dolor recorrió todo mi ser.

—¿Qué quieres decir? —La voz de Ruth se entrecortó.

—Yo fui quien le dijo al señor Green que eras una heredera. —Una lágrima rodó por mi mejilla.

Los ojos castaños de Ruth se agrandaron al comprender la situación.

Quería alejarme, pero desesperada, tomé su mano.

—Mis razonamientos fueron equivocados, pero les aseguro que no fueron mal intencionados.

El dolor en el rostro de Ruth no disminuyó y apartó su mano de mí.

—Augi, quiero ir a casa —susurró.

Augustus asintió y la guió hacia adelante de nuevo, pero esta vez no tuve fuerzas para seguirlos. Los miré. Permanecí inmóvil hasta que desaparecieron. Mis piernas temblaron y miré a mi alrededor, buscando algún lugar donde cubrirme. Un gran árbol cerca de la orilla del lago me llamó la atención. Con su enorme tronco y los arbustos crecidos, que lo rodeaban, parecía un lugar adecuado para la privacidad. Me dirigí tambaleándome hacia allí y llegué justo, cuando se me acababan las fuerzas. Finalmente, caí en el suelo, sollozando.

Capítulo veintitrés

—¿Dónde diablos has estado, muchacha? —Mi madre examinó mi vestido sucio y mi cara roja, llena de manchas. Ella se acercó para no ser escuchada—. ¿Y por qué te ves tan descuidada?

Miré a mi alrededor y encontré el área de picnic vacía y los invitados subiendo a los carruajes. ¿Acaso Lady Beatrice no había compartido el escándalo con todos, como yo esperaba, o simplemente los rumores aún no habían llegado a oídos de mi madre?

—Ruth y Augustus se van —dije rotundamente.

—Ya lo han hecho. Los vi subir al carruaje hace más de una hora.

Asentí, mi corazón se hundió ante la confirmación.

Los ojos de mi madre se entrecerraron.

—¿Quieres decir que se están alejando de Branbury?

Asentí por segunda vez, esta vez aún más lentamente.

Mi madre me agarró del brazo y me alejó un poco más de las miradas curiosas, que nos observaban desde las ventanillas de los carruajes.

—¿Qué pasó?

—El señor Green intentó poner a Ruth en una situación comprometedora. Al parecer creía... —Mi voz temblaba, incapaz de confesar mi locura a mi madre.

—¿Que ella era una heredera?

—Sí. —Mi voz era tranquila y distante.

—Sí, escuché rumores sobre tu tonta historia. —Mi madre negó con la cabeza—. Aunque supongo que eso es lo mejor.

Me estremecí.

—¿Lo mejor? La reputación de Ruth probablemente se verá empañada por mi culpa. —La emoción tocó mi voz, pero me la tragué.

—Sí… Realmente, bastante irónico. —Madre sonrió divertida y miró hacia atrás—. Ahora límpiate el polvo, antes que regrese Lord Thorton. No podemos permitir que crea que te has estado escondiendo y te encuentras deprimida.

Se me acabó la energía, simplemente me quedé allí mirándola.

—Arabella —siseó mi madre, señalando mi vestido.

Miré hacia abajo, sacudiendo los escombros sueltos y arrancando algunos pedazos rebeldes con mis dedos. El dobladillo estaba sucio, pero no se podía hacer nada.

—Señorita Godwin. —Lord Thorton se acercó por detrás. Sus ojos recorrieron mi vestido con agitación—. ¿Dónde ha estado? Llevo casi treinta minutos buscándola.

Mi madre levantó sutilmente la ceja, dejando claro lo que me esperaba.

—Perdóneme. Di una vuelta cuando volvía del picnic. —Miré mi vestido arruinado—. Y me caí, mientras intentaba encontrar el camino de regreso.

La preocupación asomó a las facciones de Lord Thorton, y la dureza de su mandíbula se suavizó.

—Olvidé que una mujer no es igual a un hombre, cuando se trata de desenvolverse al aire libre. Perdóneme. Debería haberme asegurado de verla regresar sana y salva.

Todo lo que pude hacer fue asentir.

Él soltó una profunda exhalación.

—Alegrémonos que encontró el camino de regreso…. Yo volvía para organizar un grupo de búsqueda.

Varios caballeros esperaban afuera de los carruajes. ¿Había sido a mí a quien estaban esperando? Supongo que no había pensado en las consecuencias de mi ausencia, pero tampoco me había dado cuenta qué tan pronto el grupo tenía intención de irse, o si yo habría regresado antes. Quizás regresaríamos, antes que Augustus y Ruth pudieran partir de Branbury. Me alegré un poco al pensarlo, hasta que me di cuenta que probablemente no me hablarían incluso si todavía estuvieran allí.

—¿No te alegra, Arabella, que no fuera necesario un grupo de búsqueda? —La voz de mi madre sonó distante en mis oídos.

—Sí —asentí, mientras mi madre me presionaba—. Y lamento, si les causé un susto a alguno de ustedes, milord.

—Ningún daño fue hecho. —La mirada de Lord Thorton atravesó mi figura de una manera que me hizo querer abrazarlo—. Excepto por su precioso vestido, tal vez.

—Sí. Es una pena. —Mi madre puso una mano detrás de mi espalda, guiándome hacia adelante—. Sigamos nuestro camino… Odiaría tener a Lady Thorton esperándonos por más tiempo.

Lord Thorton se interpuso en nuestro camino.

—¿Esperaba poder hablar brevemente con su hija en privado, Lady Godwin?

La falsa sonrisa de mi madre hacia Lord Thorton se desvaneció, cuando sus ojos se movieron hacia mí, transmitiéndome sus expectativas sin necesidad de decir una palabra.

—Por supuesto, milord —dijo, dejándonos hablar.

Lord Thorton me miró. Su gran figura bloqueaba las miradas atentas de los carruajes alineados detrás de nosotros.

—Señorita Godwin, lamento cómo resultaron las cosas con sus amigos. No los traje aquí para que los trataran así. Pero debo asegurarle que el señor Green es el mejor de los hombres y no tenía malas intenciones hacia la señorita Seton.

Lo miré fijamente, sin pestañear.

—¿El mejor de los hombres? ¿El supuesto caballero que acaba de intentar aprovecharse de mi más querida amiga? ¿Ese señor Green?

Los ojos de Lord Thorton se desviaron.

—Puedo entender que usted está enojada —susurró—. Pero el señor Green juró que no pretendía hacer daño con sus acciones. Dijo que solo tenía intención de divertirse un poco con la chica, viendo lo alentadora que ella había sido con él.

La ira me invadió con cada latido acelerado de mi corazón, y cerré los puños a los costados.

—¡Tu amigo es un canalla!

Lord Thorton me analizó y luego un lado de su boca se alzó en una sonrisa parcial.

—¿Qué podría parecer gracioso de esto, milord?

Se pasó una mano por la boca para tapar su creciente diversión.

—Nada. Le aseguro que me tomo muy en serio la acusación de canalla.

Todo mi cuerpo tembló.

—Si usted me disculpa. No puedo tolerar que se burlen de mí en mi condición actual. —Me moví para rodearlo, pero él me agarró la parte superior del brazo.

—Señorita Godwin, por favor. —Me miró y me inmovilizó con un ceño desagradable—. No pretendo restarle importancia a la situación. Es solo que estoy muy feliz de ver la chispa en usted otra vez.

No le respondí.

—Si esto lo justifica, admitiré que el señor Green puede ser un canalla a veces.

—¡No soy yo quien requiere una reivindicación! —Escupí.

A pesar de sus mejores esfuerzos, sus labios se curvaron hacia arriba de nuevo y lo obligué a soltar mi brazo. Innumerables caras con los ojos muy abiertos me siguieron hasta el carruaje, pero descubrí que no me importaban en absoluto. Quizás esto les daría algo de qué cotillear además de Ruth.

Cuando subí al carruaje, Lady Thorton se subió las faldas contra el banco para que las mías no las mancharan.

—¡Cielos! Muchacha. Parece como si hubieras estado revolcándote en el barro.

No tenía nada que ofrecer excepto una expresión cansada.

—Fue…

Lord Thorton entró pesadamente detrás de mí, el carruaje se hundió bajo su peso, cuando vio la expresión de asombro de su madre.

—La señorita Godwin se perdió cuando regresaba de recoger moras. —Su tono era natural, libre de cualquier emoción discernible.

—Es toda una hazaña perderse en un lugar como ese. —Lady Thorton arqueó una ceja.

—Arabella se pierde a donde quiera que va. —La deshonestidad de mi madre me irritaba más que de costumbre—. No sé cuántas veces tuvimos que enviar a los sirvientes a buscarla a Fellerton Hall.

La sospecha en la expresión de Lady Thorton disminuyó, siempre ansiosa por creerle a mi madre, no fuera a verse obligada a enfrentar la verdad tan claramente ante ella. Yo no era más que una recopilación de mentiras que mi madre le había contado.

El carruaje arrancó y el ruido de las ruedas fue un bienvenido respiro del zumbido dentro de mí.

—¿Y cuáles son los planes de los caballeros para mañana, Lord Thorton? —Podía escuchar el tono victorioso en la voz de mi madre, después de haber corregido con éxito otra de mis locuras—. Tengo la esperanza que mi marido llegue, antes que el grupo se vaya.

Sin estar interesada en su respuesta, desvié mi atención hacia la ventana, permitiendo que las voces se desvanecieran y el vacío interior me consumiera.

* * *

La risa estruendosa de Lord Thorton resonó en todo el carruaje, sacando mis pensamientos del vacío.

Mi madre miró más allá de mí, por la ventana.

—¿Ya estamos cerca de Branbury?

—Aparecerá a la vista, un poco más adelante —asintió Lady Thorton.

Observé los grandes setos. Estaban borrosos por el movimiento y parecían ser una planta gigante. La escena evocó un recuerdo que deseaba reprimir. Sin embargo, cuando Branbury apareció a la vista, me transporté a la primera vez que vi la casa grande en mi camino a Fairhaven, sintiendo el cálido aliento de Augustus en mi cuello y sus manos firmemente en mi cintura. Se me cortó la respiración y, en lugar de alejarla, cerré los ojos para retener las agradables sensaciones, durante el mayor tiempo posible.

—Es todo un espectáculo, ¿no? —Lord Thorton me estaba mirando, cuando mis ojos se abrieron de par en par.

Asentí lentamente.

Él sonrió y se reclinó en su asiento.

—¿Te gustaría ser dueña de un lugar así?

Mi madre y Lady Thorton compartieron una mirada significativa en mi periferia, y yo miré por la ventana hacia la gran casa y sus imponentes terrenos. No contesté.

—Arabella —dijo mi madre, con una advertencia en su tono—. Lord Thorton te ha hecho una pregunta.

La mentira casi me ahoga cuando quedé obligada a decirla.

—Me gustaría mucho. —Mantuve mis ojos fijos en Branbury y mis pensamientos se dirigieron a Ruth. Luego hacia Augustus. ¿Estaban todavía aquí o ya habían logrado empacar sus cosas y partir? A pesar de no tener idea de lo que les diría a ninguno de los dos, no pude evitar extrañarlos.

—¿Arabella, querida? —El tono demasiado dulce de mi madre me provocó un escalofrío.

Lentamente, volteé hacia ella.

Su expresión tensa me advirtió que me había ganado una reprimenda.

—¿Estás bien, cariño? ¿O te han agotado tus aventuras de hoy? —Se sacó un guante de la mano y me tocó la mejilla con el interior de la muñeca, mostrando la imagen desconocida de una madre cariñosa—. Quizás deberías descansar antes de cenar.

Cuando el carruaje se detuvo, Lord Thorton abrió la puerta, pero aún no se movió, esperando mi respuesta.

Levanté una mano hacia el lugar en mi mejilla, que mi madre había sentido, repentinamente desesperada por aceptar su cebo, ante la mínima posibilidad que Ruth y Augustus todavía estuvieran aquí.

—Me siento bastante de mal humor. ¡Quizás hay demasiado sol!

Con mi confirmación, Lord Thorton bajó del carruaje para ayudarme.

—Estaré deseando verla en la cena, señorita Godwin.

—Sí. —Me tragué mi resentimiento.

Lady Beatrice y la señorita Browning descendieron del carruaje detrás del nuestro, pero yo ni siquiera las miré, subí a toda prisa la escalera exterior y entré en la casa.

—¿Cuál es el problema, señorita? —preguntó Leah, después que cerré la puerta de mi habitación detrás de mí.

Mi respiración se aceleraba por el esfuerzo de correr escaleras arriba.

—¿Se han ido?

Su expresión se llenó de comprensión y bajó la barbilla.

—Sí. Hace un cuarto de hora. Parecían tener mucha prisa. Yo misma ayudé a preparar los baúles de Ruth.

Apoyé la cabeza contra la puerta y cerré los ojos. Los había esperado en vano. Realmente todo estaba perdido.

—Venga a sentarte. —Leah vino a mi lado. Agarrándome del brazo, me llevó al diván—. Le traeré un poco de té.

Cerré los ojos de nuevo y me incliné hacia atrás, incapaz de siquiera expresar mi agradecimiento.

Después de varios minutos, un golpe fuerte resonó en la habitación. No me moví.

La puerta se abrió con un chirrido y se cerró de nuevo.

—¿Qué diablos estás haciendo? —La voz de mi madre se infiltró en el silencio.

—Descansando. —No me moví.

—Sabes exactamente a qué me refiero. ¿Sabes lo que me acaba de preguntar Lady Thorton?

—La voz de mi madre estaba muy cerca de mí.

—No.

—Ella me preguntó si tu melancolía tiene que ver con la partida de cierto amigo. Y no se refería a la señorita Seton.

—Estoy cansada, madre —suspiré.

—¿Estás cansada? —Su voz se acercó aún más—. Piensa en lo que me haces soportar constantemente, debido a tu comportamiento frívolo. ¡Me agotas, Arabella! Pero, no volverás a decepcionarme.

Finalmente, abrí los ojos y encontré su mirada con una expresión cansada.

—No importa lo que haga, siempre seré una decepción para ti. He buscado durante años obtener tu aceptación, pero nada de lo que hago es suficiente. Ni siquiera Lord Thorton será suficiente. ¡Ya no intentaré complacerte! ¡Estoy harta de intentar ser amada! Y quedarme corta. —Respiré hondo sin ningún cuidado—. ¡Y no me casaré con Lord Thorton!

Mi madre me agarró de la muñeca, poniéndome de pie.

—¡Te casarás con Lord Thorton!

Las lágrimas nublaron mi visión.

—La reputación de Ruth ya está manchada y es probable que ni ella, ni Augustus vuelvan a verme. ¿Qué puedes ocultarme ahora?

—¿Además de tu herencia y tu posición en nuestra familia?

—¿Me repudiarás por ir en contra de tus deseos? —Solté una risa poco divertida—. Adelante. ¡No quiero nada de eso!

Los labios de mi madre se abrieron.

—¿Renunciarás a todo ahora que estás tan cerca? Serás la esposa de un conde, Arabella. ¿Te das cuenta que habrá pocas mujeres con un estatus más alto que tú? ¡No te faltará nada!

—Tanto que me faltará…

Mi madre apretó la mandíbula y sus ojos se movían entre los míos.

—¡Muchacha egoísta! Afortunadamente, todavía tengo una moneda de trueque.

—Entonces, úsala, porque ya no me importa.

—Si insistes. —Mi madre me soltó el brazo con fuerza y se alejó un paso de mí—. Escribiré directamente a Ruth y le informaré que fue su madre quien mató a su padre, antes de quitarse la vida.

Sus palabras me dejaron sin aliento.

Mi madre se dio cuenta de mi postura rígida.

—Con mucho gusto le informaré que fuiste tú quien me animó a compartir con ella esta noticia que cambiará su vida.

—¡Tú mientes!

La mano de mi madre retrocedió tan rápidamente que no tuve tiempo de prepararme para el impacto. Su palma abofeteó mi mejilla. Me dolían los oídos y me picaba la piel, pero me enderecé y levanté la barbilla desafiante.

—¡Pégame todo lo que quieras! ¡Nunca creeré tal cosa! La madre de Ruth era amable y la amaba con todo su corazón.

—Y es precisamente por eso que lo hizo.

Me quedé quieta, sin saber por qué la idea penetró en mi núcleo. Mi resolución flaqueó.

Mi madre levantó una ceja triunfante.

—¡Ah! ¿Estás dispuesta a escucharme ahora?

Tragué, pero no respondí.

Mi madre soltó un suspiro irritado.

—Tu padre mantuvo un… cariño por la señora Seton hasta el momento de su muerte. Ella le había advertido que su marido no toleraría que continuaran su amistad. El señor Seton era un hombre violento que no perdonaba a su esposa, cuando su temperamento estallaba. Pero tu padre no entró en razón.

—Aparentemente, el señor Seton también comenzó a descargar su enojo con Ruth. A pesar de los mejores esfuerzos de su esposa, un suceso particular terminó con Ruth en cama durante una semana o dos. Al parecer, los hematomas eran bastante extensos y les dijeron a los sirvientes que se cayó por las escaleras, sin que ninguno de ellos lo presenciara.

Sentí las piernas débiles cuando pensé en aquellas semanas en las que Ruth tuvo que permanecer en cama, las semanas en las que Augustus y yo habíamos deambulado descuidadamente por el bosque sin tener ni idea del sufrimiento de Ruth.

—¿Cómo sabes esto?

—En parte por los labios chismosos de los sirvientes y en parte de una carta que llegó para tu padre la mañana de la muerte de los Seton. Él no estaba en casa, en ese momento, y mi curiosidad se apoderó de mí, porque la señora Seton nunca antes había sido tan descarada en sus travesuras. En la carta, ella explicaba sus temores por Ruth y las amenazas que el señor Seton había lanzado contra ellas. Dijo que no podía soportar la idea que su hija volviera a sufrir daño, pero tampoco podía soportar la vergüenza y las consecuencias de haber acabado con una vida, incluso una tan terrible como la de su esposo.

Sentí que podría estar enferma.

—¿No hiciste nada cuando leíste sus intenciones?

La madre dejó escapar un suspiro tembloroso y un mínimo atisbo de remordimiento fue visible en su expresión.

—Pensé que era un intento de llamar la atención, una vana esperanza suya que tu padre fuera a rescatarla... —Hizo una pausa, su mirada ahora distante—. No fue así... Cuando él regresó a casa, ya habíamos recibido noticias de sus muertes.

—¿Y no entregaste la carta a las autoridades?

—No pudimos. No podíamos arriesgarnos a involucrarnos. El buen nombre de nuestra familia se habría visto empañado y la carrera política de tu padre socavada por un escándalo. ¿Quién sabe qué habría pensado la gente sobre su participación? No. No era una opción.

Nos quedamos un momento en tenso silencio, antes que ella levantara la barbilla.

—Entonces, ahora que sabes la verdad, ¿te imaginas cómo afectaría ese conocimiento a Ruth? ¿Qué tan desconsolada estaría si supiera que fue su madre, una mujer a la que amaba más que a nada, a la que probablemente venera hasta el extremo, quien había hecho algo tan indescriptible? ¿Qué pensarían los demás de ello? Al fin y al cabo, una mujer suele seguir los pasos de su madre.

Mi cabeza dio vueltas y me dejé caer en el diván, sin poder soportar más el peso de todo.

—Ya ves, Arabella, todavía tengo algo sobre ti. Algo que espero que te permita entrar en razón.

Tragué, asintiendo solo con la cabeza.

Mi madre soltó un suspiro lastimero, como si estuviera agobiada por mi coacción.

—Espero que vuelvas a ser tú misma para la cena. Lord Thorton debe saber que no se equivoca al ofrecerse por ti.

Incluso después que mi madre se fue, no tuve lágrimas que llorar. Me senté y miré la chimenea llena de hollín. Mis pensamientos eran tan vacíos como mi corazón.

—¿Señorita Godwin? —Leah colocó una bandeja de té, en una mesa cercana, y se acercó, agachándose frente a mí con una taza y un plato en la mano—. Le he traído té con limón, como a usted le gusta.

Parpadeé y mis ojos se dirigieron a su oferta, antes de volver a sentarme cerca del fuego.

—Señorita Godwin, usted está pálida. —Pude escuchar la preocupación en su voz y ella volvió a levantar la taza—. Usted debe beber algo.

Agarré la taza y la bajé a mi regazo.

Leah no se movió ni habló.

Toda mi vida era una mentira. ¡Yo era una mentira! Cuando Ruth y Augustus dejaron Bath, yo no tenía a nadie. Incluso papá se alejó de mí después de eso. El repentino interés de mi madre por corregir mi educación se convirtió en todo lo que tenía. Pensé que si podía convertirme en lo que ella deseaba que fuera... Si otros pensaran que yo también era eso... Entonces, encontraría el amor que buscaba. Pero eso nunca sería suficiente.

Observé la expresión comprensiva de Leah.

—Nunca seré suficiente… Ni para la sociedad ni para mi madre… —Se me hizo un nudo en la garganta—. Y ahora he perdido a las únicas personas que todavía me amaban porque se dieron cuenta en qué me he convertido: una simple sombra de la chica que una vez conocieron. Un caparazón hueco y vacío y nada más.

—Si se me permite ser tan atrevida, señorita, con demasiada frecuencia a usted le han hablado de sus defectos. He visto su bondad, su amabilidad. —La mano de Leah se posó sobre mi muñeca—. ¡Quizás no todo esté perdido!

Pensé en la amenaza de mamá contra Ruth. Incluso si pudiera enmendar mi relación con Ruth y Augustus, una tarea en sí misma que parecía imposible después de todo lo que había hecho, no me arriesgaría a causarle tanto dolor a Ruth. Su madre lo era todo para ella. La verdad la dejaría destrozada.

—Me temo que sí.

* * *

El abanico de Lady Beatrice cortó el aire entre nosotros, ya que sus movimientos eran rápidos.

—Señorita Godwin, ¿qué era lo que usted y Lord Thorton estaban discutiendo con tanto sentimiento, antes de abandonar el picnic?

Miré a mi madre que estaba cerca. Su mirada vigilante apenas se había desviado de mí en toda la velada, pero no disminuyó su guardia, ahora que los caballeros tomaban oporto. Fue ante su insistencia que incluso vine a hablar con Lady Beatrice para que pareciera que yo no estaba molesta por sus venenosos chismes, que se habían extendido como un incendio, entre los invitados.

—¿Señorita Godwin? —Las cejas de Lady Beatrice se arquearon. Su irritación era evidente por tener que esperar mi respuesta.

—Estábamos hablando del suceso con el señor Green.

Lady Beatrice y Miss Browning compartieron una mirada significativa.

—¡Qué desafortunado! Pensar que el pobre señor Green casi se involucra con una chica de escasos recursos. No me sorprendería en absoluto descubrir que el propósito de la señorita Seton había sido una propuesta, desde el principio, por lo que descaradamente coqueteó con él. Pero supongo que usted no pensará eso, siendo su amiga.

Aunque quería gritar y decirle que era una chismosa vil e insensible, me mordí la lengua,

ante los ojos penetrantes de mi madre, ardiendo sobre mi persona.

Lady Beatrice cerró su abanico y lo apoyó sobre su clavícula.

—¿Espero que el encuentro no haya causado ninguna discordia entre usted y Lord Thorton?

—No, nada. —La mentira se sintió amarga en mi lengua.

Lady Beatriz se burló.

—Bueno, me alivia escucharlo. Especialmente teniendo en cuenta que hay rumores sobre su supuesta consideración por el señor Brundage.

No respondí.

—¿No le sorprende escuchar eso? —Lady Beatrice me evaluó y la decepción le hizo fruncir el ceño.

Mi falsa sonrisa estaba destinada a mi madre, no a Lady Beatrice.

—Que usted fomente los rumores, confieso que eso no me sorprende en lo más mínimo.

Lady Beatrice me miró boquiabierta.

—Ven, Marianne. —Ella me dio la espalda—. Creo que encontraremos una compañía más tolerable en otros lugares.

La señorita Browning se detuvo, justo antes de pasar a mi lado.

—Lamento lo que pasó con sus amigos, señorita Godwin. Espero que lo sepa.

Antes que tuviera tiempo de reconocer su inesperada amabilidad y toque de humildad, ella ya no estaba.

No me moví, escuchando los excitados murmullos de las damas. El coro de sus voces creaba una especie de zumbido, como el del viento entre los árboles, el cual me hacía sentir sola y distante. ¿No había sido yo una de ellas hace unas semanas? ¿No había anhelado estar aquí en Branbury, con la victoria de haber logrado la oferta de Lord Thorton, como pronto lo haría? ¡Qué rápido podrían cambiar las cosas!

Las fuertes risas de los hombres resonaron en el salón, pero en lugar de acercarme a ellos, me senté en un sofá cercano.

Lord Thorton se paró frente a mí.

—¿Qué hace sentada tan lejos de los demás? ¿Todavía está molesta por lo ocurrido con la señorita Seton?

—Simplemente, estoy agotada.

—Usted debería ir a descansar.

Levanté la mirada.

—No creo que dormir pueda curar el agotamiento que sufro, milord.

Él me examinó brevemente.

—¿Qué clase de agotamiento es ese?

Los ojos de mi madre se fijaron en mí desde el otro lado del salón y mi pequeña oleada de coraje se desvaneció.

—No es nada.

Lord Thorton dejó escapar un suspiro y se sentó a mi lado en el sofá.

—No soy tonto, ¿usted sabe?

Miré mis manos entrelazadas en el regazo.

—Nunca pensé que lo fuera.

—Quizás no, pero ciertamente, usted no ha sido tan franca conmigo, como lo acordamos...

Me quedé quieta.

—Soy muy consciente de su consideración por el señor Brundage. Como ya le dije, cuando lo traje aquí por primera vez, esperaba descubrir que no era así. Incluso reuní pruebas de lo

contrario, durante un tiempo. Pero usted lo ha dejado demasiado claro como para seguir fingiendo lo contrario.

Me miró, pero no pude obligarme a mirarlo a los ojos. No cuando lo único que veía en mi mente era lo furiosa que mi madre iba a estar conmigo, cuando Lord Thorton no hiciera su oferta, y cómo se desquitaría con Ruth. ¡No podía permitir que eso sucediera! Me moví para enfrentarlo, el pánico crecía en mí, mientras intentaba reunirme para una causa mayor.

—Perdone mis errores y la audacia con la que voy a hablarle. Admito que mi enamoramiento por el señor Brundage me ha cegado, pero soy muy consciente que una unión nunca podría funcionar entre nosotros. Estoy segura de que mi decepción pasará pronto y seguiré adelante. Como ya usted ha dicho, somos una buena pareja y estamos iguales en muchas cosas importantes. —Hice una pausa, sabiendo que era hora de sellar mi destino, si es que ya no había perdido la oportunidad—. Aunque puedo entender que ya usted no quiera hacerme una propuesta, creo que podríamos tener una buena vida, juntos.

Lord Thorton consideró mi opinión.

—¿Usted sabe qué me sorprende de todo esto?

Negué con la cabeza.

—Cuando finalmente llegué a una conclusión debido a tu consideración por el señor Brundage, y después que tu madre me aseguró que no permitiría un matrimonio con él, descubrí que todavía deseaba proponerte matrimonio.

—¿Lo harás? —Todas mis emociones estaban confusas y al mismo tiempo sentí un gran alivio y un abrumador disgusto, ante su declaración.

Lord Thorton se enderezó en su asiento y echó hacia atrás sus anchos hombros.

—La única forma en que puedo encontrarle sentido es compararlo con algo que realmente entiendo. Usted verá… Soy un cazador. Y al cazar, de vez en cuando hay algún animal que es capaz de evadir a los mejores de nosotros, cuanto más lo hace, más ferozmente lo cazamos… Señorita Godwin, tú eres una zorra poco común, y lo digo de la mejor manera. Tu belleza y tu aplomo por sí solos te hacen un partido que vale la pena tener, pero también eres astuta y cariñosa. Cada pretendiente que intenta atraparte termina con las manos vacías y, sin embargo, eso solo aumenta tu atractivo. ¡Por eso debo tenerte!

A medida que la verdad se apoderó de mí, también lo hizo el dolor. Para Lord Thorton yo no era más que un trofeo que podía conseguirse. Y lo peor de todo fue que yo había vivido los últimos ocho años de mi vida con ese propósito, sin darme cuenta de las consecuencias. ¡Y ahora estaba atrapada en esa trampa!

—Dígame, milord, como no soy una cazadora, ¿existe algún escenario en el que la zorra tiene un final favorable?

Capítulo veinticuatro

Mechones rebeldes de cabello sobresalían de mi peinado, en ángulos extraños, y los rizos cerca de mi cara estaban torcidos. Leah dio un paso atrás, mordiéndose el labio, mientras probablemente evaluaba lo que se podía hacer.

—Me temo que no dormí bien. —Era un eufemismo, pero los círculos oscuros, que contrastaban con mi rostro hinchado y manchado, eran suficientes evidencias de la noche que había pasado. Las pesadillas me habían despertado más veces de las que quería recordar. Pero estaba demasiado exhausta para evitar dormir, así que cerraba los ojos, y permitía que me persiguieran de nuevo. Miraba sin cesar por la ventana, esperando a Augustus. La señora Seton envenenaba a su marido, antes de ponerse un frasco en los labios y beberlo ella misma. Papá enfrentaba un juicio por asesinato. Y la pesadilla que me había dejado empapada en sudor y temblando era la siguiente: yo envenenaba a Lord Thorton, en nuestra noche de bodas. Sacudí el vívido recuerdo de mi mente.

Leah se quedó paralizada con un alfiler medio metido en mi cabello descuidado.

—¡Ay! ¿La lastimé?

—No. No es nada.

La puerta se abrió con un chirrido y mamá entró, poniéndose los guantes.

—¿Estás lista, Arabella? Las damas están empezando a reunirse para nuestra expedición de compras. —Los ojos de mi madre se posaron en mi reflejo y los entrecerró. Rápidamente, se acercó a mi lado, agarrándome la barbilla y obligándome a mirarla—. ¡Te ves terrible! No puedes acompañarnos a la ciudad en esa condición. Tu pelo... y tu cara. —Mi madre sacudió la cabeza con incredulidad y volteó hacia Leah—. ¿Has probado algún polvo facial?

Los brazos de Leah estaban rígidos a los costados y su mirada permanecía fija en el suelo.

—Lo intentamos, milady. Temo que le daba un aspecto calcáreo, así que me pidió que se lo quitara.

—¿La puede dejar presentable para la cena?

—Creo que todo lo que ella necesita es un buen baño.

La madre resopló irritada.

—Muy bien. Informaré a los sirvientes para que suban una bañera de inmediato… Debemos hacer que luzcas lo suficientemente en forma para interpretar el rol de la futura esposa de un conde. —Mi madre esbozó una tensa sonrisa—. Lord Thorton ha hablado con tu padre y, a pesar de todos mis temores, estoy segura que tiene la intención de ofrecerse por ti esta noche.

—¿Papá está aquí?

—¿No me escuchaste? —Los ojos de mi madre se movieron hacia arriba con irritación.

—Te oí. —Bajé la mirada a mi regazo—. Estaré arreglada para la cena.

—Deberías intentar estar preparada, antes de eso, en caso que Lord Thorton desee una audiencia privada contigo de antemano.

—Sí, madre.

Mi madre puso una mano sobre mi hombro, pero no había calidez en su toque.

—Sé que ahora no lo parece, pero algún día estarás agradecida por lo que he hecho.

Me quedé mirando fijamente mi propio lamentable reflejo.

—Hablando de lo que he hecho… —Hizo una pausa—. Si tu padre regresa con los caballeros, antes que nosotras, le he prohibido hablar contigo hasta que yo esté presente...

Tenemos muchas cosas que discutir, los tres juntos.

—Sí, madre. —Mi voz era vacía y hueca. Tal como yo estaba.

Mi madre me soltó el hombro y caminó hacia la puerta, deteniéndose, cuando su mano agarró el pomo.

—¡No vuelvas a frustrarme o habrá graves consecuencias!

La puerta se cerró detrás de ella.

La mirada de Leah volvía continuamente a mi reflejo, mientras me quitaba las ineficaces horquillas de mi cabello, pero yo no tenía fuerzas para enfrentar esto y presenciar su lástima.

Cuando los sirvientes remolcaron la bañera, la llenaron y se marcharon, Leah me ayudó a desvestirme. Mientras me sumergía en el agua tibia, no sentí ningún placer ni sensación de limpieza. Quizás fue porque estaba mancillada por dentro y ninguna cantidad de agua podía eliminar eso.

Cuando estuve completamente seca y vestida, Leah comenzó a peinarme el cabello. Sus manos eran suaves, mientras deshacía los nudos. Continuó peinándome, mucho después que me quitó todos los nudos. No había dicho una palabra desde que mamá se fue, pero sentí su cuidado, en su silenciosa ternura.

—Estoy agradecida por ti, Leah.

Ella dio una pequeña sonrisa.

—Espero que elijas quedarte conmigo, cuando me case.

Su peine se detuvo a medio camino de mi cabello y miré su reflejo. Yo estaba nerviosa al descubrir el arrepentimiento en su rostro. Perder a Leah sería insoportable en este momento. Para mi gran alivio, ella asintió.

—Estaré feliz de quedarme, dondequiera que vaya, señorita.

Le cogí la mano y ella la puso en la mía.

—Gracias.

Sonó un suave golpe.

Leah se acercó a la puerta y la abrió lentamente.

—¿Arabella está lo suficientemente preparada para verme?

—¡Papá! —Ya estaba de pie, cuando Leah lo dejó entrar y salió por la puerta, cerrándola detrás de ella—. Mamá me dijo que saliste con los caballeros.

Él sacudió la cabeza.

—Les informé que estaba demasiado cansado por mis viajes, estos últimos días, para unirme a ellos. —Levantó un dedo—. Y no fue una mentira, ya que fue un viaje muy difícil. Esta misma mañana, en el último tramo de nuestro viaje, se rompió el eje del carruaje.

—¡Oh, papá! —La preocupación se apoderó de mi frente—. ¡Qué suerte que no te lastimaste!

—Sí. —Se acercó lo suficiente para darme un beso de bienvenida en la mejilla—. Y afortunadamente no estábamos lejos de la casa de correos, donde cambiamos de caballos. El administrador de correos recomendó a un carrocero muy capacitado, que ya está trabajando en la reparación. Dijo que podría entregar el carruaje el martes.

Intenté sonreír, pero mis labios no se acomodaron.

—Has tenido una situación difícil, ¿no? —Había discernimiento en los ojos de papá.

—Sí —dudé—. Y debes saber que mamá me dijo que no hablara contigo hasta su regreso.

—Sí. Ella me dijo lo mismo. Pero su presencia obstaculizará mi explicación, la explicación que te mereces después de todo lo que te hicieron soportar, a causa de mi locura. Tanto en el pasado como en el presente.

—Ya he aprendido mucho de esto por mi cuenta. Y mi madre me habló de los Seton. —Hice una pausa—. Y quién fue responsable de sus muertes.

Él asintió sin una pizca de sorpresa en su expresión.

—¿Te dijo ella por qué cumplí con sus demandas? ¿Por qué te ocultamos a Ruth?

Se me secó la garganta.

—No.

Él se acercó al sillón con respaldo de orejas y me hizo un gesto para que me sentara frente a él, en el diván.

Había vacilación en sus rasgos, mientras se inclinaba hacia adelante, en la silla, con los pies abiertos y los codos apoyados en las rodillas.

—Susan, la madre de Ruth, y yo habíamos crecido con el entendimiento que algún día nos casaríamos. La había amado desde que era un niño, aunque no lo reconocí como amor hasta que fue demasiado tarde. Verás, tu abuelo se había metido en una situación financiera difícil, tanto que cuando tu madre llegó con su tentadora fortuna, me pidió que la considerara a ella, en lugar de a Susan. Fellerton estaba al borde de la ruina y necesitábamos los fondos. —Papá se reclinó, con expresión severa—. Me encantó la belleza de tu madre, la forma en que me hipnotizó con sus halagos. Era demasiado joven y tonto para darme cuenta de las consecuencias de mi elección, no solo para mí, sino también para Susan. Le rompí el corazón a Susan y me casé con tu madre.

—Después que Susan se casara con el señor Seton, él la mudó a una de sus propiedades, justo al sur de Londres, y durante años no nos vimos. Nuestras familias vecinas tampoco hablaron. Cuando los padres de Susan murieron, ella heredó todo y convenció a su marido para que trasladara a su familia a Blacksley. El señor Seton estaba ausente a menudo y, como a tu madre le resultaba poco agradable esa compañía y su maternidad, ella también se ausentaba durante semanas seguidas para visitar a una de sus hermanas.

Asentí, muy consciente del abandono de mi madre, durante los primeros doce años de mi vida.

Papá fijó su mirada en sus manos cruzadas.

—Fue en ese tiempo que Susan y yo nos volvimos a conocer. Puede que haya estado mal, pero nos sentíamos solos... Ruth y tú lo agradecieron al instante. Solíamos hacer un picnic...

—Junto al arroyo. —Le ofrecí a papá una sonrisa triste—. Ahora lo recuerdo.

—Sí, supongo que sí. —Miró hacia la chimenea vacía—. Durante años, logramos mantener nuestra… amistad. Pero un día, su marido nos encontró abrazados de camino a su casa en Blacksley. No nos vimos, a menudo, después de eso, y eso nos afectó a ambos, pero especialmente a ella. —La mandíbula de papá se apretó y sus manos se cerraron en puños—. El demonio la trató terriblemente mal, y, año tras año, la vida se fue desvaneciendo lentamente de ella. Quería intervenir, pero nunca lo hice. —Papá bajó la cabeza y levantó la mano para taparse los ojos.

Me levanté y caminé hacia su lado, arrodillándome a sus pies.

Sus hombros se alzaron hacia adelante con un sollozo.

—Debería haber hecho algo. —Sus palabras fueron difícilmente comprensibles—. Podría haberla salvado.

Tomé su mano entre la mía, mi deseo de consolarlo era más fuerte que toda mi incertidumbre.

—No puedes permitirte cargar con la culpa de las decisiones de los demás.

—Entonces, déjame al menos cargar con la culpa por faltar a mi palabra, por alejarte de Ruth.

Tragué y mis dedos se apretaron alrededor de su mano.

—¿Cuál fue tu razón para hacerlo?

—Susan me escribió el día de su muerte, al descubrir que yo no estaría en casa y no podía detenerla. En la carta explicó sus intenciones. Sus razones. Y luego... —Dejó escapar un suspiro tembloroso—. Ella me pidió que cuidara de Ruth, una vez que ella se fuera.

Me puse rígida.

—¿La señora Seton te pidió que fueras el tutor de Ruth?

—No estoy exactamente seguro de lo que quiso decir con su solicitud. —Él resopló y levantó sus ojos enrojecidos hacia los míos—. Pero no, ni siquiera yo lo tomé así. En el testamento del señor Seton se había nombrado a otro tutor para Ruth, un pariente suyo, creo… Y cuando él se negó, el señor y la señora Brundage reclamaron gustosamente su derecho, siendo los parientes más cercanos.

—Pero tenía la intención de hacer mi parte y asegurarme que Ruth recibiera todo lo que su madre quería, incluyendo mantener la amistad entre ustedes dos. Tu madre estaba totalmente en contra. Ella creía que cualquier interacción continua con Ruth haría que la gente cuestionara mis acciones, les haría preguntarse si Ruth era mi hija ilegítima, o si yo había tenido un rol en la muerte de los Seton. También mencionó tu apego a Augustus y cómo, si permitíamos que continuara, arruinaría tus perspectivas en el futuro. Realmente, todo esto era absurdo y se lo dije… Le recordé que ella siempre había detestado a Susan y, por lo tanto, también detestaba a Ruth y a Augustus. Ella no lo negó.

Papá miró por la ventana.

—Su oportunidad vino a socavar mis intenciones, cuando la corte forense dictaminó que los asesinatos fueron un asesinato y un auto homicidio a manos del señor Seton. No habían encontrado evidencia de un perpetrador externo y, debido a sus tratos pasados con su esposa, se supuso que él mismo la había matado. Tu madre y yo éramos los únicos que conocíamos la verdad.

—¿Y tú no querías que las autoridades lo supieran?

El semblante de papá se volvió severo.

—¿Sabes lo que le hacen a una persona que se ha autodestruido? ¿Qué le hicieron al señor Seton pensando que había cometido el acto?

Negué tímidamente con la cabeza sin estar segura de querer saberlo.

—A estas personas no se les da un entierro adecuado. En cambio, a medianoche las llevan a un cruce de caminos, donde el espíritu maligno se dispersará en cuatro direcciones. —Él hizo una mueca—. Y antes de ser enterradas, les clavan una estaca en el corazón para evitar que su fantasma camine.

Se me escapó un pequeño grito ahogado y solté su mano para taparme la boca.

—Tu madre dijo que si no accedía a sus demandas, entregaría a las autoridades la carta que había logrado confiscar sin mi conocimiento. Que mi amada Susan sería contaminada… incluso en la muerte. —Las lágrimas brotaron de los ojos de papá, pero esta vez no cayeron—. ¡No podría soportarlo! Arabella. Un destino tan cruel era propio para un hombre como el señor Seton, pero no para su amable y bondadosa esposa.

Apoyé la cabeza en las rodillas de papá y su mano se movió hacia mi espalda. Durante algún tiempo no nos movimos ni hablamos. En el silencio, mi mente dio vueltas sobre lo que me habían dicho y mi corazón se ablandó. Aunque no podía perdonar por completo las decisiones que había tomado, ahora podía entenderlas. Todo lo que papá había hecho se debía a su amor por la madre de Ruth.

Papá se aclaró la garganta y levanté la mirada hacia la suya.

—Ese es el mal que quería corregir. Cuando vi a Ruth esa noche en el baile, fue como si viera a Susan. Y cuando mencionaste lo diferente que habría sido si su madre hubiera estado viva, supe que les había fallado a ambas. ¡Y sobre todo te fallé a ti!

—Admito que mi plan para llevarte a Fairhaven no estaba muy bien pensado, especialmente lo de falsificar una invitación de los Leavitt. Pero no podía decirte la verdad, y correr el riesgo que tu madre se enterara ni estaba seguro que aceptarías el acuerdo, si no te lo imponían. —Papá apretó los labios—. Estoy muy consciente del dolor que sufriste al pensar que Ruth y Augustus te habían olvidado hace tantos años, un dolor que necesitabas comprender y que no fue causado por ellos.

—Podrías haberlo explicado en la carta que enviaste con Leah.

—Traté de escribir una explicación varias veces. Pero al final, tomé la vía del cobarde, confiando en que descubrirías las verdades necesarias por tu cuenta. —Su expresión se suavizó y tomó mi rostro entre sus manos—. Si hubiera podido prever las complicaciones que surgieron, no te habría enviado a Fairhaven.

—No, papá. ¡No me habría perdido Fairhaven por nada! Mi estancia allí fue la más feliz que he tenido desde que Ruth y Augustus se fueron.

Papá inclinó la cabeza hacia un lado y examinó mi rostro.

—Lo amas, ¿no?

Muy lentamente, asentí.

—¡Lo amo! Pero eso no puede importar. Mi madre ha amenazado con contarle a Ruth el rol de su madre en las muertes, si no me caso con Lord Thorton. —Miré hacia abajo—. Además, Augustus ya no me aceptará…

—¿Él te dijo eso?

Me puse de pie, acercándome a la ventana.

—Lo vi en sus ojos, papá… Finalmente, él se dio cuenta en qué clase de mujer me he convertido.

—¿Y qué clase de mujer es esa?

—Una como mamá. —Mi barbilla tembló.

Papá se acercó detrás de mí y apoyó ligeramente sus manos sobre mis hombros, siguiendo mi mirada hacia el jardín de abajo.

—No te pareces en nada a tu madre, a pesar de sus intentos que seas así. Eres considerada, amable y buena.

Mis lágrimas empañaron los colores brillantes de la tarde de verano.

—¡No! Los he engañado, como he engañado a todos.

—¿Cómo nos has engañado?

—He sido maliciosa y crítica. He alimentado mi vanidad y mi orgullo. He tratado abominablemente a los demás. ¡He mentido, papá! Demasiadas mentiras para contarlas. Y lo peor de todo es que he lastimado a Ruth, he lastimado a Augustus.

—Entonces, ¿has hecho esas cosas?

Asentí.

—Lo que he hecho es diferente a lo que estamos haciendo, Arabella. Y reconocer nuestros errores es el único camino a seguir. Si no quieres ser la persona que eres, elige ser la persona que deseas ser.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla.

—He hecho demasiado, he lastimado a demasiados.

—La gente no es la suma de todos sus errores. También deben estar dispuestos a tener en cuenta todos tus derechos. Y si los lados no están proporcionados equitativamente, haz que así sea. Al menos eso es lo que intento hacer. —Las manos de papá bajaron por mis brazos, antes de caer a su costado—. Y si tuviera que hacer una conjetura, diría que el señor Brundage probablemente lo vería de la misma manera.

Una sensación cálida zumbó en mi pecho, mientras la imagen de quién anhelaba ser se aclaraba en mi mente. ¡Quería ser despreocupada, como la chica que alguna vez fui! ¡Quería ser una dama que reía y sonreía con facilidad! Una dama que confiaba, esperaba y era amable. Y sobre todo quería ser alguien que amara y fuera amada a cambio. Mi corazón casi estalla, ante la simple libertad que papá me había dado. Tenía una opción y elegiría ser así. Sin embargo, me quedé paralizada…

—No puedo elegir quién ser, papá. —Volteé hacia él y la desesperación suplantó todas mis esperanzas—. Mamá le contará a Ruth sobre la muerte de la señora Seton. Ella no podrá soportarlo y no arruinaré su felicidad por la mía.

Los ojos de papá brillaron.

—Esa es la otra razón por la que vine a hablar contigo. Cuando tu madre me escribió sobre mi imperdonable intromisión y las consecuencias de la misma, debido a que tu problemático afecto recaerá en alguien que no es Lord Thorton, tomé la decisión de no dejarte sufrir, como yo he sufrido tanto, por sus exigencias. —Metió la mano en el bolsillo de su chaleco, sacó una carta y me la entregó—. Debes quedarte con esto.

Miré esa misiva.

—¿Qué es?

—La carta de Susan.

Mi mirada se dirigió a la de papá.

—¿Quieres que la tome?

—No me esforcé tanto en recuperarla simplemente para leerla yo mismo. —Su broma fue nula para mí y su débil sonrisa desapareció—. Esto debe estar en posesión de los tutores legítimos de Ruth, los Brundage, y ellos deben decidir cómo seguir adelante con este conocimiento.

Mis ojos se posaron en la misiva, nuevamente asombrados que algo tan pequeño pudiera alterar completamente tantas vidas. La tomé, agarrándola con mucho cuidado.

—Pero mamá aún puede decirle a Ruth lo que sabe.

—Sí. Ella puede… Pero ella ya no tiene las cartas más fuertes, porque lo de ella es un *bluff* y yo abandono el juego. Y… ¿Conoces cuál es el castigo más alto por retener pruebas aquí en Inglaterra?

Arqueé una ceja y todo mi cuerpo se debilitó al darme cuenta hacia dónde mi padre se dirigía.

—Muerte… en la horca.

—Precisamente... Y supongo que tu madre estará tan ansiosa como yo por evitar la soga.

Mi cara palideció.

—No te preocupes, Bella. —Papá me dio unas palmaditas en el brazo y su mano se demoró un momento—. No es probable que seamos procesados, ya que requeriría que la Corona restituyera la mayor parte de la herencia de Ruth. E incluso si nos acusaran, las consecuencias probablemente no serían graves. ¿Qué incentivo tienen para condenar duramente a un par leal o a su esposa? —Hizo una pausa con un ligero levantamiento en las comisuras de su boca—. Pero tu madre no lo sabe. Tampoco tentará al destino, amenazando a las personas que tienen en sus

manos una carta tan poderosa. ¡Ruth debería estar a salvo!

—Entiendo lo que estás sugiriendo, pero hay demasiadas probabilidades, en tu contra, ante cualquier explicación. Cualquier posibilidad de enjuiciamiento es demasiado alta. —Le tendí la carta—. ¡Debes quedarte con esto!

La expresión de papá se volvió solemne.

—Al igual que tú, estoy listo para cambiar. Estoy dispuesto a enmendar los errores que he cometido. —Hizo otra pausa y su mirada se posó en la misiva—. Los Brundage merecen saber qué contiene ese documento. Merecen la protección que podrían brindarle a Ruth. Y si, después de pensarlo, el señor Brundage decide llevar el asunto a las cortes, testificaré sobre la autenticidad de la carta, sin importar el resultado.

Parecía una decisión temeraria, aunque la entendí muy bien. Él haría cualquier cosa para corregir los errores que le habían causado tanto daño a Ruth, a los Brundage, a Augustus, y a mí… Acerqué la carta a mi pecho de manera protectora.

—Gracias papá.

Soltó un suspiro y dio un paso atrás.

—Ahora, esta misma mañana le dije a Lord Thorton que consentiría que te casaras con cualquier hombre que tú ames.

No me moví, oscilando entre el shock y la alegría.

—Déjame reformular eso. A menos que realmente desees casarte con Lord Thorton, será mejor que te vayas.

Sin necesitar más indicaciones, me puse de puntillas para darle un beso en la mejilla a papá.

—Gracias —chillé, mirando alrededor de la habitación y considerando la mejor manera de proceder. No estaba segura de cuánto tiempo me quedaba, antes del regreso de mamá, y me preguntaba si podríamos empacar mis baúles y subirlos al carruaje antes... Mis hombros cayeron bajo el peso de la comprensión y miré a papá—. No tenemos conductor.

Papá sonrió.

—Tenemos caballos y la silla de montar de tu madre. Probablemente, no le faltará esto hasta mañana por la mañana.

Me hormigueaban las manos y las piernas, ante la sola idea de subirme a una criatura tan grande, después de años de negarme a montar.

—Muy bien. Pero tendré que irme, ahora antes de cambiar de opinión.

Papá se rió.

—Dile a nuestro padrino de boda que te acompañe. Debería unirme a ti yo mismo, pero debo estar aquí para ocuparme de tu madre y del caos social, que seguramente causará tu repentina ausencia.

—Gracias papá. —Coloqué la carta en mi bolso y abrí la puerta, enviándole una última sonrisa.

—¿A dónde diablos vas en tal estado? —giré la cabeza y encontré a mi madre entrando por la puerta con su mirada de disgusto, persistiendo en mi cabello mojado y suelto.

Abrí la boca, pero las palabras no salieron.

—¿Qué estás escondiendo? —Pasó a mi lado y sus ojos se posaron en papá—. ¿Qué es esto? ¿No les dije específicamente a ambos que esperaran para hablar hasta que yo regresara?

Di varios pasos hacia atrás.

—Creo que sí —replicó papá con voz impasible—. Pero deseaba ver a Arabella, antes de su partida.

—¿Partida? —La mirada de mi madre se entrecerró.

Papá se puso a mi lado, colocándose entre mamá y yo, en una innegable muestra de protección.

—Ella se irá de Branbury sin demora.

La mirada ceñuda de mamá no se desvió de la de papá.

—Ella no va a ninguna parte.

Papá me miró.

—¿Qué dices de eso, Arabella?

—¡Me voy! —Mi voz era débil al principio, pero papá asintió alentadoramente y yo me armé de valor—. ¡No me casaré con Lord Thorton!

La incredulidad acentuó las facciones de mi madre.

—Ciertamente, ¡lo harás! No permitiré que arruines la reputación de esta familia, no después de todo el trabajo que he hecho para corregir tus errores. Además —dijo, levantando levemente una comisura de su boca—. ¿Ya has olvidado lo que tengo en mi poder?

—Lo que tenías en tu poder —dijo papá con frialdad.

La mirada de mi madre voló hacia él.

—Siéntate —dijo, indicándole que se dirigiera al diván—. Y te explicaré cómo serán las cosas, a partir de ahora.

—Absolutamente… no lo haré.

Papá no se movió, su brazo todavía estaba extendido de manera incitante hacia la sala de estar.

—Quizás deberías hacer lo que dice papá. —Aunque mis piernas temblaban debajo de mí, no era por miedo sino por la liberación de un gran peso, que me quitaban de encima—. Creo que será la decisión más inteligente para todos los involucrados.

Mi madre se cruzó de brazos, en una postura desafiante.

—¡Siéntate! —ordenó papá, subiendo el volumen lo suficiente como para que mamá se sobresaltara. Con la barbilla levantada, pasó junto a papá y se sentó sin decir una palabra.

Papá sacudió levemente la cabeza, ante su obstinación, antes de volverse hacia mí.

—Cuídate, cariño.

—Gracias, papá. —Miré a mamá, que tenía los ojos fijos en la chimenea—. Adiós, madre.

Ella no se dio vuelta ni habló.

Sin embargo, por primera vez en años, no me importaba lo que ella pensara. Con paso ligero, me dirigí hacia la puerta.

—Ah, ¿papá?

Acababa de sentarse en la silla frente a mamá.

—¿Qué pasa, Arabella?

—¿Me enviarás a Leah tan pronto como se pueda arreglar?

—Por supuesto.

Mi madre no se movió.

—¿Y adónde deberíamos enviar a tu doncella? —me preguntó, incapaz de ocultar la curiosidad en su voz.

—Fairhaven, por supuesto.

Mi madre giró, desde su asiento. Su mirada de total sorpresa envió una sonrisa de satisfacción a mis labios, y salí apresuradamente.

Capítulo veinticinco

—Eso es todo. —Mis palabras parecieron pasar a mi lado, mientras reduje la velocidad de mi caballo al trote, contemplando la familiar vista de Fairhaven. Me dolía la espalda por las horas que pasé encima del caballo, aunque me sentí aliviada que no hubiera tomado tanto tiempo como había pensado. Ni siquiera fueron tres horas, a pesar que hubo un descanso para atender a los caballos.

—Llegamos justo a tiempo, señorita. —Brown miró hacia el cielo—. Una hora más tarde y estaría oscureciendo.

Sonreí.

—Sí. Ahora ayúdame a bajar de esta maldita criatura.

Las arrugas alrededor de los ojos envejecidos de Brown se profundizaron con su risa, y desmontó, moviéndose para ayudarme.

Cuando mis pies estuvieron nuevamente en tierra firme, puse una mano en el cuello empapado de sudor del caballo.

—Creo que todavía puedes llegar a agradarme.

Él relinchó y le entregué las riendas a Brown.

—Puedes acompañarlos de regreso a los establos. Estoy seguro que a los Brundage no les importará.

Él asintió y condujo a los caballos en la dirección que le había indicado.

El corazón me latía con fuerza en el pecho y me detuve en el escalón superior para respirar tranquilamente. Miré mi vestido de día arrugado y polvoriento y deseé haber tenido la paciencia para ponerme mi vestido de viaje. Después de sacudirme la falda y pasar las manos por mis rizos, que el viento había secado hasta convertirlos en un lío de enredos, levanté una mano y la apoyé en la aldaba.

—Puedo hacer esto —repetí en voz baja, apretando el pesado mango circular.

¿Pero podría hacerlo? ¿Y si Augustus no pudiera perdonarme? ¿O Ruth? ¿Valió la pena correr el riesgo, si simplemente me dijeran que me fuera? Dejé caer la mano y la aldaba de metal emitió un ruido metálico sordo.

La puerta se abrió con un chirrido y la mirada del mayordomo se fijó en mí con los ojos muy abiertos.

—¿Señorita Godwin?

Mi aprensión creció. Si se sorprendió tanto al verme, me pregunté qué bienvenida recibiría de los demás.

—Hola Branson. ¿Está el señor Brundage en casa? —Necesitaba hablarle de la carta de la señora Seton a mi padre. Entonces, él sabría cómo proceder con Ruth.

Dio un paso atrás y abrió la puerta para dejarme entrar.

—Lo está. Si usted espera aquí.

Estaba escuchando sus pasos que se desvanecían, cuando la voz emocionada de Ruth salió flotando por la puerta abierta del salón.

—¡Y pensar que no me había dado cuenta que habían llegado a amarse el uno al otro!

Incapaz de resistir mi curiosidad, me acerqué de puntillas y miré al interior.

Ruth y Sarah se rieron. Estaban de espaldas y prestando atención a la ventana del salón. La señora Brundage estaba unos pasos detrás de ellas, mirando en la misma dirección.

—Chicas, realmente deberíamos darles privacidad. —La señora Brundage miró por encima de sus hombros, sin aparente determinación de seguir su propio consejo.

Pensé en anunciarme, pero el interés por descubrir quiénes eran me impulsó a seguir adelante.

Ruth negó con la cabeza.

—Casi no puedo creerlo. El señor Treynor se burlará de mí sin piedad, cuando descubra que ha ganado la apuesta. Fui tan inflexible en que no habría boda este verano.

Mis pies se volvieron pesados debajo de mí, y fue entonces cuando vi a quién estaban observando. A menos de veinte pasos de la ventana, la señorita Whitmore y Augustus estaban abrazados. Parpadeé, pero todavía estaban allí. No podía convencer a mis ojos que apartaran la mirada, y mi corazón se rompía con cada momento que pasaban en los brazos del otro. De repente, sentí como si estuviera viviendo mi pesadilla: aunque Augustus estaba justo allí, fuera de la ventana, nunca vendría. No para mí. ¿Esperaría por siempre?

Mis piernas se balancearon debajo de mí y extendí una mano para sostenerme en una silla cercana. Pero, ¿por qué debería sorprenderme? ¡Yo había hecho esto! Le había dicho a Augustus que se ofreciera por la señorita Whitmore. ¿Estaba maldecida y siempre estaba dispuesta para arruinarlo todo?

—¿Bella? —Levanté la mirada y encontré a Ruth, mirándome con expresión asombrada—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Sarah y la señora Brundage voltearon hacia mí.

Intenté sacar de mi boca las palabras ensayadas. Cualquier palabra.

—Yo… vine a pedirte perdón.

La cabeza de Ruth se inclinó hacia un lado y enarcó una ceja.

—¿Viniste hasta aquí desde Branbury para eso? ¿No podrías haber escrito, disculpándote?

Respiré profundamente, recordándome que Augustus no era la única razón por la que había venido. Ruth era mi amiga más querida y no podía perderla.

—Necesitaba decirte, en persona, cuánto lo siento. Nunca debí haber compartido la falsedad sobre tu herencia. Y ciertamente, no debería haberte alentado a una unión cuyos únicos méritos observables fueran un rostro atractivo y buenas conexiones. Te mereces a alguien infinitamente mejor que ese desgraciado, que ni siquiera merece que se pronuncie su nombre.

La comisura de los labios de Ruth se torció, dándome esperanza.

—He sido tan tonta. ¿Podrías perdonarme algún día?

Ruth movió los labios, antes que una sonrisa iluminara su rostro.

—Por supuesto que lo haré. ¡No puedo seguir enojada contigo! Y no te culpo por lo que pasó. Me ofreciste buenos consejos innumerables veces y no te hice caso. Solo espero haber aprendido de mis errores, porque sé que Augustus no siempre puede estar ahí para detener a cada... —Ruth ladeó la cabeza—. ¿Cómo llamó al señor Green?

—¿Sinvergüenza?

—No.

—¿Mentiroso?

Ruth volvió a negar con la cabeza.

—¿Degenerado?

—Eso es. —Ruth sonrió—. Degenerado… Augustus no puede estar allí para detener a todos los degenerados que encuentro. Aunque me alegro que él haya logrado detener esto, antes de que sucediera algo escandaloso…

El alivio me inundó, ante su alegre confirmación que no había ocurrido nada demasiado

perjudicial, y ella continuó:

—Porque… Como soy yo…

La señora Brundage y Sarah asintieron con la cabeza y volteé hacia ellas.

—También necesito disculparme con ustedes dos. Les di falsas esperanzas, las puse en una situación incómoda, y me fui después de romper mi acuerdo con Augustus. Pero necesito que sepan que adoraría mucho ser parte de esta familia.

—Eso también me hubiera gustado. —Sarah ofreció una sonrisa tímida.

—Todos lo habríamos hecho —asintió la señora Brundage.

—La señorita Whitmore será una incorporación excepcional. Mucho mejor de lo que yo jamás podría haber sido. —Miré por la ventana, pero la feliz pareja ya no estaba a la vista. Mi corazón comenzó a acelerarse y rápidamente avancé, dándole un abrazo a la señora Brundage y a Sarah, antes de detenerme frente a Ruth—. ¡Qué querida eres para mí! Espero que lo sepas.

Ella me rodeó con sus brazos con tanta fuerza que nunca quise irme. Pero necesitaba hacerlo, antes de verme obligada a enfrentar a Augustus en mi decepción. Se me acabaron las fuerzas. ¡No podía soportarlo! Le escribiría y le contaría la revelación de papá. Me aparté de Ruth, las lágrimas amenazaban con caer.

—Estaré en contacto.

—¿Ya te vas? Pero acabas de llegar. —Ruth hizo un puchero.

—Lo sé. Pero no puedo quedarme más tiempo. —Tragué, alejándome unos pasos—. Solo vine a disculparme con todos ustedes, y ahora debo seguir mi camino.

—¿Esa es la única razón por la que viniste hasta aquí? —La voz de Augustus llegó desde atrás.

No me di la vuelta. No podía soportar mirarlo y recordar el abrazo que acababa de compartir con la señorita Whitmore ni los susurros de su compromiso que había escuchado. En cambio, miré hacia un lado, con la mirada fija en el suelo.

—Quería hablar contigo, pero parece que he llegado en un momento inconveniente. Puedo escribirte una carta, en vez de esto.

—Preferiría escuchar lo que tienes que decir en persona.

La señora Brundage echó a Ruth y Sarah hacia la puerta.

—Los dejaremos hablar en privado.

Al darme cuenta que sería ridículo seguir así, di la vuelta lentamente hacia él. Augustus se apoyó contra el marco de la puerta con sus ojos cautelosos puestos en mí.

—¿Qué es lo que deseas discutir?

Miré detrás de él, preguntándome si la señorita Whitmore habría regresado a casa para anunciar su compromiso a su futura y encantada madre. ¿Había sido su abrazo de despedida, o ella se uniría a él aquí, momentáneamente?

—¿Estás seguro que no te estoy imponiendo?

Dudó, luego se levantó del marco de la puerta y se dirigió hacia mí.

—No estoy seguro. Pero te avisaré si eso cambia.

—Quizás quieras cerrar la puerta. —Hice un gesto detrás de él con la barbilla.

—¿Y por qué es eso? —Hizo una pausa y miró hacia atrás.

Bajé la voz.

—Ruth no debe escucharnos.

Después de un momento de vacilación, se acercó a la puerta y la cerró.

—¿Mejor?

Asentí.

—¿Y ahora qué es lo que te hace actuar tan misteriosamente?

—Sé lo que les pasó a los padres de Ruth.

—¿Qué quieres decir con eso? —Sus ojos se entrecerraron.

Saqué la carta del bolso que sostenía y se la tendí.

—Lee esto.

Su mirada pasó de la misiva a mí y de regreso, antes de tomarla con cuidado, evitando el contacto con mi mano. La desdobló y vi cómo sus ojos se movían sobre las palabras con el ceño fruncido. Cuando terminó, él me miró.

—¿De dónde has sacado esto?

—Se la enviaron a mi padre, el día que murió tu tía, pero mi madre la consiguió primero. Ella lo usó para obligarlo a cumplir con sus demandas, amenazándolo con revelar la verdad, si no cumplía. Una de las cosas que exigió fue mantener a Ruth y a ti alejados de mí. A cambio, mi madre no entregaría la carta a las autoridades, asegurándose que tu tía no fuera desenterrada y sometida al típico entierro por auto-asesinato. La sola idea que alguien a quien papá amaba tanto sufriera un destino tan terrible era demasiado. ¡Él no podía oponerse a mamá!

Augustus volvió a hojear la carta.

—Solo te pido que si decides utilizarla para fundamentar el caso de Ruth, di que se encontró en Blacksley, mientras revisaban los documentos. Papá dijo que ocultar pruebas puede castigarse con la horca, y aunque creas que mi madre o incluso mi padre merecen ese destino, te ruego que te abstengas de represalias. Aunque entiendo que, en última instancia, depende de ti lo que hagas, en este caso, así como si se lo contarás o no a Ruth.

Augustus respiró profundamente y soltó el aire con una rápida bocanada.

—Había una parte de mí que siempre se preguntaba si esto era verdad. —Levantó la carta y la agitó lentamente—. El día de sus muertes, noté la mirada persistente de la tía Susan sobre Ruth, una y otra vez. Había tanto amor en sus ojos... y había tristeza. —Dejó caer la cabeza. El pulgar y el índice se posaron en el puente de su nariz.

Sin estar segura de cómo consolarlo en su dolor, o si era mi responsabilidad hacerlo, envolví mis brazos alrededor de mi abdomen y esperé pacientemente.

—Perdóname… —La cabeza de Augustus se levantó un poco, aunque su atención permaneció en la carta—. ¿Y qué pretendes que hagamos con esta prueba?

—He pensado sobre este asunto durante mi viaje desde Branbury, y simplemente no lo sé… Por un lado, podría corregir la injusticia que Ruth perdiera su herencia.

—¿Pero?

—Por otro lado, no puedo evitar pensar en el daño que le causaría a Ruth. Le rompería el corazón y la obligaría a llorar por segunda vez. Y el dolor sería algo abrumador de soportar, especialmente si se conociera públicamente. —Hice una pausa, el rápido ritmo de mi corazón reverberaba a través de mí—. Ahora estoy segura que todo el dinero y la estima del mundo no pueden compensar un corazón roto. —Esa era una verdad que había aprendido demasiado tarde.

Los ojos perspicaces de Augustus recorrieron mi rostro y dejó caer la carta a su lado.

—Tampoco puedo soportar la idea de decírselo, que descubra algo así, después de tanto tiempo. Quizás algún día, cuando esté lista, pero todavía no. Además, el caso ya ha sido resuelto y no estoy seguro que podamos intentar otra apelación —dudó—. Ruth, en realidad, no lo perdió todo. La corte recompensó a Ruth con la dote de su madre, así como con el dinero reservado para su propia dote. También le devolvieron los artículos personales de sus padres y los suyos que han permanecido en Blacksley todos estos años.

La conmoción que sentí al escuchar la noticia fue rápidamente reemplazada por un alivio

hacia Ruth.

—Me alegro mucho de escuchar eso.

—Lamento no haberte dicho esto. Simplemente, no quería que el señor Green descubriera que la fortuna de Ruth bien podría haber pagado sus deudas. —Se frotó la mandíbula.

La mención del mensaje subyacente del señor Green y Augustus, aunque yo no era alguien en quien él pudiera confiar, me molestó.

—Lamento haberme comportado de una manera que traicioné tu confianza.

Él no refutó mi afirmación.

Volví a mirar la carta que tenía a su lado y de repente sentí muchas ganas de seguir mi camino.

—Si pudieras guardarla en algún lugar seguro, te lo agradecería mucho. Es una de las protecciones para evitar que mi madre se lo cuente a Ruth.

Augustus arqueó una ceja.

—Cuando me iba, papá le estaba informando a mamá que si intenta amenazarnos a mí o a Ruth nuevamente, él informará a las autoridades sobre la carta de tu tía y su responsabilidad por retenerla. Por supuesto, solo es una estratagema, papá no lo hará, y mucho menos sin tu consentimiento.

Las cejas de Augustus se arquearon y parecía como si estuviera intentando encontrarle sentido a todo. Después de un momento, deslizó la carta en el bolsillo de su chaleco y asintió resueltamente.

—La mantendré a salvo.

—Gracias. —Nos quedamos en un silencio incómodo—. Será mejor que me vaya.

—Sí. Supongo que deberías. —Augustus se enderezó.

Aunque tenía ganas de llorar, logré esbozar una sonrisa forzada.

—Y felicidades por la próxima boda. —Incapaz de soportar su confirmación, agaché la cabeza y pasé junto a él hacia la puerta.

—¿Bella?

Miré por encima del hombro y encontré una pequeña elevación en un lado de sus labios.

—¿Sí?

—Branson mencionó que llegaste a caballo.

—Lo hice.

Augustus dio un paso hacia mí, haciendo que mi corazón latiera imprudentemente.

—Pensé que ya no montabas a caballo.

—Yo no... bueno, lo hice, pero yo... —Mis palabras se apagaron cuando él dio otro paso más cerca, haciendo que mi corazón se elevara con una anticipación vacía. ¿A qué estaba jugando?

—Entonces, ¿montaste a caballo hasta aquí desde Branbury?

Sabía que debía alejarme un paso de él, pero no podía.

—Sí.

—Lo que no puedo entender es por qué una dama, que declara que no ha montado a caballo en más de ocho años y que no le gusta montar, de repente siente la necesidad de montar a caballo y cabalgar durante más de dos horas.

—Nuestro carruaje está siendo reparado. Era la única manera de llegar hasta aquí.

Augustus asintió y su mirada se dirigió a la ventana.

—¿Y dónde esperas quedarte esta noche? Desde luego, no viajarás hasta Branbury en la oscuridad.

Levanté la barbilla.

—No voy a regresar a Branbury. Probablemente me quedaré en una posada cercana, o iré a casa de los primos de mi padre. El señor Leavitt me dijo que siempre sería bienvenida.

La incredulidad tocó su expresión.

—Realmente, ¿no vas a regresar a Branbury?

Sacudí la cabeza, preguntándome si sentía remordimiento por haber pedido tan rápidamente la mano de la señorita Whitmore. ¡No! No permitiría tales pensamientos. Estaba decidido a cambiar.

—¿Y entonces por qué no te quedas aquí? ¿Con nosotros?

—No deseo imponerme ni arruinar nada entre la señorita Whitmore y tu persona.

Su ceja se arqueó hacia arriba.

—Cuando llegué, te vi por la ventana, abrazados. Y oí a Ruth mencionar la boda.

Augustus asintió sin negar nada.

—Por eso no puedo quedarme. Parece que lo único para lo que soy realmente buena es para causar daño a mi paso.

—Eres excelente en eso. —Una sonrisa calentó su rostro y mi corazón se hundió aún más. No tardaría mucho en ofrecerme esas sonrisas—. ¿Puedo mostrarte algo, antes que te vayas?

Miré hacia la luz del final de la tarde, segura de que debería estar en camino ahora que tendría que buscar alojamiento. Pero no quería volver a decepcionarlo. Una breve observación de lo que fuera que deseaba mostrarme era lo mínimo que podía hacer.

—Supongo, si somos rápidos.

Me tendió el brazo y, con mi mano temblorosa, lo agarré.

—¿Han terminado ustedes dos? —preguntó Ruth, cuando entramos al vestíbulo de entrada.

—No exactamente. —Augustus me guió hacia adelante y abrió la puerta principal—. Volveremos en breve.

Las tres mujeres estaban sonriendo y Augustus cerró la puerta detrás de nosotros.

Avanzamos a la parte trasera de la casa y nos dirigimos hacia el jardín de rosas. Augustus caminaba tan rápido que apenas lograba seguir sus largas zancadas.

—Perdona mi prisa. ¿Estás bien? —Me condujo por la parte trasera del jardín hasta el pequeño sendero que habíamos tomado hasta el *holloway*.

—Sí. Pero, ¿podría preguntarte a dónde vamos?

—Solo un poco más lejos, estoy casi seguro.

Apreté con más fuerza su brazo.

—¿No sabes a dónde vamos?

—No precisamente. —Se detuvo en un cruce de caminos y miró de un lado a otro, pero luego se quedó quieto.

—¿Qué…?

Se llevó un dedo a los labios y mostró una sonrisa, iluminando sus hermosos rasgos, que casi me llevó a la locura.

—Por aquí. —Me guió hacia adelante de nuevo, hasta que se escuchó el sonido de voces, en algún lugar frente a nosotros.

—Candace —llamó Augustus, y las voces se detuvieron.

—¿Augustus? —La voz de la señorita Whitmore envió una oleada de shock a través de mí, y planté mis pies, soltando el brazo de Augustus.

Augustus extendió una mano hacia mí.

—Ven, Bella.

Reconocí ese brillo travieso en los ojos de Augustus al instante, el que siempre había aparecido, antes que nos metiéramos en problemas, y negué con la cabeza.

—¿Augustus? ¿Qué estás haciendo? —La señorita Whitmore rodeó el camino y se detuvo a medio paso cuando su mirada se posó en mí. Sus labios se separaron—. ¿Señorita Godwin?

Forcé una sonrisa.

—Señorita Whitmore. ¿Espero que te encuentres bien?

Sus ojos volvieron a Augustus y su aburrida sonrisa.

—Muy bien. ¿Y tú?

Levanté los hombros, incapaz de explicar lo completamente de mal humor que estaba.

—Candace, ¿qué pasa? —La voz de otro hombre me inmovilizó y, cuando apareció, me quedé boquiabierto. Miré entre Augustus y este hombre que se veía desconcertantemente similar: el mismo cabello color arena, la misma constitución, incluso una sonrisa divertida equivalente en sus labios.

Miró de la señorita Whitmore a Augustus, antes de darse cuenta que yo estaba allí, mirándolo boquiabierto.

Augustus hizo un gesto hacia mí.

—Owen, ¿te acuerdas de Bella?

El rostro de Owen se iluminó al reconocerlo.

—Por supuesto. ¿Cómo podría olvidarla con la forma en que hablaste sobre ella durante años?

—¿Owen? —susurré, todavía intentando darle sentido a todo esto en mi cabeza. Volví a mirar a Augustus—. ¿Este es tu hermano, Owen?

Augustus dio un paso más hacia mí.

—¡Sí! Y el prometido de la señorita Whitmore.

Extendí la mano hacia Augustus, sintiéndome inestable sobre mis pies, y él se movió para ofrecer su apoyo.

—Prometido muy reciente —dijo Owen, lanzando a su hermano una mirada fulminante—. Tan reciente que habíamos buscado un momento juntos… Solos… Sin tantas miradas atentas sobre nosotros. Y, sin embargo, aquí están ustedes.

Augustus se rió entre dientes.

—Como si no me debieras una deuda por ser tu repartidor de correos el año pasado, mientras estuviste en la ciudad.

Fruncí el ceño.

—¿Esas eran las cartas que le pasabas a la señorita Whitmore? —La pregunta se me escapó, antes de considerar lo entrometida que parecía, pero eso no me importó.

—Sí. —La expresión de Augustus se suavizó.

Owen arqueó una ceja juguetona hacia Augustus.

—Dijiste que nadie te vio nunca.

—Quiero decir que la señora Whitmore nunca me vio.

Owen asintió y la sonrisa creció en sus labios.

—Veo cómo esas dos declaraciones podrían combinarse. De todos modos, no es que importe ahora, considerando que la madre de Candace nos ha dado su más reticente bendición.

Augustus ofreció una sonrisa obligatoria sin siquiera apartar su mirada de mí.

—Bueno, dado que parece que ustedes dos necesitan tanta privacidad como nosotros. —Owen le ofreció el brazo a la señorita Whitmore, quien lo aceptó con gusto—. Nos disculpamos. —Las mejillas de la señorita Whitmore se sonrojaron maravillosamente, justo cuando sentí que

mis propias mejillas se calentaban—. Bella, espero que haya mucho tiempo para hablar más tarde.

Miré a Augustus.

—Eso espero también.

—Y gracias, señorita Godwin. —La señorita Whitmore me dirigió una sonrisa. Antes que pudiera preguntarle por qué estaba agradecida, Owen se la llevó.

—No fue hasta que apareciste que la señora Whitmore finalmente aceptó que no había futuro para Candace y para mí. Bien sabes lo testarudas que pueden ser las madres cuando se trata de casar a sus hijas.

A pesar de todo el dolor que sentí por mi madre, me reí.

—Demasiado bien.

Augustus levantó un brazo hacia mí.

—¿Encontraremos algún lugar donde no seamos interrumpidos?

Le sonreí.

—Sí, por favor.

Regresamos por donde habíamos venido, ahora sin prisa.

Miré hacia los altos árboles que rodeaban el camino.

—Creo que Ruth tiene razón. Fairhaven es el lugar más glorioso en el que he estado. No me importaría quedarme aquí toda mi vida.

—¿Estás segura de eso? ¿No te arrepentirás de tu elección y de todo lo que tendrás que renunciar? —Augustus evaluó mi carácter—. No puedo darte la vida a la que estás acostumbrada. Nada de grandes bailes. Sin muebles caros. Muchos menos disfraces.

Apreté los labios exageradamente y les puse un dedo.

—¿De cuántos vestidos menos estás hablando?

Él se rió.

Me incliné hacia él, apretando más su brazo.

—Alguien sabio me dijo una vez que cualquier decisión que se haga conlleva al arrepentimiento. Simplemente, necesitamos decidir cuál de esas opciones ofrece los arrepentimientos con los que podemos vivir. —Levanté mi mirada hacia la suya—. Ya lo solucioné y no puedo vivir sin ti. Lo que perdí por mi decisión es porque elegí algo más grande.

Su otra mano se posó sobre la mía.

—Creo que acabas de hacerme el hombre más feliz de toda Inglaterra.

—¿Solo Inglaterra?

Él se rió.

—Sin duda, el territorio se expandirá una vez que te perdone por pensar que estoy comprometido con la señorita Whitmore. Un día completo, Bella. Ese es el tiempo que he estado en casa. Quizás si me hubieras dado una semana, podría haberme ofrecido a ella, pero, ¿en un día?

Me burlé y le di un codazo con el hombro.

Sus ojos eran de un cálido color marrón, bajo la luz dorada, y su sonrisa era aún más cálida.

—Te he amado toda mi vida, Bella. Y eso nunca cambiará.

Todo mi ser se agitó cuando entramos en el camino familiar que conducía al *holloway*. El suelo crecía muy por encima de nosotros y la luz tenue hacía que todo pareciera mágico. Augustus se detuvo y me miró.

—Lamento no haberte hablado de mi hermano y la señorita Whitmore. Te aseguro que lo habría hecho si no me hubieran hecho jurar que guardara el secreto.

—Sabes que eso no es cierto. Claramente, disfrutaste usando la situación a tu favor, provocando mi naturaleza celosa.

—Un hombre debe hacer lo que pueda para ganarse el corazón de una mujer. Especialmente, cuando esa mujer es la única a la que ha amado. La única a la que jamás amará. —Augustus sonrió.

—¿Pero puede un hombre así pasar por alto todos mis defectos? ¿Mis errores? ¿Tan numerosos como son y han sido?

Él se acercó y levantó una mano hacia mi cara. Sus dedos acariciaron suavemente mi mejilla y me dejaron sin aliento.

—Si ella puede confiar, cuando él declara que valora cada aspecto de ella. Incluyendo cada defecto. Cada falla. Todo ello. Y cuando ella lo olvide, él se lo volverá a decir.

Levanté mis manos para descansar sobre su pecho. A pesar de su comportamiento tranquilo, su corazón latía tan rápidamente como el mío.

—Supongo que permitiré tales declaraciones, siempre que no se hagan en exceso. No querrás que tus elogios se vuelvan falsos.

Él se rió.

—Haré lo mejor que pueda, pero no hago promesas. —Su mano se deslizó hasta mi nuca y se inclinó hacia delante, depositando un beso en mi frente. La calidez de sus labios me provocó estremecimientos—. Eres muy amable. —Su boca rozó mi piel hasta dejar un beso en mi sien—. Inteligente. —Rozó mi mejilla—. Hermosa.

Sus labios rozaron mi otra mejilla y cerré los ojos. Una energía surgió a través de mí, congregándose dondequiera que sus labios me tocaban.

—Ingeniosa. —En mi otro templo—. Fuerte. —Su calidez disminuyó y abrí los ojos para encontrar su mirada en mi boca—. ¿Una besadora notable?

—¿Es una pregunta? —Sonreí.

—Eres perspicaz. —Un lado de su boca se arqueó hacia arriba.

Sin dudarlo un momento, lo atraje hacia mí. Sus labios se fundieron contra los míos y fue como si, en ese momento, nos volviéramos uno. Los movimientos de nuestro beso, nuestras manos y nuestros propios cuerpos estaban sincronizados entre sí. Sus manos en mi cintura se apretaron y relajaron al ritmo de todo lo demás. Y aunque nunca había experimentado nada parecido al anhelo, que me recorrió en este momento privado de curación y pasión, anhelaba más. Envolví mis brazos alrededor de su cuello, mi espalda se arqueó para unirnos hasta que no pudimos estar más cerca, todo mi cuerpo ahora fluía con energía de su calidez contra mí.

Nuestro beso disminuyó y moví mi mano hacia su mandíbula para sentir los movimientos profundos y pausados por debajo. Mi cabeza daba vueltas de euforia, mis manos y piernas temblaban de deseo, cuando finalmente él se alejó. Apoyó su cabeza en mi frente y nuestras respiraciones pesadas se mezclaron entre nosotros.

—Me alegra informarte que, sin lugar a dudas, eres una besadora extraordinaria.

Levanté la barbilla y le di un ligero beso en los labios.

—Trataré de no ofenderme porque te llevó tres ocasiones distintas tomar esa determinación. —Chasqueé mi lengua—. A mí solo me tomó un beso para darme cuenta.

Él se rió con los ojos llenos de tanto amor que pensé que podría llorar al verlo.

—Pensándolo bien, me retracto por completo de mi declaración y continuaré reuniendo pruebas hasta que esté inequívocamente seguro de mi opinión.

Levanté una ceja poco impresionada.

—Fácilmente tomará toda una vida emitir un juicio sólido sobre el asunto, y tengo la

intención de reunir pruebas exhaustivas en cada encuentro.

—Supongo que si es necesario. —Solté un suspiro exagerado.

Su mano rodeó mi cintura, atrayéndome hacia él, pero deteniéndose justo antes que sus labios tocaran los míos.

—¡Oh! Debo hacerlo.

Cerré los ojos, permitiendo que su calidez me consumiera de nuevo…

Epílogo

Ruth agitó la falda de color lavanda de su vestido de fiesta.

—Aún no puedo creer que tus padres asumieran los gastos de mi próxima temporada, Bella. ¡Fue muy generoso de su parte!

—Teniendo en cuenta que el Tribunal de la Cancillería está tardando tanto en devolverte tu herencia, mis padres estuvieron felices de complacerte. —O al menos papá lo está, mientras continúa en todo lo que puede para enmendar sus errores.

Ruth estrechó sus manos, a los costados, antes de juntarlas frente a ella.

—¡Oh, cielos! Estoy muy nerviosa. ¿Qué pasa si hago el ridículo delante de todos?

Me acerqué detrás de ella, coloqué mi collar de perlas alrededor de su cuello y lo abroché en su lugar.

—No harás tal cosa. Ahora, tú eres una dama bien entrenada.

—¿Lo soy? Siento lo mismo, pero con más cosas de qué preocuparme.

Reprimí mi diversión y miré a Leah, que estaba observándonos.

—¿Qué dices, Leah? ¿Ruth está lista para su salida del armario?

Leah sonrió con seguridad.

—Difícilmente he conocido a una dama que se vea mejor.

—Gracias a las dos. —Ruth evaluó su hermoso reflejo en mi espejo de cuerpo entero—. Supongo que a veces es difícil ver la transformación en nosotras mismas. —Se alisó el vestido —. ¿Crees que el señor Treynor notará el cambio en mí? Han pasado cuatro meses desde su visita.

—Por lo que sé del señor Treynor, estará ansioso por apreciar todas tus cualidades, tanto antiguas como nuevas.

Ruth se rió.

—Todavía no puedo creer que haya venido a mi baile, especialmente considerando que perdí la apuesta dos veces.

—Si tuviera que adivinar, la llegada del señor Treynor tiene poco que ver con la apuesta.

La puerta del dormitorio se abrió con un chirrido, y se oyeron pasos pesados detrás de nosotras.

Una sonrisa apareció en mis labios, pero no miré hacia atrás.

—Pero no le digas a Augustus que dije eso, porque con razón se enfadará, si te animo.

—¿Qué estímulos le estás dando? —preguntó Augustus, acercándose a mi lado y depositando un beso en mi mejilla.

Me volví para mirarlo, la imagen perfecta de la inocencia.

—No hay nada de qué preocuparse, esposo.

No podía negarme una sonrisa.

—Si esto tiene algo que ver con cierta persona que asistirá esta noche, no sabré ni una palabra al respecto. Ya me arrepiento de haber aprobado que se invite a algún caballero, y mucho menos a uno tan ansioso como el señor Treynor.

Los ojos de Ruth se iluminaron.

—¿Ansioso? ¡Qué divertido que elijas la misma palabra que Bella para describirlo!

Augustus no pareció muy satisfecho con nuestro comentario de ideas afines.

—¿Qué escondes, Augi? —preguntó Ruth, y fue entonces cuando noté que tenía las manos

situadas detrás de la espalda—. ¿Es para mí? —Ruth se puso a su lado para intentar echar un vistazo.

Él se alejó de ella.

—Paciencia.

Estiré mi cuello para hacer lo mismo, pero él notó mi intento y dio un paso atrás, inmovilizándonos con una mirada de lo más ineficaz.

—Ustedes dos son absolutamente aburridas. ¿Podría al menos dar mi discurso, antes de presentar lo que tengo?

Ruth y yo compartimos una mirada y yo crucé los brazos sobre el pecho.

—¿Cuánto durará ese discurso?

—¿Acaso eso es importante? —Él levantó la ceja.

—Ciertamente lo es. Si va a ser uno de tus monólogos, me gustaría tomar asiento, antes que comiences. Me pondré cómoda.

Él se rió.

—Seré breve.

—Continúa, entonces —dijo Ruth con la emoción iluminando su expresión.

Augustus se enderezó.

—Ruth, estos últimos meses, a pesar de mi intento de pasar por alto la verdad que tengo ante mí, he notado la mujer excepcional en la que te has convertido. —La mirada de Ruth se dirigió hacia mí, ante su confirmación—. Una mujer más capaz de lo que me había permitido creer.

El absoluto deleite en su rostro mostraba perfectamente su gratitud.

—Como tal, creo que estás más que lista para descubrir algo que te he ocultado todos estos años.

Mi estómago se apretó. Seguramente, él no le contaría su pasado ahora, justo antes de que ella bajara y comenzara a dar la bienvenida a los invitados a su baile de presentación.

Los ojos de Augustus se detuvieron en mí por un momento.

—Y la mirada frenética de Bella me dice que debo asegurarte a ti y a ella, que mi revelación no arruinará nuestra noche en lo más mínimo. —Hizo una pausa y las comisuras de su boca se movieron—. O espero que no sea así.

Moví mis ojos hacia arriba y sacudí sutilmente la cabeza, ante lo divertido que él se encontraba.

Él se acercó a nosotras, nuevamente, antes de volver su atención a Ruth.

—Como bien sabes, la madre de Bella no pudo asistir a nuestra boda ni acompañará a Lord Godwin en su actual visita a Fairhaven. —Él se detuvo y siguió—, y aunque no entraré en los detalles del por qué hasta que sientas que estás listas para saberlo, debes saber que fue por insistencia de Lady Godwin que tú y yo no pudimos mantener una amistad con Bella, una vez que vino a Fairhaven. Me temo que me vi obligado a ayudarla a ejecutar esa tarea.

La mirada de Ruth se posó en mí y yo asentí, esperando que Augustus tuviera razón en todo esto.

—Solo te digo esto, así que es esto… —llevó su mano frente a él, mostrando un montón de misivas atadas con una cuerda en su agarre—. En el contexto.

Ruth se acercó a él.

—¿Qué son esas?

—Todas las cartas que Bella te escribió, después que viniste a vivir a Fairhaven.

Con cuidado, Ruth extendió la mano y las tomó, apretando las misivas contra su pecho.

—¿Y todas las cartas que le escribí a Bella? ¿Nunca fueron enviadas?

—No lo fueron. —Augustus reveló su otra mano, que sostenía una pila aún mayor que la primera—. Estas, Bella, son todas las cartas que Ruth y yo te escribimos, a lo largo de los años.

Me quedé mirando su ofrenda.

—¿Las conservaste? —Mi mirada se levantó del bulto con asombro—. ¿Todo ese tiempo, nosotros separados, y las conservaste?

Él sacudió la cabeza, sonriendo.

—¿Por qué siempre te sorprendes de mi devoción hacia ti?

Parpadeé, incapaz de apartar la vista de las cartas.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Había planeado dártelas antes, pero pensé que sería más significativo, si se las entregaba a ambas al mismo tiempo. De esa manera, cuando lo deseen, podrán compartir las experiencias.

Las lágrimas nublaron mi visión, cuando extendí la mano y agarré el tesoro de valor incalculable.

—Gracias. —Levanté la mirada—. No sabes cuánto significa esto para mí.

—Y para mí —ratificó Ruth, después de haber sacado con éxito una misiva del paquete y desdoblarla.

Augustus se inclinó y agradecí un beso prolongado de su parte.

—Escucha esto. —Ruth se puso a nuestro lado sin darse cuenta de nuestro afectuoso intercambio—. *"Mi querida Ruth. No puedo entender por qué no he tenido noticias tuyas, todavía, y detesto admitir que te extraño desesperadamente. Mi vida se ha vuelto monótona sin ti y Augustus para hacerme compañía. Mi madre ha tomado el control de mi entrenamiento y aborrezco absolutamente cada momento. No sé por qué considera tan necesario convertirme en una dama bien entrenada. Tuve que usar un tablero todo el día hasta que llegó la hora de vestirme para ir a la cama, y ahora estoy segura que nunca hubo un peor invento en toda la historia."* —Ruth me dedicó una sonrisa divertida y dejó caer la carta a su lado—. Será un placer leerlas.

Era extraño escuchar mis propias palabras olvidadas durante tanto tiempo, y deseaba abrir una carta y ver lo que Augustus me había escrito. Suspiré y caminé hacia mi escritorio, colocando la pila con cuidado en la esquina. Froté mis dedos sobre la carta que estaba encima de las demás.

—Por mucho que desearía que tuviéramos tiempo para leerlas ahora, no quiero apresurar la experiencia. He esperado tanto tiempo. Supongo que unas horas más, no me harán ningún daño. —Se necesitó todo el autocontrol para dejarlas allí y regresar al lado de Augustus.

Sonó un golpe en la puerta y Leah se movió para abrir.

—Vine a ver si Arabella y Ruth están listas. —La alegre voz de la señora Brundage resonó por toda la habitación.

Leah abrió más la puerta, permitiendo a la señora Brundage tener una visión clara del interior.

—¡Oh! Ruth, ¡qué impresionante estás! La misma semejanza de tu madre. —La señora Brundage corrió hacia nosotras con los ojos brillantes, mientras envolvía a Ruth en un abrazo. Su mano encontró la mía y me miró—. Y tú, Arabella, siempre la visión de la belleza femenina.

Augustus cruzó los brazos sobre el pecho y se aclaró la garganta.

—Y buenas noches a ti, madre.

Las mejillas de la señora Brundage se curvaron en una sonrisa burlona.

—¡Oh! No te pongas amarga, querida —dijo con desdén—. Te ves bastante bien.

—¿Lo suficientemente bien? —Augustus se burló—. Seguramente, podrías haber ofrecido algo como... el epítome del encanto masculino.

La señora Brundage ladeó la cabeza y evaluó su opinión.

—Si tú lo dices, Augustus.

Levantó las manos y se rió. El sonido resonó a nuestro alrededor y no pudimos evitar unirnos a él.

—Creo que te ves elegante —le dije, alisando las solapas de su frac cruzado.

—Supongo que eso es una mejora para tener un aspecto bastante bueno.

Ruth se inclinó hacia adelante y le susurró algo a la señora Brundage, y ella asintió. Sus ojos bailaban, mientras me lanzaba una mirada significativa. Ya era hora.

—Ahora tengo una sorpresa para ti —expresó Ruth, mirando a Augustus.

Él parecía completamente perplejo ante la idea.

—¿Y qué es eso?

—Sarah —llamó Ruth—. ¡Adelante!

Sarah dio un paso vacilante hacia la habitación con un hermoso vestido de fiesta blanco y el cabello recogido en un hermoso peinado con rizos sueltos alrededor de su rostro.

—¿De qué se trata esto? —preguntó Augustus con el ceño fruncido.

—Ella también va a salir esta noche —dijo Ruth con total naturalidad—. Decidimos no decírtelo hasta el último minuto, que es ahora.

Augustus miró fijamente a su hermana durante un rato, y luego bajó la mirada hacia mí.

—¿Sabías sobre esto?

Intenté adoptar un aire de inocencia.

—Como si fuera a ir a tus espaldas y ayudar a planificar tal cosa.

—Lo hiciste y no me lo dijiste. —Sacudió la cabeza y su mandíbula se aflojó ofendida, aunque una ligera curva hacia arriba en las comisuras de su boca lo delató.

Lo inmovilicé con un puchero exagerado.

—¿Lo habrías permitido si te lo hubiera dicho?

Sus ojos se abrieron como platos.

—No. Absolutamente no. Todavía no puede salir a la sociedad, todavía es demasiado joven.

—Absolutamente, sí puede —dijo la señora Brundage, haciéndole señas a Sarah para que se acercara—. Ella recibió el mismo entrenamiento que Ruth, tiene edad suficiente y Ruth desea de todo corazón que las dos compartan su salida del armario.

Ruth enlazó su brazo con el de Sarah.

—Me reconfortará mucho saber que ella está ahí conmigo.

Augustus todavía estaba mirando boquiabierto a su hermana, quien no rehuía la atención, como lo habría hecho antes.

—Esto es una locura absoluta. Ella no es más que una chi...

Puse una mano en su brazo y sacudí sutilmente la cabeza para silenciarlo.

Sus hombros bajaron en señal de derrota y soltó un profundo suspiro.

—Te ves exquisita, Sarah —le dije, sonriéndole—. Y creo que estás lista para conquistar el mundo. —Miré a Ruth—. Ambas lo están.

Augustus las señaló con el dedo, intentando parecer severo.

—Si un caballero las mira mal a cualquiera de ustedes, revocaré su invitación de inmediato, y lo expulsaré de nuestra casa, lo digo solo para que ambas estén al tanto.

Tomando eso como un aparente permiso, Ruth y Sarah se abrazaron, riéndose con absoluto deleite.

—¿A qué se debe todo este alboroto? —Nuestro pequeño grupo giró y encontró a Owen y Candace entrando a la habitación por la puerta abierta, cuando la mirada de Owen se posó en Sarah—. ¿Por qué está Sarah vestida para el baile?

—Todos decidieron que ella saldrá con Ruth esta noche —dijo Augustus—. Sin decírmelo. Y aparentemente tampoco te lo dijeron.

La mirada de Owen se dirigió hacia su madre.

—No pueden hablar en serio. Ella no es más que una niña.

—Ella tiene diecisiete años —confirmó Candace con una sonrisa—. La misma edad que yo tenía cuando entré a la sociedad. Además, ha sido entrenada y el mayor deseo de Ruth es que puedan salir juntas.

Los labios de Augustus se abrieron y volvió a señalar con el dedo.

—Candace, esas son exactamente las mismas razones que dio mamá. ¿Ustedes cinco conspiraron contra nosotros?

Owen miró a Candace, estupefacto.

—¿Sabías de esto?

Ella levantó la barbilla.

—Por supuesto que lo sabía. —Candace lo miró fijamente—. Y no creo que necesites siquiera preguntarme por qué no te lo mencioné. Lo has dejado bastante obvio.

Augustus y Owen compartieron una mirada comprensiva.

—Owen, puedes ayudarme a vigilar a los caballeros.

Owen acogió a Sarah y a Ruth.

—Esta va a ser una noche larga.

¡La victoria fue nuestra!

Después de saludar a Ruth, Sarah y la señora Brundage, Candace se acercó a mí y me tomó del brazo.

—Esto salió mejor de lo esperado.

—Gracias al Cielo, considerando que incluimos los nombres de Ruth y Sarah en nuestras invitaciones.

Candace sonrió y miró a Owen.

—Tengo noticias.

—¿Cuáles?

—Parece que mi madre no está tan insatisfecha con la decisión de casarme con Owen como la de vivir sola en una casa grande. Nos mudaremos con ella a Safford Park, a finales de mes. También dijo que ya nos la dejó en su testamento.

Agarré la mano de Candace, que descansaba en el pliegue de mi codo.

—¡Oh, qué maravilloso! Ahora tendré que pensar en mi próximo deseo, porque últimamente todos parecen hacerse realidad.

Ella me alejó unos pasos de los demás.

—Quizás podrías considerar darle a nuestro hijo un compañero para jugar, como tu próximo deseo.

Mis ojos se abrieron y miré su estómago, antes que pudiera detenerme.

—¿Estás embarazada?

Ella se acercó.

—Sí. Pero deseo que toda la atención esté puesta en Ruth y Sarah esta noche, así que no lo anunciaremos todavía.

—Estoy muy feliz por ustedes dos. ¡Serán unos padres maravillosos! —Mi corazón se

calentó.

—¿Sobre qué están susurrando ustedes dos esta vez? —preguntó Augustus, deteniendo su conversación con Owen.

Le sonreí.

—Lo sabrás con el tiempo.

—¿Tiempo? ¡Oh, miren la hora! —intervino de repente la señora Brundage, empujando a Ruth y Sarah hacia la puerta—. Nuestros invitados empezarán a llegar en cualquier momento. Vamos, todos abajo. —Todos nos dirigimos a la puerta, pero la señora Brundage se detuvo en el umbral—. ¡Oh, Bella, querida! Olvidé mencionar que tu padre llegó y dijo que bajaría tan pronto como lo limpiaran.

—Maravilloso, gracias por decírmelo.

—Vamos —dijo de nuevo, guiando a los demás delante de ella. Mientras mi dormitorio se vaciaba, tomé la mano de Augustus y lo detuve.

Él bajó la mirada hacia mí.

—¿Qué es?

—Creo que sé cuál es mi próximo deseo.

—¿Tu próximo deseo? —Augustus bajó la ceja—. ¿Qué quieres decir?

Sonreí, poniéndome de puntillas para darle un ligero beso en los labios.

—Debemos bajar ahora. Pero recuérdame que te lo cuente más tarde…

El fin.

Otros libros de Jess Heileman (en inglés)

Abigail: A Novel

The Nabob’s Daughter

¿Disfrutaste Una dama bien entrenada?

Como autora, las reseñas son fundamentales para mi éxito. Significaría mucho para mí, si te tomaras un momento y enviaras una reseña en: Amazon, Goodreads, Bookbub, o dondequiera que compres los libros. Hay tantas historias que me encantaría escribir, y tu ayuda es una parte vital para que esos libros se hagan realidad. ¡Muchas gracias por tu apoyo!

Además, si deseas recibir actualizaciones sobre: proyectos futuros, fechas de lanzamiento, obsequios y noticias importantes, ¡me encantaría que te unieras a mi boletín! Suscríbete en: JessHeileman.com.

Otros lugares para contactarme:

Instagram: @autorjessheileman.
Facebook: Autor Jess Heileman.
Administradora del grupo de Facebook: Sweet Regency Romance Fans.

Agradecimientos

¿Dónde estaría sin las innumerables personas que me ayudaron y animaron a lo largo del camino? Ciertamente, no estaría aquí, eso sí es seguro. Para mí fue mucho más difícil escribir este libro que el primero, y realmente fue necesario un equipo de personas para lograrlo. Así que aquí está mi magro intento de agradecer a quienes hicieron realidad publicar *Una dama bien entrenada*.

Primero, necesito agradecer a mi esposo. Él es mi cordura, mi mayor apoyo y mi mejor amigo. Siempre está encantado de leer mi trabajo, editar lo sea necesario, y encargarse de todo lo que queda en el camino, mientras escribo. ¡Lo amo cada día más!

Mis maravillosos hijos son increíbles. No solo me comprenden cuando persigo mi sueño de escribir sino que también me apoyan, animan y aman, incluso durante todos los altibajos. A pesar de no haber leído ninguno de mis libros todavía, ellos son muy estrictos y no dudan en ser mis principales fans.

Mis maravillosos padres, mis maravillosos suegros y mis hermanos y hermanas, ¡gracias a todos! Gracias por apoyarme en mi sueño y ayudarme donde pueden. Gracias por tomarse el tiempo para preocuparse por lo que me importa, aguantar todas mis tonterías y las exigencias de mi tiempo. Gracias a mi familia extendida, que me ha apoyado tanto. Honestamente, mi familia (abuelos, tías, tíos y primos) es el mejor grupo de porristas, ¡y los amo a todos!

Mis increíbles amigos, muchas veces ustedes son mi fuerza y mi alegría. Siempre están ahí para mí, cuando más los necesito, y los aprecio a todos y a cada uno de ustedes. ¡Gracias por siempre levantarme e inspirarme!

También es increíble el grupo de amigos escritores que he encontrado en la comunidad de autores. No sé cómo publiqué mi primer libro sin ellos. Están ahí para ayudarme y animarme, cuando lo necesito. Hay tantos que desearía poder nombrarlos a todos, aunque hay algunos que han sido vitales para mi éxito.

A mis amigas escritoras locales: Celeste Cox, Kaleena Shreeve y Amy Standage. Atesoro las amistades que hemos hecho y nuestras salidas nocturnas de damas. A mis amigos de Hidden Springs: ¡los amo a todos! Es sorprendente encontrar más de mi gente, en este vasto mundo, y estoy encantada de haberlo hecho.

A mis compañeras administradoras de Sweet Regency Romance Fans: Sarah Adams, Sally Britton, Jennie Goutet, Deborah Hathaway, Martha Keyes, Ashtyn Newbold, Kasey Stockton y Mindy Strunk. ¡Las adoro a cada una de ustedes! Gracias por permitirme entrar en ese grupo y luego quedarme allí, una vez que me conocieron. Es maravilloso tener amigas en quienes se puede confiar sin dudarlo.

Gracias a mis compañeras críticas: Emily Beeson, Martha Keyes y Kasey Stockton. Cada semana esperaba con ansias nuestra reunión, no solo por sus excelentes comentarios sino

también para charlar y reírme con ustedes. Han sido un apoyo constante durante todo este proceso y me han enseñado mucho.

Y muchas gracias a mis lectoras beta que tomaron algo tosco y lo hicieron parecer un libro: Jennie Goutet, Deborah Hathaway y Clarissa Kae. Sus aportes fueron más que útiles y esclarecedores. Estoy asombrada por los conocimientos que cada una de ustedes tiene sobre lo que constituye una buena historia y una buena escritura, así como sus habilidades únicas que agregaron tanta profundidad a mi historia. ¡Gracias!

A Ashtyn Newbold, gracias por ayudarme a diseñar mi portada. Tienes tantos talentos que debería dejar de sorprenderme cada vez que me entero de algo más de lo que eres capaz.

Muchas gracias a ti, Jenny Proctor, mi editora, por los comentarios y las correcciones que me enviaste. Me sorprendió tu capacidad para señalar los puntos débiles de mi manuscrito, y tus conocimientos de la historia y la gramática. ¡Este libro es mucho mejor, gracias a ti!

Estoy muy agradecida a todos los lectores de ARC, que estuvieron dispuestos a leer mi libro y reseñarlo (también gracias a aquellos que me alertaron de los errores, a lo largo del camino). Atesoro cada correo electrónico que recibí de ustedes. ¡Un abrazo enorme de mi parte para cada uno de ustedes por su tiempo y esfuerzo!

A Susan Kuechenberg, Angie McCain, Julie Carpenter, Priscila Perales Borda y Whitney Wright, gracias por su extremo cuidado al detectar tantos de esos molestos errores, que se me han escapado a mí, y a muchos otros. Me sorprenden por su conocimiento y disposición para ayudarme.

Y un agradecimiento especial a Elise Griffin por corregir mi libro. Me siento mucho mejor enviando *Una dama bien entrenada* al mundo, sabiendo que tus ojos bien entrenados estuvieron puestos en el mismo. Siempre me sorprende cuántas cosas se captan en un manuscrito que yo creía bastante limpio. ¡Gracias!

Por último y sobre todo quiero agradecer a Dios por los talentos que me ha dado, su amor inquebrantable y sus bendiciones, cuando más las necesito.

Acerca de la autora



En kinder, Jess ganó una cinta del primer premio por su creación original *Pigs in Wigs* (*Cerdos con pelucas*). La trama era sólida: había un cerdo que llevaba una peluca y rimaba. ¿No te impresiona? Tampoco sus hijos lo estuvieron cuando se les mostró la obra maestra que influyó en ella para convertirse en autora. —¿Ganaste una cinta por eso? —Sí. Si la gané.

Afortunadamente, desde entonces la vida la ha expuesto a una educación exhaustiva con su cuota de premios y reconocimientos y, lo que es más importante, a las pruebas y experiencias humanas que forman el corazón de una narradora y la sustancia de las grandes historias.

Además de su amor por la escritura, Jess es una ávida lectora, una observadora descarada de la gente, una merodeadora de cafés internacionales y una fotógrafa parcialmente retirada. Le encanta ser madre de cinco seres humanos increíbles y esposa del hombre más grande que conoce.